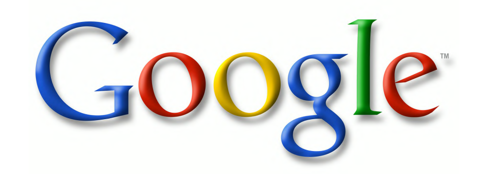
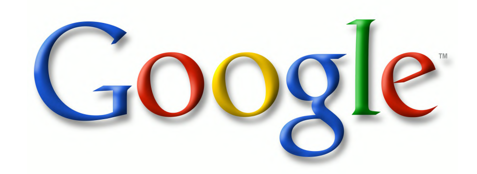

Google




WIDENER
HN PMSE K



COMEDIAS ESCOJIDAS

DE DON FRANCISCO

DE ROJAS ZORRILLA.

TOMO SEGUNDO.

CON LICENCIA.

Madrid y Mayo. Imprenta de Ortega.

1831.

PERSONAS.

Serafina.
Jibaja, gracioso.
Doña Matea.
Rafaela.
Inesica.
Don Marcos.
Don Roque.
Don Pablo.
Don Gonzalo.

La Escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Doña Serafina.

Serafina y Rafaela.

Serafina

Llévenla luego á un Convento;
no ha de estar en casa un hora.

Rafaela.

Yo te confieso, señora,
que es justo tu sentimiento;
pero aunque es Doña Matea
con los hombres tan humana,
es en efecto tu hermana.

Serafina.

¡Enamoradita y fea!
¿qué es esto?

Rafaela

Templanza ten.

Serafina.

¿No quieres tú que me asombre,
si en su vida ha visto hombre,
que no le parezca bien?
El chico por lo donoso,
el grande por lo entallado,
el puerco por descuidado,
el limpio por cuidadoso;
porque guarda al miserable,
por arrojado al valiente,

al que habla por elocuente,
al que calla por loable,
al cobarde por templado,
al hablador por chistoso,
al tibio por vergonzoso,
por discreto al mesurado,
al vano por presuncion,
por constante al importuno;
jamás ha visto hombre alguno
que no le cobre aficion;
pues en un Convento vea
su humanidad reprimida.

Rafaela.

Señora.

Serafina.

No ví en mi vida
mas malas gracias de fea;
lindas partes de adorada
tiene mi tal hermanita,
segundita, pobrecita,
feita y enamorada;
en un Convento es notorio
que templará este deseo.

Rafaela.

Señora, yo no la veo
con hambre de refitorio;
cásala con un garzon
misero, y lo mismo has hecho;
que tiene un marido estrecho
mil cosas de religion.

Serafina.

No hay que replicar en nada;
Convento, quiera ó no quiera.

Rafaela.

Advierte.....

Serafina.

Echadme acá fuera
esa bienaventurada.

Rafaela.

No te quiero replicar;
pero no se ha levantado. *Llaman.*

Serafina.

¿Quién es?

Rafaela.

Un hombre que ha dado
todo hoy en quererte hablar.

Serafina.

No entre hombre á hablarme.

Rafaela.

Yo creo
que te agrade si le ves.

Serafina.

¿Parécete á tí que es
sugeto de galanteo?

Rafaela.

Cada pie de media vara,
las piernas de á caña y media,
pues la cara lo remedia,
que es semicapon de cara;
es hombre desmadejado.

Serafina.

Nadie hombre entero me nombre.

Rafaela.

Señora, no entre por hombre,
entre por acaponado:
mira que ser tan cruel
con los hombres es error.

Serafina.

Ahora estoy de buen humor,
entre por reirme del.

ESCENA II.

Dichas y Jibaja.

Jibaja.

El Cielo guarde, señora,
ese traslado del mismo,
ese espacio, donde atento
con rasgos negros ha escrito;
de que sois su hermosa copia,
la perfeccion tan al vivo,
que porque todos la atiendan,
á la márgen poner quiso
dós ojos, como quien dice,
ojo á sus lábios divinos,
donde el sangriento coral
le viene como nacido.
Tambien ojo á sus mejillas
de nácar, no por adbitrio
de la beldad, que están rojas
de vergüenza de haber visto
vuestros dientes tan iguales,
tan perfetos, tan unidos,
que os están todos de perlas;
que viendo igualmente fino
ya el nácar, y ya el jazmin
de dientes, y lábios limpios,
cuanto corren á encenderse,
dicen lo que se han corrido.
Tambien ojo á las pestañas,
que en blanco raso, aunque liso;
al canto de sus dos cejas
el párpado han guarnecido.
Y ojo tambien á esos ojos
que dan muerte: ¿ quién ha visto

que aquello mismo que mata
sea lo que dé el aviso?

Serafina.

Al caso, por vida mia,
que tengo ya los oidos
cansados de estar oyendo
de jazmin mil desvaríos,
mil vergüenzas de coral,
de nácar dos mil delirios,
y de aljófares y perlas
mil cartas de desatinos.
¿Quién sois?

Jibaja.

Señora, yo soy
hombre tan espantadizo,
que ando formando argumentos
de cualquier cosa que estimo.

Serafina.

No os entiendo.

Jibaja.

Soy un hombre,
que por dar á mis amigos
un buen dia con su noche,
doy muy malas de continuo.

Rafaela.

¿Ese oficio es cosa, y cosa?

Serafina.

Esplicaos ya.

Jibaja.

Ya me esplico.
Yo soy...

Serafina.

¿Qué?

Jibaja.

Casamentero.

Serafina.

¿Quién oyó tal desatino?
¿qué quereis en esta casa?

Jibaja.

Casaros, porque me han dicho
que teneis sobre lo hermoso,
sobre lo airoso y lo lindo
cuatro mil y mas de renta.

Rafaela.

Sin joyas, sin ajuar rico,
sin mas de tres mil ducados
de deudas.

Jibaja.

Pues yo os afirmo
que está en manos el pandero,
que los hará veinte y cinco.

Serafina.

¿Y cómo os llamais?

Jibaja.

Jibaja.

Serafina.

Silla á Jibaca: imagino
con el tal casamentero
divertirme un rato. (*Sientase.*)

Jibaja.

Digó,
que podeis dar cuatro echadas
de blancura al mismo armiño.
¡Ah qué nóvio os he de dar!
aquí tengo treinta escritos,
que los he escogido á moco
de candil.

Serafina.

No escogeis limpio.
¿Y este oficio es provechoso?

Jibaja.

Este año no se hà corrido.

Serafina.

¿Casanse ahora mugeres?

Jibaja.

Algunos casamientillos
hay de viudas

Rafaela.

¿De doncellas
no hay tambien?

Jibaja.

Hálos habido;
pero en el dia hay muy pocos.

Serafina.

¿Casais muchos?

Jibaja.

De continuo.

Serafina.

¿Y cómo los engañais?

Jibaja.

Casándolos.

Serafina.

¿Yo no os digo,
sino cómo los casais?

Jibaja.

Facilmente.

Serafina.

¿Cómo?

Jibaja.

Oidlo.

Serafina.

¿Mentireis?

Jibaja.

No os caso agora.

Serafina.

Pues proseguid.

Jibaja.

Ya prosigo.
Primeramente, yo tengo
una memoria en que escribo
cuantos en San Sebastian
son de fiesta y de domingo,
los de la comedia nueva,
los que sin pleyto ni oficio
en el patio de palacio
suelen estar de continuo:
los del Prado, los de Atocha;
y á cada cual en mi libro,
para entenderme con ellos,
les pongo por seña un signo.
Al que es valiente, á la márgen
del mismo nombre le pinto
el signo Leon; y si es
cobarde, el Piscis le pinto:
si es sufrido, el signo Tauro,
y el de Aries si es muy sufrido.
Si es de mala condicion,
el Escorpion; si es bien quisto,
el Géminis; y al que no es
para hombre, el signo Virgo.
Si está bubuso, le pongo
el Cancer; y si es muy rico,
y ha venido de las Indias,
el Acuario: mas si es hijo
de algun tendero ó tratante,
el signo Libra le aplico.
Si es muy feo ó contrahecho,
el Sagitario; y si ha sido
casado con dama hermosa,

y fué pobre; pongo el signo
Capricornio, que lo es
de pobres; aunque maridos.
Entróme en cualquiera casa
de soltero, y en mi estilo
de casar; propongo luego
novias como Dios las hizo.
Si es medianamente hermosa,
hermosa la significo;
de manera, que no puede
pensarse de hito en hito,
que su hermosura es el dote,
y que en Madrid he sabido,
que á adorarla por su sol
hallára mil novios indios.
Si es pobre, que es hijadalgo,
y luego cuento que he visto
su egecutoria con tanta
letra de oro en pergamino.
Si es rica, y no es bien nacida,
le doy con el refrancillo,
dineros son calidad;
y le digo: señor mio,
sepa usted que don tener,
es caballero castizo.
Si es muy fea, y hallo luego
mi novio un poco remiso,
digo que la muger propia
ha de picar un poquito
en fea, que de esa suerte
anda un hombre con descuido.
Si el novio dice que es gorda
de ahogar (luégo le digo)
¿ha de hacer randas con ella
que la quiere de palillos?

Si la propongo una flaca,
y la deshecha, le riño,
que una muger por arrobas,
es encerrar para siglos.
Si es larga, le digo luego
muñecas para las niños;
si es chica, de la muger
lo menos es lo mas lindo.
Si la novia es algo puerca,
que el matrimonio hace limpio,
que es agua de calabobos,
que las coge sobre aviso.
Si entra algun señor á verla,
que entra á parlar un ratillo
en buena conversacion,
aunque otra cosa hayan dicho,
que es un santo el buen señor,
y el mal pueblo es un maldito:
y en fin, dejando á mi novio
puesto este madurativo,
á mentir mas á la novia
que elige voy, llamo y digo:
ea, señora, su remedio.
¡O, gracias á Dios, que quiso
que haya hallado para usted
un novio como nacido!
¡Ah qué hombre! señora mia,
quien es digo, y de camino
misterios y mas misterios
hago cuando al hombre intimo;
porque como el matrimonio
es Sacramento, es preciso,
que tenga dentro de sí
mil misterios escondidos.
Si no agrada el que propongo

á su eleccion y á mi arbitrio,
como esto es para la mano,
le voy dando novios ripios.
Al que me culpan de viejo,
aseguro que le elijo,
porque es hombre ya de hecho,
y las novias por lo mismo
le deshechan, que no quieren
novio de hecho, porque han visto,
que el novio de hacer es solo
bueno para ser marido.
Si traigo un mozo galan,
y le culpan por mozito,
les digo que el matrimonio
hace viejos infinitos.
Si de jugador le culpan,
que está cansado la afirmo
de ser perdido, y de andar
ya de garito en garito,
y desea una señora
que traiga algun caudalillo,
para poder con descanso
quitarse de este mal vicio.
Si en alguna desdichada
dicen, que tiene algun hijo,
que llaman en buena guerra,
con gran llaneza replico,
ansi será para hombre;
y si es corcobado, digo
que se cargó de razon
riñendo en un desafio,
y se le ha quedado toda
seis dedos del cerviguillo.
Si es feo, que asi han de ser
los hombres: si es atadito,

la digo que así podrá
hacer dél cera y pavilo:
si es valiente, arrufianado,
crudo y temeron, la digo:
la casa siempre ha de oler
á hombre, ¡cuerpo de Cristo!
Sino tiene pantorrillas,
y muy preciado de lindo,
trae dos verdades por piernas
que están mal hechas, replico
no tiene razon, que entrambas
están cortadas al hilo.
Y en fin, haciendo á los dós,
á ella rica y á él mas rico,
contando gracias de entrambos,
y diciendo á un tiempo mismo,
á ella, que él muere por ella,
aunque nunca la haya visto;
y á él, que esto está de Dios
juez de los dos; sin delito
les pongo á cuestion de novios,
y al instante que se han visto,
á dos vueltas que les doy
confiesan el sí, y yo pido
joya que luego la vendo,
tela que la hago vestido,
y ya dejando á los dos
maridados, me guiño
muy soltero, y ellos quedan
de lo hecho arrepentidos.

Serafina.

Amigo, reñiros quiero
que hagais esa narracion,
que implican contradicion
verdad y casamentero.

Rafaela.

Serafina, aunque te admira
que te hable con claridad,
á vueltas de la verdad
se introduce la mentira.
No echas de ver que esta es
treta del juego, señora,
dícete verdad agora
para mentirte despues.

Serafina.

Dices bien; mas como sé
que mentirme solo quieres,
cuando la verdad dijeres
tampoco la creeré.

Jibaja.

Casarte sin trampa intento,
y hemos de ir horros los dos.

Serafina

Mi abuelo (que tenga Dios)
dejó por su testamento
un mayorazgo fundado
que heredó con mejor suerte
mi padre, y yo por su muerte
como mayor le he heredado;
que no se reparta y venda
entre otras hijas mandó,
y no puedo serlo yo
por no ser libre mi hacienda,
y la he de dejar perder
por no casarme.

Jibaja

Eso es dar
solo en quererse casar.

Rafaela.

¿Con quien?

Jibaja.

Con su parecer.
¿Tú no has de casarte?

Serafina.

Sí.

Jibaja.

¿Hombre ha de ser?

Rafaela.

No le nombre.

Serafina.

¿A dónde hallaré yo un hombre
que me parezca asi asi?
no hallo uno que bueno sea,
todos me parecen mal;
¡ó fuego en todos!

Rafaela.

Igual
los quiere Doña Matea
tu hermana.

Serafina.

Los viles modos
de sus traiciones ignora.

Jibaja.

¿Pues dime, qué hace señora?

Rafaela.

No hace mas, de que base á todos.

Jibaja.

Para que contenta estés,
te daré muy áfamado
un escelente letrado.

Serafina.

Muy espeso.

Jibaja.

Un si es no es.

Serafina.

A poca paz me convida,
si con él me he dè casar,
hombre con quien he de andar
en pleitos toda la vida.

Jibaja.

Un peinado me promete
mil doblas si le quereis.

Serafina.

Jibaja, no le toqueis,
que se le ajará el copete.

Jibaja.

Que no he de hallar averiguo
novio que haga la razon.

Serafina.

No topára yo un hombron
de aquellos del tiempo antiguo,
un hombron estraordinario

Jibaja.

¿De qué manera me has dicho?

Serafina

Quiero un hombre de capricho,
y no del uso ordinario.

Jiboja.

Aquel de Toledo es
bueno; pero con la edad
tiene cierta enfermedad:
¡ah! ¿quereis un montañés,
que es escelente figura?
¿quereis otro, aunque algo viejo,
natural de Zariacejo,
un lugar de Estremadura?
El Regidor de la Mora
es mejor, si rico fuera:
ansi, á aquel de Talavera

le tengo de hablar ahora,
que es el modo, y traza toda
á vuestro capricho igual,
hombres son, que cada cual
os viene á pedir de boca,
y por si alguno os agrada,
haré que á servir empiecen.

Serafina.

Todos cuatro me parecen
sugetos de carcajada:
traedlos.

Jiboja.

Por ellos iré.
¿Pero decidme, señora,
para traerlos agora
á esta casa, qué diré?

Serafina.

Que es para tomar estado:
mas la risa se asegura,
de ver entrar un figura
de novio muy espetado,
que á todo se contradice
cuanto me quiere fingir,
intentando no decir
los disparates que dice,
que va de sí muy pagado
cuando en la calle se vé,
solo de que le miré
tres veces de medio lado.
Vengan, que á tiempo oportuno
vendrán, si vienen ahora.

Jiboja.

¿Cómo los traeré señora?

Serafina.

Todos juntos, y uno á uno.

Jibaja

Antes que esta ocasion pase,
¿como dárseme no intenta
una albaja á buena cuenta?

Serafina

Jibaja, cuando me case.

Jibaja.

Advertid, que dar no es
dar promesas semejantes,
lo que no florece antes
nunca da fruto despues;
mas si un novio os persuade
que os he de vencer espero.

Serafina

Daros cien doblones quiero
por un hombre que me agrade.

Rafaela

Como esa promesa lleve
no pienso que irá contento.

Jibaja.

No tomaré por los ciento.

Rafaela.

¿Cuánto?

Jibaja.

Los noventa y nueve.

Serafina.

Yo soy firme.

Jibaja.

Como todas,
y eso el tiempo lo dirá.

Serafina

Idos, que me cansais ya,
perrito de todas bodas.

Jibaja

Por esos desaires paso,

Serafina, mas por Dios
que me he de vengar de vos.

Serafina.

¿De qué manera?

Jibaja.

Si os caso.

ESCENA III.

Serafina, Rafaela y Doña Matea.

Serafina.

Aunque como Adonis sea,
ninguno me satisface:
¿Doña Matea qué hace?

Matea.

Aqui está Doña Matea.

Serafina.

¿Era hora de levantarse,
señora hermana?

Matea.

¿Ya empieza
vuesa merced á reñirme?

Serafina.

Son ya las diez

Matea

Cuando sean,
¿tambien como los vestidos
me cuenta las horas?

Serafina.

Tenga
la muy, mucha cortesía.

Matea.

¿La qué?

Serafina.

La muy escudera.

Matea.

En nada soy yo segunda
como en lo roto

Serafina.

¿Que quiera
una, nacida despues,
hablar como una primera?
yo os entraré en un Convento.

Matea.

¿Qué religion mas estrecha
que su casa?

Serafina.

Y religion
en que vos sois una lega.

Matea

Vuesarced es la entendida.

Serafina.

Y vos lo pareceis.

Matea.

Esa
fue una palabra mayor,
dicha en mi cara.

Serafina.

Y que sea,
¿qué?

Matea.

Que no es vuesarced
tan hermosa como piensa:
¿sino fuera un poco vana,
qué valia?

Serafina

¿Qué se atreva
á manchar esta blancura?

Matea.

Es verdad, quien se lo niega;

pero advierta que las blancas
se usan, porque son monedas.

Serafina.

¿Pero cuando se ha de usar
lo feo?

Matea.

Usted no pondera,
¿qué no tengo gracia?

Serafina.

Si.

Matea.

¿Pues cómo puedo ser fea?

Serafina.

Como ninguno la quiere,
aunque de todos se prenda.

Matea

Por ahi tambien soy hermosa,
por desdichada en finezas.

Serafina.

¡Ay, que quiere ser tambien,
como una persona mesma
infeliz!

Matea

Si ella es mi hermana,
¿no quiere que infeliz sea?

Serafina

La de todos no responda,

Matea.

La de naide dejeme ella.

Serafina.

¿Todos los hombres no dice,
que le agradan?

Matea

¿Quién lo niega?
cada uno por algo es bueno,

yo los quiero desde afuera
por inclinacion, y hasta ahora
no ha habido quien me merezca;

Serafina.

Esa es gran falta.

Matea.

¿Señora,
no hay algunas que se afeitan?
¿otras no hay que hablan fruncido?
¿otras no hacen reverencias
de saltillo? ¿No hay algunas
que hablan culto? ¿No hay doncellas
que la noche de San Juan
escuchan lo que es verguenza?
¿Hago yo estas candideces?
¿incurro yo en falta de estas?
¿querer á hombres es falta
de mugeres? que yo tenga,
á donde hay otras con tantas
una, es algo llevadera;
ser inclinada á los hombres,
ni es liviandad, ni flaqueza,
este es un buen natural,
y aunque algunos riesgos tenga
de pesarle á una muger
que no la estimen ni quieran,
aunque pesa el desden tanto,
vale el amor lo que pesa.

Serafina.

¿Negarásme que los hombres
son traidores?

Matea.

Que lo sean,
que no han de ser mis vasallos.

Serafina.

¿Qué son falsos?

Matea.

Malos fueran,
si á los hombres que estimara
los quisiera por moneda.

Serafina.

¿Y qué no tienen palabra?

Matea.

¡Ay hermana, asi tuvieran
las obras!

Serafina.

¿Podrás negarme,
hermana, que en cuanto intentan
son todos los hombres dobles?

Matea.

Ansi durarán por peñas.

Serafina.

Negaráme....

Matea.

¿Negaráme
que nos buscan, nos requiebran,
que se arriesgan al desaire,
y que á la muerte se arriesgan?
¿Por algun hombre habrá muerto
muger alguna en pendencia?
¿cuántos por ellas murieron?
sus honras, vidas y haciendas
todas son de las mugeres.

Serafina.

Y todas son de cualquiera.

Matea.

Yo los quiero por la parte
que me toca, que obedezca
mi planeta me permite,

benévolo es el planeta
que á los hombres me ha inclinado,
benévola fué la estrella,
cuyos influjos en mí
me fuerzan.

Serafina.

Callad, Matea,
que un convento ha de quitaros
toda esa benevolencia.

Matea.

Yo me he de casar, señora.

Serafina.

¿Con qué dote? ¿habrá quien quiera
la nobleza por ajuar?
¿pensais con vuestra belleza
casaros, ó es que esperais
la ventura de....

Matea.

La fea
es solo la presumida,
la hermosa es la que no piensa.

Serafina.

Ola, llevadme esta hermana
al segundo estrado. *Vase.*

Matea.

Hoy fuera
tan hermosa como tú.

Serafina.

¿Como?

Matea.

Si fuera primera.

ESCENA IV.

Jibaja y Rafaela.

Jibaja.

¿No puedo ahora entrar?

Rafaela.

Espera.

y á mi ama avisaré,
¿Jibaja, que la diré?

Jibaja.

Díla que salga acá fuera.

Rafaela.

¡Famosa tarde ha de ser!
¿Los novios?

Jibaja.

Tú los verás.

Rafaela.

¿Cuántos son?

Jibaja.

No traigo mas
de cuatro para escoger.

Rafaela

¿Cuatro? pues voy á decillo.

Jibaja.

Dila tú que estoy aquí.

Rafaela.

¿Ansi no habrá para mí
un novio del baratillo?

Jibaja.

¿Eres honesta?

Rafaela.

No poco.

Jibaja.

¿Eres hacendosa?

Rafaela.

¿Yo?

Jibaja.

¿Eres bien nacida?

Rafaela.

No.

Jibaja.

¿Tienes dinero?

Rafaela.

Tampoco.

Jibaja.

¿Limpia?

Rafaela.

Con solo un vestido.

Jibaja.

¿Doncella podré decir?

Rafaela.

¿Cómo, hay mas que pedir?

Jibaja

No te faltará marido.

Rafaela.

¿Dí, cómo?

Jibaja.

De buena masa;
¿quieres mas?

Rafaela.

Si puede ser,
que tenga mucho que hacer,
y todo fuera de casa.

Jibaja.

Rafaela, como ahora
anda la malicia lista,
todos son novios de vista.

ESCENA V.

Dichos, Matea y Serafina.

Serafina.

¿Es Jibaja?

Rafaela.

Si señora.

Matea.

Ver estos novios espero.

Serafina

¿Viene esa cuadrilla toda
de novios?

Jibaja.

Como á una boda.

Serafina.

Pues entren.

Serafina.

Oye primero;
El que á visitarte agora
entra, el primer pretensor,
sabe que es un regidor,
de la ciudad de Zamora,
que en el semblante y el modo,
y estraño de su opinion,
le verás la condicion.

Serafina.

¿Qué hace?

Jibaja.

Se pudre de todo.

Serafina.

Será muy entretenido;
verle y hablarle quisiera.

Jibaja

En esa antesala espera.

Serafina.

Venga ese tonto podrido.

Jibaja.

Lo podrido en el color
de la cara se le vé

Serafina.

Llamale, acaba

Jibaja.

Si haré,
señor don Marcos.

ESCENA VI.

Dichos y don Marcos.

Marcos.

Señor.

Rafaela.

¡Jesus que hombre!

Jibaja.

La gran doña
Serafina es la que veis.

Marcos.

¿Y es bien hecho que se llame
una entendida muger
Serafina? busque nombre
que en la letanía esté:
confirmese Serafina,
que yo no he de hablar ni ver
á quien por el nombre estraño
la conozcan en Argel

Serafina.

Confirmaréme por vos.

Marcos.

Eso si, confirmese.

Serafina.

Una silla al seor Don Marcos (1).

Marcos.

Esperad no la llegueis.

Serafina.

¿Pues por qué no quereis silla?

Marcos.

¡Linda pregunta! porque
primero que me la arrastren,
y primero que os poneis
en el estrado, y primero
que estamos, cual ha de ser
el que antes ha de sentarse;
primero que os componeis
las faldas, y yo me aplano,
pongo la espada al rebés,
podrá otro hacer muy cumplida
cuatro visitas, ó seis.
Usese, cuerpo de Cristo,
cuando no sea menester,
que el que no quiere sentado,
haga su visita en pie.

Serafina.

No os senteis.

Marcos.

Asi lo hago.

Serafina.

¿Como estais?

Marcos.

¡Otra vejez!
Que vean á uno sano, y bueno,
y gordo y aunque le ven
colorado, le pregunten,

---

(1) *Van a llegarle la silla.*

¿ cómo está vuesa-merced ?
y que le pregunte el otro;
¿ y usted cómo está ? despues
hasta preguntarse, luego
por sus hijos y muger.
Majadero, no preguntes
lo que no quieres saber,
que si es cortesano uso,
es proligidad cortés

Serafina.

No os he topado la nuca
de la lisonja.

Marcos.

Tal vez
hállo alguna que me agrade.

Serafina.

¿ No soy vuestra ?

Marcos,

No podeis,
yo soy claro, perdonad.

Serafina

¿ Pues no me direis por qué ?
¿ qué os desagrada de mí ?

Marcos

Toda vos.

Serafina.

Grosero es.

Marcos.

Señora mia, no quiero
yo para propia muger
una muger muy hermosa,
porque siempre pensaré,
que aunque ella mirar no quiera,
habrá quien la quiera ver.
El matrimonio se toma

para el descanso, y no es
para cuidado, yo quiero
traer para mí, traer
muger de casa, ni fea
de manera, que yo esté
solicitando vecinas;
ni hermosa tanto, que den
en mirarla mis vecinos;
porque mi propia ha de ser
para el gasto algo que fea,
tambien hermosa, algo que,
que yo solamente busco
muger para mi, muger.

Serafina.

¿Luego yo soy muy hermosa?

Marcos

Ya os entiendo, ahora quereis
que os alabe, y yo no alabo
lo que yo no he menester.
Guárdeos el Cielo.

ESCENA VII.

Dichos menos Don Marcos.

Serafina.

Esperad:
Don Marcos.

Jibaja.

Ya se fue.

Matea.

Este hombre me viene á mí
cortado.

Rafaela.

Pruébatela.

Serafina.

¿Hay tal modo de pudrirse?

Rafuela.

No ví tal.

Serafina.

Pudriérame
con solo oirle: los hombres
muy joviales han de ser,
y han de ser poco podridos.

Jibaja.

Oyes, pues yo te trairé
un contrario dese.

Serafina

¿Cómo?

Jibaja.

En el zaguan le dejé
de aquella casa, es un hombre,
que de cuanto escucha y vé,
se le da otro tanto como
á tí se te ha de dar del;
ni de la hambre se aflige,
ni le fatiga la sed,
y es para él todo uno,
el tener y no tener.
No agradece á la fortuna
lo que le sucede bien,
pero ni della tampoco
se queja aunque no le dé.

Serafina

Será un Demócrito este,
si fue un Heráclito aquel;
llámale.

Jibaja.

Por la ventana
una seña le he de hacer,

ya sube.

Serafina.

¿Es el estremeño
aqueste hombre?

Jibaja.

El mismo es.

Serafina.

¿De dónde es?

Jibaja.

De Zaraicejo.

Rafaela.

¿Hidalgo?

Jibaja.

¿No lo ha de ser?

Serafina.

¿Puntual?

Jibaja.

Es estremeño.

Rafaela.

¿Y no es chorizo?

Jibaja.

Tambien.

Serafina.

¿No sube?

Jibaja.

Ya entra en la sala.
¿Don Roque?

ESCENA VIII.

Dichos y Don Roque.

Roque.

¿Quién ha de ser?

Serafina.

Silla á Don Roque (1).

Roque.

Sentado

hablará un hombre á placer.

Serafina.

Pero no lleguen la silla.

Roque.

Muy bien dice, ¿ para qué?
sentado habla un hombre mas
de aquello que ha menester.
¿ Vuesa merced cómo está?

Serafina.

Este es algo mas cortés ; *ap.*
estoy á vuestro servicio
con poca salud, ¿ y usted
cómo se halla?

Roque.

Yo estoy

como quisiéreis que esté.
Mi señora, el buen Jibaja
dice, que me quiere bien,
y á vuestra casa me trae
á ver qué me pareceis
Hermosa sois, vive Dios,
y en el alma estimaré
que me deis luego la mano,
si ha de ser mia despues.
Yo he querido en este mundo,
yo he sabido amar, y sé
qué es andar galanteando,
andar por el A, B, C.
Contento estaré de amaros,

(1) *Vanle á llegar la silla.*

y de que luego me ameis ;
mí Serafina, pagado
sobre contento estaré,
con que á un tiempo dos finezas
juntas podré agradecer;
que me deis la vida presto,
y que tambien me la deis.

Serafina.

Poco hablais, y compendioso
en lo que hablais; ¿pero quién
puede conseguir el premio,
sin costarle el merecer?
El servir y esperar, cria
el mérito, ¿vos no veis
que no merece mi amor
quien no probó mi desden?
eso es juzgarme posible,
señor Don Roque, idos pues,
que no quiero yo por dueño
á quien....

Roque.

Al punto me iré:
¿hase un hombre de morir
porque vos no le quereis?
aun tanto como premiarme
os debiera agradecer.

Serafina

Finezas no.

Roque

¿Y no es fineza?

Serafina.

¿Qué?

Roque.

Que me desengañeis.

Serafina.

Solo el que espera merece.

Roque.

Pues digo, que esperaré

como yo os merezca luego.

Serafina.

¿Cuánto?

Roque.

Un hora, dos y tres.

Serafina.

No hay quien me merezca á mí:

¿no os vais ya?

Roque

Razon teneis:

¿he de andar queriendo yo,

á quien no me quiere bien? (1)

Serafina.

Sois un grosero.

Roque.

Es verdad.

Serafina.

Sois un prolijo.

Roque.

Tambien.

Serafina

¡Que se vaya, y no lo sienta!

No os vais, oíd

Roque.

No me iré.

Serafina.

¿Yo soy hermosa?

Roque.

Si sois.

---

(1) *Hace que se vá*

Serafina.

¿Y os paresco bien?

Roque

Muy bien.

Serafina.

¿Y me querreis si os premiare?

Roque

Como á mi vida os querré.

Serafina.

¿Sereis constante?

Roque.

Si soy.

Serafina.

Pues agora que yo sé
que me quereis, idos luego.

Roque.

Haceísme mucha merced.

ESCENA IX.

Dichos menos Don Roque.

Serafina.

No ví hombre tan desahogado.

Jibaja.

Es como yo le pinté.

Matea

La pachorra de este hombre,
para mí valé pardiez

Serafina

Jesus, qué malos dos hombres.

Jibaja

Si al tercero quieres ver,
espérate.

Serafina.

¿Y es de dónde?

Jibaja.

Natural de Caugas es,
un lugar de la montaña,
y hijodalgo como el Rey,
del hábito de Santiago.

Serafina.

¿Es galán?

Jibaja.

No, pero aun bien
que es viejo.

Serafina.

¿Y es entendido?

Jibaja.

Echalo todo á perder
con saber latin

Serafina.

¿Qué hace?

Jibaja

Cuando te entre agora á ver,
la mitad de lo que diga
no lo entenderás

Serafina.

¿Porqué?

Jibaja.

Estudió filosofia,
y teologia tambien
ha estudiado en Salamanca
y sin que sepa porque,
hará en latin y romance
una mezcla á dos por tres:
y cuando está muy en ello,
trae sin qué ni para qué
alguna frase latina
que venga ó no venga bien.

Serafina.

Tonto sin saber latin,
nunca es gran tonto.

Jibaja.

Está bien.

Serafina.

Llámale.

Jibaja.

¿Verle deseas?

Serafina.

Para reir le quiero ver.

Jibaja.

Seor don Pablo.

ESCENA X.

Dichos y Don Pablo.

Pablo.

¿Diligis me?

Serafina.

¡Raro hombre!

Rafaela.

Un prodigio es

Pablo.

Aunque en esa cuadra ha un hora
que ha esperado mi deseo
que vuestros justos desdenes
diesen castigo á mi ruego,
los doy por bien empleados;
pues tan grande fue el acierto,
que sola vuestra hermosura
es mas que fue mi deseo.
Agradezco hermosa dama
la dilacion, y agradezco
que salgais tan desdeñosa;

cuésteme siquiera el veros
el deseo de esperaros.
Ni el pastor, ni el marinero
agradecen que el Sol salga,
solo porque ven que presto
ha de salir á alumbrar
tierra, mar y aire sereno,
que ellos le estimáran mas,
como el Sol saliera menos.

Rafaela.

Mientes Jibaja, que este hombre
es muy prudente y discreto.

Jibaja.

Vese ahora la labor,
lo fondo es un majadero.

Pablo.

Miedo tengo á vuestros ojos,
y estimo lo que los temo;
porque ansi espero alcanzar
ser de vuestros ojos dueño.

Serafina.

Niego que con el temor
pueda alcanzarse, supuesto
que no puede el temeroso
declarar sus sentimientos.

Pablo.

Cuando se dá la triaca
para que sane el enfermo,
porque obre eficaz, disponen
que lleve el tósigo dentro,
y es que se vá al corazon
el tósigo, y aunque es cierto
que él destruye, porque lleva
á la triaca á hacer su efecto,
á la parte donde va

dá la vida, y ansi hay tiempo,
que para la vida suele
ser medicina el veneno:
asentada esta esperiencia,
agora escucha el egemplo.
El tósigo es el amor
que mata al merecimiento,
mas como lleva consigo
la triaca del respeto
la atencion, la desconfianza,
que son del mérito efectos,
él no inficiona, ellos obran,
él cesa, y merecen ellos;
que aunque traia el temor
de aquel tósigo, en él mesmo
estaba por ingrediente
el mismo contraveneno:
pues si del temor suceden
atenciones y respetos;
luego es solo aquel que teme
quien tiene merecimiento?

Serafina.

Bien habla.

Jibaja.

Para la postre
debe de dejar lo bueno.

Matea.

Mucho sabe para ser
de capa y espada.

Serafina.

Cierto,
que es lástima que ese talle,
esa ciencia, ese despejo,
con tal sangre hayan estado
tantos años sin empleo.

¿De dónde sois?

Pablo.

Soy de Cangas.

Rafaela.

¿Qué hacienda?

Pablo

Poca por cierto;
pero soy muy bien nacido,
por el hábito que tengo,

Serafina

¿Por el hábito se sabe?

Pablo.

¿Quis est ista?

Jibaja.

Volaverunt.

Serafina.

Es mi hermana.

Pablo.

¿Y es doncella?

Serafina.

Y lo será.

Pablo.

Mas es eso:
luego conocí que era
vuestra hermana.

Serafina.

¿En qué?

Pablo.

Eso es bueno,
en que se parece á vos.

Serafina.

¿Sois corto de vista?

Pablo.

Nego.

Serafina.

Miradme bien.

Pablo

Se os parece.

Serafina.

Sois un grande majadero.

Pablo.

Domina nescio, quid dicis

Serafina.

Mejor decis, sois un nécio;
¿porqué habeis de compararme
conmigo, siendo yo objeto
de vuestro amor otra luz?

Pablo.

Vérbi gratia.

Serafina.

Ya no quiero
oir egemplo ninguno.

Jiboja.

Oyele.

Serafina.

Decidle presto.

Pablo.

¿La luna no se parece
al sol? ¿el sol no es mas bello
que la luna? ¿pues qué importa
que ella le imite, supuesto
que ha de arder con luces tibios,
cuando él con rayos serenos?
Matea, ergo quid interst,
ut fit tuae lucis ejemplum,
si sunt tua radia Solis,
& sunt Lunae radia ejus.
Doña Matea, qué importa

que sea de tu luz ejemplo,
si son sus rayos de luna,
y son los del Sol los vuestros.

Serafina.

¿Y qué dirán las estrellas
de Madrid, de que consiento
que sea Luna?

Matea.

¿No me basta
la infelicidad que tengo
de ser ejemplo de Luna,
sino que aun no lo merezco?

Serafina.

Por ser Luna llena solo
quereis ser luna.

Matea.

Yo apruevo
serlo, siquiera en menguante.

Pablo.

Bene dixit.

Serafina.

Yo padezco
con esta hermana segunda
lo que no es posible, y pienso
poner orden.

Matea.

Orden no,
matrimonio es lo que quiero.

Serafina.

No lo espereis.

Pablo.

De San Pablo
viene aqui un lugar á pelo.

Serafina.

Echame de aqui Jibaja

este hombre.

Jibaja.

Oye primero
el lugar, que es de San Pablo.

Pablo.

Y en la Epistola ad Ephesios.

Serafina.

Adefesios lo hablais todo,
idos de aqui.

Pablo.

Jam obedior.
¿Un lugar de la obediencia
no me oireis?

Serafina.

Viven los cielos,
sino os vais.

Pablo.

Airata est.

Serafina.

Que os dé muerte.

Pablo.

Timeo, et eo;
¿me querreis?

Serafina.

Si me dejais.

Pablo.

¿Y cuándo volveré á veros?

Serafina.

En estudiando Romance;

Pablo.

Mirad.

Serafina.

Ni escucharos quiero.

Pablo.

¿Quare, cur, quoniam, vel quia?

Serafina.

¿Qué hombre es este? ¡santo Cielo!
idos Don Pablo por Dios.

Pablo

Voime pues.

Serafina.

Presto.

Pablo.

Laus Deo.

ESCENA XI.

Dichos menos Don Pablo.

Serafina.

Mareada quedo, Jibaja!

Jibaja.

Yo te pondré en tierra presto.

Matea.

¡Lo que este hombre enseñaria
á su muger!

Serafina

Muerta quedo:
¿es el que queda como este?

Jibaja.

Antes es destotro estremo,
que ni sabe hablar Latin
ni Romance.

Rafaela.

¿Qué sugeto
es él?

Jibaja.

Oye por tu vida
la pintura.

Serafina.

Dila.

Jibaja.

Empiezo.

El que en ese patio espera
á visitarte el postrero,
sabe que es un caballero
natural de Talavera,
principal, y de buen pelo,
abultado de persona,
y trae lenguage, y balona
dos ó tres dedos del suelo.
El talle un poco grosero,
cintura de tomo y lomo;
lo que es el zapato romo,
pero aguileño el sombrero.
Trae daga larga despues,
muy puesta á lo de Sevilla,
cortos braon y ropilla,
y el ferreruelo á los pies.
Postura de hacer desdenes,
crudeza de dar enojos,
el vigote hasta los ojos,
y la oreja hasta las sienes.
Asustado de color,
crudo un lado, otro cocido;
esto es cuanto á lo vestido,
mas lo parlado es peor.

Serafina.

¿Cómo habla?

Jibaja.

Por varios modos
te hablará si le escuchares,
con estrivillos vulgares
dél solo, con ser de todos.

Serafina.

¿Son refranes?

Jibaja.

No lo son,
estrivillos son no mas.

Serafina.

¿Di cómo?

Jibaja.

¿No le oirás?
el talle y conversacion
te ha de dar gran gusto.

Rafaela.

¿Y di,
son las que habla necedades?

Jibaja.

Son unas vulgaridades,
destas que hablan por ahí,
y si el estilo te agrada,
el sugeto no es muy malo.

Serafina.

Entre.

Jibaja.

A señor Don Gonzalo

ESCENA XII.

Dichos, y Don Gonzalo vestido como se pinta.

Gonzalo.

Como quien no dice nada *Mírala.*
Oiga el diablo.

Rafaela.

¡Gran figura!

ESCENA XIII.

Dichos menos Rafaela.

Gonzalo

Mi señora, por Dios santo,
mas que ninguna hermosura,
matante de las del ampa
sois con vuestro rostro bello;
pues vuestra blancura es ello,
pues vuestro talle ya escampa.
Señora (vaya conmigo)
á fe á fe, que por lo airosa
sois para mí mucha cosa:
pues qué ojos, no sé si digo;
la frente por lo serena
no la puede hacer cerrada;
pues la boquilla, no es nada;
pues la nariz la ha hecho buena;
las manos, como cristiano,
que si igualarlas quisiera,
han de ganar á cualquiera
por diez dedos y la mano;
es para volverse loco
si un hombre á veros comienza
la honestidad es vergüenza;
será malo el pie; ¡y qué poco!

Matea.

Discreto es, en todo toca.

Serafina.

Los desaliños que entabla,

Gonzalo.

Oígan; vive Dios que al habla
la tiene á pedir de boca.

Serafina

En su genio he de intentar
despedirle.

Gonzalo.

Hablad por Dios.

Serafina.

Señor Don Gonzalo, vos
hablais, que no hay mas que hablar;
genio tal, y de tal casta,
ahí se topará, ¿es quien quiera?
mas para la vez primera
ya habeis dicho lo que basta:
yo os doy palabra, que cuando
un dueño, un amante nombre,
procuraré haceros hombre.

Gonzalo

¿Me quereis?

Serafina

Eso burlando,
y voime mientras se guisa
la boda:

Gonzalo.

En fin, dueño bello,
que me quereis tanto dello.

Serafina

Todo eso es casa de risa:
ven Jibaja

Jibaja.

Aqui te espero;
¿qué te parece?

Serafina.

Muy malo.

Matea.

Ves, pues tiene el Don Gonzalo
gracia por lo majadero.

Gonzalo.

Ahí se topará en la calle
moza como vos.

Serafina.

No á fe.

Gonzalo.

¿Y mi talle es algo qué?
responded.

Serafina.

¡Qué lindo talle!

Mateo.

Digo que se da á querer.

Serafina.

Todos serán mis despojos:
nada habeis dicho á mis ojos.

Gonzalo.

Los ojos son para ver.

Serafina.

¿Cómo os sentís?

Gonzalo.

Como ciego.

Serafina.

¿Es de mirarme?

Gonzalo.

Pues no.

Serafina.

¿Qué os aflige?

Gonsalo

Un qué se yo.

Serafina.

¿Es dentro del alma?

Gonzalo.

Fuego,
el rostrillo es de matar.

Serafina.

¿Vais enamorado?

Gonzalo.

Pus.

Serafina.

Idos, y vedme.

Gonzalo.

Ahora sus.

Serafina.

Ven Matea; á Dios.

Gonzalo.

Andar.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don. Roque.

Esta es la Caba baja,
y esta ha de ser la casa de Jibaja;
á las ocho me ha dicho que me espera
dentro de su casa, y preguntar quisiera,
puesto que hablarle espero,
si es el suyo este cuarto, llamar quiero:
Há de casa. (1)

Criada.

¿Quién es?

Roque.

Ya han respondido.
¿Posa aqui el seor Jibaja?

Criada.

Ya ha salido.

Roque.

¿Dónde, señora mia?

Criada

Á la plaza, y ya dijo que volvia,

Roque.

¿Y ha salido á casar tan de mañana?

Criada.

Entre, y sientese usted.

(1) *Dentro una criada.*

Roque.

De buena gana. (1)

ESCENA II.

Sala en casa de Jibaja.

Don Roque.

El cuartico es por cierto acomodado,
sino estuviera tan desmantelado,
sillas, bufete y cama; mal lo pasa,
debe de dar su ajuar á los que casa.

ESCENA III.

Don Roque y Don Marcos.

Marcos

Segun soy desgraciado,
sin duda que Jibaja me ha casado;
que madrugue y le vea me ha pedido
dentro en su casa, doyme por marido:
porque á llamarme no se atreveria,
sabiendo que me visto á medio dia;
pero ahora sabremos lo que pasa:
¿si está en casa Jibaja?

Roque.

No está en casa,
ahora ha de venir.

Marcos.

Pues yo le espero.

---

(1) *Entra por una puerta y sale por otra.*

ESCENA IV.

Dichos y Don Pablo.

Pablo.

Pax Christi; ¿posa aquí un casamentero?

Roque.

Señor, sí.

Pablo

¿Para qué me habrá llamado?

Marcos.

Mucho tarda; ¿qué vá que se ha mudado?

ESCENA V.

Dichos y Don Gonzalo.

Gonzalo.

El me dijo que aqui venga á esperalle;
este el cuarto ha de ser, no hay sino dalle.

Roque.

Pues sillas hay, se siente el que quisiere. (1)

Pablo.

Sede apud mihi.

Marcos.

¡Qué haya quien espere!

Roque.

¡Lindo tiempo!

Pablo.

¡Gustoso para todos!

Marcos.

¡Oygan esto! y Madrid lleno de lodos
¡que no habiendo que hablar, se haya dado,
en que lo pague el tiempo de contadó!

(1) *Siéntanse.*

Roque.

¡Cual ha estado la plaza hoy de gente,
y hecha un jardin de fruta diferente!

Marcos.

Llegue á comprar de una frutera astuta,
y verá lo que lleva de la fruta.

Roque.

¡Ó gran Madrid!

Marcos.

Este hombre se endemonia.

Pablo.

Todo el tu autem es, eso per omnia.

Roque.

Lo que alabar querria
de Madrid, solo es la roperia
donde por su dinero,
á cualquier forastero,
de roperos le viste una cuadrilla,
desde las medias hasta la golilla;
y lo que es mas, como dinero tenga,
se lo ajustan, que venga, que no venga

Marcos.

No está muy bien cortado el tal vestido,
pero lo que es cosido, ni cosido.

Gonzalo.

La opinion que yo llevo,
es que á uno le ponen como nuevo.

Roque.

Oigan otro prodigio.

Pablo.

¿Quid?

Gonzalo.

No es nada.

Roque.

En la plaza verán de la Cebada,
sin otras cosas que por raras dejo,
unas tiendas que hay de hierro viejo,
que son tiendas movibles que allí vienen;
y no vale seis reales cuanto tienen;
y el mercader de esta cerragería,
almuerza, cena y come cada día,
aunque muy poco venda,
él, su muger é hijos con la tienda.

Pablo.

Siempre veo estas tiendas, á fé mia,
corrientes con igual mercaduría;
siempre estan con lo mismo cuando llego.

Marcos.

Lo que se compra allí, se arroja luego.

Roque.

Y es fuerza que uno de estos se lo halle.

Marcos.

A la noche lo buscan por la calle.

Roque.

Pues en los ojos no hay engaño alguno,
mire bien lo que compra cada uno.

Marcos.

Pues eso es lo que á mí me trae podrido;
que no hay cosa que sea lo que ha sido.
Panecillos de suela fregenales
en las tiendas los venden por candeales:
y en todas las tabernas de contino
agua de espuma con color de vino.
En el figon un par de gorriones
empanados en forma de pichones;
¡y que no pueda un hombre
comprar las cosas todas por su nombre!
que si para sacar un vestidillo

pido en la tienda tafetan sencillo,
para que el mercader no se me inquiete,
he de llamarle tafetan doblete;
y como sufro al tafetan sencillo,
si pido espacragon, es rayadillo;
que la quieren hacer tela mas noble,
y ha de ser ormesi el tafetan doble.
Si pido guarnicion un poco estraña,
dicen: ¿quiere llevar pata de araña?
y á un pasamano que hay del tiempo viejo,
dicen: ¿quiere de diente de conejo?
En oyendo estos nombres en su prosa,
yo pienso que me venden otra cosa.

Roque.

Eso es muy fácil cosa remediarlo.

Marcos.

Diga cómo, y lo haré.

Roque.

Con no comprarlo.

Gonzalo.

Ande en pelota.

Marcos.

Harto mejor seria,
por no vestirse un hombre cada dia.

Roque.

Miren que liada criatura
vá por la calle (1)

Gonzalo.

Allá va.

Marcos.

Abobadilla es un poco,
y yo para mi caudal,
algo entendida quisiera,

(1) *Miran á la calle.*

y no hermosa de matar.

Pablo.

No decís bien.

Marcos.

Bien arguye.

Pablo.

Sic argumentor.

Marcos.

Hablad.

Pablo.

La hermosa, cuatro sentidos
aprovecha, pues verán
que el tacto, la vista, el gusto,
y el olfato, cada cual
agradece cuanto logra,
y es mui grande necedad
dejar á cuatro por solo
un sentido corporal,
pues es la entendida, y fea
para el oido no mas.

Marcos.

La hermosura de una vez
se goza; mas nadie ha
gozado al entendimiento
de una vez sola no mas:
el oido es un sentido
del alma, y por ella van
las pasiones de la lengua
á hazerse en ella lugar.
El siempre es otro, y ella es
siempre una; ¿pues quién querrá
con diferente apetito
comer siempre de un manjar?

Pablo.

Quien ama, por conseguir

es por lo que ama, que no hay
quien adore por oir
aquello que amando está.
Los deseos son los hijos
del amor, quien sabe amar
solicita merecer,
y quien merece querrá
conseguir, que el conseguir
es premio del desear.
¿No son decentes los ruegos?
¿La esperanza quién dirá
que no es lícita? pues ambas
aspiran á la beldad.
Con oirla solamente
ninguno conseguirá
una belleza, que esotros
sentidos la han de gozar.
¿Luego no habiendo belleza,
no habrá amor? ¿Luego será
mejor, necia la hermosura,
que discreta la fealdad?

Roque.

¡Qué bien dice!

Gonzalo.

Concluyole.

Marcos.

Solo esto me ha de enterrar;
¡que haya tantos que se paguen
sólo del ruido no mas,
sin entender la razon?

Roque.

Dice bien.

Marcos.

Pues escuchad.
Aquel que ama una belleza,

si la desea gozar,
no ama la misma hermosura
que á sí se quiere no mas.
Por conseguir quiere solo.
quien solo por adorar
quiere á su dama; este quiere
con fineza y con verdad.
El que todos los sentidos
solicita àprovechar,
quiere el interés del gozo.
El que con amor mental
del oido se aprovecha
ama solo por amar.
Puee si la hermosa ha de hacerme
grosero en el desear,
será mejor la entendida,
pues tiene mas calidad
amor, que será por ella,
que amor que por mí será.

Pablo.

¿Luego no puede quererse
gozando ¿

Roque.

Sí puede tal.

Marcos

Mas se debe á aquel que quiere
por querer.

Roque.

No dice mal.

Pablo.

¿A cuál quisiérades vos?

Gonzalo.

Yo á la hermosa, voto á san.

Marcos.

¿Y vos á cuál estimarais?

Roque.

Yo á entrambas, por variar.

Pablo

Querer lo que se ha gozado
es mas firmeza

Roque.

Es verdad.

Marcos.

Mas fineza es, que yo adore
lo que es imposible.

Roque.

Mas.

Marcos

Don Demócrito del diablo,
quiérenos vusted dejar.

Pablo.

Taceas, por amor de Dios.

Gonzalo.

Déjelos vusted allá
decir verbos.

Pablo.

Muy bien dicen.

Marcos.

Fuego en hombre temporal.

Roque.

Yo soy un....

ESCENA VI.

Dichos y Jibaja.

Jibaja.

Paz sea en mi casa.

Marcos.

¿Y en otras no quiere paz?

Jibaja.

¿Señor Don Roque?

Roque.

Jibaja.

Jibaja.

Don Gonzalo.

Gonzalo.

Pesiatal.

Jibaja.

Don Pablo.

Pablo.

Idem per idem.

Jibaja.

Don Marcos.

Marcos.

¿ Era hora ya ?
Dos pesadumbres me hicisteis
á un tiempo

Jibaja

No sé yo cuál.

Marcos

Hacerme que madrugase,
y hacerme luego esperar.

Jibaja

De los cuatro necesito.

Marcos

Aqui estan todos, hablad.

Pablo

Decid, si hablar nos quereis,
insolidum, ó á la par.

Jibaja

Todos juntos.

Roque.

Sea espacio.

Marcos.

Sea aprisa.

Roque.

Mejor será.

Jíbaja

Ya os acordais de aquel dia
en que con tranquilidad
quisísteis de una belleza
todo el piélago sondar,
y que os volvisteis los cuatro
huyendo de un uracan,
que levantó el desengaño
de la hermosura en el mar.

Marcos

Es ansi.

Jíbaja.

Tambien sabeis,
que de por sí á cada cual
le llevé á pesar el sol
de Serafina.

Marcos.

Acabad,
y saltemos á la orilla,
que yo me empiezo á marear.

Jíbaja.

Volví á la India de amor
con intento de doblar
de Buena Esperanza el Cabo,
y hallé borrascoso el mar,
porque la gran Serafina.....

Gonzalo.

Yo he sabido dias ha....

Jíbaja.

¿Qué?

Gonzalo.

Que es cruel por el cabo.

Roque.

Hay mas de no navegar.

Pablo.

¿Qué dijo de mí?

Jibaja.

De tí,
dijo bien poco; no mas
de que eras tonto en latin,
y qué cómo sufrirá,
sin propósito y sin tiempo
un lugar, sin mas ni mas:
y que te buscára quien
te supiese acepillar,
que estábas un poco vasto,
y que no se ha de prendar
de un hidalgote de Asturias,
y que quién sazonará
amor, especie en corito,
con su punta de patan.

Gonzalo.

¿Y de mí?

Jibaja.

De tí algo menos:
dijo, que el oirte hablar
era cosa muy molesta,
en términos de rufian:
mas tambien volvió por tí
en una cosa.

Gonzalo.

Dí cuál.

Jibaja.

Dijo que si te pusieran
un hombro con otro igual,
te bajáran la cabeza
cuatro dedos mas atrás:

si te bajáran el talle,
un palmo, y al rematar
te le adelgazasen otro:
si te pudiesen trocar
los pies, donde están las piernas,
y ellas donde ellos están,
dijo que en toda la Corte
no habria hombre mas cabal.

Roque

¿Y de mí?

Jíbaja.

De tí me dijo,
que eras hombre temporal,
¿y para qué son buenos
hombres de tanta bondad?
¿que por qué se ha de dar ella
con toda su voluntad
á quien no se le da nada
de aquello que se le da?
Pero del señor Don Marcos
me dijo, que estaba él tal
muy podrido, y que se fuese
á Anton Martin á curar.

Marcos

¿Tanto me podri por ella,
dije yo, pesia la tal?
¿que por qué trae las pechugas
abiertas de par en par,
lo escotado de la espalda
pudríselo con mirar?
Por la espalda hasta la punta
que era dama de canal;
pudrime de verla blanca,
con que para mí no hay
tela que menos me vista,

que se mancha con mirar,
¿pues de qué me pudro? O pesia,
quien la ve desengañar
si me pudrí de lo menos,
y si he callado lo mas.

Roque.

Cúlpame á mí de que solo
no me pudrí, y os quejais,
si supiera que no hice
mas caso de su deidad,
que hice de su desden
¿qué pudiera decir mas?
¿Qué dijera si supiera
que no se me diera un real
de hallarla agradable, hermosa,
ó sea perjudicial?
¿Y en fin, de que no me quiera
que dijera, á saber ya
de que hoy se me daba aqui
lo que ayer se me dió hallá?

Gonzalo.

Cúlpame tambien á mí
mi estilo por mas vulgar,
con qué la dije señora
premiad mi deseo, y zas,
y viendo la sal con que hablo.
acaso dijela mas
de que era para mi todo
cuanto llablaba un papasal.
Pues diga lo que dijere
que yo lo he pensado mal,
ó es querer roer el lazo
el no quererse casar.

Pablo.

¿Pues yo que la hablé en latin?

si la dijera un lugar
de los Cantares, que casi
se le estuve por cantar.
Si la dijera tambien,
cuando la ví titubear,
nec scitis quid pecatis,
que era cosa natural:
pero un lugarcillo, ó dos
despoblados qué serán,
como son de la montaña
lugares sin vecindad.
¿Qué le hacen á esta señora,
pregunto á cuantos están
oyéndome? ¿Dios no dijo
por su boca, si en Dios la hay:
Crescite, et multiplicamini,
creced, y multiplicad?
Para que se multiplique
se casa uno, y para mas,
Pues pregunto, ¿los latines
causan esterilidad?
y cuando venga á ser vieja,
diga, ¿cuánto estimará
saber un par de latines?
que yo la podré enseñar,
¿llévola alguna ventaja
en saber latin? dirá
que hablándola en esta lengua
no me entenderá jamás.
Yérrase, que una ventaja
he llegado á confesar,
que el mas entendido lleva
la muger que es mas bozal,
que aunque un hombre le hable idioma
el que quisiere inventar,

le entenderá una muger;
pero él no la entenderá,
si ella no quiere, aunque hable
en su idioma natural.

Jibaja.

A gran daño gran remedio:
ea señores, amolad
los ingenios, que por Dios
que ha de haber bien que cortar.
Sabed, que en otra locura
ha dado esta perenal.

Marcos.

Decid que es

Jibaja.

Dar cada dia
de audiencia un hora cabal.
Cuantos amantes vinieren
á pretender, la tendrán
audiencia; pero el despacho
de todos es igual.
Ahora de nueve á diez
en la antesala estará
de su casa, despachando
lindos á todo juzgar.
¿Está alguno de los cuatro
herido del Dios rapaz,
que es lenguage de poeta?
¿Díganme vustedes cuál
está enamorado, ó quién
bien hallado está no mas,
que es lenguage de quien no
quiere decir que lo está?
Ea no me respondeis;
¿entre los cuatro no hay
amante? que agradecido

yo sé bien que no le habrá.
En la lengua de Gonzalo
lo diré, pues no me hablais:
díganme cual de los cuatro
tiene.

Gonzalo.

Decidlo.

Jibaja.

Pañal.

Marcos.

¿Quién? el que tuviere amor,
pues es niño, le tendrá,
que yo la quiero por tema.

Pablo.

Ego quoque.

Gonzalo.

Yo no mas
de porque ella no me quiere,
doy suspiros cual y cual.

Roque.

Yo si me ama la querré,
sino, no me he de matar.

Jibaja.

¿Queréis los cuatro?

Roque.

Queremos.

Jibaja.

¿Todos de conformidad
ir á la audiencia de amantes?

Marcos.

¿Y qué hemos de hacer allá?

Jibaja.

Ahora lo diré: los cuatro,
si es que pretendeis triunfar
con el ruego y con el tiempo,

desta dama pertináz,
habeis de mudar de estilo.
Vos, señor, aunque os pudrais,
os pudrid hácia allá dentro,
sufrid y disimulad
por lo que bien os parece
lo que os pareciere mal.
Seis mil y seiscientas leguas
tiene el mundo, imaginad,
que por mucho que enmendeis,
os queda mas que enmendar.
Y vos, mi señor don Roque,
que seais importará,
ni tan Demócrito en todo,
que os riais de cuanto hay;
ni tan don Marcos tampoco,
que un Heráclito seais:
vos, don Gonzalo, mi amigo,
el bajo estilo dejad,
dejad esos estrivillos
en quien nadie se tendrá;
y pues sois de Talavera,
donde hablan tan bien, hablad
un poco mas vidriado,
y pintado un poco mas;
Y vos, el señor don Pablo,
cuando vais á enamorar
á las damas, no en latin,
porque no os entenderán,
ni aun en romance; sino
hoy en el lenguage real:
y ansi mudando el estilo,
todos cuatro faz á faz,
delante de Serafina
os aconsejo que vais,

porque un ardid he pensado
con que la he de hacer andar
tras los cuatro, sin saber
mas de que quiere, y no á cual.
¿Daisme palabra los cuatro
de dejaros gobernar,
y hacer lo que yo os dijere?

Marcos.

Yo la ofrezco.

Pablo

¿No contais
el ardid?

Jibaja.

Vereisle presto:
que la he de vencer fiad.

Marcos

No por amor, por venganza,
he de hacer lo que ordenais,
sin pudrirme esteriormente;
pero interior, perdonad.

Roque.

Yo ofrezco no contentarme,
sino es de verla penar.

Gonzalo.

Y yo ofrezco dar un corte
en el modo de mi hablar.

Pablo

Yo hablaré como en desierto
por no tocar en lugar.

Jibaja.

¿Mudareis de estilo?

Gonzalo.

Si.

Jibaja.

Pues á esta sala os pasad.

que ha de escribir cada uno...:

Matea.

Decidnos qué.

Jibaja.

Un memorial.

Roque.

¿Para Serafina

Jibaja.

Si,

ninguno se ha de enojar
de ver al otro premiado.

Gonzalo.

Yo lo ofrezco ansi.

Jibaja.

Jurad.

Marcos.

Yo lo ofrezco.

Roque.

Y yo lo juro.

Pablo

O quam jucundum será
fratres habitare in unum.

Jibaja.

¿Qué es esto, no lo dejais?

Roque.

¡Qué bien dijo!

Jibaja

Vos tampoco.

Gonzalo.

¿Era barro?

Jibaja.

¿Hay tal porfiar?

Jibaja

¡Qué no sean consistentes!
¿quién se ha de querer juntar

con hombres para tan poco?

Jibaja.

¿Y eso no es pudrirse?

Marcos

¿Hay tal?

tú verás la enmienda.

Pablo.

Tú

¿otro hombre has de ver?

Jibaja.

Entrad;

guerra contra Serafina.

Matea.

Tú nos has de acaudillar.

Roque.

¿Eres soldado?

Jibaja.

Helo sido.

Pablo.

¿Dónde?

Jibaja.

Luego lo sabrán.

Gonzalo.

Los casamenteros sirven
en la guerra del casar.



ESCENA VII.

Sala en casa de Serafina.

Serafina, Matea y Rafaela.

Rafaela.

¿Tu recato y tu prudencia,
en esta locura dió.

Serafina.

¿Han dado las nueve?

Matea.

No.

Serafina.

¿No es hora de dar audiencia?

Matea.

No haces mayor tú deidad
con caprichos semejantes;
dar una audiencia de amantes
es cosa nueva.

Serafina.

Es verdad,
si mi desden los condena,
no quiero mayor victoria,
pues vengo á lograr la gloria
de verles sufrir la pena.
En esta contienda y lid
de amantes, triunfar espero,
y por el capricho quiero
hacerme rara en Madrid.

Rafaela.

Con mal trato, y peòres modos,
habrá alguna por constante,
que engañe uno, y otro amante;
mas no quien los burle todos.

Serafina.

Que es ver unos figurones
requebrar muy ponderados,
con vocablos estudiados,
afectando las razones.
Cuando me asomo al balcon,
que es vér al que se me inclina,
requebrar desde una esquina
tentándose el corazon.

A quien mil canas no quita,
ver cuando está enamorado,
á unó mui tierno y barbado,
echar una lagrimita.
Riome con gran consuelo,
cuando sus ternezas miro,
de otros que aman de suspiro,
con miradura de Cielo.
Pues si voy á lo parlado,
¿tendremos materia harta,
las necedades que ensarta
uno que está enamorado?
Ayer un amante orate
mi mano alabó por bella;
pero á cada dedo della
le dijo su disparate.
Otro á la mano otra vez
dijo, fingiendo pasiones,
que en el picar corazones
era mano de almirez.
A mi boca otro menguado
dijo (con frialdad no poca)
cada labio desa boca
es un bocaci encarnado.
A mi pelo, sin recelo,
dijo un calvo muy de veras,
que para hacer cabelleras
tenia estremado pelo
Díjome otro con pasion,
guardad esos dientes bellos,
Serafina, que con ellos
me mordeis el corazon.
Y aun estos son los mejores,
si á oirlos te persuades,
los que no hablan necedades

son quien las dice mayores.
Cuando alguno me contente,
si le procuro escuchar,
al punto empieza á llamar
campo del amor mi frente.
Luego un divino arrebol
mi cabello da en despojos,
luego, que mis negros ojos
le dan dos higas al Sol.
Que porque no le hagan mal,
cuando competirlos ves,
dicen que mi nariz es
un montante de cristal.
Mis cejas, si este ha alabado,
son instrumento de un Dios,
desde cuyos arcos dos
dispara flechas vendado.
Si dientes y boca aquel,
verá el que quiera cogerla,
suelta tanta de la perla,
visto tanto del clavel.
La garganta, no es cuestion,
que es pasadizo de nieve,
por donde á subir se atreve
por la boca el corazon.
Y ansi, Matea, sabrás,
que mi constancia te avisa
que el que habla mal me hace risa,
y el que habla bien me hace mas.
Con verlos de su amor luego
se hace dueño mi desden,
y con oirlos tambien
vengo á triunfar de su ruego.
No viene á ser castigarlos
no oirlos ni verlos jamás,

solo es castigarlos mas
oirlos, verlos y dejarlos.

Rafaela.

Durante eternos renombres;
¡lindo gusto de muger!

Matea

¿Qué gusto puede tener
quien quiere mal á los hombres?
A un hombre de lindo talle,
dí, ¿quién sabe hacer desprecio
de verle pisar tan recio,
que desempiedra la calle?
Con recato y con decoro,
cuando empuñan el rejon,
¿quién no cobrará aficion
á un hombre que mata un toro?
¿Qué muger no cobra amor,
aquel que en lid concertada
obra con la negra espada
y con la blanca mejor?
Si el oirlos te da enojos;
¿por qué ha de ser permitido
que eche á perder el oido
el crédito de los ojos?
Que mientan es mas blason
de la que quiere y suspira,
cuando pasa la mentira
plaza de satisfaccion
Al que no te ame tambien
le puedes recompensar,
lo que le llega á costar
fingir que te quiere bien.
Los que son falsos amantes
que no han de vengarse ves
por mucho que hagan despues,

de lo que sufrieron antes.
Quien no te quiere ofender
y contigo está contento,
de uso y no aborrecimiento
solicita otra muger.
¿Pues por qué se ha de enojar
el que tuyo llega á ser,
si es una cosa querer,
y es otra cosa variar?
El que á otra quiere despues,
que no la querrá te arguyo,
por el desmérito tuyo,
que por su inconstancia es.
Pero cuán agradecido
vendrá y con mayor deseo,
el que despues de otro empleo
vuelve amante arrepentido.
Hermana, de errores tales,
ni te admires ni te asombres,
creeme, y quiere á los hombres,
que son bellos animales.

Serafina.

¿Y de zelos el dolor
á quien no causa recelos?

Matea.

¿Si no se usáran los zelos,
de qué sirviera el amor?

Serafina.

¿Qué tanto los quieres?

Matea.

Sí.

Serafina.

De tí me vengo á cansar
tanto, que te he de casar
porque me venguen de tí.

Matea.

Agradecerte debiera
la venganza que merezco.

Serafina.

Digo que casar te ofrezco;
¿pero hallarás quien te quiera?

Matea

Para que yo tome estado,
y porque vengada estés,
bastará que tú me des
un amante desechado.

Serafina.

¿El que adoró mi beldad,
cómo ha de poder quererte?

Matea.

Dos mil cosas desa suerte
suele hacer la variedad.

Serafina.

Ya os tomais mucha licencia,
y no sé cómo se atreve
una....

Rafaela.

Señora, las nueve.

Serafina.

Ya es hora de dar audiencia;
abre, ya pueden entrar.

Rafaela.

Ruido en la antesala escucho (1).

Jibaja.

Señores, la audiencia.

Rafaela.

Mucho
tienes hoy que despachar.

---

(1) *Dentro Jibaja.*

ESCENA VIII.

Dichos y Don Roque.

Roque.

Ya al Sol riendo hace salva
al Alba,
puesto que trae su arrebol
luz del Sol,
la Aurora que el campo dora
rie y llora,
y yo en tiniebla, esta hora
en vuestra luz salgo á ver,
reir, llorar y amanecer
al Sol, al Alba y la Aurora.

ESCENA IX.

Dichos y Don Marcos.

Marcos.

Ya produce matizado
el prado,
ya corre mas diligente
clara fuente,
brota la rosa olorosa
mas golosa,
y yo, Serafina hermosa,
solo en veros, salgo á ver
producir, brotar, correr
la fuente, el prado y la rosa.

ESCENA X.

Dichos y Don Gonzalo.

Gonzalo.

Ya mas sonora y suave
canta el ave;
sin nubes, sin niebla fria
nace el dia,
calma el viento mas atento
en su elemento;
yo que ni uno ni otro siento,
salgo á veros, por mirar
cantar, nacer y calmar
el ave, el dia y el viento.

Rafaela.

¡Otro estilo desde ayer!
amor los va mejorando.

Serafina.

Señores amantes, cuando
acabó de amanecer
ya es medio dia, y querria
ver tan agudos talentos,
troben esos pensamientos,
si pueden, al medio dia.

ESCENA XI.

Dichos y Don Pablo.

Pablo.

Abrásese haciendo salva
el Alva,
vencido con tu arrebol
huye el Sol,
la Aurora herida se ignora
donde llora;

y aunque es medio dia ahora,
abráseme, ó no he de ver

Los cuatro.

herir, abrasar, vencer
al Sol, al Alva y Aurora.

ESCENA XII.

Dichos y Jibaja.

Jibaja.

Digo que la licioncilla
ha sido estremada cosa,
y que están otros los cuatro,
asi quiera ella estar otra.

Serafina.

Llegad, Don Pablo

Jibaja

Valor,
hablarla muy descollado
sin lugar.

Pablo.

Yo soy soldado
de la milicia de amor;
que me embarqué significo,
rompiendo espumas y llamas,
por el golfo de las Damas,
á la india de Puertorico.
No merecí que admitieras
los deseos de servirte,
aunque para persuadirte
tomé puerto en las Terceras.
Mal herido en tu escuadron,
donde me llevé la palma,
saqué una herida en el alma,
y otra en el corazon.
Otros mil servicios dejo,

y solo que estimes pido
el tiempo que te he servido.

Serafina.

Retiraos, que estais muy viejo.

Pablo

Siempre esperé premio igual.

Serafina.

Oigan, que ha hablado en romance.

Pablo

Señora, el favor alcance
que pido en el memorial,
pues ya no soy de provecho.

Serafina.

El memorial se verá.

Pablo.

Vedlo luego.

Serafina.

Bien está.

Jibaja.

Famosamente lo has hecho.

Serafina.

Este amante lo habla bien,
con mas prudencia y respeto.

Jibaja.

El desden lo ha hecho discreto.

Serafina.

Enseña mucho el desdén,
y vendrá á parar su ruego,
en que le haga algun favor.

Jibaja.

Ea; llegad sin temor.

Rafaela.

Llegad, don Marcos.

Marcos.

Ya llego:

No huye quien de vos espera
lograr felices trofeos,
que el despedir los deseos
es soberbia muy grosera.
No quise amar, pero amé,
vencer quise, y me rendí,
para ver la luz nací,
yo ví la luz, y cegué.
Agradeced al que muere
quejoso, aunque no ofendido,
que es la queja del herido
lisonja para el que hiere.
Ya contenta el alma llega
á no ver lo que miró,
quien la luz examinó,
victoriosamente ciega.
Mas para templar mi mal,
solo pido....

Serafina.

¿Qué quereis?

Marcos.

Que el premio solo me deis
que pide este memorial.

Serafina.

Yo le veré.

Jibaja.

No vá malo.

Rafaela.

Otro hombre el podrido está.

Serafina.

Esperanzas pedirá.

Rafaela

Llegad, señor Don Gonzalo,

Marcos

¿Hablé á vuestro gusto?

Jibaja.

Si;
bien lo dijisteis los dos.

Marcos.

Dadme licencia por Dios
para pudrirme de mí.

Gonzalo.

Pues yo, hermosa Serafina....

Jibaja

En hablar culto trabaje.

Marcos.

Mas que se le vá el lenguage.

Jibaja.

¿Dónde?

Marcos

Á la jacarandina.

Gonzalo

Un amor tengo que es mengua.

Jibaja.

De que hable bien desconfio,
que lo errasteis.

Gonzalo.

Señor mio,
no me vayan á la lengua,
digo, que estaba fiado,
quien adora al que confia. (*Turbado.*)
Perdonadme, Reina mia,
que esto es poco, y mal hablado.

Serafina.

De ver á un hombre me espanto
que tenga turbacion tal.

Gonzalo.

Señora, este memorial,
dirá ello y otro tanto,
pensamientos como el hilo

de delgados os dirá.

Serafina.

¿Aun dura?

Rafaela.

Amor no podrá
enmendar un bajo estilo.

Gonzalo

En él vereis el empeño
en que entra mi amor fiel,
todo lo que digo en él
cierto que es cosa de sueño.

Serafina.

Esta noche sin enojos
sobre él espero soñar.

Gonzalo.

Eso es querer acertar
mi deseo á cierra ojos.

Marcos.

Que no puedo mas rezelo.

Jibaja.

Mil necedades ensartas.

Gonzalo.

Callen barbas y hablen cartas.

Serafina.

Pues venga el memorial.

Gonzalo.

Ele. (1)

Marcos.

Una y otra necedad
habeis dicho, vive Dios.

Jibaja.

Don Roque, enmendadlo vos.

---

(1) *Dale el memorial.*

Rafaela.

Señor Don Roque, llegad.

Roque.

Llegue mil veces felice,
aunque temeroso llegue,
amante que á conquistar
un imposible se atreve.
Yo huí del fuego que arrojan
dos dulces ojos ardientes,
¿cuándo no logró centellas
aquel que en la piedra hiere?
pero él osado y amante,
dificultades emprende;
no se vence lo rendido,
lo inexpugnable se vence.

Jiboja.

Bueno va.

Gonzalo

Demonio es.

Serafina.

No se perderá por este.

Roque.

Verdad dice mi deseo,
no finge amor, porque teme
que á filos de una mentira,
una verdad se ensangriente.
Ó si el dueño á quien adoro
el alivio permitiese
del llanto á los ojos mios;
porque en líquidos corrientes
destile mi sentimiento,
que porque le oigais decente,
es la lengua muy grosera,
y son ellos muy corteses.

Serafina.

¿Quién os quita que lloreis?

Roque.

A mi nadie.

Jibaja

Que se pierde;
enmendadlo vos, don Marcos.

Serafina.

Pues llorad.

Marcos.

Si le sucede
lo que á mí, como podrá,
pues mi dueño ingrato quiere
que sangriento su desden
en todo mi amor se cebe.

Serafina

¿Pues cómo os impide el llanto
lo que quereis?

Marcos.

Desta suerte.
Del agua del llanto es
el corazon arca debil
de tres llaves, y desta arca
son los dos ojos dos fuentes.
Una llave tiene amor,
y otra llave el dolor tiene,
y como es tesoro real
el llanto, para que quede
con seguridad, se dá
otra á la crueldad mas fuerte.
La llave de la crueldad
teneis vos, y cuando quiere
abrir el dolor procura
abrirla, pero no puede.
No puede tampoco amor

abrir, aunque abrir pretende:
pues dolor, y amor, qué importa
que una, y otra la prueven,
sino quiere la crueldad,
siempre obstinada y rebelde,
ni que mi dolor se alibie,
ni que mi amor se consuele.

Gonsalo.

En el pico de la lengua
lo tuve.

Roque.

El hombre es prudente.

Jibaja.

Remediolo.

Roque.

El memorial
os ofrece un pretendiente (1)
del amor, y asi si habeis
de consultarle, leedle.

Serafina.

Una cosa por los cuatro
he de hacer.

Roque.

¿Qué?

Serafina

Que no os cuesta
desvelos la dilacion,
y estando todos presentes,
todos cuatro memoriales
despacharé de una suerte.
Lee tú este memorial (2),

---

(1) *Dale el memorial.*

(2) *Dale uno á Mateo.*

Matea, y tú lee este (1),
Rafaela, tú Jibaja
lee este (2).

Rafaela.

¿Qué es lo que quieres?

Serafina

Leerlos todos á un tiempo,
y que á un tiempo los decreten.

Lee. *Don Marcos desea,*
puesto que no le quereis,
que por esposa le deis
á vuestra hermana Matea.
¿A Matea?

Marcos.

Sí señora.

Serafina.

¿Y ese?

Rafaela.

Lo mismo pretende
Don Pablo.

Matea.

Y Don Gonzalo
pide lo mismo por este.

Serafina.

¿Y ese que pide?

Jibaja.

Lo mismo.

Serafina.

No es posible.

Matea.

Lee.

---

(1) *Otro á Rafaela.*
(2) *Dale otro á Jibaja.*

Rafaela y Jibaja.

Lee.

Serafina.

¿Qué equívocos eran todos
los fingimientos corteses?

Pablo.

Yo dije, que el memorial
diria lo que pretende
mi deseo.

Marcos.

Al memorial
trasladé voces decentes.

Gonzalo.

Yo fundé en mi memorial
mi pretension.

Roque.

No te ofende
quien herido del desden
la medicina apetece.

Serafina.

Eslabones sus palabras
en mi corazon ardiente
sacan menudas centellas,
muchas son, pero aun no prenden.

Jibaja.

Aun no ha obrado la purguilla,
mas polvos de zelos tiene.

Serafina.

¿De suerte señor soldado
de amor, que servísteis siempre
de Matea en la milicia,
y que era aquella prudente
metáfora por mi hermana?

Pablo.

Perdonad que lo confiese.

Serafina.

¿La Aurora, el Alba y el Sol,
el prado, la rosa y fuente,
el arca del corazon
con las tres llaves que tiene
amor, dolor y crueldad,
y otros requiebros mas verdes,
¿por ella eran?

Marcos.

Sí señora.

Serafina.

¿Es ansí?

Roque.

No hay quien lo niegue.

Gonzalo.

Yo testigo.

Serafina.

¿Vos Don Marcos,
no confesásteis mil veces
que adorábais mi hermosura?

Marcos.

Y porque yo la confiese,
¿cuándo oyó vuestra constancia
de mi amor ruegos decentes?
Mil veces confesaré
que el que á esas manos se atreve,
toma el cielo con las manos,
y el que esas mejillas viere,
bien verá, que no podeis
por tristeza ó accidente,
poner sobre la mejilla
la hermosa mano de nieve,
porque ella no se derrita,
ó porque ellas no se hielen.
Pero como yo he dejado

que mi inclinacion me fuerce,
me llevá mi inclinacion
á otro dueño; haced que premie
vuestra hermana mi deseo,
porque no será decente
que se descubra el dolor,
y la herida se cautele.

Serafina

¿Vos, Matea, qué decís?

Matea.

Que me ofreciste dos veces
darme esposo y darme dueño,
como haya quien me desee,
y puesto que hay quien me quiera,
que cumplas lo que prometes.

Serafina

¿Y á cuál eliges?

Gonzalo.

Si acaso
Don Gonzalo te merece... (1)

Marcos.

Si agradeces mi eleccion.

Roque.

Si una constancia agradeces.

Pablo.

Si una inclinacion se premia.

Matea.

Los memoriales...

Rafaela

¿Qué quieres?

Matea.

Decretarlos (2).

---

(1) *Todos ruegan á Matea.*
(2) *Ponese grave Matea.*

Rafaela.

Ya se entona.

Jibaja.

Estos son.

Matea.

¡Gran paso es este!
Don Marcos oid.

Serafina.

Primero
dejad que yo los decrete (1).
¿Cómo villanos...

Marcos.

Señora.

Serafina.

Segundo dueño prefieren
delante de mi hermosura
vuestras pasiones aleves?
¿Cómo traidores....

Jibaja.

Pegó.

Serafina.

En la Corte de amor puede,
si amor se pierde por niño
vuestra urbanidad perderse?
Idos Don Marcos.

Marcos.

No sea
mi dueño quien me desdeñe,
que no me ofende tu enojo.

Matea.

Don Marcos, volved á verme.

Serafina.

Idos Don Roque.

---

(1) *Quitoselos.*

Roque.

¿Y qué hará
quien adora y quien padece?

Matea

Yo haré que no padezcais.

Serafina

¿Qué aguardais los dos?

Pablo.

Que dejes....

Gonzalo.

Que consientas....

Serafina

Idos luego.

Pablo.

Que el que ama.

Gonzalo.

Que el que padece.

Matea.

Yo me acordaré de entrambos.

Serafina.

¡Qué esto escucho!

Pablo

Si te ofende ...

Serafina.

No me hableis mas

Gonzalo.

Si te agravia....

Serafina.

Calla, ó te daré la muerte.

Matea.

Señora, el ser mas dichosa
no te hace...

Serafina.

Traidora vete.

Rufina.

Mira bien...

Serafina.

Calla, villana.

Jibaja.

Advierte..

Serafina.

Todos me dejen.

Matea.

Mejorose mi fortuna.

Gonzalo.

Andallos.

Marcos.

Padezca.

Roque.

Pene.

Serafina.

¡Criad segundas en casa!

Matea.

No hay belleza como suerte.

Jibaja.

Salte el huevo.

Pablo.

Pague en zelos

la que ofendió con desdenes.

Serafina.

Presto los hombres olvidan.

Marcos

Presto las mugeres quieren.

Serafina.

Mugeres, lo que hombres son.

Marcos

Hombres, lo que son mugeres.

Matea

De hoy mas he de ser feliz.

Jibaja.

Salió mi afán como siempre.

Serafina.

A morir me voy de enojo.

Marcos.

Voy á pudrirme dos meses,

Matea.

A estimar mi suerte voy.

Roque.

Voy á consolarme adrede.

Gonzalo.

Voy á hacer lo que yo sé.

Pablo.

¡Ah, qué lugar se me ofrece!

Serafina.

Mugeres, todos los hombres
son unos.

Pablo.

Unas son siempre
todas las mugeres, hombres.

Serafina.

Son traidores.

Rafaela.

Son aleves.

Marcos.

Adoran aborrecidas.

Pablo.

Adoradas aborrecen.

Serafina.

Mugeres, lo que son hombres.

Gonzalo.

Hombres, lo que son mugeres.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Serafina.

Rafaela, y Serafina medio desnuda, el cabello tendido.

Serafina.

¿En fin, no quieres dejarme,
Rafaela?

Rafaela

Señora, no,
que estás con el crecimiento.

Serafina

Vete, y déjame, por Dios,
morir á solas.

Rafaela

Señora,
yo te he cobrado aficion, (1)
aunque criada, y no quiero
que te mueras sin dotor.

Serafina.

Vete, que solo en mi queja
tiene alivio mi dolor.

Rafaela.

Mira, que te puede dar
sobre una imaginacion
un suspiro, Dios nos libre.

Serafina.

¿Y mataráme?

---

(1) *Paseándose las dos.*

Rafaela.

¿Pues no?

¿Pues de qué murió la amante
de Teruel? De eso murió.

Serafina.

Pues mis suspiros escucha.

Rafaela.

Ansi hablarás.

Serafina.

Es error,
porque nunca fué palabra
el suspiro con ser voz

Rafaela.

Los suspiros nunca supe
de la calidad que son,
porque á unos causan alivio,
pero á otros desazon.
Uno muere de un suspiro,
otro dél convaleció,
es triaca y es veneno,
es alivio, y es pasion.
Yo no entiendo á los suspiros.

Serafina.

¿No has visto á una misma flor
que un viento la reverdece,
y que otro la marchitó?
Es que aquel viento que sopla
las calidades tomó
de la tierra donde nace,
y asi aquel viento ó vapor,
si es seco, abrasa la rosa,
y si es húmedo, la oreó.
El suspiro, que del cuerpo
se origina ¿quién dudó
que el corazon nuestro alienta?

pero aquella exalacion
que se levanta del alma,
como es su fuego velóz,
obra con las calidades
de fuego en el corazon.
Corazon y flor, ejemplo
te darán, pues son los dos,
ella un corazon del campo,
y él de la vida una flor.

Rafaela.

Pues ahora estás tan moral,
y yo tu gusano soy,
permíteme que hebra á hebra
te hile toda la pasion.
La verdad, me dí, señora,
¿tienes amor? dilo.

Serafina.

No.

Rafaela.

Mira, el amor y los zelos
unas calenturas son,
que hasta que salen al labio,
no las vé el que las pasó;
mas por sola la esperiencia
te diré tu mal, que yo
he estado muy achacosa
destos males, gloria á Dios.
¿Dí, aborreces algun hombre?

Serafina.

Ninguno de mi aficion
es dueño.

Rafaela.

No te pregunto
¿sino si aborreces hoy
á aquel que ayer no querias?

Serafina.

Yo aborrezco á quien me amó!
¿pero cómo saber puedes
de mí este fuego velóz,
preguntando por el odio,
y no por la inclinacion?

Rafaela.

Ahora lo verás, ¿porqué
le aborreces?

Serafina.

No es razon
que aborrezca á quien me quiso,
si á otra adora, y á mi no?

Rafaela.

Pues si aborreces á quien
te olvida porque te amó,
si por eso le aborreces,
le tienes por eso amor.

Serafina.

¿Cuándo has visto amor sin zelos?
Pues no teniéndolos yo,
es cierto que amor no tengo.

Rafaela.

Zelos tienes.

Serafina.

Es error.

Rafaela.

¿De tu hermana no los tienes?
¿no me lo dijo tu amor?

Serafina.

Yo de mi hermana los tengo,
no de quien la ama en rigor;
y una cosa es tener zelos
della, porque fué eleccion
de quien me quiso; y es otra

zelos de quien la eligió
Della, y no de quien la quiere?
son mis zelos; ¿luego son
zelos de ira los que tengo,
y no zelos del amor?

Rafaela

Qúe mas tiene tener zelos
de quien es adoracion
del amante, ó tener zelos
del mismo que la adoró.
Los della son unos zelos
de sentir que grangeó
el amante que la olvida:
los de aquel que se mudó
á adorar otro sugeto,
¿no nacen de una pasion?
¿No son de una causa efectos?
¿Luego no habrá distincion
en zelos della por él,
si él fué aquel que los causó;
ó en los zelos dél por ella,
si unos mismos zelos son.

Serafina.

¿Quieres ver que tengo zelos
de ella, y de quien me ama no?
Cuatro son los que la quieren,
y si yo tuviera amor,
á uno quisiera no mas:
es asentada opinion,
que no es amor verdadero
el que se reparte en dos.
¿Luego si á cuatro no puedo
tener amor, no es cuestion
que de los cuatro tampoco
tendré zelos? Pues si doy

que tengo zelos, mis zelos
serán (si es que zelos son)
della por querida si,
dellos por amantes no.

Rafaela.

A eso respondo, que tú
querrás á alguno.

Serafina.

El dolor
que tengo en el alma, es ese.

Rafaela.

¿Pues qué es?

Serafina.

Una obstinacion
de no amar con el deseo
de amar á quien me olvidó.

Rafaela.

¿Luego es amor?

Serafina.

¿Pues dí á quién
quiero, si quiero?

Rafaela.

El mejor
es don Marcos.

Serafina.

Morireme
si sufro su condicion.

Rafaela.

Don Gonzalo el estremeño,
es bueno, porque es hombron.

Serafina.

¿Qué importa que sea diamante,
si es bruto?

Rafaela.

Tienes razon.

¿Y Don Pablo?

Serafina.

¿Quién podrá
sufrir su conversacion?

Rafaela.

¿Don Roque?

Serafina.

No quiero amante
que tiene tan raro humor,
que no me quiere por mi,
sino por su condicion

Rafaela.

¿Qué sientes?

Serafina.

Siento me arder.

Rafaela.

¿Dónde está el mal?

Serafina.

Qué sé yo.

Rafaela.

Mira si es dentro del alma.

Serafina.

No, como el doliente soy
que el dolor tiene, y no sabe
adonde tiene el dolor.

Rafaela.

¿Señora, y esta academia
que has dispuesto para hoy,
á qué efecto?

Serafina.

Hoy cumple años
Matea, y con ocasion
de festejarla he dispuesto,
por disimular mejor
mi pena, y dar á entender

cuán poca es la estimacion
que hágo de uno y otro amante;
que uno y otro me olvidó.
Celebraré una academia,
donde el asunto peor
es mi asunto, que ha de ser
de mi disimulacion.
Y porque viendo mi ingenio,
quiero que el que se cegó
de mis ojos, y no quiso
penetrar la luz del Sol,
que adore el entendimiento,
pues la luz desperdició.

Rafaela

Y de esta regla cacida
verán tan nueva escepcion,
que siendo Matea, y tú
hermosa y ella no,
contra el uso habeis de ser
en la academia las dos,
fea ella, con ignorancia,
tú hermosa con discrecion.
Pero ella sale, señora,
á esta sala.

Serafina.

Yo me voy.

Rafaela.

Háblala por vida tuya,
y muy á lo socarron,
si te da lugar la pena,
haz burla de la eleccion
de sus amantes, y á ellos
la puedes hacer mayor,
porque sienta por agravio
el que tuvo por blason.

Serafina.

Bien me aconsejas, si pueden
risa y llanto con valor
calmar el llanto en tus ojos,
y herir la risa en la voz.

ESCENA II.

Dichas y Doña Matea.

Matea.

La música viene aquí,
todo prevenido está.

Serafina.

¿Enviaste á llamar ya
los académicos?

Matea.

Sí:
mis años has celebrado,
como tuyos.

Rafaela.

Y mejor.

Serafina.

Siempre te he tenido amor.

Matea.

Algo lo has disimulado.

Serafina.

Pero hoy te trae mi aficion
á quien te ama, hermana mia,
porque celebren tu dia
los que aman tu perfeccion.

Matea.

¿Perfeccion? no soy hermosa,
que el espejo no me engaña;
feliz sí.

Serafina.

¡Desde tamaña

te tuve por venturosa;
ninguno que te ama aquí
te ha llegado á merecer.

Matea.

Claro está; ¿que pueden ser
los que no te aman á ti?

Serafina.

Un podrido te ha querido,
y es ajar tu pundonor
que te ame.

Matea.

No es lo peor,
lo que le agrada á un podrido.

Serafina.

Busque un lugar el señor
montañes, muy ponderado
para el amor

Matea.

En mí ha hallado
un lugar para el amor.

Serafina.

Que te ama un contento, vi
que á todas quiere igualmente.
¿No es verdad?

Matea.

Y solamente
no se contenta de tí.

Serafina.

Si te aman á tí, es porque
mis desdenes han sentido,
todos á mí me han querido,
y á todos los desdeñé;
pero conmigo no ignoras
que son con malicia clara
traidores.

Matea

Muy cara á cara
te hablan para ser traidores.

Serafina.

Pero si yo los quisiera,
en que me amáran te funda.

Matea.

Siempre viste la segunda
desechos de la primera.

Serafina.

Tan aburrida estoy, sí,
que por no escucharte, intento
irme desde aquí

Matea

¿Al convento
que tenias para mí?

Serafina.

¿Y no estarás sin decencia,
pobre tú, y pobre tu amante
en religion mendicante?

Matea.

Yo quiero esta penitencia.

Serafina.

Si á responderme te pones
venceràsme, es cosa clara.

Matea.

¿Por qué?

Serafina

Porque tienes cara
de alcanzarme de razones. *Vase.*

Rafaela.

La hermosa solo merece
del amor el interés.

Matea.

No es hermosa la que lo es,

sino la que lo parece.

Sale Serafina.

Cansada de oirte estoy,
ruido en la antesala he oido,
entra á ver quien ha venido.

Rafaela.

Por medio la abre; yo voy.

ESCENA III.

Serafina, Matea y Jibaja.

Jibaja.

Años mil (si darlos puedo)
cumplais, Matea divina,
en vida de Serafina.

Matea.

Maldiciones, que la heredo.

Jibaja.

Y con finezas constantes,
que amor en tí vinculó,
goces casándote yo
el mejor de tus amantes.

Serafina.

No habla conmigo.

Matea.

En efeto,
¿no dirás á qué has venido?

Jibaja.

A la academia he traido
mis catorce de soneto.

Serafina.

¿Qué tal es?

Jibaja.

¡Gran pensamiento!

Matea.

La verdad, escrito á medias.

Jibaja.

¡Bueno! Yo hago las Comedias
que acaban en casamiento,
ya hago una.

Serafina.

¿Poeta eres?

Matea.

¿Buena traza?

Jibaja.

Singular.

Serafina.

¿Y cómo se ha de llamar?
dilo.

Jibaja.

Lo que son Mugeres.

Matea

¿Y tienesla ya acabada?

Jibaja

No.

Serafina.

Pues yo la iré leyendo.

Matea.

¿Qué tanto hay ¿

Jibaja.

Voy escribiendo
en la tercera jornada.

Serafina.

¿Qué figuras del tablado
son las que has introducido?

Jibaja

Un contento y un podrido,
un montañes y un menguado.

Serafina.

Serán papeles valientes.

Jibaja

Y ha de tener cada uno
su capricho.

Matea.

Uno por uno
son mis cuatro pretendientes.

Serafina.

¿Mugeres?

Jibaja

Una que adora
á cuantos viere y no viere,
y otra que á ninguno quiere.

Serafina.

¿Mi hermana y yo?

Jibaja.

Sí señora.

Serafina.

¿Silvárania?

Jibaja.

No lo sé,
como en el patio mandaren.

Matea.

¿Te enojarás si silvaren?

Jibaja.

¿Si lo merece, por qué?
Los que mas me han aplaudido,
que una y otra han vitoreado,
me miran cuando la he errado
como á Privado caido.
Si entro aplaudido aquel dia,
y no me habla bien Apolo,
dejáronme venir solo
la gente que me seguia.

Serafina.

Esa Comedia es segura;
al aplauso te prevén.

Jibaja.

La que á nadie quiere bien
ha de cansar, por figura.

Serafina.

Lo mas bien visto ha de ser.

Matea.

Ese capricho remedia

Jibaja.

Contándola la Comedia *ap.*
la digo mi parecer;
mas tengo trazado yá,
que aunque es entendida y bella,
ninguno la quiere á ella.

Serafina.

Eso es lo que ella querrá.

Jibaja

Pero he pensado tambien,
que el amante que la viere,
quiera á la que á todos quiere.

Serafina.

Eso quiere ella.

Matea.

Hace bien.

Serafina

La constante, yo he pensado,
que viendola sin amor,
ha de ser la que mejor,
parecerá en el tablado.

Matea.

La que ama con viva llama
es mas estraña muger,
al pueblo ha de parecer

mejor la que á todos ama.

Serafina

La facil no mas escusa.

Matea

A la constante condena.

Serafina

La facilidad no es buena.

Matea.

La constancia no se usa.

Serafina

Cuando á los fines esté.

Matea

Si á la traza conviniere
casa á la que nadie quiere.

Jibaja

¿Con quién?

Matea

Yo lo pensaré.

Serafina.

Á la que no supo amor
deja sin casar

Matea.

Sea ansi.

Serafina

Sea.

Jibaja

Silvaranme á mi
si la dejo sin casar.

Matea.

¿Pues qué trazas?

Jibaja.

Sin rezelos
de silvo, en su paso estraño,
trazo á la una el engaño,
y doy á la otra unos zelos,

y otros diferentes ramos
el patio celebrará.

ESCENA IV.

Dichos y una criada.

Criada.

Todos han venido ya
á la Academia.

Serafina.

Pues vamos.

Jibaja.

¿No es linda traza?

Serafina.

Estremada.

Jibaja.

¿Qué te parece?

Matea.

Famosa.

Serafina.

No seré yo la zelosa.

Matea.

No seré yo la burlada;
contenta estoy.

Serafina.

Muerta vivo.

Jibaja.

Voy á la academia.

Serafina.

Ven.

Jibaja.

Una academia hay tambien
en la comedia que escribo.

ESCENA V.

Decoracion de Salon.

Rafaela con una sobremesa.

Serafina

A esta sala han de venir,
y puesto que aqui ha de ser,
los bancos quiero poner,
y el recado de escribir;
pero sola no podré,
si no me ayudan á mí:
mas Jibaja viene allí,
á Jibaja llamaré.
Jibaja.

ESCENA VI.

Rafaela y Jibaja.

Jibaja.

¿Quién me ha llamado?

Rafaela.

Yo.

Jibaja.

¿Qué quieres?

Rafaela.

¿Qué ha de ser?
que me ayudes á tender...

Jibaja.

Habla presto.

Rafaela.

Aquel estrado.

Jibaja.

Quien tus prendas estimó,

justo es que á servirte acuda,
desde hoy he de ser tu ayuda,
pero de cámara no.

Rafaela.

Tiende esa alfombra.

Jibaja.

¿Trae todos? (*Tiendenla*

Rafaela

¿No es soberbia alfombra esta?

Jibaja

Antes de puro modesta
se deja pisar de todos.

Rafaela.

Tiende igual

Jibaja.

Si tenderé.

Rafaela.

El bufete.

Jibaja.

Mucho pesa. (*Ponele.*)

Rafaela.

Casame esta sobremesa
con el bufete

Jibaja.

Si haré. (*Tiendela.*)
pero el bufete se ensancha.

Rafaela.

Casale.

Jibaja

No le conviene,
que la sobremesa tiene
por un cuarto una gran mancha.

Rafaela

¿Pues el bufete quién es,
que desa mancha se enfada?

¿no es una bestia pesada,
que anda siempre en cuatro pies?

Jibaja.

Dices bien, no mire en nada,
casese, cuerpo de tal.

Rafaela.

Córtala.

Jibaja.

Pues ponla igual,
no sea corta y mal hechada.

Rafaela.

Pluma y tinta venga aquí.

Jibaja

Y los polvos vengan presto. (1)

Rafaela

Muchos hacen mangas desto.

Jibaja

¿De polvos de cartas?

Rafaela.

Si.

Jibaja.

Dime necedades hartas,
que escuchártelas me alegra,

Rafaela

¿Las mangas de lana negra,
no son de polvos de cartas?

Jibaja.

Poner los bancos enfrente.

Rafaela

Pardiez que ha de ser gran dia;

Jibaja.

¿No es esto de la poesía,
pues todo es cosa de viento?

---

(1) *Pónenlo todo.*

Rafaela.

Ya bien pueden empezar.

Jibaja.

Parlando están allá fuera.

Rafaela.

En tanto saber quisiera
yo cuando me he de casar,
¿no me lo ofreciste?

Jibaja.

Digo,
que á darte un novio me allano;
¿mas quiéresle de mi mano?

Rafaela.

Si.

Jibaja.

Pues casate conmigo.

Rafaela.

¿Juegas?

Jibaja.

Si, gracias á Dios.

Rafaela.

¿Gastas?

Jibaja.

A todo rozar.

Rafaela.

¿Viéneste tarde á acostar?

Jibaja.

A la una, ó á las dos.

Rafaela.

¿Callarás?

Jibaja.

¿Pues qué he de hacer?

Rafaela.

¿Verás?

Jibaja.

No veré, á fé mia.

Rafaela.

¿Y en casa estarás de dia?

Jibaja.

A las horas del comer.

Rafaela.

¿Vivirás muy confiado?

Jibaja

Y desconfiado tambien.

Rafaela

¿Y á mí me tratarás bien?

Jibaja

Como ande yo bien tratado.

Rafaela.

¿No me dejarás mandar?

Jibaja.

Mucho puede la razon.

Rafaela.

¿Irás á una comision?

Jibaja.

Si tú me la hicieres dar.

Rafaela

¿Sabrásme amar y querer?

Jibaja.

Cuando me toques á mí.

Rafaela

¿Estás firme en eso?

Jibaja.

Si.

Rafaela.

No te faltará muger.

Jibaja.

De tu ama saber quisiera
qué tahur de amor la agrada.

Roque.

Ella está ya tan picada,
que jugára con cualquiera.

Jibaja.

¿Picada está?

Rafaela.

¿No lo ves?

Jibaja

Pero la academia toda
viene ya.

Rafaela.

Esto y la boda
se quede para despues.

ESCENA VII.

Todos los Académicos y Músicos.

Músicos.

Hoy cumple quince años
Matea Divina,
pero solo con ellos
no es muy cumplida.

Música.

Está de los años,
yo no lo entiendo,
que aunque es bueno cumplirlos,
no lo es tenerlos.

Rafaela.

Por cortès no ha tenido,
sino por viejo,
al que anda con sus años
en cumplimientos.

Marcos.

¡Que se usen academias,
y que muy nécio, y confiado

de mis versitos, me venga
con mi locura en la mano.!

Serafina.

El fiscal sea Rafaela,
Matea á quien celebramos
presidirá, y yo he de hacer
oficio de secretario.

Rafaela.

La música á cada asunto,
que se lea, está trazado
que cante.

Matea.

Pero ha de ser
lo que se cante glosando
el mismo asunto.

Roque.

Está bien.

Jibaja.

Cada académico ha dado
una letra al mismo asunto
que trae.

Rafaela.

Ea no empezamos.

Pablo.

La oracion.

Jibaja.

¿A quién le toca?

Rafaela.

A la que preside.

Marcos.

Al caso:
y no haya oracion muy larga
de un grave sueño que al cabo
de una hora larga nos diga
mil disparates soñados.

Jibaja.

Es sueño con pesadilla.

Roque.

Hágase en lenguage claro,
proposicion de la fiesta.

Pablo.

Pues propositio est oratio.

Serafina.

A los años de Matea,
que cumpla felices años,
á milicia de las letras
en dia festivo os llamo.

Rafaela.

Diosele el primero asunto...
¿á quién se le dió?

Jibaja.

A Don Pablo,
y es, á que á Doña Matea
pida que elija de cuatro
que la quieren un sugeto.

Rafaela.

Pero se le ha ordenado,
que sea en cuatro redondillas,
y han de tener todas cuatro
los tres versos en romance,
y en latin el verso cuarto.

Jibaja.

En redondillas parece
que es dificil.

Gonzalo.

Para mancos.

Pablo.

Pues canten la siguidilla
que hice á mi Matea.

Roque.

Oigamos.

Música.

Mira que en la Corte
dicen algunos,
que por querer á cuatro
no eliges uno

Pablo.

Cuatro aspiran á tu mano,
pero en ninguno te empleas,
si hombre de valor deseas
diré arma, virumque cano.
Si yo no vengo á ser solo
á quien el premio se dé,
que no te quiero diré
sed nolendo dico volo
Piadoso tu desden mire
esta mi ardiente pasion,
abreme tu corazon,
si forte vis aperire.
Cuatro somos pues por Dios
que á uno solo el premio des,
que desengañes los tres,
te obcecramus audi nos.

Rafaela.

Dióselo el segundo asunto
de la academia á Don Marcos.

Matea.

A que en doce redondillas
nos diga, por no ser largo,
doce cosas solamente
de las que se pudre.

Gonzalo.

Es chasco.

Marcos.

Canten mi letra primero.

Serafina.

Famoso asunto

Rafaela.

Ajustado.

Música.

No estan todos
en la casa de los locos.

Marcos

Pódrome de lo siguiente:
porque este asunto escribí
á esta academia, de mí
me pudro primeramente.
Item mas, pudrir me debo
de que echen todos el mal
á quien por no tener sal
no ha echado sal en el huevo.
El que se teme del rayo
sin haberle hecho por qué,
¿para qué quiere que dé
en la casa de Tamayo?
Que el que en un lodo ó pantáno
cayó de torpe ó de ciego,
se levante, y vaya luego
á la nariz con la mano.
Que un relox compre un menguado,
y á todos ande despues
preguntando: ¿qué hora es?
para traerle ajustado.
Aquel, que sin resistillo,
con un servidor ha andado;
por reñir en colorado,
¿limpiase de lo amarillo?
Que se azote un majadero

no me cause pesadumbre;
¿pero que haya quien le alumbre
costándole su dinero?
Que ande un hidalgote añejo
con aire y hielo á porfia,
por los montes todo un dia
para coger un conejo...
Que haya puercos mentecatos,
que aunque sea de buen pelo,
ensucien un ferreruelo
por limpiar unos zapatos.
Y que ahorre el mosquetero
seis cuartos de su caudal,
y que se venga al corral
á silvarme su dinero.
Que por ruar un peinado
dia de Angel y San Blas,
alquile un coche, no mas
á estar seis horas parado.
Que envie un hombre á comprar,
un caballo á Andalucía,
y le preste el mismo dia
que llega para torear.
Que haya quien vaya á porfia
á los toros de Alcalá,
no mas de á pasar allí
dos noches malas y un dia.
Pues los músicos digan á coros.

Música.

No están todos
en la casa de los locos.

Matea.

Bien escrito está el asunto: en
el tercero se le ha dado
á Don Roque; es á que diga

ocho coplas, ponderando
porque no se le da nada
de todo.

Roque.

Empiecen cantando
los músicos mi letrilla.

Rafaela.

Es vieja.

Roque.

Pero es del caso;

Jibaja.

Ea, canten por vida mia
la letrilla.

Rafaela.

Ya cantamos.

Música.

Que se caiga la torre
de Valladolid,
como á mi no me coja,
que se me da á mi.

Roque.

Un disparate es morirse,
el pudrirse mas de mil:
luego el pudrirse es lo mesmo
que irse dejando morir.
Traiga ó no traiga mi dama
la pollera ó faldellin,
¿porqué la he de pedir cuenta
de lo que yo no la dí?
La fama que el abogado
tiene sin saber latin,
¿qué importa que la tenga
si no ha de abogar por mí?
Que un caballero novicio
salga á torear en Madrid,

pregunto: ¿rueda él
por entrambos, ó por sí?
Que no pague á los criados
un señor, ¿qué importa en fin,
si ha menester lo que tiene
para echallo por ahí?
¿Qué me importa que Don Diego,
Don Andrés ó Don Martin
no tengan para comer,
si lo gastan en vestir?
Hacerse uno caballero,
saberlo obrar y fingir,
¿qué le quita á mi solár,
si echa la culpa al del Cid?
La muger que me ha admitido,
aunque mire aqui y alli,
¿el favor que á mí me hace
porque se le he de reñir?
Pues los músicos vuelvan á decir:

Música.

Que se caiga la torre
de Valladolid, &c

Jibaja

Asi habian de ser todos
los hombres.

Matea.

Asunto cuarto,
que se le dió en seguidillas
doce al señor Don Gonzalo.
Esplique de qué manera
quiere á la dama.

Gonzalo.

Escuchadlo:
pero yo no he dado letra,
mas todo el coro muy claros

todos los últimos versos,
me los pespunto al canto.
Jesus, Maria, Jose,
seguidillas, ¿ digo algo?

Roque.

No hay mas que decir.

Gonzalo.

Principio
de la obra.

Jibaja.

Bien pensado.

Gonzalo.

La dama que yo adoro
quiero que tenga
una cara, que todos
digan bellezas

Música.

Una cara, &c.

Gonzalo.

Sea pequeña, ó grande,
me parece bien,
que á la larga ó la corta
la pienso querer.

Música

Que á la larga ó la corta, &c.

Gonzalo.

Aunque sea habladora,
tambien la quiero;
que la muger del chisme
me viene á cuento.

Música.

Que la muger, &c.

Gonzala.

Flaca no la quiero,
porque es vergüenza

tener un hombre dama
que haga flaquezas
Música.
Tener, &c.
Gonzalo.
A la gorda, es un tonto
quien no la adora,
vale lo que pesa
cualquiera gorda.
Música.
Vale, &c.
Gonzalo.
Pero fea, ó hermosa
no la despido,
que el quererlas á todas
cierto que ès vicio.
Música.
Pero fea, &c (*Repiten*).
Gonzalo
Fin de la obra En Madrid;
y lo firmo, Don Gonzalo.
Rafaela.
El quinto y último asunto.
Jibaja.
Quedo, que aunque no me han dado
asunto, traigo un soneto
de Don Juan el Valenciano,
que en juegos de la poesía
fue gran tahur de vocablos.
Rafaela.
Vaya el soneto
Marcos.
¿Y sin letra?
Jibaja
No, que á la letra le traigo.

A tus amantes (Ninfa vil) repástalos,
Y en regalada cama incasta acuéstalos,
Búscalos, enamóralos, recuestalos,
Pretendelos, escóndelos, y encástalos,
A todos castos en fervor descástalos;
A todos peros en tu cesta encéstalos,
Aunque no te molestes, tú moléstalos,
Aunque no te embanasten, tu embanástalos.
Por cuatro, ó cinco endrinas, Dina endrínalos.
En ocho, ó nueve cubas, Cuba, enmóstalos,
Con doce ó trece sustos, Dama, asústalos.
Llámalos, amoléstalos, inclínalos.
Abrásalos, enciéndelos, y tóstalos,
Enfráudalos, engáñalos, y embústalos.

Rafaela

El último y sesto asunto
manda que representando
Matea con Serafina,
hagan entrambas un lazo
de dos asuntos, pero ellas
los han de elegir entrambos.

Jiboja.

Metro, y asunto son libres.

Matea.

A obedecer me levanto,
y á representar mi asunto.

Serafina.

Yo, lo que se me ha ordenado
por la Academia, obedezco.

Matea

Mi asunto es este, escuchadlo:
á una dama que queria
cuantos via; pero cuando
se vé querida, aborrece
los mismos que antes ha amado.

Serafina.

Pues mi asunto es á una dama
que siempre aborreció cuantos
la quisieron; pero hoy quiere
solo porque la olvidaron.

Matea.

En décimas es mi asunto.

Serafina.

Tambien lo es el mio.

Rafaela.

Raros
asuntos.

Jiboja.

Pues cante el coro
lo mismo con que acabaron
la audiencia de los amantes.

Rafaela.

Y tanto á mí me ha agradado
el estrivillo, que todos
á mi ruego le estudiaron.

Música.

Si aborrecidas adoran,
si adoradas aborrecen,
lo que son Mugeres.

Matea.

Cuando á los hombres amaba
mi obstinacion y porfia,
no pensé que merecia
lo mismo que deseaba;
que como desconfiaba
de mis méritos, tambien
por tenerlos quise bien;
mas como veo mi error,
me desnudo del amor
por estrenar el desdén.

Serafina.

Cuando una y otra pasion
desechó mi voluntad,
lo hacia mi vanidad,
aun mas que mi inclinacion;
pero ¡ay, que mi presuncion
se llegó á desengañar!
al contrario debo obrar,
luego forzoso ha de ser
que yo busque á quien querer,
sino hallo á quien desdeñar.

Mateo.

Ya dentro del alma siento
mi dolencia remediada,
pues de un achaque de amada
creció un aborrecimiento:
la llama de aquel violento
fuego, está desvanecida,
convalecí de querida,
y sané de aborrecer,
sino vuelvo á recaer
en viéndome aborrecida.

Serafina.

Parece (si á mi dolor
junto mi desconfianza)
que es quien quiere mi venganza,
no quien se queja mi amor:
amo de ira, y cria el ardor
verme olvidar y ofender;
¿de ofendida he de querer?
¡ó amor errado, é impio!
¡que quiera yo por lo propio
que habia de aborrecer!

Pablo.

Pues declarambs tu mal.

Marcos.

Dinos tu odio tambien.

Serafina.

Quiero sin saber á quien.

Matea.

Yo aborrezco, y no sé á cual.

Pablo.

Yo no lo entiendo.

Gonzalo.

Ni yo.

Pablo.

Tales estremos no ví.

Marcos.

¿Amas de venganza?

Serafina.

Sí.

Roque.

¿Aborreces de odio?

Matea.

No.

Jibaja.

Serafina, y si supieras.
que todos cuatro te adoran,
que aman, suspiran y lloran,
por tu amor, ¿cuál eligieras?

Serafina.

Por vencer esta tirana
pasion, que arder no se vé,
á uno eligiera; mas sé
que tiene amor á mi hermana.

Matea

Desde que amada me ví
los empecé á aborrecer.

Jibaja.

Pues bien los puedes querer,

que no te quieren á tí,
solo á tí te aman de veras.

Matea.

Segun eso.

Jibaja.

Te han mentido

Serafina.

Luego era su amor....

Jibaja.

Fingido.

Jibaja.

¿Por qué?

Jibaja

Porque los quisieras.

Serafina.

No perder la ocasion quiero,
no se mude amor tirano.
Don Marcos, esta es mi mano.

Marcos.

Una palabra primero:
Serafina, aunque ahora das
esa mano á mi esperanza,
¿por qué me amas?

Serafina.

Por venganza;
¿Y tú?

Marcos

Por tema no mas.
Yo, porque en tus zelos vea
repetido tu dolor,
fingí que tenia amor
solo á tu hermana Matea.

Serafina.

¿Tú me has amado y servido?

Marcos.

Yo (aunque me arriesgue á quererte)
serví por solo vencerte.

Serafina.

¿Pues qué intentas? ya has vencido.

Marcos.

Que mas fina y mas constante
ames al que te quisiere,
que para mí no es quien quiere
de picada y no de amante.
Assi la ira mitigo
de tu obstinado desden,
y á tu vanidad tambien
te vengo á dar un castigo.
No es justo que quiera yo,
aunque seas tan hermosa,
una dama caprichosa,
que hoy quiere y mañana no.
¿Pues con qué seguridad
ha de gozar tu favor
el que sabe que es tu amor
hijo de tu vanidad?

Roque

Y yo, Serafina hermosa,
digo lo mismo por Dios

Gonzalo.

Pues la que no es para vos,
tampoco para mí es cosa.

Pablo.

Nec mihi.

Serafina.

A tí te he elegido,
Esteban.

Esteban

¡Eso me agrada!
¿pues cuándo fue una dejada

alhaja de un presumido?

Serafina.

Tú alcanzaste la victoria,
merecerás por constante.

Marcos.

Acordáreislo adelante,
para que tenga memoria.

Serafina.

Pues si son estos los hombres.

Marcos.

Pues si estas son las mugeres.

Jibaja.

Si esto es ser casamentero,
pues no hay quien se case adrede.

Serafina

Pues aman aborrecidos.

Marcos.

Pues queridas aborrecen.
Mugeres, lo que son hombres,
hombres, lo que son mugeres.

Matea

Para que escarmienten todas.

Marcos

Porque todos escarmienten.

Esteban.

Cante el uno y otro coro.

Jibaja.

Repitan una y mil veces.

Todos y Música.

Mugeres, lo que son hombres;
hombres, lo que son mugeres.

Jibaja

Y Don Francisco de Roxas
un vitor solo pretende,
porque escribió esta comedia
sin casamiento y sin muerte.

Lo que son mugeres.

Todos los caracteres de esta comedia son verdaderamente cómicos, y están bien contrastados y desenvueltos. Los principales son el de Serafina y el de Matea; la primera orgullosa, desabrida y desamorada, admite la propuesta del casamentero, y la presentacion de los cuatro novios, solo con el designio de divertirse, burlándose de ellos; la segunda manifiesta una propension decidida al matrimonio, y todos los hombres la agradan. El poéta, para dar á estos personages mayor interés, y justificar el título de la comedia, hace que Serafina, picada de que sus pretendientes dediquen sus obsequios á Matea, y soliciten su mano, manifieste su indignacion, y últimamente el deseo de casarse con cualquiera de ellos. Matea, á quien todos agradan al principio, los desprecia despues que la solicitan, y á ninguno quiere para esposo.

Esta combinacion está bien imaginada, y produce escenas muy graciosas y originales. Jibaja hace la descripcion de su oficio, la clasificacion de los novios, y los signos que les aplica para designar su caracter.

> Primeramente yo tengo
> una memoria en que escribo
> cuantos en San Sebastian
> son de fiesta y de domingo,
> los de la comedia nueva,
> los que sin pleito ni oficio
> en el patio de Palacio
> suelen estar de continuo:
> los del Prado, los de Atocha, &c.

La pintura que hace de los cuatro novios que propone á Serafina, es tambien graciosa y satírica.

Generalmente todas las escenas de la comedia abundan en sales cómicas. Véase el diálogo entre Serafina y Matea en la Escena VII del Segundo Acto, el de Jibaja con Rafaela en la VI del Tercero &c.

La accion es sencilla, y está bien conducida hasta el desenlace, que se verifica sin casamiento y sin muerte, como dice el poéta en el último verso

Se encuentran en esta pieza muchos rasgos satíricos de todas clases: entre ellos véase como se burla del lenguage afectado de los amantes:

Serafina.

Al caso, por vida mia;
que tengo ya los oidos
cansados de estar oyendo
de jazmin mil desvaríos,
mil vergüenzas de coral,
de nacar dos mil delirios,
y de aljófares y perlas,
mil sartas de desatinos.

ABRIR
EL OJO.

PERSONAS.

Don Clemente.
Don Julian.
Juan Martinez de Caniego.
Doña Clara.
Doña Beatriz.
Cartilla
Doña Hipólita.
Mari Chaves.
Mari Chispa.

La Escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Doña Hipólita.

Don Clemente y Doña Hipólita deteniéndole.

Clemente.

Déjame ir.

Hipólita.

¿A dónde vas?
¿que te quiera bien te enfada?

Clemente.

Si tú no fueras cansada
te quisiera un poco mas.

Hipólita.

¿Que te enojes de este modo,
porque á detenerte salgo?

Clemente.

Déjame á mi querer algo,
y no te lo quieras todo.

Hipólita.

Bien pagas un noble amor.

Clemente.

Porfía tu amor se llama.

Hipólita.

Porque ves que no soy dama
de coche y calle Mayor,
solo porque en mí no ves,
aunque me la dé cualquiera,
hoy sacar una pollera,

y mañana un guardapies:
y porque hurtes al sotillo
un verde, me salgo á dar,
ni me has visto ir á buscar
por San Marcos el trapillo,
ni me estimas ni me quieres,
nunca caricia te escucho;
pues adviertote que hay mucho
de mugeres á mugeres.
Ya yo entiendo tus desvelos,
ya sé qué es lo que te enfada,
no ver mi casa colgada
de muy ricos terciopelos.
Lo que hubieras estimado
hallar cuando entras aqui
una cama carmesí
con cortinas de brocado.
Ya yo sé que tú quisieras
ver mis manos muy brillantes
de sortijas de diamantes,
aunque tú no me las dieras.
En el Prado en el verano
tú oirás de buena gana,
¿quién va allí? Doña fulana,
¿y quién va alli? Don fulano.
Pues no hayas miedo, señor,
que á esto tu ruego me venza,
porque yo tengo vergüenza,
aunque ves que tengo amor.
Contigo soy desdichada,
y aunque en amar y querer
he obrado como muger,
he de parecer honrada.
Nombrarme quien me nombró,
esto examinarlo puedes,

Doña Hipólita Paredes,
pero la paredes no,
y es cosa muy desdichada
que yo me llegue á prendar
de su...

Clemente.

¿Quiereme dejar
señora muger honrada?
paso con ella una vida...

Hipólita.

Dila.

Clemente

Déjame, señora.

Hipólita.

¿Qué es?

Clemente.

Que entro aqui cada hora
y no hallo quien me lo impida.

Hipólita

Solo porque yo te quiero
esa falta me hallarás.

Clemente.

Item, otras faltas mas,
que eres muger de llavero.

Hipólita

¿Pues el llavero te enfada?
¡ó qué de faltas tenemos
las mugeres que queremos!
¿Es mejor una afeitada,
valentona de la yerba,
de las de bender y rajar,
que cuando se va á acostar
echa la cara en conserva?
¿Será mejor una bampona,
destas que traen con ruido

el talle muy bien prendido,
y muy suelta la persona?
¿Es mejor una deidad
de las que con riesgo tanto
la gloria traen en el manto,
y el humo en la voluntad?

Clemente.

¿Y es mejor, ya que te empeñas,
lograr muy vasto y grosero,
un embarazo casero,
que está durando por peñas?

Hipólita.

Mis requiebros siempre han sido
hijos de mi voluntad.

Clemente.

Y son por su antigüedad
de solar muy conocido.

Hipólita.

Tu grosera sinrazon
apasionada me deja,
porque yo soy tan vieja,
que...

Clemente.

Acabose, lagrimon (1).

Hipólita.

Siempre con ira y desgarro,
siempre desdenes, y fieros.

Clemente.

¿Quiere no hacerme pucheros,
que haré pedazos el barro?
déjame, no me atormentes.

Hipólita.

¡Ha ingrato! ¡ha traidor cruel!

(1) *Llora Hipólita.*

Clemente.

¿Qué te debo yo?

Hipólita.

Por él
no me hablan mis parientes,
y el Canónigo mi tio
ha sabido lo que pasa.

Clemente.

No entraré mas en su casa (1).

Hipólita

¿Vuelve acá Clemente mio?

Clemente.

Déjame salir de aquí.

Hipólita.

¿Que me pagues deste modo?

Clemente

¿Quieres que te diga todo
lo que haces conmigo?

Hipólita.

Di.

Clemente.

Doña Hipólita Paredes,
tú eres dama principal,
tu hermosura la que basta,
tu limpieza un poco mas;
pero como ha seis años
que te vengo á visitar,
es fuerza que esté cansado
un amor de tanta edad.
Tú quieres tan apretado,
que harás mal si no le das
ensanchas, para que no
rebiente tu voluntad.

---

(1) *Hace que se va*

el talle muy bien prendido,
y muy suelta la persona?
¿Es mejor una deidad
de las que con riesgo tanto
la gloria traen en el manto,
y el humo en la voluntad?

Clemente.

¿Y es mejor, ya que te empeñas,
lograr muy vasto y grosero,
un embarazo casero,
que está durando por peñas?

Hipólita.

Mis requiebros siempre han sido
hijos de mi voluntad.

Clemente.

Y son por su antigüedad
de solar muy conocido.

Hipólita.

Tu grosera sinrazon
apasionada me deja,
porque yo soy tan vieja,
que...

Clemente.

Acabóse, lagrimon (1).

Hipólita.

Siempre con ira y desgarro,
siempre desdenes, y fieros.

Clemente.

¿Quiere no hacerme pucheros,
que haré pedazos el barro?
déjame, no me atormentes.

Hipólita.

¡Ha ingrato! ¡ha traidor cruel!

---

(1) *Llora Hipólita.*

¿muger honrada, qué quieres
de mi? ¿no me dejarás,
que yo te vaya queriendo
á mi paso natural?

Hipólita.

Yo bien quisiera templarme,
mas no me puedo templar.

Clemente.

¿No me darás unos zelos?

Hipólita.

Muy fácil cosa será
pero sobre tanto es
añadirme otro pesar,
que la muger que picada
solicita otro galán,
por vengarse de su amante,
se venga de sí no mas

Clemente.

Dice bien, pero procura ...

ESCENA II.

Dichos y Cartilla.

Cartilla.

Tu padre te envia á llamar.

Clemente.

¿Qué me quiere?

Cartilla.

¿Qué sé yo?

Hipólita.

Vayase que aguardará
la dichosa que le goza,
y despues no habrá lugar.

Clemente.

Lleve el diablo la dichosa,

Cartilla.

Y llévame barrabás,
si su padre no le busca.

Hipólita.

Pícaro si llevará,
¿vos sois quien...?

Cartilla.

Yo soy, señora,
un criado principal,
y yo no voy con mi amo
á esas danzas jamás.

Hipólita.

¿Pues se vá solo tu amo?

Clemente.

Muger quiéresme dejar,
que se usen obligaciones.

Hipólita.

Pues mira, aquí te has de estar,
y ha de ir contigo Andreilla,
á ver si á tu casa vas.

Clemente.

Aquí he de estarme contigo;
yo no he de irme.

Cartilla

Hará muy mal:
quiero ver si hablarle puedo. (*Llégase.*)
yo me llego.

Hipólita.

¿A dónde vais,
secretario del señor
don Clemente?

Cartilla.

Escribo mal,
doña Clara se ha mudado, *ap.*
y á mí me importa avisar,

que luego la vaya á ver,
que hay tiempo.

Clemente.

Porfiada estás.

Cartilla.

¿De esta manera ha de ser? (1)

Hipólita.

¿Qué es eso, alcahuete, estais
acatarrado, ó es seña?
ea ¿qué toseis? hablad.

Cartilla.

No es cosa estraña la tuya,
que aun no puede un hombre estar
acatarrado.

Hipólita.

Mas clara
teneis la voz que un cristal,
y os fingís malo del pecho.

Cartilla.

Por Dios, que le he de avisar, *ap.*
que doña Clara le espera,
contando mi enfermedad.
Señora, escúchame: clara
tengo la voz, es verdad,
espera, y te contaré (*Recio*).
mi catarro de pe á pa,
vamos presto al como fué:
Señora mia, sabrás,
que se ha mudado á otra casa
mi comer y mi cenar,
como mi amo no dá vino,
y es agua cuanto me dá,
en la calle de las Huertas

(1) *Tose Cartilla.*

vive uno y otro quejar.
El cuarto bajo es muy bueno,
mas como tiene humedad,
me hace mal al pecho lo que
á la garganta no hará.
Clara está aguardando á ver
si tú quieres esterar
á mi estómago, que es
todo el cuarto principal.
Clara espera, Clara aguarda,
clara mi garganta está,
y si tú quieres que Clara
no se venga á catarrar.
remedia esta tos que tengo,
pues te hablo con claridad.

Hipólita.

¿No sabeis que he reparado,
que en diez palabras no mas
habeis dicho treinta Claras?

Clemente.

Yo apuesto que dirás ya,
que hablaba de alguna Clara.

Hipólita

No te quiero violentar,
vé á saber lo que tu padre
quiere ¿cuándo volverás? *Tocan puertas.*

Clemente.

A las diez

Hipólita

Como á las doce.

Clemente

¿Quiéres que te quiera mas?

Hipólita.

Si.

Clemente.

Pues déjame quererte.

Hipólita.

Yo voy fuera.

Clemente.

¿ Adonde irás ?

Hipólita

Al Prado, que hoy tengo un coche.

Clemente

Eso si, salte á espaciar.

Hipólita

¿ No preguntas quien me ha dado
el coche ?

Clemente.

Sé tu lealtad.

Hipólita

¿ Y sino te pido zelos,
es cierto que me querrás ?

Clemente

Hoy te quiero con pedirlos.

Hipolita

Pues de hoy mas no te he de hablar
mas en mis zelos, Clemente.

Clemente.

Con eso me obligarás.

Hipólita.

Veamos como obras conmigo.

Clemente

Tendré amor, y tendrás paz.

Hipólita.

De hierro seré en sufrirte.

Clemente.

Yo te atraheré con iman.

Hipólita

Otra muger has de verme.

Clemente.

Asi me aprisionarás.

Hipólita

Pues vé á ver esa señora,
y vuelvete luego.

Cartilla.

Zas.

ESCENA III.

DECORACION DE CALLE.

Clemente y Cartilla.

Clemente.

¿Qué me quiere esta muger,
Cartilla amigo?

Cartilla.

Querrá.

Clemente

Sal presto de la antesala.

Cartilla.

Ya estamos en el zaguan.

Clemente

Y ya en la calle, volvamos
la esquina, que llamará:
¿no creerás que abochornado salgo?

Cartilla.

Señor, tú haces mal,
estas damas del zapato
alpargatado jemal,
no tenerlas, y tenerlas
para descansar no mas.

Clemente.

Yo la tengo obligacion,
en mi prision no vi entrar
otro amigo ni pariente;

dime ¿en una enfermedad
que no me asistió mi padre,
gastóse solo un real
que ella no enviase, fuera
del asistirme?

Cartilla

Es verdad,
y desde esta calle, que es
la calle del Carmen, irás
á la cárcel, si estás preso,
si retraido, á San Blas.

Clemente

En fin, se mudó mi Clara.

Cartilla.

Faltábala por cursar
de la calle de las Huertas
la docta universidad.

Clemente

¿Sabes porqué se ha mudado? (1)

Cartilla.

Persígnela un Don Julian
de la Mata.

Clemente.

¿Qué me dices?

Cartilla.

Aquel que en la Trinidad
te dió el domingo pasado
el grande chasco de hablar.

Clemente.

Porque dije que hacia versos,
me dió con un madrigal
de versos; porque hablé
de toros, habló en torear

(1) *Anden por el tablado.*

tanto, que me dió en la nuca
de no escucharle jamás.

Cartilla.

El habla á turbiones, pasa
ese arroyo pian pian,
que de la Puerta del Sol,
es el verdinegro mar,
¡que aquí ponga el Sol su puerta,
siendo tan limpio!

Clemente.

Hay veras.

Cartilla.

Y por gran novedad suele
decir la gente vulgar,
que á donde no está muy limpio,
es adonde el Sol no dá.

Clemente.

Esta es la Carrera, andemos.

Cartilla.

Y mi calle, voto á san.

Clemente.

¿Por qué?

Cartilla.

Porque cuando riño
aqui vengo yo á parar.

Clemente.

¿Oyes, el cuarto de Clara
es bueno?

Cartilla.

Cuarto será
de cien ducados, y es bajo.

Clemente.

¿Y dime tú quien habrá
pagado el medio año?

Cartilla.

Por Dios linda necedad,
como no le pagues tú,
mas que lo pague el Soldan:
tú eres el del gusto agora,
no vais á preguntar
quien le ha pagado, ó quien no,
porque te responderán,
que no le han pagado y luego
te le harán á ti pagar.

Clemente.

Particular aficion
debo á Doña Clara ya.

Cartilla.

¡Oh! la Clarilla es muger
de mucho particular.

Clemente.

Esta es la calle del Lobo.

Cartilla.

Desde que te sirvo há
que no he tomado esta calle.

Clemente

No ha habido necesidad.

Cartilla.

Antes si yo no la tomo
ha sido porque la hay.

Clemente.

¿Son estos los trucos?

Cartilla.

Sí,
donde judio que entra á jugar
con el mozo de los trucos,
y otros logreros que hay,
aunque armado de mil conchas
entra en guerra, sale en paz.

Clemente.

¿En qué parte de la calle
es la casa?

Cartilla.

Es mas allá
de la casa de dos puertas
cuatro casas.

Clemente.

Cerca está
de la casa de Beatriz,
la que se quiso casar
conmigo, y me puso un pleyto.

Cartilla.

Y no fue de nulidad,
pues en esa misma casa
vive Clara, importará
para que no puedas ir
á verla.

Clemente

Ha un año que está
en un Convento, y yo tengo
de uno y otro tribunal
del señor Nuncio y Vicario
dos autos conformes ya,
agora ha apelado á Roma.

Cartilla.

Luego á Rota apelará.

Clemente

Estese allá en el Convento,
y ande el pleyto (1).

Cartilla.

Dado has con todo en tierra.

---

(1) *Mira adentro.*

Clemente.

¿Qué dices?

Cartilla.

Que el diablo y Don Julian;
volvámonos que ha de vernos.

Clemente.

Anda apriesa.

Cartilla.

No hay que andar
que nos ha visto, y se viene
tras nosotros.

Clemente.

Di, ¿qué hará
en esta esquina?

Cartilla.

A estorbarnos
habrá venido no mas.

Clemente.

Anda aprisa.

ESCENA IV.

Dichos y Don Julian.

Julian.

Ah, mi señor Don Clemente.

Cartilla.

Oir y andar.

Julian.

Ah, Don Clemente.

Clemente.

¿Quién llama? *Vuelve.*

Julian.

Yo soy.

Clemente.

Señor Don Julian.

Julian.

Amigo.

Clemente.

Soy muy vuestro.

Julian.

Abrazadme, ¿cómo estais? *Abrazale.*

Cartilla

Aun no le ha hablado dos veces
y ya le quiere abrazar.

Clemente.

¿Qué haceis en aquestos barrios?

Julian.

Sabed que he visto pasar
un carro lleno de ropa
de Doña Clara Guzman,
una dama á quien yo estimo,
y ella no me quiere mal:
y sobre unos zelos mios,
por hacerme este pesar,
trataria de mudarse,
y hallando junto al corral
de las comedias un corro
de amigos púseme á hablar,
y háseme perdido el carro
en la esquina.

Clemente.

Si es verdad *ap.*
que le quiere Doña Clara,
hoy mi venganza verá;
Clara á Don Julian estima:
pues agora ¿qué esperais,
si ya se ha desaparecido
el carro?

Julian.

Que ha de pasar.

cuando vuelva de vacío;
y cualquiera ganapan
de los que mudan la ropa
donde viven me dirá.

Clemente.

Si, no es suyo carro y ropa.

Julian.

Yo bien puedo asegurar
que ví un estrado y alfombra
con seis sillas de nogal,
y baqueta de Moscovia,
que hecha la cuenta me están
en tres mil reales de plata,
que en vellon son cuatro y mas.

Clemente.

¿Quiéreos mucho la tal Clara?

Cartilla.

Damas de esta calidad,
del capricho y del buen gusto,
nunca quieren al que da.

Clemente.

Mucho el sacelle me importa *ap.*
desta calle.

Julian.

¿Y dónde vais
por estos barrios?

Clemente.

Yo voy
al mentidero á ensayar
un amigo.

Julian.

Voy allá,
que en mi vida he visto ensayo.

Clemente.

Venid conmigo.

*

Julian.

Guiad.

Cartilla.

Ya le sacó de la calle *ap.*
mi amo, mucho importará
que este hombre nos deje luego:
¿Cómo le podré engañar?
el carro vuelve vacío (1),
no le podrá ver pasar,
si me pongo desta suerte;
aprisa que es tarde ya,
y empezarán el ensayo:
pasó el carro.

Clemente.

Bien está,
¿qué haré para que me deje?

Cartilla.

Ansi vamos á cobrar
los tres mil reales: señor.

Clemente.

¿Qué hora es?

Cartilla.

Once darán.

Clemente.

Pues dejó el ensayo: á Dios
amigo mio.

Julian.

Aguardad,
que yo iré con vos.

Clemente.

Es lejos.

Julian.

¿Y qué tan lejos será?

---

(1) *Mira adentro.*

que luego la vaya á ver,
que hay tiempo.

Clemente.

Porfiada estás.

Cartilla.

¿De esta manera ha de ser? (1)

Hipólita.

¿Qué es eso, alcahuete, estais
acatarrado, ó es seña?
ea, ¿qué toseis? hablad.

Cartilla.

No es cosa estraña la tuya,
que aun no puede un hombre estar
acatarrado.

Hipólita.

Mas clara
teneis la voz que un cristal,
y os fingía malo del pecho.

Cartilla.

Por Dios, que le he de avisar, *ap.*
que doña Clara le espera,
contando mi enfermedad.
Señora, escúchame: clara
tengo la voz, es verdad,
espera, y te contaré (*Recio*).
mi catarro de pe á pa,
vamos presto al como fué:
Señora mia, sabrás,
que se ha mudado á otra casa
mi comer y mi cenar,
como mi amo no dá vino,
y es agua cuanto me dá,
en la calle de las Huertas

(1) *Tose Cartilla.*

Julian.

Guiad.

Cartilla.

Ya le sacó de la calle *ap.*
mi amo, mucho importará
que este hombre nos deje luego;
¿Cómo le podré engañar?
el carro vuelve vacío (1),
no le podrá ver pasar,
si me pongo desta suerte;
aprisa que es tarde ya,
y empezarán el ensayo:
pasó el carro.

Clemente.

Bien está,
¿qué haré para que me deje?

Cartilla.

Ansi vamos á cobrar
los tres mil reales: señor.

Clemente.

¿Qué hora es?

Cartilla.

Once darán.

Clemente.

Pues dejo el ensayo: á Dios
amigo mio.

Julian.

Aguardad,
que yo iré con vos.

Clemente.

Es lejos,

Julian.

¿Y qué tan lejos será?

---

(1) *Mira adentro.*

Clemente.

Junto al Rastro.

Julian.

Pues yo tengo
un poco que hacer allá.

Clemente.

Vamos por unos dineros.

Cartilla.

Pues por Dios que real á real
he de contar los tres mil,
(desta manera se irá) *ap.*
no he de tomarlos á peso.

Julian

Yo te ayudaré á contar.

Cartilla.

Ya escampa.

Clemente.

Cielos, ¿qué haré?

Cartilla.

Y de paso comprarás
las treinta arrobas de lana.

Julian.

¿Oid? á mí me la darán
cuatro reales por arroba
menos que á otró

Cartilla.

Hay tal por fiar.

Clemente

Ansi vamos al entierro
de Don Cárlos á San Juan,
que para ir por el dinero
á la tarde habrá lugar;
que debo mucho á su casa:
con esto sé que ha de dar. *ap.*

ESCENA V.

Sala en casa de Doña Clara.

Marichaves y Doña Clara, Marichispa de dueña.

Clara.

Marichaves

Marichaves.

Mi señora.

Clara.

Recado para labrar.

Marichaves.

Deja primero mudar
todos los trastos agora.

Clara.

Dame la arquilla.

Marichaves.

Repara,
que aunque dá mucho que hacer,
mudate.

Clara.

Yo he menester
mudar primero la cara.
Ea, quiérome lavar,
que tengo el rostro perdido
del polvo.

Marichaves.

Aun no te han traido
la botica del tocar.

Clara.

Tarde es

Marichaves.

¿Dormiste tan bien
como en la otra casa?

Clara.

Erros,
yo solo me hallo mejor
cuando me mudo

Marichaves.

Haces bien.

Clara.

Poqquisima gente pasa
por esta calle.

Marichaves.

¿ En qué has dado ?
¿ oyes, ¿ tienes ya pagado
el dinero de la casa ?

Clara.

Don Sebastian me envió
los cinquenta del medio año.

Marichaves.

Capricho tienes estraño,
dime cuantos han de ser
los que admite tu aficion:
¿dime la verdad, señora ?

Clara.

Cuatro son no mas agora
los que asisten.

Marichaves.

Pocos son,
que tu sepas entenderte
con quatro, es lo que yo estraño.

Clara.

Pues vés, á ninguno engaño.

Marachaves.

Dime el como

Clara.

Desta suerte :
Muchos son, amiga mia,

los piratas y corsarios
que en corso de mi belleza
surcan el golfo del Prado.
Apenas del puerto mio
las dos áncoras levanto,
y la nao de mi hermosura
se pone en vergas en alto,
cuando cercando mi coche,
que es mi nao, á un tiempo hallo
que hacen señal que me rinda
las naves de pie de palo.
La armada de España allí
dispara por los costados,
verlos que me dan asombro,
y no me dan sobresalto.
Mas como saben que soy
nave zorrera, disparo
un pido, con que echo á fondo
á un tiempo todas las naos.
Y si algun navio rindo,
me le llevo remolcando
á la isla confitería
en el golfo de Lepanto.
Si algun corsario perdido,
de aquellos que yo he robado,
se quiere abrigar conmigo,
de mi bandera la aparto;
que el grande golfo de Avido,
solo es para los Leandros.
Si algun bergantin encuentro
de vergantes y taimados,
que á vela y remo procuran
darme caza, me adelanto
hácia la playa Viteli,
adonde al piloto llamo,

y digo: ¿hay bajos aquí?
¿seguiré en este playazo?
bajos hay, responden luego;
pero con estos corsarios
no pueden sondar la playa,
peligro luego en los bajos.

Marichaves.

¿Quiénes á señoras?

Clara.

Sí;
pero, yo les he cobrado
un miedo como un amor,
que me causan sobresaltos.

Marichaves.

¿Quién son estos que hoy admites?

Clara.

Ya te he dicho que son cuatro,
llamo á los cuatro estos nombres:

Marichaves.

Dilos.

Clara.

Son nombres estraños:
Cisneris, Cominarata,
Cis, y Chapeton barbado.
Cisneris llamo al del gusto,
este es á quien quiero y amo,
que es un hijo de familias,
Don Clemente de Montalvo,
aquel que gasta conmigo
tanto en plata como en cuartos.
Cominaratas es un hombre
que cuando busco prestado
sobre prenda, lo trae luego;
y en dos pleitos que ahora traigo
es mi agente, y él me busca

casa, si mudarme trato.
Para esto tengo un Francisco
de Pantoja, un hombre honrado,
que en Talavera no habrá
hombre de tan lindo barro.
Cismi, tercero galan,
le llamó el galan del gasto,
que en cuartos me contribuye
estipendio cotidiano.
Este es (ya tú le conoces)
cierto regidor de Almagro,
Juan Martinez de Caniego,
con quien ahora afianzo
mi comida, porque es este
lego, llano y abonado.
Tengo un personage grave,
pretendiente y espetado,
que paga la casa y presta
el coche de cuando en cuando,
que se deja ver por meses,
y me regala por años
Y este á quien no llamo nunca,
llamo Chapeton barbado,
sin otros amantes muchos,
que si llegan al reclamo
de mi pico, astutamente
les hago dar en el lazo.
Verbi-gracia, Don Julian,
que ante ayer me dió este estrado,
y esas seis sillas que ves;
y desde entonces le llamo
el tonto de terciopelo,
sobre ser tonto aforrado
en baqueta de Moscovia.

Marichaves.

¿Y ese regidor de Almagro,
cuanto te dá cada dia?

Clara.

No me preguntes el cuanto.

Marichaves.

A mí sé que me dá un pan.

Clara.

Y á mí me dá un ordinario
que basta para el nocturno
y el meridiano paso.

Marichaves.

¿Quiéresle?

Clara.

No, porque gasta.

Marichaves.

¿Y de mas á mes, no dá algo?

Clara.

Ay, que es la quinta miseria,
y es verdad, hoy me ha contado
un ama que tiene en casa,
que come un pastel de á cuarto
á mediodia, y por la noche
un poco de pan tostado:
no enciende luz en su casa,
antes dice que á otro cuarto
de un vecino suyo ha hecho
agujero con un clavo,
y con sola la luz que entra
por aquel sútil espacio,
hace todo cuanto es
en la casa necesario.
El tiene mucho dinero,
doblones tiene encerrados,
que no los vé Sol ni Luna,

el ama los vió de paso,
y dió por señas que estaban
amarillos.

Marichaves.

No me espanto;
que como no salen fuera,
deben de estar opilados:
¿que admitas un miserable?

Clara.

Oye este consejo:

Marichaves.

Al caso.

Clara.

Mejor es un miserable
que tenga y no quiera dar,
que no aunque lo quiera dar
si no lo tiene el que es franco;
que aquel puede dar si quiere,
ó de fino, ó de obligado,
y este obligado ni fino
no dará sin poder darlo:
déjame tú á mí, que yo...
pero á la puerta han llamado. *Llaman.*
¿Quién es?

Dentro Clemente.

Yo soy.

Clara.

Don Clemente.

Clemente.

Doña Clara.

Clara.

Dueño amado,
cierra esa puerta.

Marichaves.

Ya cierro.

Clara.

Llega, llégate á mis brazos,
dos dias ha que no te veo,
dueño mio.

Clemente.

Cierra el labio,
traidora, que ya encontré
mi sospecha con tu engaño.

Clara.

¿Qué dices?

Clemente.

Que Don Julian
(dueño mio tirano)
es quien te cuesta mas penas,
que yo te debo cuidados;
es quien te merece fina,
y el que agora me ha contado
que por celos, ¿celos tienes?
á esta calle, ó para cuando
son las venganzas, si agora
en la queja me embarazo,
te mudaste di, ¿qué importa,
dueño mio soberano,
si es Don Julian tu elegido
que yo sea tu llamado?
Ya sé que amando tus soles,
cuyas luces idolatro,
abogado de su pena,
dice su amor en estrados,
tú lo quieres y él lo dice.

Clara.

Señor Don Clemente, paso,
¿de cuándo acá vos celoso?
¿vos de cuándo acá indignado
conmigo, sabiendo vos

que en el amor de acá bajo
nunca puede pedir zelos
quien no los pide sobre algo?
pobrecito y muy zeloso,
¿vos pensais que yo no valgo
mas de aquello que yo os cuesto?
á noramala templaos;
y miraos de amor, tomad
lo que os dieren de barato:
cuando estais fino conmigo
soleis decirme muy falso,
¡diosa mia! si pensais
que soy diosa es grande engaño,
que animal soy racional,
y yo cómo, visto y calzó.
¿Traidora á mi, señor mio?
¿pues por qué no haces reparo,
que en vez de haberos vendido
soy yo la que os he comprado?
muy aprisa me zelais;
y á espacio me amais; trocaldo,
quererme algo mas aprisa,
y zeladme mas despacio!
Zelos con grillos, zelos
al tono mismo del gasto,
¿ya echa por medio tan presto
quien ha de echar por un lado?
No, mi señor Don Clemente,
dejad los zelos, seamos
amigos como primero.
un tiempo apacible y manso,
yo os vi hacer que no mirábais,
y hoy veis mucho, no veais tanto
si quereis.

Clemente.

El arroyuelo
que descendió del peñasco
en fácil quiebra se estanca,
ya poco á poco cobrando
caudal de plata, y despues
de seis auroras al plazo
trincheras rompe de arenas,
y cristalino soldado,
por el prado, por el monte,
lleva las flores á saco,
con tibias luces la Luna
empieza, trémulo astro,
á escribir en la corona
del monte confuso el rayo,
la estrella borró su luz:
crece luego, y crece tanto,
que zelosa de las luces,
de estrella vecina al rasgo,
lunar va dejando obscuros,
renglones que leyó claros.
Yo, á imitacion de los dos,
te adoraba tan templado,
que no pensé que tu amor
me costára un sobresalto.
No habia creido mi amor;
pero como voy cobrando

Clara.

Como la Luna mas luz,
borrar hoy he procurado
estos que en el cielo mio
quieren parecer tus astros.
Y como arroyo mi amor
tambien se va despeñando,
porque se han dado caudal

las crecientes de mi llanto,
que no quiere, que no tiene
zelos, si hay en qué fundallos,
ni se estrechan bien dos almas,
sino se asegura un lazo.

Clara.

Don Julian, de quien recelas,
no me debe un agasajo,
antes para despedirle
le pedí para un estrado,
que este es para los que casan
el ordinario despacho;
y él me trujo este que ves,
hasta que agora no hallando
modo para que me deje
mudé casa y mudé barrio,
y aun temo que me halle aqui.

Clemente.

* Eso no te dé cuidado,
que ahora ácia Fuencarral
va siguiendo á mi criado:
y pienso que he de llevarle
de Fuencarral á Palacio,
yo me escondí en un zaguan.

Sale Marichaves.

Doña Beatriz de Bolaños,
que es la dueña de la casa,
baja á verte

Clara.

Qué temprano
ha tomado la visita
la casera.

Clemente.

¡Qué he escuchado! ap.
vive el cielo que ha salido

del Convento, y que si aguardo
á que baje y me halle aqui,
recelo....

Clara.

¿Qué te has turbado?
conoces á Beatríz, dí?

Clemente.

No, por tu vida, aquí espero.

Clara.

¿Dí, ¿qué quieres hacer?

Clemente.

Quiero
esconderme agora aquí,
que hallarme aquí no es razon,
ni es á tu fama decente.

Clara.

Quién le mete á Don Clemente,
en mirar por mi opinion.

Clemente.

Yo me escondo.

Clara.

¿Dónde vás
Don Clemente? espera.

Clemente.

¿Dí,
quién ha de mirar por tí,
sino quien te quiere mas?
yo me escondo.

Clara.

Advierta, que
el pesar me tiene muda.
Este conoce sin duda
á Doña Beatriz, ¿qué haré?
¡ó vil sospecha enemiga.

que á mi dolor atropella?
Beatriz.

ESCENA VI.

Doña Clara y Beatriz.

Beatriz.
Doña Clara bella.
Clara.
¿Quereis sentaros?
Beatriz.
No amiga.
Clara.
Sentaos; haced lo que os ruego
por la vuestra y por mi vida.
Beatriz.
A daros la bienvenida
vengo no mas, y á irme luego:
no he visto hermosura igual:
Clara.
Poco estimais á la vuestra.
Beatriz.
Esta es la llave maestra
deste cuarto principal.
Clara.
Que ni un remedio no halle
para saberlo mas bien.
Beatriz
Esta es la llave tambien
del postigo de la calle,
mandad á vuestra criada,
pues ya vuestra virtud sé,
que antes de la noche esté
toda la casa cerrada:
mi opinion estimo mas.

que cuanto darmé podeis!

Clara.

En mi casa no vereis
un hombre solo jamás.

Beatris.

Mucho por eso os estimo.

Clara.

Yo soy la que en esto gano.

Beatris

¿ Nadie os visita?

Clara.

Mi hermano
no mas, y tal vez mi primo.

Beatris

Vos sois en todo un milagro,
claros es justo este nombre.

Clara.

Ansi tambien un hombre.

Beatriz

¿ Quién?

Clara.

Un Regidor de Almagro,
no hay mas entrante y saliente
que este, que es un hombre llano,
tres amigos de mi hermano
y otro hidalgo, que es mi agente;

Beatriz.

Muchos son ya, Clara bella.

Clara.

A saber mis zelos voy, *ap.*
¿ qué estado?

Beatris.

Doncella soy.

Clara.

Cara teneis de doncella,

y me dijeron de vos,
que un don ...

Beatris.

Bien podeis hablar.

Clara.

Madrid, maldito lugar,
¡qué lenguas! fuego de Dios.

Beatris.

Hablad, lo que fuere sea.

Clara.

Que un don Clemente ¿de qué?
de Montalvo, os galantea.

Beatris.

Volver por mi opinion quiero, *ap.*
que le adoro callaré;
ansi amigo ya yo sé
quien es, es un majadero,
que ha dado en no me dejar,
yo no sé que ha visto en mí,
(del me he de vengar ansi.) *ap.*
y aun no quiere escarmentar
en mi condicion cruel.

Clara.

¡Ved qué lenguas hay aqui!
y me dijeron á mí,
que os moriades por él.

Beatris

¿Dama que le quiera bien
lo dirá?

Clara.

Errada estás.

Beatris.

Esta vez quiero no mas
aprovechar el desden,
él es quien me tiene amor,

y asi advertid, doña Clara,

Clara.

Miren aqui de qué cara
se enamoró aquel traidor.

Beatriz.

Que si mas amante, y ciego
á decir se descomide....

Sale Marichabes.

Licencia para entrar pide
Juan Martinez de Caniego.

Clara.

Dile que entre.

Beatriz.

Esto ha de ser,
Hoy me he de vengar ansi,

Clara.

¿ Qué haya quien me logre á mi,
y procura otra muger!
¡ ó ingrato, falso!

Beatriz.

¡ O traidor!
Tomar la venganza espero,
¿ quién es este cavallero!

Clara.

El que os dije, el Regidor,

Beatriz.

Pues voyme

Clara.

¿ Cómo resisto
dos penas, tormentos dos?

Beatriz.

A Dios doña Clara.

Clara.

A Dios.

Vive amor.

ESCENA VII.

Doña Beatriz y Juan Martinez de Caniego.

Juan

Loado sea Cristo.

Clara.

Juan Martinez, mi señor,
agora, viven los Cielos,
con zelos me he de vengar:
¿qué os parece el cuarto?

Juan.

Bueno. (1)

Clemente.

¿Qué hombre de antaño es aquel
que ha entrado en visita?

Juan.

Cierto
que me parece este cuarto
muy bien.

Marichaves

Es porque es estrecho.

Juan

¿Cuánto os cuesta, doña Clara?

Clara.

Cuesta cien ducados.

Juan.

Fuego;
tasale en pasando el año,
y trampear antes el medio.

Clara.

Tasar la casa, es de gente
sin palabra.

(1) *Al paño Don Clemente.*

Juan.

Bueno es eso,
pues yo he tasado una casa,
y de un año me volvieron
cien reales, siendo no mas
el alquiler de trecientos,
y ahora otra nueva demanda
tengo puesta á mi casero.

Clara.

¿Qué es?

Juan.

El me arrendó la casa
para vivirla, y yo he hecho
cuenta del tiempo que he estado
fuera de casa, pues quiero
que el tiempo que yo estoy fuera,
no se me cuente aquel tiempo,
que yo no vivo en la casa,
sino es cuando vivo dentro.

Clara.

Y otra demanda tambien
le puedes poner.

Juan.

Di presto.

Clara.

El te alquiló chimenea
para que guises.

Juan.

Eso es cierto.

Clara.

Pues si no te sirves de ella,
haz que te vuelvan el precio
que vale la chimenea
por un año.

Juan.

Has dado en ello:
¿cuántas piezas tiene?

Clemente.

Cinco.

Marichaves.

Y seis con él.

Juan.

Me contento
con ser pieza en esta casa,
por serlo de este tablero.

Marichaves.

¡Ay que juego del vocablo,
que donosura!

Juan.

Y yo pienso
que nadie podrá soplarme
la dama como yo juego.

Marichaves.

Si come la dama, nadie
te la soplará.

Juan.

Por eso.

Clara.

Juan Martinez de mi vida.

Clemente.

Lindo nombre de requiebros.

Clara.

Cuando no fuera tu talle,
tu divino entendimiento
prendiera los corazones:
qué arte, qué talle, qué aseo,
pues luego no es fino amante,
no es valiente, no es atento,
y luego no es generoso.

Juan

Eso es lo peor que tengo.

Clara.

Señor mio no gastar,
y saber un hombre cuerdo
guardar un cuarto, si importa.

Juan

Luego dará este consejo
una taimada: ¿que quiera
dejar un amante encuerado?
la honra de esta muger
me traerá con un cabello.

Clara.

¡Ah Juan Martinez!

Juan.

Muchacha

¿qué dices?

Clara.

¿No esteraremos

todo este cuarto?

Juan.

Está ya

muy adelante el invierno.

Clara.

Diciembre es, tres meses faltan.

Juan.

¡En esteras mi dinero!
eso es querer que yo arroje
mi hacienda por esos suelos.

Clara.

Este en las orejas y el talle
es el acreedor primero;
si esto gasta el que es hidalgo
yo quiero gastar lo mesmo.

ESCENA VIII.

Dichos y Marichaves, y luego un Ganapan.

Marichaves

Doña Beatriz de Bolaños
dice que en aquel talego
que ha contado agora, faltan
veinte y seis reales y medio,
que le hagais gusto de enviarlos.

Clara.

¿Contaron bien el dinero?

Marichaves.

Cuarto á cuarto le contaron.

Clara.

¿Ténesllos tú?

Juan.

No los tengo.

Clara.

¿Qué he de hacer?

Juan.

Responde tú,
que te deuna puerta menos;
por Dios, linda impertinencia.

Clara.

Dí de mi parte que luego
lo llevará una criada.

Juan.

Veinte y seis reales y medio,
no vale mas en Almagro
una casa: ahora yo quiero
ver todo el cuarto por ver
si lo vale el cuarto.

Clara.

Quedo,

no entreis allá, que de trastes
está lleno este aposento.

Juan.

Yo he de entrar.

Clemente.

Yo me retiro.

no me vea.

Clara.

Vuelve luego,

y llevará mas despacho.

Ganapan.

¿Nuestra ama, dónde pondrmos
estos cofres?

Clara.

Otro carro

ha venido.

Juan.

Irme deseo,

no pidan para beber
los ganapanes; ya entiendo,
que se hace hora de comer.

Clara.

¿Has de volver?

Juan.

En comiendo.

Clara.

Bien poco lleva que hacer.

Juan.

A Dios, Clara.

ESCENA IX.

Clara y don Clemente.

Clara.

Vuelve presto,

agora me he de vengar:
salid acá caballero,
cien contino de las casas
de Castilla.

Clemente.

¿Qué tenemos?

Clara.

¡Traidor infame!

Clemente.

Hablen labios,
y callen manos.

Clara.

No quiero,
guedejas no han de quedarte. (1)

Clemente

Deten las manos, porque eso
es querer tomar agora
la ocasion por los cabellos.

Clara.

En fin ¿es Doña Beatriz
el dignísimo sugeto
que adorais?

Clemente.

¿Y Juan Martinez
quién es?

Clara.

Decidme primero
si á Doña Beatriz quereis.

Clemente.

Cómo puedo responderos
con un Regidor de Almagro
á la vista.

---

(1) *Va tras él, y huye.*

Clara.

Deteneos,
zelos de un hombre como este,
tú sí, traidor.

Clemente.

No os entiendo,
zelos me quereis pedir
y que yo no os pida zelos.

Clara.

¿Somos todos unos?

Clemente.

No,
porque yo no quiero empeño
con dama de un Regidor:
ah Clarin. ¿Hay untamiento?

Clara

A Dios, el de la Beatriz,
que si á buena luz la veo
parece que se ha soltado
de alguna copia del griego:
la dama es muy como vuestra.

Clemente

Y el galan muy como vuestro.

Clara

Esto se ha acabado ya.

Clemente.

¿Pues cuándo ha empezado esto?

Clara.

¿Que le deje y no lo sienta?

Clemente.

¿Que no llore aunque le dejo?

Clara.

Llévese ucé su retrato,
no haya escarpia.

Clemente.

Eso quiero;

rabiando de zelos voy.

Clara.

Muriendo dè enojo quedo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Clemente y Cartilla.

Cartilla.
¿Eso pasa?
Clemente.
Sí, Cartilla.
Cartilla.
¿Qué Clara te despidió?
Clemente.
No me espanto, que es muger.
Cartilla
Y mas muger que otras dos.
Clemente.
No me puedo despicar.
Cartilla
No entiendo tu condicion,
Doña Hipólita te busca,
y no te pide; Leonor
te regala y no te zela;
Beatriz tiene linda voz,
y te vienes á Clarilla.
Clemente.
Qué quieres, tengola amor.
Cartilla.
¿Es por fácil ó por buena,
ó por Clara?

Clemente.

Qué sé yo:
porque hay otros que la quieren.

Cartilla.

Mira, no haces bien por Dios:
Clara no es cesta de fruta,
puesta en la puerta del Sol,
que porque la compran muchos
has de pensar que es mejor.

Clemente.

Hipólita no merece
que la aborrezcas; mas yo
no sé aborrecer á Clara,
ni me hallo cuando no soy,
y fineza de su halago
y desden de su rigor.

Cartilla.

Si la quieres por barata
más cara te sale hoy,
gastar confieso que es malo,
pero sufrir es peor.

Clemente.

Con achaque de las Pascuas
tengo determinacion
de enviarla ahora un regalo:
¿vendiste el salero?

Cartilla.

Hoy,
véndele tú, que no quiero
que me prendan.

Clemente.

¿Por qué no?
¿quién te ha de prender?

Cartilla.

Tu padre,

que en la platería hoy
hacia por su salero
apretada inquisicion:
si le vieras desalado
ojear todo aparador
de platero, y por la plaza
de allí á un instante pasó,
y viendo la borca puesta
por el salero clamó,
diciendo, aqui ha de venir
á parar aquel ladron.

Clemente.

¿Cuánto pesa?

Cartilla

Doce onzas,
que viene á ser en vellon
mas de ciento y treinta reales:

Clemente.

Trai dos cajas de turron
de Alicante.

Cartilla.

Son cuarenta.

Clemente.

Dos pabos.

Cartilla.

Son treinta y dos.

Clemente

Cuatro pares de perdices.

Cartilla.

Son veinte y ocho.

Clemente.

Pues pon
los veinte reales de dulces.

Cartilla

Todo lo yerras, señor,

mira si la envias dos pabos.
Clara es mas clara que el Sol,
envia el uno á cierta vieja,
y otro á cierto Chapeton,
para coger con el pabo
otro regalo mejor:
á su gente las perdices,
una caja de turron
á una vecina, y la otra
á otro solicitador
para dar á los que piden
de beber la colacion;
con que tu padre se queda
sin salero, tú, señor,
sin padre, Clara sin todo,
y todos, que es lo peor,
el uno con tus perdices,
la otra con tu turron,
con tus pabos uno y otro,
y sin dinero tú y yo.

Clemente.

¿Qué he de hacer para que luzga
el dinero?

Cartilla

Hazlo vellon,
y entra con tu esportillero
á darlo.

Clemente.

Mala eleccion;
en plata se lo he de dar.

Cartilla.

No hagas tal.

Clemente.

Tengo temor
que al dar mis reales de á ocho

no ha de creer que lo son.

Cartilla.

No quieres que los conozca.

Clemente.

Mira las damas de hoy,
el real de á ocho del pobre
le tienen por real de á dos,
y el real de á ocho del rico
les parece que es doblon.

Cartilla.

Oyes, dáselo en salero,
¿vas hácia hallá?

Clemente.

A verla voy.

Cartilla

Pues si ella te siente blando
lo echas á perder por Dios.

Clemente

Yo la he de ir á ver de modo
que no presuma que voy
por ella: cuéntame en tanto
todo lo que te pasó
con Don Julian.

Cartilla.

Que entré
en San Luis, él me siguió,
que me puse en un altar
con muy grande devocion
á rezar, y don Julian
rezaba mas que no yo.
Salí á la calle despues,
y fue tras mí, á un bodegon
me entré huyendo, y á la puerta
mas de una hora me esperó,
qué hago, hago cuenta que riño,

echo á huir como un Leon,
yo apreté con la carrera,
y él con el paso aflojó

Clemente.

Si en el portal no me escondo
no me ha dejado hasta hoy.

Cartilla.

Ya hemos llegado á la casa.

Clemente.

Pues mira si en el balcon
de Beatriz hay quien nos mire
por las celosias.

Cartilla.

No.

Clemente.

A Hipólita temo mas,
que á noche salir me vió
de casa de Doña Clara.

Cartilla.

Distela satisfaccion.

Clemente.

Y de Doña Clara dije
mil faltas, que ella creyó.

Cartilla.

Con eso la quedaria
quietísimo el corazon,
ahora naide te ha seguido.

Clemente.

Entra Cartilla.

Cartilla.

Allá voy,
llamo á la puerta.

Dentro: Marichaves.

¿Quién es?

Cartilla.

Sí es.

Marichaves.

¿A quién busca?

Clemente.

A vos.

Marichaves.

Dígame quién es primero.

Clemente.

Abre muchacha, yo soy (1).

ESCENA II.

Habitacion de Doña Clara.

Dichos, Marichaves y luego Doña Clara.

Marichaves.

Oh, mi señor Don Julian,
entrad y esperad, ya voy
á llamar á mi señora

Clemente.

¿Cartilla, ¿oiste la voz?
que soy Don Julian presume.

Cartilla

Entra, y siéntate señor,
y pega con Doña Clara,
cuando salga á Luna y Sol,
que es un juego de muchachos,
donde entra el buen bofeton.

(1) *Abre la puerta.*

Clemente.

¿Que haya hombre honrado què dé
golpe á las mugeres?

Cartilla.

Yo,
la que me pone dos huesos
en la frente sin dolor,
mas abajo de la frente
la pongo cinco por Dios.

Clemente.

Entra.

Cartilla.

Entro.

Clemente

A don Julian,
hoy verá mi indignacion.

Clara

Dueño mio, don Julian,
¡qué es lo que he visto!

Clemente.

No soy
sino Don Clemente, Clara,
quien confiesa que debió
tanta mentira á tus ojos,
como verdád á tú voz.

Clara.

Pues mi señor Don Clemente.

Mariohaors

Bien mi ama le engañó,
dando á entender que le hablaba
por don Julian

Clara

¿Cómo vos
en mi cuarto? este me adora *ap.*
responded: linda ocasion *ap.*

de picarle: vé al zaguan;
y si viene, avisame luego al punto.

Cartilla.

Baja, alcahueta.

Morachaves.

Ya voy.

Clara.

Decid ¿qué quereis?

Clemente.

Que sepas
que he venido á buscar hoy
razon para no quererte,
y hoy me has dado la razon;
y aunque á tus luces rendido
fino parecí, y constante,
no entré en tu casa de amante.

Clara.

¿Pues de qué?

Clemente.

De agradecido:
yo, Clara, nunca he intentado,
nunca yo he tenido amor,
hacer tema, ó pundonor
en dejar ó ser dejado:
antes porque no te quejes
darme el parabien ofrezco,
¿qué importa, si te aborrezco,
que seas tú la que me dejes?
tú la olvidada serás,
y yo el feliz.

Clara.

¿Si es ansi,
Díme, ¿á qué has venido aquí?

Clemente.

Si me escuchas lo sabrás.

á traerte ...

Clara.

¡O traidor!

Clemente

Para no acordarme de ello
este cordon de cabellos,
que me diste por favor;
papeles que merecí
tambien te vengo á traer.

Clara.

No tenia yo que hacer
cuando te los escribí.

Clemente.

Mas desdenes, dolor mas.

Clara.

Mejor ansi me he vengado.

Clemente.

Yo anduve tan ocupado,
que no los leí jamás.

Clara.

Ni me enojas ni provocas,
oyendo tus groserias;
muchas ternezas leerias,
pero verdades muy pocas.

Clemente

Yo te he visto enamorada
no dejarme noche y dia.

Clara.

Gran confianza, bastaria
que estuviese bien hallada.

Clemente.

Lindo término has hallado
para responderme.

---

(1) *Saca un cordon de cabellos.*

Clara.

Y dí cuándo reñiste por mí,
dí que estabas. . .

Clemente.

Inclinado.

Clara

Inclinado bueno á fee,
mejor término busqué.

Clemente

¿Y el dia que te sangraste
solo porque me sangré?

Clara.

No te lo puedo negar.

Clemente.

¿No era amor? ¿por qué lo hacias?

Clara.

Porque habia muchos dias
que no me queria sangrar;
yo á media noche escucharte
junto á mis rejas solia.

Clemente.

Iba á otras partes, y hacia
la seña para engañarte.

Clara

Tu odio llego á conocer.

Clemente

Ya sé tu aborrecimiento.

Clara.

¿Los suspiros, qué erán?

Clemente.

Viento.

¿Las lágrimas?

Clara.

De muger:

Clemente.

Yo, Clara....

Clara.

Vete de aquí, acaba.

Clemente.

Ya me iba yo.

Clara.

Que en fin este me engañó.

Clemente.

Clara no me quiso á mí.

Clara.

¡Ah, ingrato!

Clemente.

¡Ah, falsa, cruel!

Clara.

¡Hay muger tan infeliz?
vaya á ver su Beatriz,
que es sugeto para él.

Clemente.

¿No es doña Clara mas bella?

Clara

Si soy tal, por vida mia.

Clemente.

Beatriz, aunque es algo fria,
es segura.

Clara.

Tal es ellá.

Clemente.

El agua de Almagro ¡ah cruel!
diz que hace digerir.

Clara.

No, porque aunque la bebo yo,
no le he digerido á él.

Clemente.

Pues los dos para otros dos (1)

Clara.

No volviera.

Clemente.

¿No llamara;

á Dios la señora Clara.

Clara.

El señor Clemente, á Dios.

Clemente.

Vos sois dama muy hermosa,
y que he de estorvaros ved.

Clara.

Señor mio, usarced,
es para estorvar poca cosa.
Si yo os quisiera, sospecho
que hiciera....

Clemente.

Lindo ademan.

ESCENA III.

Dichos y Don Julian.

Julian.

¿Doña Clara de Guzman,
posa aquí?

Cartilla.

Buena la has hecho,
sal presto.

Clara.

Aguarda, detente,
aqui vive, por los cielos *Recio.*
que le he de abrasar de zelos.

(1) *Hace que se vá.*

Julian.

Gracias á Dios Don Clemente...

Clemente.

Amigo.

Julian.

Aqui estais.

Clemente.

Qué haré,

ella le llamó, ha traidora.

Julian.

¿Qué haceis aqui?

Clemente.

Vine agora....

Clara.

Esperad, yo os lo diré;
pensó aqueste caballero
que estaba el cuarto bacío,
y entró á verle.

Julian.

Amigo mio,
casa os falta, daros quiero
un cuarto en mi calle, que es
el mejor que hay en Madrid;
Clara ya vuelvo, venid (1)
á verle.

Clemente

Iremos despues.

Cartilla

Vive el cielo que me rio
de hombre tan impertinente.

Julian.

Clara, habla con Clemente,
que es un grande amigo mio.

---

(1) *Tirale de la capa.*

Clemente.

Agora zelos agora.

Clara.

Vengaréme

Julian.

Llega.

Clemente.

Ved.

Clara.

Conozcame vuesarced
por su mayor servidora
pues basta...

Clemente.

¡Qué es lo que escucho!

Clara.

Hoy mi venganza verán, *ap.*
ser amigo de Julian,
para que yo os quiera mucho.

Clemente.

La merced debo estimar,
y que me hallareis espero
en este cuarto primero (1),
cuando me querais mandar.

Julian.

¿Cuyo es?

Clara.

¡O celos villanos¡

Clemente.

De una prima mia es.

Julian.

¿Vais á verla?

Clara.

Sí.

---

(1) *Señala arriba.*

Julian.

Despues
la iré yo á besar las manos.

Clara.

¿Pues agora qué he de hacer?

Cartilla.

Qué aguardas

Julian.

¿Me esperais?

Clara.

Sí,
Don Julian se queda aquí.

Clara.

A Doña Beatriz va á ver.

Clemente.

¿Habeis de venir?

Julian.

Sí, amigo,
espéradme.

Clara.

Ya se vá.

Clemente.

Venid presto.

Clara.

Luego irá;
que agora queda conmigo.

Clemente.

A Dios.

Clara.

¡O viles recelos!

Clemente.

¿Qué hay que hacer?

Clara.

¿Qué hay que esperar? —

Clemente.

Con zelos me he de curar.

ESCENA IV.

Dichos menos Don Clemente.

Clara.

Zelos se curan con zelos.

Julian.

¿Fuese ya?

Clara.

Sí, ya se fue.

Julian.

Pues salga desde el secreto
del corazon hasta el labio.

Julian.

Esperad, sentaos primero,
que tengo mucho que hablaros. *Sientase.*

Julian.

Yo soy el que...

Clara.

Deteneos,
hablad quedo.

Julian.

La razon,
nunca sabe hablar mas quedo (1).

Clemente.

Entra Cartilla.

Cartilla.

Sí haré.

Clemente.

A ese aposento primero

(1) *Al paño Don Clemente y Cartilla.*

Julian.

Despues
la iré yo á besar las manos.

Clara.

¿Pues agora qué he de hacer?

Cartilla.

Qué aguardas

Julian.

¿Me esperais?

Clara.

Sí,
Don Julian se queda aquí.

Clara.

A Doña Beatriz va á ver.

Clemente.

¿Habeis de venir?

Julian.

Sí, amigo,
espéradme.

Clara.

Ya se vá.

Clemente.

Venid presto.

Clara.

Luego irá;
que agora queda conmigo.

Clemente.

A Dios.

Clara.

¡O viles recelos!

Clemente.

¿Qué hay que hacer?

Clara.

¿Qué hay que esperar?

Clemente.

Con zelos me he de curar.

ESCENA IV.

Dichos menos Don Clemente.

Clara.

Zelos se curan con zelos.

Julian.

¿Fuese ya?

Clara.

Sí, ya se fue.

Julian.

Pues salga desde el secreto
del corazon hasta el labio.

Julian.

Esperad, sentaos primero,
que tengo mucho que hablaros. *Sientase.*

Julian.

Yo soy el que...

Clara.

Deteneos,
hablad quedo.

Julian.

La razon,
nunca sabe hablar mas quedo (1).

Clemente.

Entra Cartilla.

Cartilla.

Sí haré.

Clemente.

A ese aposento primero

(1) *Al paño Don Clemente y Cartilla.*

por muger de mucho asiento.
Premiásteis mi voluntad,
y mas ufano del premio
quiso llevaros tras mí,
movil de vuestros dos cielos,
hasta que con solo el plazo
de un dia que no fui á veros,
me disteis salto de mata,
por no aguardar á otro ruego.
Fuime á la puerta del Sol,
y uno de los que trujeron
la ropa me dijo adonde
vivis, y saber espero
cómo sin decirme nada
os vais, á mí que las vendo.

Clara.

Digo que yo me empeñaba
en amaros y en quereros,
tanto que á mí me temia.

Clemente.

Cartilla, ¿qué dices desto?

Clara.

Y viéndome enamorada
para templar este incendio,
resueltamente me quise
aprovechar de un despecho,
y dije yo he de morir
agora si verme dejo
del basilisco; pues muera
sin mirar aquello mesmo,
que es lo que yo quiero mas:
los ojos acostumbremos
á no mirar lo que quieren,
y no se le dé al deseo
rienda con que desbocado

se precipite soberbio,
de tí huyo porque te adoro,
y retirada al secreto
de mi dolor solicito...

Julian.

Clara bien sé que os entiendo,
por qué me quereis huir;
perdonad que no agradezco
que me hagais tanto favor,
y ansi suplicaros quiero,
que porque yo os deba mas
me querais un poco ménos.

Cartilla.

Oyes, envialos los pabos
y el turron.

Clara.

Y demas desto
sabed señor que en mi casa
tengo un empeño

Julian.

Eso es bueno;
yo en casa de un mercader
tengo por vos otro empeño.

Clara.

Vos señor á todas horas
no podeis verme.

Julian.

Sí puedo.

Clara.

Porque á un riesgo os esponeis.

Julian.

Yo nunca temo los riesgos.

Clara.

Yo tengo una obligacion.

Julian.

Yo hice otra.

Clara.

Ya estás grosero
y yo no vendo favores.

Julian.

Yo los compro por lo menos.

Clara.

¿Qué me quereis Don Julian
cada dia aqui? ¿qué es esto?

Julian.

Cada dia veo aqui
mi estrado de terciopelo,
y mis sillas

Clara.

¿Qué ha costado?

Julian

Tres mil de plata.

Clara.

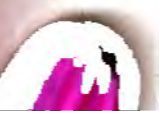
¿Y qué es eso
para un favor?

Julian.

Mi señora,
vos no habeis visto en talegos
lo que montan en vellon;
yo sí que anduve con ellos
contándolos por menudo,
y dándolos por entero.

Clara.

Pues ved.



ESCENA V.

Dichos, Marichaves y luego Don Juan.

Marichaves.

Ya entró por la calle
Juan Martinez de Caniego.

Clara.

Escondeos en esa pieza
Don Julian.

Marichaves.

Buena la has hecho.

Julian

Yo no juego al escondite
con las damas.

Clara.

Ved que arriesgo
mi honor y fama por vos.

Julian.

¿Quién es este caballero?

Clara.

El que hoy me debe mi honor.

Julian.

¿Eso es verdad?

Clara.

Es cierto.

Julian

¿Y podré, si él no me viese,
veros, siempre?

Clara

Yo lo ofrezco.

Julian.

¿Y me quieres?

Clara.

Yo te adoro,

Julian.

Pues perdonad, que no puedo.

Clara.

¿Hombre qué quieres de mí?
¿que sube?

Julian.

Suba.

Juan.

Laus Deo.

Cartilla.

El Regidor en campaña.

Juan.

¿Qué hace aqui este caballero?

Clara.

Dice que este cuarto es suyo,
que tiene hecho arrendamiento
á Doña Beatriz Bolaños
por un año, y muy resuelto
viene á decir que me mude,
porque él tiene hecho primero
escritura para el cuarto.

Juan

Dos escrituras ha hecho.

Julian.

Y la mia es anterior
por derecho.

Juan.

Sea por cierto,
pero en Provincia os dirán
si teneis mejor derecho,
que este no es el escritorio.

Julian

Yo solamente en mi acero
fundo mi justicia, y hoy

Clemente.

Agora zelos agora.

Clara.

Vengaréme

Julian.

Llega.

Clemente.

Ved.

Clara.

Conozcame vuesarced
por su mayor servidora
pues basta...

Clemente.

¡ Qué es lo que escucho !

Clara.

Hoy mi venganza verán, ap.
ser amigo de Julian,
para que yo os quiera mucho.

Clemente.

La merced debo estimar,
y que me hallareis espero
en este cuarto primero (1),
cuando me querais mandar.

Julian.

¿ Cuyo es ?

Clara.

¡ O celos villanos ¡

Clemente.

De una prima mia es.

Julian.

¿ Vais á verla ?

Clara.

Sí.

(1) *Señala arriba.*

que me hicisteis?

Juan.

¿Cuánto há?

Julian.

Habrá un año.

Juan.

No me acuerdo.

Julian

Quien recibe el beneficio
se ha de acordar de él.

Juan.

Yo pienso
que debe de ser verdad;
digo que si: ¿yo qué pierdo *ap.*
en que este hombre sea mi amigo.

Julian

¿Cómo quedan vuestros deudos,
que á todos les debo mucho?

Juan.

Gracias á Dios todos buenos.

Julian

¿Nunca os hablaron de mí?

Juan.

Dos mil recados me dieron
para vos.

Julian.

¿Y cómo está
esa mi señora?

Juan.

Quedo,
que yo nunca fuí casado.

Julian

Cogióme; preguntar quiero
por aquella mi señora,
ya me entiendes.

Juan.

Ya os entiendo.

Clara.

¿Qué dama es esa?

Juan.

Mi hermana:
este hombre sabe un secreto *ap.*
que á ninguno he revelado;
por el siglo de mi abuelo
que se le he contado yo,
aunque ahora no me acuerdo.

Julian

¿Qué casa tiene en Almagro
el señor Martinez?

Juan.

Eso,
la mejor que hay en la Mancha.

Julian.

¿Pues luego, no tiene el pueblo
en un puño?

Marichaves.

Y en un puño *ap.*
lo tiene todo.

Juan.

Creer quiero *ap.*
que este hombre es mi grande amigo;
pero lo que yo no creo,
es que haya sido mi huesped.

Clara.

Muchacha, trae luz presto,
qué anochece ya

Marichaves.

Aqui estan. *Vase.*

Julian.

Venid, que llevaros quiero

á mi casa que cenéis
conmigo.

Julian

Yo nunca ceno.

ESCENA VI.

Dichos y Marichaoes con luces.

Marichaoes.

Buenas nuches.

Juan.

Lindas velas.

Julian

Las de Almagro para eso,
qué allí las traen de Jaen,
como de cera.

Juan

Ello es hecho.

Julian.

Ea venid á cenar
conmigo.

Juan.

Ahora no puedo.

Julian

Cierto que sois hombre corto.

Marichaoes.

El siempre lo es.

Julian.

Fuera bueno
que se dijera en Madrid,
que cuando en Madrid os veo,
no os llevo á mi casa
á cortejaros.

Clara.

Ya es eso

no estimar vuestros amigos:
id con él.

Juan.

Yo os obedezco,
¿qué pierdo en ir á cenar? *ap.*
¿soy yo el que á cenar le llevo?
ea manos a la obra.

Julian.

No creereis lo que agradezco
tal merced.

Juan.

Soy vuestro amigo.

Marichaves.

Y lo será muy estrecho. *ap.*

Juan.

Válgate Dios por amigo.

Julian.

Ansi he de saber qué empeño *ap.*
tiene el señor Juan Martinez
con doña Clara.

Juan.

Yo quiero *ap.*
dejar los catorce reales,
por si esta noche no vuelvo:
¿Mariquilla?

Marichaves.

¡Señor mio! (1)

Juan.

Los catorce.

Marichaves.

Yá os entiendo.

Julian.

¿Ea no vamos?

(1) *Dáselos en un papel por un lado.*

Juan.

Yá voy.

Marichaves.

¿Y mi pan?

Juan.

Ahi va en dinero:
alto, á cenar.

Clara.

El se ahita.

Julian.

Señora guárdeos el cielo,
yo soy Don Julian de Mata
y siempre al servicio vuestro.

Juan.

Don Julian de Mata sois,
otra vez á daros vuelvo
estos brazos en albricias
de haberos hallado (1).

Julian.

Luego
¿no me habiais conocido?

Juan.

Mirad cuál soy, no por cierto.

Julian.

¿Eso me dices?

Juan.

Agora
acabo de conoceros.

---

(1) *Abrázale el regidor.*

se precipite soberbio,
de tí huyo porque te adoro,
y retirada al secreto
de mi dolor solicito..

Julian.

Clara bien sé que os entiendo,
por qué me quereis huir;
perdonad que no agradezco
que me hagais tanto favor,
y ansi suplícaros quiero,
que porque yo os deba mas
me querais un poco mènos.

Cartilla.

Oyes, envialos los pabos
y el turron.

Clara.

Y demas desto
sabed señor que en mi casa
tengo un empeño

Julian.

Eso es bueno;
yo en casa de un mercader
tengo por vos otro empeño.

Clara.

Vos señor á todas horas
no podeis verme.

Julian.

Sí puedo.

Clara.

Porque á un riesgo os esponeis.

Julian.

Yo nunca temo los riesgos.

Clara.

Yo tengo una obligacion.

el cuarto, pues no han venido
Luisa y Otañez, que fueron
á traer de la otra casa
los vidrios?

Clara.

No.

Marichaves.

Pues yo cierro.

Clara

Si está dentro, he de sacarle
de su cuarto.

Marichaves.

Y yo prometo,
que este mal cristiano sepa
cuantos son los mandamientos. (1)

ESCENA VIII.

Don Clemente y Cartilla.

Clemente.

¿Cerraron?

Cartilla.

Si.

Clemente.

Al cuarto van de Beatriz.

Cartilla.

¿Ahora qué haremos?

Clemente.

Las almohadas y las sillas (2)
quiero hacer pedazos.

Cartilla.

Quedo,
si rompes doce almohadas,

---

(1) *Vase y cierra por de fuera Marichaves.*
(2) *Va á sacar la daga.*

y haces amistades luego,
es fuerza que tú las compres
otras doce; y para esto
un salero es tu caudal,
cada una vela es lo mesmo,
pues déjalas, que tu padre
no tiene doce saleros.

Clemente.

¿Oyes, Cartilla?

Cartilla.

Señor.

Clemente.

Este escritorio está abierto.

Cartilla.

Repasemos las gabetas:
veamos que tienen dentro (1)

Clemente.

Esta toda es de papeles.

Cartilla.

No los tiene mas compuestos
un depositario.

Clemente.

En todos
hay su rotulito puesto:
«Papel de Cominarata», dice aquí.

Cartilla.

¡Pues no sabremos,
Cominarata quien es?

Clemente.

Otro renglon dice luego:
«De Francisco de Pantoja,
mi agente», leele.

---

(1) *Miran las gavetas.*

Cartilla.

Luego.

Clemente.

Vamos ácia otro.

Cartilla.

Aqui dice :

«Del Chapeton.»

Clemente.

No lo entiendo.

Lee : *Hija, tú dices que se dá tan barato ese estrado, y tan debalde esas sillas, que te envio los mil reales que me pides.*

Cartilla.

Tente, no pases de ahí,
considera ¡ ó pasagero !
lo que somos los amantes ;
párate aqui, y toma ejemplo
en el infeliz Julian,
y en este Chapeton necio ;
que el uno compra el estrado
por cuatro mil, y á otro luego
se le vendieron por mil ;
con que ambos á un mismo tiempo,
cada uno piensa que es suyo :
uno pagó por entero,
y otro dió una tercia parte
Los que dais estrados nuevos,
no deis mas que las tarimas,
que estos que dan terciopelos,
ambos á dos los compraron,
y ambos á dos los vendieron.

Clemente.

Ya el basilisco á los ojos,
ya á los lábios el veneno,
á que aguardo, ó salgan ya

mis voces de mi silencio:
mas no pronuncie el dolor
mas pasiones ácia el pecho,
gástese entre lengua y lábio,
por ser indigno mis zelos,
siéntalos yo, y no los diga
porque al referirlos temo
que me los murmure el prado,
si me lo repite el eco.
Dejame salir.

Cartilla.

Detente,
que está cerrado

Clemente.

Llamemos:
ha Doña Clara, abre aqui.

ESCENA IX.

Dichos Doña Clara y Marichaves.

Cartilla.

Ya abren la puerta

Marichaves.

¿Qué es esto?

Clara.

Aqui estabas?

Clemente.

Aqui estoy;
déjame salir.

Clara.

Primero
me has de escuchar.

Clemente.

Déjame.

Cartilla.

Cierra la puerta.

*

Marichaves.

Ya cierro.

Clara.

Mi bien, mi señor.

Clemente.

Harás
que me mate, vive el cielo (1).

Clara.

Yo soy.

Clemente.

De qué trato hasta agora.

Clara.

Mira señor.

Clemente.

Estoy ciego.

Clara.

Mi Clemente.

Clemente.

Está inclemente (2).

Clara.

Escúchame.

Cartilla.

No queremos.

Clara.

Cartilla.

Cartilla.

No has de leerle.

Clara.

Abrele, váyase luego,
sino me quiere escuchar.

---

(1) *Pasease y anda tras él.*

(2) *Paseándose ellos, y Cartilla tras ellas.*

Clemente.

Abre la puerta.

Marichuves.

No quiero (1),

hasta que pida perdon

á mi ama.

Clara.

Yo te ofrezco (2)

un vestido si le tienes.

Cartilla.

¿De qué?

Clara.

De paño.

Cartilla.

Lo aceto:

señor, no tienes razon.

Clemente.

Cartilla, ¿tú dices eso?

¿no has leido estos papeles?

Cartilla.

No la tienes.

Clemente.

¿No la tengo?

Cartilla.

¿Te ha pedido algun estrado,

que te quejas?

Clemente.

Y dime esto,

el que envió los mil reales.

Clara

Cartilla es un hombre viejo,

que tiene noventa años.

---

(1) Pónese á la puerta.

(2) *Doña Clara habla aparte con Cartilla.*

Cartilla.

Los que tiene mas de ciento
que tuviera yo á estas horas,
cantára Misa muy presto.

Clemente.

Cartilla, ¿catorce reales
son mas que yo?

Cartilla.

No por cierto.

Marichaves

Cartilla, y es cuerpo santo
mi señora

Cartilla.

Ya lo veo:

Clemente.

Cartilla, dime, ¿el agente
de la peticion es viejo
como el del papel?

Clara.

Cartilla,
ya no tengo ningun pleito.

Clemente

Di Cartilla, ¿y Don Julian?

Clara

Cartilla, si le aborrezco,
y no me quiere dejar,
¿qué puedo hacer yo? ¿qué es esto (1)

Clara.

¿Llamaron?

Marichaves.

Sí.

Clara

¿Hay laberinto

(1) *Llaman á una ventana baja.*

como este?

Clemente.

Agora has de ver
traidora.

Clara.

¿Quién puede ser?

Cartilla

Abrele, que será el quinto.

Clemente.

No ves quien eres, no ves.

Clara.

Escucha, y no te apasiones.

Clemente

Dame ahora satisfacciones.

Clara.

Abre, y sepamos quién es.

Cartilla

Dice bien, callad y oid.

Clara.

¿Quién ha llamado?

Cartilla.

¡O tirana!

Clara.

¿Quién llama á esta ventana?

ESCENA X.

Dichos, y Doña Hipólita á la ventana.

Hipólita.

Una muger es, abrid.

Clemente.

¿Quién será?

Cartilla.

Viven los cielos
que es la viuda.

Hipólita.

Acabad ya.

Clemente.

Alguna muger será
que te venga á pedir zelos
de algun galan.

Clara.

Abre.

Cartilla.

No abras,
la viuda es, es evidente.

Clara.

¿A quién busca?

Hipólita.

A Don Clemente
quiero hablar una palabra.

Cartilla.

Pesconos, es cosa llana.

Clemente.

Advierte que yo señora.

Clara.

Pídeme zelos agora
de que llamó á la ventana.

Hipólita.

Acaba, que estoy cansada.

Marichaves.

¿Parécete que abra?

Clara.

Tente,
yo temo que Don Clemente
me ha de dejar desairada. *ap.*

Hipólita.

Ea, ¿no me abren?

Clara.

Y ansi

no me pretendo arriesgar,
lo mejor será negar
que Don Clemente está aquí,
resuelta á negarlo estoy:
apartaos aquí

Clemente.

Sí haré (1).

Dentro Hipólita.

Ah Don Clemente

Marichaves.

Abriré;

Clara.

Abre

Marichaves.

¿Quién llama?

Dentro Hipólita.

Yo soy.

Clara.

¿A quién buscais?

Hipólita.

Bien por Dios (2),
á Don Clemente, señora.

Clara.

¿Qué Don Clemente?

Hipólita.

El que ahora
estaba hablando con vos.

Clara.

Mirad.

Hipólita.

Digo que le oí.

---

(1) *Apártanse á un lado*

(2 *Por de fuera en la ventana todavia, que la ha abierto Doña Clara.*

Clara.

Advierta uce, reyna mia.

Hipólita.

Si no abris, hasta otro dia
no me he de quitar de aquí.

Cartilla.

Resuelta está vive Dios.

Hipólita.

Y á un alcalde haré llamar.

Cartilla.

Señora, déjala entrar,
y escondámonos los dos.

Clara.

Entrad.

Clemente.

Temo que halle....

Hipólita.

Venga á abrir una criada
la puerta, que está cerrada.

Clara.

¿Cuál?

Hipólita.

La puerta de la calle.

Clara.

Ingrato, agora he de ver
si me quieres.

Clemente

Tú verás,
que á tí te quiero no mas;
pero no me he de esconder.

Marichaves.

La viuda asi como asi
le ha de hallar

Clemente.

Hasla hecho buena.

Clara.

Oyes, en esta alacena
caben los dos.

Cartilla

Es asi.

Clemente.

Y asi te deberé mas.

Clara.

Pues entra.

Cartilla.

Buena empanada (1).

Clara

Mira que si desairada
me dejas...

Clemente.

Tú lo verás.

ESCENA XI.

Doña Clara, Marichaocs y Doña Hipólita.

Hipólita

Quédate en este zaguan;
Dios os guarde Clara bella.

Clara.

Guárdeos el cielo

Hipólita.

Vos sois
muy hermosa.

Clara.

Pasadera.

Hipólita.

Yo soy.

Clara.

Decid vuestro nombre.

---

(1) *Mete á los dos en una alacena.*

Hipólita.

Curso tampoco en la escuela
de las damas de Madrid,
que aunque decíroslo quiera
no sabreis por él quien soi.

Clara.

¿Pues qué mandais?

Hipólita.

Con ver
os diré que quiero bien,
ó mátenme ya mis penas,
a Don Clemente.

Clara.

De qué.

Hipólita

De Montalvo, haceos de nuevas:
digo, pues, divina Clara,
que de una vecina vuestra
hoy supe que Don Clemente
os sirve, y os galantea;
yo ha seis años que le quiero,
seis años ha que confiesa
que me adora, y aun no ha un dia
que viéndome fina, y tierna,
solicitó con su llanto
consuelos para mi queja.

Clara

¡Tan tierno estaba!

Hipólita.

Y tan falso,
que sin mirar a las deudas
de mi amor, y obligaciones,
le escuché desde esta reja
dar voces tan destempladas,
que sonaron como quejas.

Salga y diga, pues á dos
solicita, y galantea,
á cuál de las dos estima:
y caso que me aborrezca,
desengañada os prometo
no verle mas, aunque pierda
vida, y fama, y el amor
que á mi obligacion confiesa.

Clara.

Es posible que una dama
de esta autoridad, y prendas
confiese que quiere bien:
gran falta en muger tan cuerda.

Hipólita.

¿ De chanza me respondeis ?
pues yo tomaré una vela
para examinar la casa.

Clara.

Advertid.

Hipólita.

Soy muy resuelta,
y esto ha de ser desta suerte (1).

ESCENA XII.

Don Clemente y Doña Clara.

Clara

Oyes, entrate con ellas:
Don Clemente.

Clemente.

¿ Qué me dices ?

---

(1) *Vase y Marichaves tras ella, y Clara abre la alacena.*

Clara.

¿Cómo no tienes vergüenza
¿de tener tan fea dama?

Clemente.

Es bien entendida.

Clara.

Esa
es la disculpa de todos
los que tienen damas feas;
¿es parienta de Beatriz
la de ariba?

Clemente.

No es parienta.

Clara.

Se parecen en la cara.

Clemente.

¿Quién no os fea en tu presencia?

Clara.

¿Cuánto gana cada dia
a hacer balonas, y vueltas
de la calle de las Postas?

Cartilla.

Conforme trabaja

Clara.

Cierra
que viene.

Clara.

Irase la viuda,
y luego te has de ir tras ella,

ESCENA XIII.

Doña Clara, Hipólita y Marichaves.

Hipólita.

Yo le oi hablar.

Marichaves.

Es engaño.

Clara.

Ya estás cansada, y grosera,
y yo soy mucha muger,
para que á mi casa venga
galan que es vuestro galan:

Hipólita

Claro esta que hay diferencia
de mi voz, que en esta corte
hay muchos hombres que sepan
quien sois vos, y no mas de uno
que sepa quien soy en ella.

Clara.

Jurara yo que la viuda
es honrada, aunque no quiera,
sugeto es de pedir.

Hipólita.

Solo pido que me quieran,
que yo tengo que me sobra,
y una casa.

Clara.

Que la cuenta
cuatrocientos, y tendrá
seis sillas de su edad mesma,
un bufete poco hendido,
dos tarimas muy estrechas,
una cama de nogal,
un estrado da bayeta,

un velon para cuanda hay
visitas, por cabecera
de estrado un contadorcillo
con cuatro ó con seis gavetas,
un cofre de ropa blanca,
y otro de sayas enteras,
una honrada como suya.

Hipólita.

Pues veme, de esta manera
me quiere á mí don Clemente,
y hoy me dijo cosas de ella,
como de ella

Clara

¿Qué le dijo?

Hipólita.

Que aunque á veces viene á verla,
la visitacion...

Clara.

¿Porqué?

Hipolita

Por otra, y no por mas buena.

Clara.

¿Eso dijo?

Hipólita

Y que era fácil.

Clara.

¿Eso dice?

Hipólita.

Y que era fea,
y que tenia en Almagro
vn censo puesto en cabeza
de un fulano Caniego.

Clara.

¿Eso dijo?

Hipólita.

Y que se afeita
tanto, que se le han caido
cuatro dientes y tres muelas,
y que los tiene postizos.

Clara.

¿Eso dijo?

Hipólita.

Y dió mas señas;
que tiene un olor de boca
que puede dar pestilencia;
y que erais muger bellaca.

Clara.

Ya no puede haber paciencia;
bellaca á *mí* ¿hay tal injuria?
caballeros salid fuera, (1)
que hoy he de ver...

ESCENA XIV.

Dichos, Don Clemente y Cartilla.

Hipólita.

¡O traidor!
¿aquí estais?

Clemente.

Detente, espera;

Hipólita.

Estas casas quereis vos,
donde andais por alacenas,

(1) *Abre doña Clara la alacena.*

salid acá el del catarro,
y el de las Claras. (1)

Cartilla.

¿Qué intentas?

Hipólita.

Vengarme en los dos.

Clemente.

Aguarda.

Hipólita.

Venid conmigo.

Clemente.

Eso fuera
para que yo le matara.

Hipólita.

Sígueme á mi.

Clara.

¿No te quedas?

Hipólita.

¿A qué esperas?

Clara.

¿A qué aguardas?

Cartilla.

Llamando estan á la puerta. (2)

Marichaves.

Yo abro, y sea quien fuere,

Clara.

Abre.

---

(1) *Saca á Cartilla.*

(2) *Golpes á la puerta.*

ESCENA XV.

Dichos y Doña Beatriz con luz.

Beatriz.

¿Qué voces son estas
en mi casa, y á estas horas?
¿aun no habeis entrado en ella,
y hay este ruido? ¡qué miro,
don Clemente!

Cartilla.

Otra pendencia
tenemos con Beatriz.

Beatriz.

¿Vos, cómo en mi casa mesma
os entrais...

Clemente.

Estoy perdido. *ap.*

Beatriz.

A blasonar,

Clara.

Estoy muerta. *ap.*

Beatriz.

de un honor,

Hipólita.

¡Qué es lo que escucho! *ap*

Beatriz.

De una fama,

Clara.

No hay paciencia. *ap.*

Beatriz.

Que por vos tengo perdida?

Hipólita.

¡Sin Clara otra dama nueva!
traidor ¿esto era quererme?

*

Clara.

¿Esto era amarme devèras?

Beatriz.

¿A mis ojos dos injurias?

Hipólita.

¿Que eran falsas tus finezas?

Beatriz.

Ven conmigo.

Clara.

No te vayas.

Clemente.

¿Qué he de hacer?

Clara.

Aqui te queda.

Clemente.

Clara, Hipólita, Beatriz.

Clara.

Habla.

Hipolita.

¿Qué dices?

Beatríz.

¿Qué intentas?

Clemente.

Que á una quiero de las tres.

Clara.

¿Soy yo?

Clemente.

Una sola es mi prenda.

Hipolita.

¿Soy quien te merece fina?

Clemente.

Tu erès quien ...

Beatriz.

Dilo ¿qué esperas?

Clemente.

Tu serás.

Clara.

Paga mi fé.

Clemente.

Tu eres solà.

Clara.

¿En qué te yclas?

Clemente.

Pues para no dejar....

Todas.

¿Qué?

Clemente.

Dos que josas,

Clara.

¿A qué esperas?

Clemente.

He de responder,

Hipolita.

Responde.

Clemente.

A las tres de esta manera. *Vase.*

Hipolita.

El me aborrece.

Beatriz.

El me olvida.

Hipolita.

El me agravia.

Clara.

El me desprecia;

Beatriz.

Deme el dolor sufrimiento.

Hipolita.

Deme consuelo mi pena.

Beatriz.

Deme venganza mi agravio.

Clara

Denme los cielos paciencia.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Salon.

Sale Don Clemente, y Cartilla tras él con ropilla, espada, capa, pretina.

Clemente.

Acaba presto, Cartilla.

Cartilla.

Sin juicio estás.

Clemente.

Estoy loco.

Cartilla.

Señor, vete poco á poco.

Clemente.

Ponme bien esa golilla.

Cartilla.

¿Pues dí, qué te sucedió?

Clemente.

¿No me dejas?

Cartilla.

No te dejo:
¿ha echado menos el viejo
los cuatro tapices?

Clemente.

No.

Cartilla.

¿No entró á verte muy severo,
pues díme, qué te queria?

Clemente.

A aconsejarme venia
que le volviese el salero.

Cartilla.

Tarde viene: díme agora
el dolor que te maltrata,
acaba.

Clemente.

¡O Beatriz ingrata!

Cartilla.

Habla.

Clemente.

¡O Hipólita traidora!

Cartilla.

Tu matutino dolor
refiere.

Clemente.

No he de decillo.

Cartilla

¿Te han pedido en el Barquillo
algun almuerzo, señor?

Clemente.

Ya Hipólita me ha vendido,
Doña Beatriz se ha vengado,
Doña Clara me ha negado,
y yo estoy....

Cartilla.

No te he entendido:
¿Hipólita fué traidora,
á tí te ha dejado?

Clemente.

A mí.

Cartilla.

¿Con toda su honra?

Cemente.

Si.

Cartilla.

¿Y á otro prefiere?

Clemente.

A otro adora.

Cartilla.

¿Beatriz, porqué se mudó?

Clemente.

Porque tambien es muger,
y ayer de mí se olvidó.

Cartilla.

¿En fin, te dejaron tres?

Clara.

Si, amigo, dame la capa.

Cartilla.

Un remedio hallo escelente...

Clemente.

¿Pues no me le dás, qué aguardas?

Cartilla.

Para que tú quedes limpio
de esta polvareda.

Clemente.

Habla.

Cartilla.

Pues el remedio,

Clemente.

¿Qué?

Cartilla.

Que te sacudas la capa.

Clemente.

Ea, salgamos á la calle,
cierra esa puerta.

ESCENA II.

DECORACION DE CALLE.

Dichos y despues Don Julian.

Cartilla.

Cerrada.

Clemente.

¿La llave?

Cartilla.

Toma la llave.

Clemente.

Requerir quiero esta espada, (1)
no esté gastado el boton
de la espiga.

Cartilla.

¿A eso te paras?

Clemente.

Si, porque voy á dar muerte
al regidor.

Cartilla.

¿Porqué causa?

Clemente.

Porque me ha desafiado.

Cartilla.

Dime cuando.

Clemente.

Esta mañana,
porque anoche con Hipólita
le halle dentro de su casa.

---

(1) *Mira la espada.*

Cartilla.

¿Te buscó?

Clemente.

Me envió un papel.

Cartilla.

¿Con buena nota?

Clemente.

Estremada.

Cartilla.

Deja que lea

Clemente.

Lee (1).

Cartilla.

Dice de esta suerte;

Clemente.

Acaba:

Cartilla.

Lee: *Por ruegos de doña Hipólita me retiré á noche, y porque se entienda que obedecer á una muger no es temer á un hombre: le espero en el remate de la calle de las Huertas con un amigo.*

Yo digo que si le matas,
pierde Almagro un gran sugeto.

Clemente.

Llevar quiero un camarada,
pues él lleva otro consigo.

Cartilla.

Vete solo, y que se vaya
el padrino que él trujere;
lo que me pudre y me mata
el que bien llevar padrinos,
que se esté un hombre en su casa

(1) *Dale el papel.*

con su quietud, con sus hijos
y su muger, y que haya
quien diga: venios conmigo,
que á reñir voy á campaña,
que hago confianza de vos;
ladron, haz de tí confianza,
y riñe tú tu pendencia.
Hacerle á un hombre que salga
por padrino de un bateo,
vaya con Dios, aunque gasta
una vela y un mantillo,
y un pomo de agua de ambar,
los derechos de la Iglesia,
la comadre y la criada
que lleva el niño, sin otras
menudencias de otra data.
pero que lleven padrino
al que va de mala gana
con la cólera del otro
á irse á matar á estocadas
es cosa que ha de pudrirme;
pero lo que mas me mata
no es que haya tontos que llamen,
es que haya locos que vayan.

Clemente.

Yo es fuerza que llame á uno.

Cartilla.

Yo iré contigo.

Clemente.

A que hagas
lo que sueles.

Cartilla.

Qué de veces
me has dado con esto en cara,
es mas de que otro bien

á la pelota no es falta.

Clemente.

¿A quién llevaré á mi lado (1)?

Cartilla.

Par Dios no lo sé, ansi llama
á Don Bernardo, que es hombre
que en una pendencia honrada
nunca volvió paso atrás,
verdad es que por desgracia
sacó tres grandes heridas.

Clemente.

Cartilla, de mejor gana
llevára á quien se las dió.

Cartilla.

Y aun yo te lo aconsejára,
¡válgame Dios! ¿quién irá
contigo?

Clemente.

¿Mi maestro de armas
será bueno?

Cartilla.

No señor,
que esto es con espadas blancas.

Clemente.

¿Y Don Nicolás es bueno?

Cartilla.

Es miserable

Clemente.

¿Esa es falta
para reñir?

Cartilla.

Como quieres
que dé las heridas francas;

(1) *Ande por el tablado.*

mas tente, que ya le he hallado.

Clemente.

Dímelo.

Cartilla.

Si me lo pagas.

Clemente.

El vestido de bayeta
con pestaña te doy, habla.

Cartilla.

Vestido con tantos ojos
fuerza es que tenga pestañas.

Clemente.

Grande majadero eres.

Cartilla.

Como la bayeta rancia,
bien puedo ser majadero,
mas no frisado

Clemente.

No me hagas
perder el juicio.

Cartilla.

Ya es tarde.

Clara.

Dime el que elijes, acaba.

Cartilla.

Pues yo elijo

Clemente.

Acaba presto,

Cartilla.

A Don Julian de Mata.

Clemente.

¿Tienes tú satisfaccion
de su acero?

Cartilla.

La que basta,
mas no le elija por eso.

Clemente.

¿Pues por qué?

Cartilla.

Escucha la causa:
este hombre es entremetido.

Clemente.

Adelante.

Cartilla.

Este hombre anda
entremetiéndose con
tus Beatrices y tus Claras,
pues entresácale agora
á reñir á la campaña:
y una de dos señor,
ó le cascan y no le cascan,
si te le zurran te vengan
dél, y si él te da tal mañana
que sacude, te venga él
del Regidor de la Mancha,
Y asi de una suerte y otra
dé y tome, y tomas venganza
del Regidor si le zurran,
de Julian si le vadanan.

Clemente.

Dices bien, ¿dónde he de hallarle?

Cartilla.

En la puerta de su casa
está todos los mas dias
dos horas por la mañana,
á hacerse por fuerza amigo
de no mas de los que pasan.

Clemente.

Pues cerca estamos.

Cartilla.

Y tanto
que es aquel.

Clemente

Bien dices, anda.

Cartilla.

Oyes, pasaré de largo,
verás cómo sin buscarla
se entra en la pendencia, aunque
no le hables una palabra.

Clemente.

Mejor es que él quiera ir,
bien has dicho.

Cartilla.

Pues embaina
el sombrero y ponte luego
al estómago la daga,
agoviate de cintura,
saca hácia fuera la espada,
ponte crudo y mira al suelo,
y verás cómo se clava.

Clemente.

Pasemos.

Cartilla.

No nos ha visto, (1)
párate aqui un poco, y habla
conmigo como enojado.

Clemente.

¿No nos mira? hay tal.

(1) *Mire al vestuario.*

Cartilla.

Aguarda,

que te vió.

Clemente.

Viene ya.

Cartilla.

Sí.

Clemente.

Pues él se nos viene, vaya.

Julian.

¡Don Clemente!

Clemente.

¡Don Julian!

Julian.

¿Dónde vais tan de mañana
por esta calle del Prado?

Clemente

A un negocio de importancia,
voy de prisa, á Dios amigo.

Julian.

El os guarde. *Vase.*

Cartilla.

Y si importára
apartarse de nosotros,
se estuviera hasta mañana.

Sale Don Julian.

Ah, sí.

Clemente.

¿Qué decis?

Julian.

Parece
que vais mohino.

Clemente.

No es nada,
quedaos con Dios.

Julian.

Si es pendencia,
vuestro soy, y tengo espada.

Cartilla.

Pendencia espero, no importa
que es en el campo.

Clemente.

No me hagas
que te rompa la cabeza (1),
pícaro.

Julian.

Tened la daga,
¿vais á reñir?

Clemente.

No hay tal,
gallina.

Cartilla.

Yo soy una mandria,
¿pero quién podrá mejor
ir á tu lado á campaña,
con el señor Don Julian,
que á menudas estocadas
le contará los botones
al Cid aunque no los traiga?

Julian

Y es desconfiar de mí;
en la Alemania alta y baja
saben quién es el alférez
Don Julian de Mata.

Cartilla.

Y basta
reñir un hombre con uno,
sin irse á meter en danza,

---

(1) *Enójase con Cartilla.*

con dos.

Julian.

¿Pues con dos quereis
reñir solo ?

Cartilla.

Dió en la trampa. *ap.*

Clemente.

¿ Pues no basta mi criado ?

Cartilla.

Yo sé si basta ó no basta,
y á toda ley Don Julian.

Julian.

Y yo tengo con vos tanta,
que de vos no he de apartarme.

Clemente.

Pues Cartilla, vete á casa,
que ya vamos dos á dos.

Cartilla.

Pues á Dios.

ESCENA III.

Don Clemente, Don Julian y luego Cartilla.

Julian.

¿ A dónde aguardan
los que esperan ?

Clemente.

Están
á la vuelta de esas tapias,
que son de los Trinitarios
Descalzos.

Julian.

Sabré la causa (1).
por qué os han desafiado,

---

(1) *Anden por el tablado.*

amigo.

Clemente.

Por una dama.

Sale Cartilla detrás.

Poco á poco he de seguirlos,
y he de hacer la patarata
de valiente á su ocasion.

Julian.

¿Sabeis jugar bien las armas?

Clemente.

Con cólera no hay destreza.

Julian.

Yo no la tengo, y me holgára
aprovechar dos lecciones
de Carranza.

Clemente

Heridas falsas
son todas las que enseñó.

Julian.

Quien no sabe ejecutarlas
las llama asi, mas yo sé
si son finas ó son falsas.

Clemente.

¿Habeis jugado en Madrid?

Julian.

Con los hombres de mas fama.

Clemente

Dad aqui unas zambullidas
escelentes.

Julian.

Estremadas:
para librar zambullidas
yo sé una licion bizarra.

Clara.

Decidmela.

Julian.

No jugar

con quien las juega.

Cartilla.

No es mala.

Clemente.

Aquestas las tablas son.

Julian.

Y este el campo

Clemente.

Y alli aguarda.

ESCENA IV.

Decoracion de campo.

Dichos y Juan Martinez de Caniego.

Juan.

Bien venido Don Clemente.

Clemente.

Ya yo vengo á la campaña
á cumplir mi obligacion.

Juan.

Señor Don Julian de Mata,
¿vos contra mi?

Julian.

Cuando salgo
llamado del que me llama
soy amigo solamente

Clemente.

Pues sacad la espada,
llamad á vuestro padrino:
¿á qué aguardais?

Juan.

Una palabra,

yo vengo solo.

Clemente.

¿Por qué?

Juan.

Fui á buscar un camarada,
que es valiente de mi tierra,
y me han contado en su casa
que ayer tarde se fue á Almagro.
Que yo en esta confianza
os escribí que trajeseis
otro con vos; pero basta
que riñamos vos y yo,
vuestro padrino se vaya
á prevenir Confesor,
y saquemos las espadas,
y á quien se la diere Dios
que se la perdone el Papa.

Julian.

Dices bien, mas yo he salido
á reñir á la campaña,
y á un hidalgo de mi porte,
de mi obligacion y fama,
le toca en saliendo al campo
reñir: vuelva, si le aguarda,
á buscar otro padrino,
y á mi propio padre traiga,
que en el campo con mi padre
me he de matar á estocadas.

Juan.

¿Vos no sois mi grande amigo?
responded.

Julian.

Fuilo en la Mancha,
y este es otro Arzobispado.

Cartilla.

Ahora entra mi patarata:
oye, ve, traiga dos.

Juan.

¿Dos por qué?

Cartilla.

Uce los traiga,
que del lado de mí amo
nunca ha de faltar mi espada.

Clemente.

¿De cuando acá tú valiente
desde ahora?

Cartilla.

Hay horas menguadas.

Juan.

Don Clemente, oid por Dios.

Clemente.

Y vos no esteis importuno.

Juan.

Basta ir á buscar uno
sin que haya de buscar dos,
ó hareis los tres que me alabe
que estoy solo.

Cartilla.

Tú te has de ir
dí, ¿por qué quieres reñir?

Cartilla.

Yo he de saber á qué sabe;
este hombre no reñirá,
y yo quedo por valiente.

Juan

Voy por otro amigo.

Julian

Tente,
que un remedio he hallado ya.

Cartilla.
Si me toca al pundonor,
no le oigo.
Clemente.
Hablad.
Julian.
Ya le digo.
Juan.
¿Qué es?
Julian.
Yo soy tan vuestro amigo
como soy del Regidor.
Juan.
Antigua es nuestra amistad.
Cartilla.
En paz los quiere poner.
Julian.
El no sabe á quién traer
por padrino.
Clemente.
Asi es verdad.
Julian.
Pues yo me paso á su lado,
porque eso se empiece ya,
y á vuestro lado podrá
reñir.
Clemente.
¿Quién?
Julian.
Vuestro criado;
para esto le dad licencia,
dos á dos, los cuatro asi
reñiremos, que por mí
no se ha deshecho pendencia,
porque no es razon, ni quiero

agora, aunque sea razon,
que e deje esta cuestion,
por no hallar su compañero (1).

Clemente.

¿Vos no venísteis conmigo?

Julian.

Haced vos cuenta que no.

Clemente.

¿Y quereis que riña yo
con vos? responded.

Julian.

No amigo.

Clemente.

¿Pues cómo os vais de mi lado,
hoy que á reñir os provoca
mi amor?

Julian.

Es que á mí me toca
reñir con vuestro criado.

Cartilla.

No toca, y hay otros modos
para hallar suave medio.

Julian.

Yo no hallo mejor remedio
para que riñamos todos.

Cartilla.

Entremetido malino,
respóndeme de qué suerte
te has metido por meterte,
en meterte á ser padrino.

Clemente.

Yo de su modo civil
tomaré venganza honrosa.

---

(1) *Pásase al lado del Regidor.*

Julian.

Don Clemente, esto no es cosa
que no la han hecho dos mil;
razon y acero serán
los que menguen aqui (1).

Cartilla.

El diablo me metió á mí
en llamar á Don Julian.

Julian.

Sacad la espada.

Cartilla.

Hay tal loco (2).

Julian

El lacayo muestra brios.

Clemente.

¿Vos qué aguardais?

Juan.

Reyes mios (3)
matémonos poco á poco (4):
¿cómo tirais estocadas?
eso es quererme matár.

Clemente.

¿Qué he de hacer?

Juan.

En mi lugar
reñimos á cuchilladas.

Cartilla

Cerrada conmigo la hace.

Juan.

¿No quereis teneros?

---

(1) *Sacan las espadas.*
(2) *Riñen Cartilla y Don Juan.*
(3) *Saca el Regidor la espada.*
(4) *Tirale Don Clemente.*

Clemente.

¿Qué hay?

Juan.

Troquemos compañeros,
pasaos acá.

Julian.

Que me place (1),
ea riñamos amigo,
que yo á todo me acomodo.

Cartilla.

Por solo meterse en todo
se mete á reñir contigo.

Julian.

Entrad recto, y con valor (2).

Clemente.

Sois diestro.

Julian.

Como valiente.

Juan.

Mal por mal, venga el sirviente.

Cartilla.

Mal por mal al Regidor
en este brazo tended.

Julian.

Partid conmigo.

Clemente

Ya parto.

Julian.

Va por el círculo cuarto
esta estocada: tened ( ).

---

(1) *Pásase Don Julian á reñir con Don Clemente, y Cartilla con el Regidor*

(2) *Parte el uno para el otro*

(3) *Dale D Clemente á D. Julian una estocada.*

Clemente.

¿En qué os suspendeis?

Julian

Sospecho

que herido ahora me habeis,
sin saber lo que os haceis.

Clemente.

¿Dónde es la herida?

Julian

En el pecho.

Clemente.

No puede ser.

Julian.

Eso cierto:

¿sabeis porqué me habeis dado?

Clemente.

Decid porqué.

Julian.

De confiado,

mal haya el partir abierto;
pero mas que la destreza (*Riñen*)
sangre y valor me apasiona.

Clemente.

Decís bien.

Cartilla.

Arda Bayona.

Clemente.

¿Qué es eso? (*Dale récio.*)

Julian.

Otra en la cabeza:

don Clemente, oid por Dios,
el reñir con vos aquí,
yo no lo hago por mí.

Clemente.

¿Pues por quién lo haceis?

Julian.

Por vos.

Clemente.

Yo hago á los Cielos testigos,
que conozco lo que os debo.

Julian.

Miren aquí lo que llevo
por servir á los amigos;
hasta vengarme es preciso
que pelee como un Cid.

Sale un soldado.

Caballeros, advertid
que en Atocha han dado aviso
á un Alcalde que allí estaba.

Cartilla.

Pues yo me voy á sagrado.

Soldado.

Ya un ministro alborotado
viene corriendo.

Clemente.

Importára,
gozáramos la ocasion,
pues agora no se puede,
para otro dia se quede
el tomar satisfacion,
que la salud es primero.

Cartilla.

Digo que tienes razon.

Julian.

Y yo soy de esa opinion.

Juan

Y agora llevaros quiero,
pues herido estais por mí,
donde sin riesgo os cureis;
vos es justo que aviseis

á esa dama, porquè ansi
se libre.

Cartilla.

Yo voy á vella,
que mude todo el ajuar
por lo que puede importar.

Julian.

¿Es por ella?

Clemente.

No es por ella;
pero habrá imaginado
que ella ha dado la ocasion.

Julian

Oid, tened compasion:
mirad, yo os tengo cariño,
cuando vais desafiado,
que os puede matar un niño.

ESCENA V.

Sala en casa de Doña Clara.

Doña Clara, Cartilla y Marichaves.

Cartilla.

Doña Clara.

Clara.

Cartilla.

Cartilla.

Marichaves.

Marichaves.

¿Qué traes di?

Cartilla.

Que riñó.

Clara.

¿Quién ha reñido?

Cartilla.

No es nada,
don Julian es el herido,
y no saldrá la fiesta muy debalde
en busca de tu casa anda un alcalde.

Clara.

¿Y agora adónde ha ido?

Cartilla.

A la otra casa donde has vivido.

Clara.

¿Pues qué he de hacer?

Cartilla.

Yo quiero aconsejarte
que mudemos los trastos á otra parte.

Clara.

¡O mal haya!

Marichaves.

Señora, no te indigne
la mengua de quien quiere á espadachines.

Clara.

¿Pues quién ha de mudarme?

Cartilla

No te afanes,
que prevenido traigo ganapanes;
entre todo el ganado

Salen Ganapanes.

Ganapan.

Seor menguado,
él será el manso, si este es el ganado.

Marichaves.

Descuelguen los paises.

Clara.

Tú y el ama,
tomad la llave, y descolgad la cama:
cierren los cofres.

Ganapan.

Ya está descolgado.

Clara.

Doblen presto la alfombra y el estrado.

Cartilla.

¿Qué espacio es este, Reyes?

Ganapan

¿Quién se para?

Clara.

Dale á uno la redoma de la cara.

ESCENA VI.

Dichos, Don Clemente con Ganapanes, y Doña Beatriz.

Clemente.

Esta es la casa, llegue buena gente.

Clara.

¿Quién ha entrado?

Clemente.

Yo soy.

Cartilla.

Es don Clemente.

Clara.

¡Ah traidor, por tí andamos!

Clemente.

¡Qué te enfadas!

Clara.

Yo y mis alhajas todas arrastradas.

Marichaves.

¡Qué nada disimules!

Beatriz.

Entren dentro á cargar con los baules.

Clara.

Si de esta vez salgo yo de esta congoja,
nunca mas mancebito de la oja.

Cartilla.

¿No te pones el manto? (1)

Clemente.

¡Hay enemigo!

¿quién me ha de acompañar?

Beatris.

Yo voy contigo,

que las que hacemos amorosas ligas,

hoy enemigas y despues amigas. (2)

Marichuves.

Aquí viene la taza y la salvilla,

las cucharas y platos.

Clara.

Tú, Cartilla,

puedes llevarlo.

Cartilla.

Yo tengo cuidado.

Clara.

Dale tambien el tenedor quebrado.

Marichuves.

Yo lo llevo en la manga.

Clara.

¡O cruel!

Beatris.

¡O ingrato! (3)

Ganapan 2.

Oye usted, ¿adónde va este ato?

Cartilla.

Siganme á mí.

---

(1) *Pónese el manto.*

(2) *Sale Marichuves con la plata, y dála á Cartilla*

(3) *Salen los ganapanes con ropa.*

Ganapan 1.

¿Los cofres?

Ganapan 3.

Las colchones.

Clara.

De aquí adelante todos chapetones.

Ganapan 4.

Cargo esté lio. (1)

Ganapan 1.

Arriba.

Beatriz.

Ola, menguada.

Marichaves.

Tu cama de madera se está armada.

Beatriz.

¿Dónde vamos?

Cartilla.

Al Carmen imagino.

Clara.

Cielos, no mas hijos de vecino.

ESCENA VII.

Sala en casa de Doña Hipólita.

Juan Martinez, Don Julian herido, y Doña Hipólita.

Juan.

Aquí os habeis de curar.

Julian.

No se como me reporto:
habeisme agora paseado
todo el lugar en contorno,
y habeisme vuelto á traer
á esta casa.

---

(1) *Cargan el estrado y los paises.*

Juan.

Por vos sola

hiciera yo esta fineza.

Julian.

¿Cuál es?

Juan.

Esperad un poco,

doña Hipólita.

Hipólita.

¿Quién llama?

Juan.

Yo soy, que á pedir socorro
vengo hoy á vuestra piedad,
como ayer á vuestros ojos.

Hipólita.

¿Qué es esto?

Juan

Es un caballero

que de puro valeroso
el pecho tiene pasado,
y trae los cascos rotos.
Suplicoos, señora mia,
que permitais sin enojo
que esté una hora en vuestra casa,
para que sin alboroto
se le tome aquí la sangre,
que yo por mi cuenta tomo
que él os quede apasionado,
y yo agradecido, y todo.

Hipólita.

Caballero, ayer me visteis,
y ayer sin saber yo como
os entrasteis en mi casa,
con tal lenguage y tal modo,
que os creyera socarron

si vos cubrierais lo tonto;
pues veniros á mi casa
con carabanas de propio,
el mismo que ayer huisteis
como si fueras el otro,
á que yo os cure un herido,
es el mayor desahogo
que he visto.

Julian.

Señora mia,
desangrandome estoy todo,
y para una herida es
mal bálsamo un circunloquio.

Juan.

¿Pues fué por vos la pendencia,
y os haceis de rogar?

Julian

¿Cómo?
por esta señora fué;
hasta salir sano y todo,
no he de irme de aquesta casa.

Hipolita.

Advertid que yo me corro
que tal se diga de mí.

Juan

Yo desafié á don Piadoso,
decir quiero á don Clemente.

Hipólita.

Bien dices, que esto es lo propio.

Juan.

Y este caballero fué
mi padrino.

Hipólita.

¿Y saben todos
que fué por mi?

Juan.

No lo saben.

Julian

Señores, estamos locos,
curadme, que me desangro,
y hablad luego como un tordo;
haced que traiga un huevo.

Juan.

No traigo blanca.

Julian.

Esto es otro,
tomad este real de á dos,
y enviad presto, acabad.

Juan

Corro;
no basta gastar con Clara,
sino gastar con yema, y todo.

ESCENA VIII.

Dihos, Cartilla y dentro los ganapanes.

Cartilla.

Descarguen aqui la ropa.

Hipólita.

¿Qué ruido es este?

Ganapan 2.

Aqui pongo
aqueste hato.

Dentro Cartilla.

En la antesala
puedes descargarlo todo.

Hipólita

Cartilla.

Sale Cartilla.

Señora mia,

perdóname si te estorvo,
que te hago depositaria
deste ajuar, porque nosotros
con Don Julian pelcamos,
y él salió con su negocio,
y siendo tú la culpada
han imaginado todos
que lo ha sido Doña Clara,
con ella á ponerse en cobro
viene otra vecina suya:
tú señora, sin enojo
las recibe, pues importa
á tu fama, y tu decoro
y si ven que eres culpada,
agora ha de ser forzoso,
que tus escritorios anden
por los otros escritorios:
Julian está mal herido.

Julian.

Y está mal curado, y todo,
venga ese vino, y el huevo.

ESCENA IX.

Dichos, y sale el Rejidor con vino, huevo y plato.

Juan

El vino y huevo están prontos,
pero no hallo cirujano,
para curarle yo sobro.

Cartilla.

Yo le curaré mejor
que ninguno.

Julian

Me conformo.

Cartilla.

Batá ucé esa clara.

Hipólita.

Aqui hay paños.

Cartilla.

Venga el ópio,
que yo rociaré la herida (1).

Julian.

Quien pudiere deste modo
batir otra clara.

Cartilla.

En nombre
de Dios todo poderoso,
quite usted esa mano.

Julian.

Se lo ha bebido.

Cartilla.

Era un sorbo (2).

Julian.

Señor mio hable presto.

Hipólita.

¿Qué dice?

Juan.

Yo no lo oygo.

Cartilla.

¿Como le han trasquilado?

Julian.

¿Se lo ha bebido?

Cartilla.

Era poco.

---

(1) *Bebe la clara el Regidor, echa una bendicion Cartilla, y hace señas que quiten la mano, y vuelve.*

(2) *Bebe Cartilla, y hace señas.*

Juan.

Mas que ha de faltarnos vino;

Cartilla.

Eso que importa, ir por otro;

Juan.

Cure usted sin trasquilar.

Cartilla

Por Marzo fuera mas propio (1).

Julian.

¿Se lo bebió?

Cartilla.

Sí señor,
que el vino es muy pernicioso
para heridas, y con él
le crece la sangre á todos.

Julian.

Pues póngame uced la clara.

Cartilla.

Dice bien, ya se la pongo,
venga un paño.

Hipólita.

Aqui está un lienzo (2).

Cartilla.

Yo le ato.

Dentro Clemente.

Entren poco á poco. (3)
No quiebren los contadores.

Julian.

Tesoreros quiebran solo.

---

(1) *Bebe Cartilla, y hace señas.*
(2) *Pónele la clara, y dale un paño.*
(3) *Dentro á los ganapanes.*

ESCENA X.

Dichos Don Clemente, y túrbase de ver al Regidor, y á Don Julian.

Clemente.

Doña Hipolita, yo vengo....
señor Don Julian, ¿vos cómo
dentro desta casa; y vos
segunda vez á mis ojos,
cómo os atreveis á entrar?

Hipólita.

Esperad, que yo respondo
por todos en esta casa,
no hay dueño que sea mas propio
que Don Julian, á quien yo
por mi dueño reconozco;
asi me pienso vengar. *ap.*

Clemente.

Cierra el labio licencioso,
que has de ser mia, aunque agora....

ESCENA XI.

Dichos, Doña Clara, Beatriz y Marichaves al paño.

Clemente.

¡Qué yo llegue cuando oigo
mi desprecio de sus lábios!

Beatriz.

¿Cielos, cómo me reporto?

Clemente.

Yo no quiero á Doña Clara.

Clara

¡Qué esto escucho!

Julian.

Yo tampoco.

Clemente.

Yo á Doña Beatriz no estimo.

Julian.

Ni yo la quiero

Beatriz

¡Qué esto oigo!

Clemente.

La presente para mi,
es la que amo.

Julian.

Ese es mi tono.

Clemente.

Beatriz es ce.

Cartilla.

Y Cartilla
un poco falsa.

Julian.

y dos pocos.

Clemente.

Hipólita es.

Hipolita.

Ya yo salgo.

Juan

La que quiero.

Clara.

Yo me arrojo.

Julian.

Y yo quiero tambien.

Clara

Pues traidor.

Beatriz.

Pues alevoso (1).

Clara.

Tu anoche me adorabas....
pero este escarmiento tomo:
¿Doña Hipólita?

Hipólita.

¿Qué quieres?

Clara.

Que me oigas te pido solo.

Hipólita.

Ya te escucho.

Juan.

Don Julian,
hagamos aqui otro corro.

Julian.

Cartilla, amigo.

Cartilla.

Ya llego, (2)
llégate tú.

Clara.

Oidme todos:
ya ves que todos los hombres
son falsos y mentirosos.

Clemente

Ya veis, que toda muger
es mas falsa que nosotros;
pues escarmiento, y dejarlas.

Hipólita.

Pues dejarlos.

---

(1) *Descúbrense Doña Clara y Doña Beatriz, y embisten con dos*

(2) *Hacen dos corros, las mugeres uno y los hombres otro.*

Juan.

Eso escojo.

Clemente.

Galan que antes por un lado
con dama de mucho toldo
pensando que eres querido
y el otro no abrir el ojo....

Clara.

Abra el ojo la que tiene
mocito como un pimpollo,
que son todos de oropel,
y parecen todos de oro.

Beatriz.

Todos á una voz

Clemente.

Los cuatro
á una voz, y á un mismo tono.

Clara.

Digamos.

Clemente.

Decir podemos
de rabia.

Beatriz.

De ira..

Juan.

De enojo.

Todos.

Abrir el Ojo señoras.

Todos.

Señores abrir el Ojo.

Cartilla

Y Don Francisco de Rojas,
postrado á esos pies heróicos,
pide el vitor y el perdon,
pues nobles sois, sed piadosos.

Abrir el Ojo.

Don Francisco de Rojas presenta en esta comedia una pintura exacta, pero decente, de la vida y artificios de las cortesanas, y de la volubilidad de sus amantes. Los caractéres de Hipólita, Leonor, Beatriz y Clara son variados, á pesar de la monotonía que parece inevitable por la uniformidad de su género de vida. La misma variedad se nota en Don Clemente, Don Julian y Don Juan, y de aqui resulta el agrado que produce la lectura de esta pieza, que no tiene por otra parte una accion determinada Se reduce esta únicamente al desengaño recíproco de todos los personages, que justifica el título que dió el autor á su obra.

Tiene esta sin embargo un movimiento tan vivo, y unos lances tan cómicos que arrastran al lector y le llevan al fin sin ninguna violencia. El encuentro de Don Clemente con Don Julian, de quien desee separarse, los lances que pasan en casa de Clara, y últimamente el desafio y la mudanza rápida de esta al oir la noticia de Cartilla son escenas interesantes y variadas que manifiestan el ingenio del autor. Hay diálogos escelentes, y entre ellos el de Clemente y su criado al principio del acto segundo, cuando aquel le cuenta que le ha despedido, y quiere regalarla para volver á verla.

Cartilla.

¿Eso pasa?

Clemente.

Sí, Cartilla.

Cartilla.

¿Qué Clara te despidió?

Clemente.

No me espanto, que es muger.

Cartilla.

Y mas muger que otras dos.

. . . .

Clemente.

Con achaque de las pascuas
tengo determinacion
de enviarla ahora un regalo:
¿vendiste el salero?

Cartilla.

Hoy
véndele tú, que no quiero
que me prendan.

Clemente.

¿Por qué no?
¿Quién te ha de prender?

Cartilla.

Tu padre,
que en la platería hoy
hacia por su salero
apretada inquisician...

. . . .

Clemente.

¿Cuánto pesa?

Cartilla.

Doce onzas,
que viene á ser en vellon
mas de ciento y treinta reales.

Clemente.

Trae dos cajas de turron
de Alicante.

Cartilla.

Son cuarenta.

Clemente.

Dos pabos.

Cartilla.

Son treinta y dos, &c.

Véase tambien la escena en que Clemente y Cartilla se quedan encerrados en la habitacion de Clara, registran el escritorio y encuentran el papel de Chapeton que decia: hija, tú dices que se dan tan barato esos estrados y tan de valde esas sillas, que te envio los mil reales que me pides.

Cartilla.

Tente, no pases de ahí;
considera, ó pasagero,
lo que somos los amantes:
párate aqui y toma ejemplo
en el infeliz Julian,
y en este Chapeton necio,
que el uno compra el estrado
por cuatro mil, y á otro luego
se le vendieron por mil...
. . . .
Los que dais estrados nuevos
no dais mas que las tarimas, &c.

Ultimamente, las gracias de que está sembrada toda la comedia, la viveza de los diálogos, y el conjunto dramático de toda harán siempre apreciable su lectura, y se verá con interés en el teatro.

EL DESDEN VENGADO.

PERSONAS.

El Conde.

Tomin, Lacayo.

Fabio, Criado

Feniso, Caballero.

Roberto, Caballero.

Celia, Dama.

Lisena, Dama.

El Rey de Nápoles.

Ines, Criada.

Roberto., Galan.

Estacio, Criado.

Lisardo, Padre de Celia.

La Escena pasa en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Calle y Noche.

Salen el Conde y Tomin.

Tomin.
Las tres han dado.
Conde.
¿No vés
que el carro nos ha engañado?
Tomin
No ha engañado, pues ha dado
el señor relox las tres.
Conde.
¿Señor le llamás?
Tomin.
¿Serán
culpas?
Conde.
Si, culparte quiero,
que da el relox, majadero,
y los señores no dan.
Tomin.
Es verdad, mas hay tambien
señores que saben dar.
Conde.
No se les puede negar,
pues dan sin saber á quien.
Tomin.
Yo á lo menos tus costumbres
alabo de tí obligado

Conde.

¿De qué?

Tomin.

De lo que me has dado.

Conde.

¿Qué te he dado?

Tomin.

Pesadumbres.

Conde.

Que tú te quejes de mí,
que un pobre título soy,
Tomin, disculpado estoy,
y estará la culpa en tí;
pero yo que sirvo á un Rey
de Nápoles, á un señor,
tan grande.

Tomin.

Tan valor
corre por la misma ley:
lo que tú eres para mí,
eso mismo en el contemplo,
mas levantado el ejemplo.

Conde.

Es verdad, digo que sí;
mas yo que á un Rey he servido
de Nápoles, á un señor,
que á ser el mundo mayor
ser su Rey ha merecido,
no tengo premio, ni espero
que he de alcanzarle jamas;
¿porqué tú quejas me das,
siendo un humilde escudero?

Tomin.

El Rey es Rey, con el Rey
es lo mismo tu grandeza

que contigo mi bajeza?
porque del mundo la ley
de aquesta suerte dispuso
los estados desiguales,
y los criados leales
como yo viven al uso.

Conde.

¿Por ventura, Tomin, sabes
que niego lo que poseo?
¿No tienes de mi deseo
y de mis gustos las llaves?
¿Si sabes que sirvo á un Rey,
y que dél he de alcanzar,
Tomin, lo que te he de dar,
conforme á la humana ley,
¿porqué te quejas así?

Tomin.

Eso es verdad, mas bien puedes
guardar la hacienda de mí.

Conde.

¿Yo de ti?

Tomin.

Un viejo tenia
gran multitud de doblones,
y un hijo que en ocasiones
gastaba mas que podia:
el viejo, que era discreto,
en una pared metió
el dinero, y lo guardó,
fiando de sí el secreto.
Allí á un famoso pintor
hizo un sepulcro pintar,
y esta letra en su lugar;
Aquí yace tu señor:
mas no sé como ó por quien.

vino del hijo á noticia,
que sepultó la codicia
allí el dinero tambien;
y sacándolo de allí,
todo el dinero cogió,
y aquesta letra escribió:
Surrexit, ya no está aquí.

Conde

¿Y á qué efecto me has contado,
Tomin, ahora, ese cuento?

Tomin

Muy bien puede el pensamiento
haberse agora engañado
en aplicacion bastante;
pero si tan pobre estás,
¿porqué causa, Conde, das
en locura semejante?

Conde.

¿En qué locura?

Tomin.

En querer
á una muger desigual
á tu estado.

Conde.

Es principal,
y basta que es muger.

Tomin.

Mal fuego las queme á todas.
¿Es posible que no adviertas
que de su casa las puertas,
á quien [illegible] acomodas,
estan abiertas de dia,
por la tarde, por la noche:
ya para á su puerta el coche,
ya [illegible] su mejoría,

y el galan á sus cuidados
sale dando mil enojos,
sangrandose los dos ojos,
con lo vigotes alzados.
Ya el caballo á la ventana
pasa haciendo reverencia,
y no ha hecho Apolo ausencia
para que salga Diana,
cuando porque te desvelas
con lo que has visto y oido,
suena á su puerta un ruido
de espadas y de broqueles,
tanto que pondria temor
á los que en duda pasaran,
si algunos no imaginaran
que es casa de esgrimidos.

Conde.

Calla, Tomin.

Tomin.

Sinrazones
suyas me obligan á hablar:
nunca te quiere escuchar,
sino es á puros doblones.
Esto era bien que pensaras,
y no que su trato dores,
que ya los quiere traidores.

Conde.

¿Como?

Tomin.

Que tengan dos caras:
no ví muger en mi vida
mas amiga de dinero.

Conde.

Gente suena.

Tomás.

Presto espero
que has de saber que te olvida.

ESCENA II.

Dichos, y sale Fabio criado, de noche.

Conde.

¿Es Fabio?

Fabio.

Sí.

Conde.

¿Qué tenemos?

Fabio.

Culparte, Conde, quisiera,
si el tiempo lugar me diera,
de los injustos estremos
que haces por esta muger.

Conde.

¿Cómo?

Fabio.

Apenas á su puerta
llegué, cuando la ví abierta,
y ví....

Conde.

¿Qué pudiste ver?

Fabio.

Entrar dos mil embozados
á verla y á requebrarla,
como en campo de batalla,
unos á otros llamados.

Conde.

¿No te pudiste engañar?

Fabio.

No Conde, que por mis ojos

eché de ver los enojos
que te pudo Celia dar,
en ser deshonestamente
blanco de mil cortesanos,
que con la lengua y las manos,
atrevida y neciamente
en las acciones mostraba
el gusto de ser querida
de tantos.

Conde.

Si es persuadida,
no la culpes tanto, acaba;
cuanto y mas, que podrá ser
que la casa te engañase.

Fabio.

Pues porqué mas no te abrasa
tu engaño, echarás de ver
antes que nos corra el Alba
las cortinas de marfil

Tomin.

No eres poeta sutíl,
el viejo estilo te salva.

Fabio.

¿Pues como?

Tomin.

Al candor, errante
fulgor: siempre se vincula
dia calza luz emula,
horror que afecta brillante.

Fabio.

¿Qué dices?

Tomin.

Que lo demas
es mecanica poesia.

Fabio.

Yo entendí que hablar sabia.

Tomin.

Pues otra lengua sabrás.

ESCENA III.

Dichos, y sale Feniso de noche.

Feniso.

Armas de amor, señora, son tus ojos,
y siendo el resistirlas imposible
hacen que mi desdicha sea insufrible,
y que al amor le rinda mis despojos.
No puede ya sufrir tantos enojos
el alma que tu amor hace increible,
viendo que ya tu condicion terrible,
seca esperanza, y produce abrojos.
En vos está cautiva la esperanza,
hasta que el si dichoso de vos tenga,
que es quien da vida y luz á la tardanza.
Mas si es forzoso que mi mal se abstenga
hasta perder de vos la confianza,
á padecer el alma se prevenga. *Vase.*

Conde.

¿Fuese?

Tomin.

Sin duda venia
á decir este soneto.

Fabio.

Que un hombre noble y discreto
tanto en este amor porfia:
¿estás loco?

Conde.

Loco estoy,
y mas que á ser loco llego,

pero como amor es ciego,
ciego en mis engaños vi
¿Es posible que es verdad
que Celia es muger liviana?

Tomin.

No lo verá hasta mañana
con la mucha obscuridad.

ESCENA IV.

El Conde, Tomin, Fabio y sale Roberto.

Roberto.

¿Qué mal te hice? ¿no, que tanto mal?
uno me ha hecho, cuando en el sutil
labio, que en las colores vence Abril,
le ví salir por puerta de cristal.
Para ser á mis cosas desigual,
será no tu disculpa leve, y vil,
sino que digas que es el si civil,
y nunca en mi se halló por criminal.
A cualquiera pregunta eres cruel,
siendo de mi paciencia un no crisol;
mas mirando el misterio que hay en él,
en mas estimo un no de ese arrebol,
entre divinos labios de clavel,
que cuanta plata, y oro cubre el Sol. *Vase.*

Tomin.

A soneto nos han puesto.
vive el Cielo, que estoy tal
que á no ser por mi opinion,
hiciera en esta ocasion
un castigo desigual,
al ser quien es, y quien soy.
¿cómo que Celia me engañe?

Fabio.

Como al honor no le dañe,
olvidalá.

Conde.

Loco estoy:
aquestas puertas derriba:
llamemos recio, Tomin,
que á mi intento he de dar fin
si quiere amor.

Tomin.

Ha de arriba.

ESCENA V.

El Conde, Tomin, Fabio, y sale Celia á la ventana.

Celia.

¿Quién llama?

Conde.

El Conde que viene
mas que alegre satisfecho
de tu deshonesto pecho,
que tantos engaños tiene;
á fé que no estabas lejos,
pues tan presto me escuchaste.

Celia.

¿Pues en eso reparaste?
dame agora los consejos
que sueles.

Conde.

¿Pues cómo ahora
Celia, levantada estás?

Celia.

Como tú vienes y vas,
Conde, y señor á deshora

á palacio: p[illegible]
que aquesta noche vendrías;
y no me acosté.

Fabio.

¿Aun porfias
en que se burlen de tí?

Conde.

¿Y los que de alla salieron,
aguardabanme tambien?

Celia.

Tratame, Conde, mas bien.

Conde.

Tomin y Fabio los vieron,
y yo tambien, aunque yo
no los ví, que ciego estuve:
que de celos una nube,
la claridad me eclipsó.
Bien me pagas el amor,
Celia ingrata, que me debes,
pues aun á hablar no te atreves,
anticipando tu honor
conmigo, y á los estraños
abres puertas, y balcones,
mostrando en tus sinrazones
la causa de mis engaños.

Celia.

¡Estás loco! ¿de mi honor
presumes esa bajeza?
Si te trate con tibieza,
entre gustos, y entre amor,
es por mi honor, que es quien
estimo en mas que mi vida,
y no hayas miedo que impida
ni tu rigor ni desdén,
el abrir puerta de hoy mas.

á cuantos me pretendieren.

Conde.

Las nobles que serlo quieren,
no dicen eso jamás.
Bueno es salir de tu casa
tantos hombres embozados,
que hasta los mismos criados
dicen que de infamia pasa;
y negar lo que tan claro
ví yo por mis propios ojos.

Celia.

Si no muestro mas enojos,
es, Conde, porque reparo
en la ofensa de mi honor,
si se alborota la calle.
Si esa culpa quieres dalle
á mi recato y valor,
advierte bien que engañados
tú, y esos criados fuisteis;
que los dos que salir visteis,
como decis rebozados,
han visitado á mi padre
esta tarde, y podrá ser
que os dén, Conde, que temer.

Conde.

No hay disculpa que me cuadre:
y el estár tú levantada
á estas horas, y la puerta
de los balcones abierta,
es razon averiguada,
que algunas culpas se encierran
en tus fingidas razones:
que las puertas y balcones,
Celia, de noche se cierran:
mira si es engaño llano

lo que presumen de tí
mis criados.

Celia.

Si de mí,
con término tan villano
quieres formar queja injusta,
advierte, Conde, que soy
noble, y que en poder estoy
de mi padre, que no gusta
de tan altas pretensiones
como de tí se han tratado.
Y si has de mi honor pensado
diferentes opiniones,
no me espanto, que en efecto
estás conmigo enojado,
y como estás desvelado,
no te vale el ser discreto.
Vete á acostar, y mañana,
pues que yo el enojo pierdo,
podrás entrar en tu acuerdo.

Conde.

Celia hermosa y soberana,
escucha, aguarda, que fue
todo aquesto por probarte.

Celia.

Prueba, Conde, en otra parte.

ESCENA VI.

Dichos menos Celia.

Conde.

¿Fuese Celia?

Tomin.

Ya se fue.

Conde.

Celia divina, mi bien,
soberana diosa mia.

Tomin.

Deja la soberanía,
que ya estrellas no se vén,
y ya el Alba con sus manos
de záfiros y diamantes
corre los rubios volantes
á los cielos soberanos.
Y la Luna temerosa
del fúlminante arrebol,
por sentir que viene el Sol,
se esconde ya vergonzosa.

Fabio.

Mira que por la mañana
has de ir á Palacio.

Conde.

Hay cosa
mas terrible y rigurosa?
aguarda Celia tirana,
vuelve á dar luz á la noche,
que las tinieblas consiente
en ese balcon de oriente
del Sol, que en el rubio coche,
desterrando las estrellas
del círculo cristalino:
haces el mismo camino
por verlas, por ser tan bellas.

Fabio.

No des voces, Conde, advierte
que te podrán conocer.

Conde.

Pues mi Sol se fue á esconder,
mi vida será mi muerte:

vamos, Fabio, á morir voy
sin mi Celia soberana.

Tomin.

Todo se sabrá mañana
si te escuchan.

Conde.

Ciego estoy.

Fabio.

Tu engaño ha sido notorio.

Conde.

Venme, Fabio, á desnudar.

Tomin.

Por Dios que me pienso entrar
en el primer refitorio.

ESCENA VII.

Sala en Palacio.

Lisena.

Deseos mal empleados
que en alma y pecho vivis,
y siempre en ella asistis
de pensamientos cercados.
Miedos, temores, cuidados,
dejadme de atormentar,
y si no os quieren pagar,
aunque os deben tanto amor;
paciencia, que la mayor
es el sufrir y esperar.
Adoro al Conde, y es tal
mi desdicha y su rigor,
que tiene para mi amor
entrañas de pedernal.
No debo de ser igual

á su valor y nobleza;
mas pues la naturaleza
á amar al Conde me inclina,
he de cercar aunque indigna,
esta heróica fortaleza.
Bien sabeis amor, que soy
culpada en vuestros rigores,
pues que me tratan de amores,
y de acero y brónce soy.
En dos estremos estoy,
y ninguu remedío espero,
sino es padecer primero,
pues tan desdichada he sido,
que me quiere el ofendido,
y á quien me aborrece quiero.

ESCENA VIII.

Dicha, y sale el Rey de Nápoles.

Rey.

No en valde, Lisena hermosa,
al favor de tus estampas
respiran olor las flores,
y sudan sus hojas ambar.
No en valde las claras fuentes
á los impulsos del agua,
eran á los fines perlas,
como á los principios nacar.
No en valde las avecillas
en dulces coros cantaban
versos de amor no entendidos,
aunque es en versos gran falta.
No en valde de sus asientos
se descolgaban las ramas
á contemplar tu hermosura,

que aun tienen alma las plantas.
No en valde aquestos arroyos
entre arenillas de plata,
viendo tu divino rostro,
de sí mismas murmuraban.
Pues como viendo que sienten
aves, quadros, plantas, aguas,
nacar, perlas, ambar, fuentes,
¿viendo tu belleza rara
te entristezes? ¿qué te aflige?
¿qué tienes? ¿en qué reparas?
háblame, Lisena.

Lisena.

El Cielo,
Rogero invicto, te haga
como de Nápoles Rey,
único, señor de Italia
Tus mercedes me enriquecen,
tus favores me regalan,
tus beneficios me animan,
tus maravillas me ensalzan.
Solo no puede la lengua,
que turbada y muda calla,
referirte el sentimiento
que tengo.

Rey.

Prosigue, habla,
á tus plantas está un Rey,
que dichoso se llamará,
Lisena, si fuera digno
de verse puesto á tus plantas.
Si riquezas y mercedes
aquese disgusto causan,
pide, Lisena, diamantes,

oro, aljofar, perlas, plata;
que por tu gusto haré hoy
que siembren todas mis salas;
para que tú con tu mano
puedas, mi Lisena, alzallas.
Si es que amor te dá cuidado,
como el efecto señala,
aquí esta un Rey que te ofrece
un Reino, una vida, un alma;
y si otro amor te entretiene,
y aquese enojo te causa,
declárame tu intencion,
si yo puedo remediarla:
¿quiéres bien, Lisena?

Lisena.

Quiero,
quiero bien, y nó me pagan;
tales son nuestros juicios,
tales las cosas humanas,
que quieren lo que no quieren,
porque entiendan los que aman
que los amores descienden
de aquellas primeras causas,
que cuando nacemos, guia
la libertad de las almas.
Y asi os suplico, señor,
que perdoneis mi ignorancia,
si no pago vuestro amor
por tener el alma esclava
de otro gusto que me oprime,
de otra vida que me cansa,
que pues sois tan gran señor,
y en vos el discurso hallan
á su tiempo, las razones
que en las naturales causas

se comunican á veces
desde la lengua á las almas,
bien vereis que es Rey amôr,
y que en su reyno se igualan
las coronas y los cetros.
con los sayales y abarcas.
A mí me pesa, señor,
no poder ser vuestra esclava,
y pagar vuestra firmeza,
(aunque tan pocas le hallan)
estimad un desengaño,
tan acosta de mi alma,
que el desengaño, señor,
casi al mismo amor se iguala.

Rey.

En mucho estimo, Lisena,
el desengaño que alabas,
¿mas qué haré si amor me tiene
loco el gusto, ciega el alma?
Trocára, viven los Cielos,
la corona de oro, y plata,
y el cetro que vió en mis manos
lo mejor de toda Italia,
por el estado felice
que tiene el dueño del alma
que adoro, muero de celos,
si celos sin amor matan.
Ya que mi desdicha es cierta,
no me dirás...

Lisena.

Ya pensaba
en lo que pedirme quieres.

Rey.

Dime quien es el que alcanza
tanta dicha, y te desprecia,

Lisena.

Lo que hd dicho, señor, basta,
porque no diré quien es.

Rey.

Mira que mi amor agravias.

Lisena.

La causa de mi tristeza
me preguntaste, esa acaba
(aunque con vergüenza noble)
de referirte mi alma,
perdona, que me voy
atrevida, y desdicada,
adonde páguen mis ojos
tan desconpuestas palabras. *Vase.*

Rey.

Loco estoy, viven los Cielos:
¿quién del amor tal pensara?
que el valor de un Rey le rinda
á amor notable desgracia,
¿mas es posible que hay hombre;
que ciencia, y discurso alcanza,
y no estime á esta muger?
no puede ser, ó me engaña.
Aqui viene el Conde, ¡ah Cielos!
¿si es el Conde quien alcanza
ser de Lisena adorado?
¡ay confusion mas estraña!

ESCENA IX.

El Rey, y salen el Conde, y Tomin.

Tomin.

¿Y viste ya á Celia?

Conde.

Sí,

Conde.

Mas merece su hermosura.

Rey.

¿Qué es tan hermosa?

Conde.

Procura
el Sol, que mirando estás,
con reflejos cristalinos:
cuando sale adonde está,
avivar la luz que dá,
por ver sus ojos divinos.

Rey.

Huélgome, Conde, que estés
tan á tu gusto empleado.
Ay amor, que de un criado
te acuerdas; y que le dés
de tu gloria tanta parte;
y que un Rey viva penando.
Conde, yo estuve esperando
que vinieses, por hablarte,
entra en mi retrete luego,
que un papel me has de escribir.

Conde.

Voyte, señor, á servir. *Vase.*

Rey.

Y yo á abrasarme en mi fuego.

ESCENA X.

El Rey llama á Tomin.

Rey.

¿Servis al Conde escudero?

Tomin.

En su casa me he criado,
de una dueña fui engendrado,

y de un perezoso portero.
Sangre finalmente encierro
de por si, dueño hidalgo,
que soy como perrigalgo,
compuesto de galgo. y perro.

Rey.

¿Sois hombre de humor?

Tomin

Señor, bien me puedo pasar.

Rey.

¿No sois hombre de pesar?

Tomin.

Y menos fuera mejor.

Rey.

¿De qué le servis al Conde?

Tomin.

De page y de camarero,
y á veces de despensero.
Sírvole al fin, voy adonde
él vá á caballo ó á pie,
y en efecto soy, señor,
hombre que tiene valor;
perdóname si pequé.

Rey.

No tienes de que temer.

Tomin.

Yo soy de su mano honrado.

Rey.

¿Mereceislo por criado,
ó porque le haceis placer?

Tomin.

¿Qué es placer?

Rey.

Bufonizar.

Tomin.

Eso nó está prohibido:
por placer habia entendido
lo que es alcahüetisar.
Es verdad que se derivan
de una suerte y con razon,
porque alcahüete y bufon,
lindamente se adjetivan.

Rey.

Y en fin, de qué le servis?

Tomin

De èntrambas cosas por Dios.

Rey.

¿Sirve otro al Conde con vos?

Tomin.

Otro le sirve.

Rey.

Y decid,
¿es cierto que el Conde adora
una muger, y él ha sido
el que siempre ha resistido
su amor?

Tomin.

Un criado ignora
esos secretos, señor:
cuanto y mas, que yo nó sé
lo que dices, ni podré
saber quien le tiene amor:
mas de cierta socarrona,
que le tiene divertido
en su amor entretenido,
que ningun dia perdona
á su lengua el oler mal,
porque pide de manera,
que imagino que pidiera

el diluvio universal,
y era para Rey notable.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Oye á todos.

Rey.

Bien dicho.

Tomin.

Y fuera del sobredicho,
hay otra sombra palpable.

Rey.

Por la cuenta quiere bien
á otro.

Tomin.

Y aun á otros dos,
y yo imagino por Dios,
que su fúria y su desden,
que ha de perder el juicio
mi amo, si á despreciar
llegase.

Rey.

Hay mas de dar.

Tomin.

Faltanos el artificio.

Rey.

¿Qué es artificio?

Tomin.

El dinero,
que ya tú sabes, señor,
que aunque le sobra valor,
es un pobre caballero
el Conde, tú solo puedes
esta falta remediar.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Darle para dar.

Rey.

¿Qué?

Tomin.

Dineros y mercedes
dale, señor, y tendrás
con dar al Conde la gloria
de dar, y el Conde victoria;
que con darle alcanzarás,
y dándome el ande á mí
de lo que le das á él,
podremos juntos yo y él
darte alabanzas á ti.

Rey.

¿Pues tengo yo de pagar
lo que el Conde ha de comer?

Tomin.

Tu grandeza no ha de ser
para dar y remediar
interesada

Rey.

Yo quiero
darle, por ver tus cuidados.

Tomin.

¿Cuánto?

Rey.

Cuatro mil ducados.

Tomin.

Besarte los pies espero:
y plegue al Cielo, señor,
que todo el mundo poseas,
y que cuanto en él deseas

se conceda á tu valor.

Rey

Y tú no dejes de verme
cada dia.

Tomin.

Asi lo haré,
mas mire vuesa merced,
digo Alteza, que ha de hacerme....

Rey.

¿Qué quieres?

Tomin.

Cuando visité
otra vez á vuestra Alteza
se lo diré.

Rey.

Tu agudeza
mayores cosas permite;
vamos.

Tomin.

Por mí mereció
lo que hoy el Rey le ha de dar,
porque quien no sabe hablar,
nunca en Palacio medró.

ESCENA XI.

Habitacion de Celia.

Celia y Feniso.

Celia.

Estraño, Feniso, estás.

Feniso

De tus palabras me ofendo.

Celia.

¿Eres mi esposo por dicha?
¿para qué me pides celos?

Feniso.

Yo no soy tu esposo, Celia;
pero si serlo pretendo,
¿porqué te ofendes asi?

Celia

Estame Feniso atento,
y direte una licion
que agora nueva tenemos,
para amantes porfiados
y para cansados necios.

Feniso.

Di, Celia.

Celia.

Primeramente,
el galan que quiere serlo,
no ha de querer de nosotras
mas de aquello que le demos.
Si acaso estamos en misa,
no ha de entrar en ella á vernos,
y si entrare, muy de paso,
y sin pararse, suspenso
al sacar agua bendita,
ni al dar á la cruz el beso.
Si nos encuentran hablando
con hombre, sea mozo ó viejo,
no ha de alborotar la casa,
que es disparate de necios.
Si alguno nos visitare,
no ha de preguntar riñendo
á la criada, quién es,
ni qué busca al escudero.
Si á las ventanas estamos,
no ha de parar un momento,
y si para, ha de pasar
hasta que pase el platero.

Esta son las condiciones,
y cierrauslé con el sello
de pagar veinte doblones
cada vez que pida celos.

Feniso.

Notifícale á Calixto
aquesas leyes que has hecho.

Celia.

Pues dígole yo mi Rey,
que me quiera?

Feniso.

El juicio pierdo,
no sé, Celia, quien pretende
tu amor.

Celia.

No todos son necios.

Sale Ines.

Aquí está Roberto.

Celia.

¿Quien?

Ines.

¿No le conoces? Roberto.

Celia.

Vete, Feniso, en buen hora,
vete presto.

Feniso.

Lindo cuento,
juego de esgrima parece:
ahora bien la espada suelto,
pues Roberto entró á tomarla,
á Dios.

Celia.

A Dios.

Ines.

Lindo necio.

ESCENA XII.

Celia, Ines, y entrn Roberto.

Roberto.

Sospecho que eres medrosa.

Celia.

¿Porqué?

Roberto.

Porque no te véo
sola jamas.

Celia.

No te espantes,
que soy tercero de necios:
bien haya Persia

Roberto.

¿Qué dices?

Celia.

Que en Persia, amigo Roberto,
nadie no visita á nadie
sin enviarle primero
algun presente á su casa
de regalos ó dineros.

Roberto.

Todo tu fin es pedir.

Celia.

Y todo tu fin, Roberto,
es no dar, aunque te pidan,
y el dar imita á los Cielos:
dador de la vida es Dios,
da la hacienda, da el sustento,
da las flores, da las aguas,
da el verano, da el invierno;
pues que, Roberto, si bajo
la prima del instrumento,

El Rey da, los grandes dan
las riquezas, los dineros,
los títulos, las noblezas,
los hábitos en los pechos,
da firmas, estados, rentas,
ciudades, villas....

Roberto.

¿Qué es esto?
Tente, Celia, bueno está,
y pues el dar es tan bueno,
quiero darte gusto en irme,
que esto solo darte puedo,
pues bien sabes que es el gusto
de mas valor que el dinero,
y que no hay cosa en el mundo
que se compare con ello. *Vase.*

Celia.

Vete con Dios.

Ines.

Aquí está
el Conde y Tomás.

Celia.

¿Qué es esto?

Ines.

Las visitas vienen juntas.

Celia.

Di que esperen los dos.

Ines.

Temo
que el Conde se enoje.

Celia.

¿Hase levantado el viejo?

Ines.

No señora.

Celia.

Pues di que entre.

ESCENA XIII.

Celia, Ines, y salen el Conde y Tomin.

Conde.

Señora del pensamiento.

Celia.

Conde mio.

Tomin.

Ines

Ines.

¿Qué dices?

Tomin.

Vive Dios que es mal agüero,
¿mio no dicen los gatos?

Ines.

Asi es verdad.

Tomin.

Pues yo temo,
que pues Celia dice mio,
que sigue el uso gatesco,
mas que ha de haber rapandoña.

Ines

Pues á un pobre caballero,
que apenas su hacienda basta
para su ornato y sustento,
¿qué puede Celia quitarle?

Tomin.

Hoy el Rey merced le ha hecho,
porque yo se lo rogué.

Ines.

¿Qué le ha dado?

Tomin:

Bueno es eso;
cuatro mil ducados.

Ines.

Bravo,
voy, que me llaman adéntro. *Vase.*

Celia.

Señor Conde, aunque es verdad
que le adoro, estimo y quiero,
hame mandado mi padre,
(y pienso que es buen consejo)
que no entre Vueseñoría,
en su casa, porque es cierto
que pierde mi honor el ser
murmurado de mil necios,
que á liviandades aprecian
favores que son honestos;
y yo tambien os lo pido.

Conde

Pues Celia, si yo pretendo
solamente el adorarte,
solamente el ser espejo
adonde tu honor se apure
en un amor dulce y tierno,
¿por qué quieres dividirme
de tus brazos, de tu pecho,
á quien justamente adoro,
y á quien humilde obedezco?
Yo tambien pretendo ser
tu esposo, y pues lo pretendo,
no pierdes honor ninguno,
aunque no viniese á serlo.

Celia

Esto mi padre ha mandado,
y yo á mi padre obedezco,

no tienes que persuadirme.

Sale Ines.

Señora.

Celia.

¿Qué quieres?

Ines.

Quiero

que sepas que el Conde tiene
cuatro mil escudos.

Celia.

Bueno,

¿quién te lo ha dicho?

Ines.

Tomin,

que por eso me fuí adentro,
fingiendo que me llamaban.

Celia.

Cuerdamente, Ines, has hecho.

Ines.

Haz como que me respondes.

Celia.

Dile á mi padre que tengo
que hacer, Ines.

Ines.

Yo me voy.

Tomin.

Vuelve luego, Ines.

Ines.

Ya vuelvo. (1)

Celia.

Señor Conde de mis ojos,
á quererle me resuelvo,
no tenga pena ninguna

---

(1) *Vase y vuelve luego.*

de lo que mi padre ha hecho;
que el parentesco del gusto
es el mayor parentesco.

Conde.

Mil veces beso esos pies,
en quien justamente vieron
del Sol los dorados rayos,
y de su luz los reflejos.

Celia.

Solo á tí, señor, te adoro,
tu amor solamente quiero.

Conde.

Y yo quiero, Celia hermosa,
en vez de dulces requiebros
satisfacerte con obras,
que son requiebros mas tiernos.
Hoy verás, Celia, en tu casa
colgaduras, terciopelos,
damascos, sedas, brocados,
carrozas, sillas, cocheros.

Tomin.

Echan, echan, voto á Dios
que eres el hombre mas necio
que he visto en toda mi vida.

Ines.

Calla Tomin.

Tomin.

¡O! reniego
de locuras semejantes.

Celia

Mil veces vuestros pies beso,
mandad á esta esclava vuestra,
que desde hoy estaré abierto
para que entreis vos en él,
desde el corazon al pecho.

Y porque mi padre quiere
levantarse, voy adentro,
si dais licencia.

Conde.

Merezca,
Celia divina, por premio
gozar tus brazos dichosos.

Celia.

Los brazos y el alma. *Vase.*

Conde.

¡Ay Cielos!
á tus marabillas altas
esta merced agradezco,
y este amor celebrare
en dulces y alegres versos.
¡Ay, Tomin!

Tomin.

¡Ay, señor mio!
como eres gran majadero.

Conde.

Ves si me quiere.

Tomin.

Y lo digo:
milagros son del dinero:
que no hay favor en el mundo
que no se alcançe con ellos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala en Palacio.

El Rey y Fabio.

Fabio.

Notable ejemplo de amor.

Rey.

¿Es posible que no sabes,
teniendo, Fabio, las llaves
de Lucindo tu señor,
si es á quien quiere Lisena?

Fabio.

No te podré asegurar
de que les he visto hablar;
mas puede ser que su pena
Lisena la calle y sienta,
sin darla á entender al Conde.

Rey.

¿Puede ser, Fabio, responde,
que el mismo amor no se afrenta
de ver asi despreciada
la mas perfecta belleza
que formó naturaleza?

Fabio.

La voluntad empleada
del Conde en otro lugar,
pudiera ser que no diera
aunque su belleza viera,

lugar á poderla amar.

Rey.

¿Cómo sabré si es el Conde
de mi Lisena querido?

Fabio.

La industria, señor, ha sido
mil veces la que responde
á esas preguntas de amor.

Rey.

¿De qué suerte?

Fabio.

Vuestra Alteza
se retire en esa pieza,
podrá escucharlo mejor;
porque aquí viene Lisena.

Rey.

¿Qué le has de decir?

Fabio.

Veré
si adora al Conde.

Rey.

Seré
un testigo de mi pena. (1)

Fabio.

En esto no pierde honor
el Conde, ni yo desdigo
de quien soy, pues soy su amigo,
y no he de serle traidor.
Sirvo á mi Rey, y he de ser
leal al Conde, y á él;
para el Conde ya soy fiel,
pues no la llegó á querer;
y para el Rey pues aquí

(1) Escóndese el Rey.

sigo su gusto no mas.

ESCENA II.

Fabio, y sale Lisena.

Lisena.

¿O Fabio amigo, aqui estás?
El amor me trujo aquí,
por preguntarte si has visto
al Conde.

Fabio.

Y á Dios pluguiera
que nunca yo al Conde viera:
en vano el llanto resisto.

Lisena.

¿Qué dices?

Fabio.

Que mi señor,
del Rey mismo en la presencia,
corriendo (¡ah dura inclemencia!)
en un caballo traidor,
á su dueño, apenas puso
á los hijares la espuela,
cuando de la silla vuela
al suelo, quedé confuso,
pensando que el golpe fuera
al que sintiera no mas,
y quedó tal, que jamás
no acabará la carrera.
Murió el Conde.

Lisena.

¿El Conde es muerto?

Fabio.

Pluguiera al Cielo que yo
el muerto fuera.

Lisena.

¿Es cierto?

Fabio.

Señora, es cierto.

Lisena.

Calla, Fabio, cierra, cierra
boca, que me dió la muerte.
¡Ay desventura mas fuerte!
Abra mil bocas la tierra,
tragueme su centro obscuro,
pues que ya el Conde murió.
Ay Fabio mio, que no
es muerto!

Fabio.

A los Cielos juro,
señora, que esto es verdad,
pluguiera á Dios no lo fuera,

Lisena.

Pues si murió el Conde, muera
vida, honor, y libertad.
Muera el movimiento mismo,
muera mi amor, y al morir
diga, que pensó salir,
y le echaron al abismo.
Ay Conde, pluguiera al Cielo
que contigo me llevaras,
y allá mi amor estimáras,
pues no quisiste en el suelo.
Mas aunque con tanto olvido
me pagó tu noble trato,
quisierate vivo ingrato,
y no muerto agradecido.
Mas pues remediar no puedo
el golpe de tu fortuna,
y desde la tierna cuna

tantas desdichas heredó;
un monasterio será
custodia fiel de mi vida.
aunque el mismo Rey lo impida,
si no lo ha impedido ya,
Allí de tantos intentos
haré alarde entretenido,
y por lo que le han querido,
llorarán los pensamientos.
¡Cielos, que el Conde murió!
apenas me toca á mi:
la boca dice que sí,
y el alma dice que nó. *Vase.*

Fabio.

¿Hablo escuchado?

Sale el Rey.

Ya, Fabio,
mi mal ví, mi mal ay oí;
mas pues el testigo soy,
yo remediaré mi agravio.

Fabio.

¿Cómo?

Rey.

Mandándole al Conde
que se esconda por seis dias,
para que las penas mias
hallen un alivio, adonde
tomen puerto del dolor
que ha tantos años que pasó:
vive el Cielo que me abrasó,
al paso, que crece amor.

Fabio.

Digo, señor, que es buen medio
para aplicar en Lisena
el amor.

Rey.

Crece mi pena
mientras le falta el remedio:
vé, y buscame al Conde luego.

Fabio.

Voy volando. *Vase.*

Rey.

¡Ay tal rigor!
que tenga á Lucinda amor,
y que no baste mi ruego
¡cosa estraña! mas no en vano
pintan al amor vendado,
pues dá la gloria á un criado,
á quien me rindo, y me allano.
Si desta suerte no puedo
esta muralla batir,
el mejor medio es morir
entre desprecios, y miedo.

ESCENA III.

El Rey, y sale el Conde, y Tomin.

Rey.

Conde.

Conde.

Señor.

Rey.

¿Hate llamado Fabio?

Conde.

No señor.

Rey.

Pues yo envié á buscarte.

Conde.

Estima tanto el alma el agradarte,
que ella mueve mis pasos y me guia

adonde tú, señor, puedas mandarme.

Rey.

A mi me importa en grande estremo,
por cierta pretension, que por seis dias
te escondas en tu casa; de manera
que ninguno te vea en todo Nápoles:
mira, Conde, que importa á mi Corona.

Conde.

Y si gustas, señor, de toda Italia
me ausentaré, si tú recibes gusto.

Rey.

Esto, Lucindo, aunque imagines
que es con disgusto mio, cuando importe,
yo te diré la causa que me mueve.

Conde.

Basta, señor, que por tu gusto sea,
para que te obedezca, y de tal suerte,
que cuando importe me daré la muerte
por tu gusto, señor.

Rey.

Que pongas quiero
luego en egecucion lo que te he dicho,
y con Fabio podrás, Conde, avisarme,
sin que ninguno pueda imaginallo;
y advierte, Conde, que ha de ser de suerte
el guardar el secreto que te encargo,
que has de pensar, Lucindo, que te has muerto.

Conde.

Digo, señor, que estoy del todo cierto,
y que voy á servirte.

ESCENA IV.

El Rey y Tomin.

Tomin.

¿Y yo que tengo
de ser de aquesta muerte?

Rey.

Quien la llora.

Tomin.

Pues si se ha de llorar, ya yo comienzo.

Rey.

Ven acá, Tomin, ¿porqué no me ves?

Tomin.

Señor, no tengo
dicha.

Rey.

Dicha no te falta.

Tomin.

Pues faltame atrevimiento.

Rey.

¿Qué nuevas hay por el mundo?

Tomin.

Despues que mi amo es muerto
porque tú se lo has mandado,
estas oigo y estas veo;
al dar al muerto, al no dar,
y al mandar fue su heredero,
y ya mandan y no dan,
¡cosa injusta, caso feo!
Hay muchas mugeres.

Rey.

¿Muchas?

Tomin.

Tantas, que te prometo,

que si estimarse supieran
los hombres de aqueste tiempo,
que anduvieran á rogarles,
y que les dieran dineros;
pero las mugeres ya
son como médicos.

Rey.

Creo

que desvarias, Tomin.

Tomin.

¿A los médicos no es cierto,
que con haber muerto á tantos,
nunca castigar los vemos?
pues asi son las mugeres.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Que cuanto tenemos

nos lo quitan cada dia;
y como ven que por ello
no son nunca castigadas,
¿que han de hacer? lo hecho hecho;
Hay mas alguaciles que hombres.

Rey.

Será mejor el gobierno.

Tomin.

¿Adónde han de gobernar,
si no gobiernan entre ellos?
¿Pero tú, señor, no sabes
como la muerte se ha hecho
Poeta?

Rey.

¿Poeta cómo?

Tomin.

Y no de pensados versos,

que hace coplas de repente.

Rey.

Serán del sugeto escesos:
¿qué hay mas, Tomin?

Tomin.

Que en Palacio
se juntan ciertos mancebos
en corrillos cada dia
diciendo mal de sí mesmos.

Rey.

¿De sí mismos?

Tomin.

Esto digo.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Si mal dicen dellos,
bien podrás pensar, señor,
qué será de los agenos.

Rey.

¿Pues porqué no los castigan?

Tomin.

Porque los llaman á estos
las escobas del lugar,
que barre el diablo con ellos,
y los deja de gastados,
por no ensuciarse los dedos.

Rey.

¿Y hay mas?

Tomin.

Que al Conde, mi amo,
se le acabó el dinero,
y le desprecia su dama.

Rey.

¿Qué le desprecia?

Tomin.

Y yo pienso,
que no ha de esconderse bien
conforme á tu pensamiento,
si su dama le desprecia
porque es lisiado de celos.

Rey.

¿Tan amiga es esa dama
de dineros?

Tomin.

El dinero
es en aqueste edificio
el primero fundamento,
porque como el oficial
no trabaja si el maestro
no le acude con el plus,
teniendo los cinco abiertos.
Como no suena el relox
sin que le unten primero,
no hay sin tablilla meson,
ni fraile sin compañero,
asi no puede el amor
durar firme sin dinero,
porque es amor, y no dar,
comer en casa de deudos.

Rey.

Ahora por tutor de ti.

Tomin.

¿Qué, gran señor?

Rey.

Darle quiero
otros cuatro mil ducados.

Tomin.

Mil años te guarde el Cielo,
que al fin mi señor el Conde,

aunque es noble caballero,
es un Titulo en Italia,
donde si hay cien herederos,
todos son el conde Juan,
conde Alonso, conde Pedro,
conde que sé yo; permite
darle un Titulo de aquellos,
que no son Condes de anillo.

Rey.

Entra, Tomin, que yo quiero
que lleves los cuatro mil
al Conde tu amo.

Tomin.

El Cielo,
mas que á un rollo de un lugar
te guarde, y de tí mi cuello.

ESCENA V.

DECORACION DE SALA.

Ines, Celia, y Lisardo su padre.

Lisardo.

Pienso, Celia, que estimas mi disgusto
mas que mi gusto.

Celia.

¿Pues de qué te alteras?

Lisardo.

¿No sabes que no gusto de que el Conde
me pase desta puerta?

Celia.

¡Caso estraño!
Si el Conde me pretende para esposa,
¿he de perder, señor, la buena suerte
que me ofrece mi estrella?

Lisardo.

¿Pues Roberto
y Feniso á qué efecto te visitan?

Celia.

Tambien mi casamiento solicitan.

Lisardo.

Acaba de escoger el que te agrade,
mira, Celia, que pierdes.

Celia.

¿Yo, qué pierdo?

Lisardo.

Reputacion alguna en ver que nunca
estás desocupada de visitas.

Celia.

Padre y señor, el que es platero tiene
la puerta abierta, el mercader no cierra,
si procura vender, los aposentos
llenos de telas ricas y damascos,
porque fuera guardallos no vendellos;
La muger que casarse determina,
ha de dejarse ver, porque si alguno
se casare con ella, no descubra
despues de estar casado alguna falta,
que no pudo ver antes por no vella.

Lisardo.

Sí, mas hacerlo moderadamente,
sin dar lugar á que el honor peligre
entre murmuraciones, y á Dios queda.
y en viniendo di á Estacio y á Fabricio
que vayan á Palacio.

ESCENA VI.

Celia, Ines y luego Feniso.

Celia.

Cosa fuerte

es el rigor de un padre.

Ines.

Agora llega
Feniso.

Celia.

Di á Feniso que se vaya,
que está mi padre aqui.

Ines.

Pues si le veo
al tal Feniso, una cadena hermosa:

Celia.

Tocarla en mi, pues soy tan rigurosa
Di que entre.

Ines.

A la puerta está.
Entra, Feniso.

Sale Feniso.

A gozar
del Cielo que puede dar
luz á quien sin ella va.

Celia.

Que ya sois esclavo arguyo.

Feniso.

Esta esclavitud alabo.

Celia.

La cadena os hizo esclavo

Feniso.

Esclavo soy, ¿ pero cuyo?

Celia.

Eso mejor lo sabeis.

Feniso.

En vos vivo, y por vos muero,
y ser vuestro esclavo espero,
como vos de ello gusteis;
y tanto amor me cegó,

que el ser vuestro esclavo muestro,
como digais que soy vuestro.

Celia.

Eso no lo diré yo
Por mi vida que es curiosa
la cadena.

Feniso.

En vuestro cuello
el oro será mas bello,
y su hechura mas vistosa.

Celia.

Dadmela.

Feniso.

Pondréla yo
en vuestro cuello, que en ello
hago como esclavo, aquello
que cuyo soy me mandó.

Celia.

Agradecida te estimo,
y en tu nombre la traeré.

Feniso

Cuando tú animas mi fé,
con corazon el alma animo.

Ines.

Bien está en el cuello tuyo.

Feniso.

La cadena, Ines, la dí,
porque no haya cosa en mí,
que no diga que no es suyo.

Celia.

Agora, señor Feniso,
pues me haceis tanta merced,
que la agradezco creed,
y os quiero dar un aviso.

Feniso.

¿Cómo?

Celia.

Mi padre celoso
de mi honor, me ha dicho agora
qué mi nobleza desdora,
y á su estado generoso,
que vos y Roberto entreis
delante de tanta gente
á hablarme públicamente;
y que pues que pretendeis
mi casamiento, advirtais,
que si acaso me casare,
el honor que me faltare,
vosotros me le quitais.
Y asi agora me ha pedido,
que ninguno de los dos
entre en mi casa.

Feniso.

Por Dios,
Celia, que ya te he entendido,
y aqui advertid, y mirad,
que mi visita fue buena,
pues que vine con cadena,
y me voy con libertad.
Y así agradecido voy
á la merced que me haceis,
vos el oro me debeis,
y yo os debo lo que soy.
No hallais miedo que jamas
vuelva á veros advertido
de que pues ya libre he sido,
no quiero ser preso mas.

Celia.

Para no volver á verme,

llevar podeis la cadena,
que no quiero andar con pena,
cuando vuestro amor se duerme.

Feniso

Vos la cadena teneis,
y pues teneis la cadena,
ella es la que anda en la pena,
que vos en gloria andareis.
Pero podráse alabar,
que es cadena de unas manos,
que el aljofar hecho granos
puede tener que envidiar.

Celia.

Mirad, Feniso, que puede
venir mi padre.

Feniso.

Ahora bien;
pues muestras tanto desden,
que á la mayor fúria escede,
yo me voy, Celia, y advierte
que en mi vida te he de ver. *Vase.*

Ines.

Si otra tiene de traer,
mejor le estará el no verte.

ESCENA VII.

Celia, Ines, y sale Roberto.

Roberto.

Desdichado soy.

Celia.

¿Porqué?

Roberto

Siempre encuentro entrando adentro
otro que salga al encuentro.

Celia.

De aquí Feniso se fué,
lleno de amor, y de celos:
porque dije que mi esposo
era Roberto.

Roberto.

El dichoso
seré, si quisieren los Cielos
ayudar mi pretension.
Estos doscientos escudos
que están suspensos, y mudos,
y faltos de adulacion,
te traigo para un vestido,
y perdona, que quisiera
ser un Midas, que pudiera
todo en joyas convertido
adornar tus luces bellas,
que dan luz al corazon,
ó ser otro Hefestion,
para vestirte de estrellas.

Celia.

Guardete el Cielo mil años.

Roberto.

Para ser tuyo me guarda.

Ines.

Quien le pusiera una albarda.

Roberto

Gracias á Dios que de engaños
puedo ya vivir seguro.

Celia.

Tu solo mi esposo eres.

Roberto.

Por corona de mugeres
te celebre el mundo.

Ines.

Juro

por mi vida, que no he visto
dos mentecatos mayores.

Celia.

Ya de tantas pretensiones
desde aqui adelante desisto,
que pierde mi dama honor,
y la perderá mi esposo.

Roberto.

Pues yo he sido el venturoso,
no espero otro bien mayor.

ESCENA VIII.

Dichos, y salen el Conde, y Tomin.

Ines.

El Conde.

Conde.

Señora mia.

Celia.

Hable quien mi esposo es.

Roberto.

Yo vendré á verte despues,
que será descortesia
que su Señoría espere.

Tomin.

Este es tu mayor contrario.

Roberto.

Yo vuelvo con el notario. *Vase.*

Conde.

Matarme de celos quiere
Celia.

Celia.

Conde, y señor mio,
aunque el mio se acabó,

ya mi padre me casó.
ya de tu amor desconfio.

Conde.

¿Casada estás, Celia?

Celia.

Si,
porque mi padre tirano,
me ha hecho que dé la mano
á este Roberto.

Conde.

¡Ay de mí!
¿y no se puede estorbar?

Celia.

El caso, Conde, es dudoso;
pero siendo tú mi esposo,
bien se puede remediar:
¿quiéres tú serlo?

Conde.

Quisiera,
pero no hay lugar ahora,
porque me manda, señora,
(nunca al Rey obedeciera)
que me esconda por seis dias,
sin que ninguno me vea;
porque pienso que desea
salir de ciertas porfías:
y asi yo, Celia divina,
mientras escondido esté,
de ningun modo podré.

Celia.

¿Y el Rey, á que fin camina
con mandarte á ti esconder?

Conde.

No sé, Celia, por mi vida,
ese casamiento olvida,

pues puedes, y eres muger;
que para que veas mejor,
que amor me ciega y abrasa,
quiero esconderme en tu casa
mientras al Rey, mi señor,
le importa la ausencia mia.

Celia.

Eso es imposible, Conde:
¿en mi casa?

Conde.

¿Pues adónde
podré mejor, Celia mia?

Celia.

En casa de algun amigo.

Conde.

¿Y si no puedo salir,
como he de poder vivir,
si no salgo á hablar contigo?

Celia.

¿Y mi padre, qué dirá?

Conde.

¿Pues halo de ver tu padre?

Celia.

No hay medio, Conde, que cuadre;
pues dello resultará
á mi casa deshonor.

Conde.

Si yo me caso contigo,
callará el mas enemigo
de tu nobleza y valor.
Tomin.

Tomin.

Señor.

Conde.

Dale luego,

á Celia dos mil ducados.

Tomin.

Aquí los traigo contados.

Ines.

Muestra Tomin.

Tomin.

Ah, mal fuego

queme al alma del traidor
que al Rey otra vez le pida
otra merced.

Celia.

Ines, mira

adonde estará mejor.

Ines

El aposento de abajo
pienso está mas encubierto.

Tomin.

En hallando el tuyo abierto,
luego al momento me encajo.

Celia.

Pero has de jurar primero
(porque en esto no haya engaño)
de no intentar en mi daño,
como falso caballero,
pensamiento desigual
al ser quien soy y quien eres.

Conde.

Juraré cuanto quisieres,
ya sabes que soy leal.

Celia.

Con todo quiero que hagas,
para que mi duda ataje.

Conde.

¿Qué, Celia?

Celia.

Pleito homenage.

Conde.

Para que te satisfagas
de mi noble proceder,
hacer quiero el juramento.

Celia.

Mete las manos.

Tomin.

¿Qué intento
falso no cabe en una muger?

Conde.

Por aquesas manos bellas
que del mundo son esferas,
donde se ven diez hileras
de relucientes estrellas:
por el safir y coral,
que en su círculo le muestra,
siendo la llave maestra
del ingenio natural:
por ese rostro divino,
que hasta los cielos se encumbra,
de quien sale luz que alumbra
al círculo cristalino:
por esa boca, á quien fia
tantas perlas el oriente,
destilando una corriente
de odorífera hermosura.
Por esos ricos cabellos,
á quien tú misma requiebras,
que del sol parecen hebras,
por ser cabellos tan bellos:
por el alma que en tí vive,
que es el cuerpo de la mia,
de quien mi alegre porfia

dulce esperanza recibe,
de no mover en tu agravio
el pensamiento veloz,
para afrentarte la voz,
ni para enojarte el labio.

Celia.

Pues con ese juramento
puedes entrarte á esconder,

Conde.

¿Y no me tienes de ver?

Celia.

Sosiega, tu pensamiento.

Conde.

Soy colérico leon,
y el pensamiento me abrasa
de estar del Sol en la casa
y no poder ver al Sol.

ESCENA IX.

Tomin é Ines.

Tomin.

¿Y yo tengo de jurar?

Ines.

Haga aquí pleito homenage
de que á mi honor no hará ultrage.

Tomin.

¿Ultrage?

Ines.

¿No oye? ultrajar.

Tomin

Por estas dos manecillas
de ternera y sus cuajares,
y por esas dos cucharas,
con que haces albondiguillas;

por esas dos longanizas
con que jabonas y labas ;
por esas chuecas y tabas
que tal vez picarrizas :
por ese rostro atestado
de soliman y de afeite,
donde se mira el deleite,
si no vivo retratado :
por esa nariz sucinta,
porque ya es viejiagileña,
aunque yo conozco dueña
que le cuelga hasta la cinta,
de non facer tuerto alguno
á la tu doncelleria,
maguer que esté todo el dia
de la tu merced ayuno.

Ines.

Vamos adentro.

Tomin.

¡Ay, Ines!

Ines.

¿Qué es aquesto?

Tomin.

A tí me aplico ;
bostezo como borrico,
yo te lo diré despues.

ESCENA X.

HABITACION DE LISENA.

Estacio y Lisena.

Estacio.

Viendo el Rey, mi señor, tu pena dura,
y habiendo preguntado que es la causa ;

y no habiendole dicho cosa alguna,
quiere premiar, señora, tu nobleza,
haciendote de Nápoles señora,
y esposa suya

Lisena.

De su pecho heróico
recibo mil mercedes cada dia;
pero el dolor que el alma aflige es tanto,
que aumenta mas mi pena; y es de suerte
que me fuera partido ya la muerte.

Estacio

Esta carta te envia, piensa y mira
lo que está mejor: si al Conde amabas,
como dicen algunos, ¿ya qué esperas?
pues un caballo le mató furioso,
corriendo suelto y asombrando el coso.

Lisena.

Un papel hay aqui.

Estacio

De amor efecto
será por dicha, que en efecto es hombre:
mirale por tu vida; y pues el Cielo
de discrecion y gracia te ha dotado,
mas tierna le responde que otras veces.

Lisena dice:

Titulo de la señora Lisena, Princesa de Viciniano.

Yo el Rey de Nápoles Rugero, segundo de este nombre, digo que hago merced a la señora Lisena del Principado de Viciniano. Yo el Rey.

Representa.

Decidle al Rey, Estacio, que agradezco
la merced y favores que me hace;

pero que no se canse en persuadirme,
que si el Conde murió, no puedo agora
dejar de ser, Estacio, religiosa,
que se lo he prometido al Cielo santo.
Vuelvele al Rey el título, diciéndole
que yo me voy á un santo monasterio,
y que allí no se usan principados,
que son prestados, aunque son estados.

ESCENA XI.

Estacio, y sale el Rey y Fabio.

Estacio.

Ya, señor, lo habrás visto.

Rey.

Ya lo he visto,
y no sé como á tanto mal resisto.
¿Es posible que tenga amor tal fuerza,
que de un muerto el amor le obligue á tanto?
viven los Cielos, Fabio, que estoy loco:
¿qué medio podré dar?

Fabio.

El olvidarla.

Rey.

¿Olvidarla, si sabes que la adoro?

Fabio

Si no la obligas ni con fuerza ni oro,
no con hacerla igual á tu persona,
dándole la mitad de tu Corona,
¿qué quieres aguardar?

Rey.

Ay, Fabio, el alma
se me abrasa en amor:
muero de celos,

Fabio.

Busca otra dama, pues te sobran tantas.

Rey.

Tienes razon, amigo.

Fabio.

Mas hermosas
en Nápoles las hay.

Rey.

Ya sé quien puede
remediar este mal.

Fabio.

¿Quién es?

Rey.

Lisena;
porque si tengo agora, Fabio amigo,
de amar en otra parte sin mi gusto,
mas vale amor con gusto, y en Lisena
poner mi amor de nuevo, quizá el Cielo
y la ausencia del Conde serán parte
para ablandar su pecho diamantino,
ó perderé el amor si se resiste.

Estacio.

Con mal semblante tus papeles mira.

Rey.

Flechas de amor se vuelven rayos de ira.

ESCENA XII.

Decoracion de Sala de noche.

El Conde y Tomin.

Tomin.

¿Dónde sales, estás loco?

Conde.

Déjame, Tomin, que muero,

Si no he de gozar sus ojos,
mas vale morir y verlos.

Tomin.

Mira que duerme su padre.

Conde.

Si, pero velan mis celos,
y cuando celos no duermen,
no guardan á nadie el sueño:
¿cual es su aposento?

Tomin.

Aquel:
vive el Cielo que me muéro
de frio.

Conde.

Llama, Tomin.

Tomin.

Da voces, y no llamemos.

Conde.

Abre, Celia celestial,
abre á este segundo Orfeo,
que ha hecho el alma Euridice
para tu amoroso infierno.
No soy el amante Páris,
que de Troya vengo huyendo:
no soy el Troyano huesped
que celebran tantos necios;
un hombre soy que á tus ojos
ciego, loco y muerto vengo.
Abre, divina señora,
abre Celia de los Cielos,
abre esa puerta divina,
descubre tus rayos bellos,
harás á la noche día,
engañando al mismo tiempo.
Salgan de tu blanca nieve

los cristalinos reflejos;
y trueca en cristal los bultos
que agora miramos negros.
Oiga ya tu voz divina,
que al respirar del aliento,
el alma confortará
lo dulce de los deseos.
Hazte cuenta cuando salgas
que del azul pavimento
los sacros velos se rompen,
y sale Febo por ellos.
Abre á este huesped que tienes
tan cerca de tu aposento,
no le desconsueles, Celia,
pues no es de acero tu pecho.
Tantalo soy ya me toca
aqueste infelice ejemplo,
pues está á la boca el gusto,
Celia, y no puedo beberlo.
Abre, Celia, que vengo
muerto de amor, y de rabiosos celos.

Tomin.

Abre Ines, abre á Tomin,
abre, así tengas abiertos
los cascos de una pedrada,
y de un asador el pecho.
Yo no soy pares, ni nones,
sus memorias aborrezco,
que hombres de grandes memorias,
son faltos de entendimiento.
Abre á este lacayo insigne,
por quien cantaron en versos,
la lealtad de los lacayos,
que agora en España vemos.
Abreme, no tengas pena,

que tú me mandes que hable.

Celia

Pues si yo te pruebo en esto,
seré tuya, mi Lucindo.

Conde.

¿Qué quieres?

Celia.

Que calles quiero,
hasta que te mande hablar
en público y en secreto,
sopena de que si hablas
palabra en aqueste tiempo,
has de perder mis favores.

Conde

Pues si de perderlos tengo,
de no hablar juro palabra
en público ni en secreto,
hasta que tú me lo mandes.

Celia

Si en eso, Conde, te pruebo,
mañana pienso ser tuya.
¿Prometes de veras eso?

ESCENA XIV.

Ines y Tomin.

Ines.

Calló y bajó la cabeza.

Tomin

Hay locura, hay embeleco,
hay disparate mayor,
hay tan loco fingimiento:
vive Dios que está perdido,
lo que ellas jamás han hecho,
que es callar, mandan á un hombre,

Ines.

¿Y vosotros callais? fuego:

Tomin.

Por lo menos no hablan tanto
seis hombres en un invierno,
aunque sepan de memoria
las historias de los griegos,
como en un hora vosotras.

Ines.

¿Vosotras? algunas necio:
¿y tú qué has de hacer por mí?

Tomin.

Hablar en prosa y en verso,
hasta que el hacha brillante
calce coturnos de fuego
en aurorizantes rayos,
si reiterados, no tersos.

Ines.

Pues á Dios.

Tomin.

Aguarda Ines;
¿Y si callar te prometo?

Ines.

Remitiré que merezcas
una silla en mi aposento.

Tomin.

Yo callaré, mas despues
no ha de haber untos ni sebos,
solimanes, redomillas,
pasas, albayalde y huevos,
que yo no lo ponga, Ines,
entre rutilantes versos,
porque en la calle lo canten,
niños, mugeres y viejos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion del Rey.

Salen el Rey y Fabio.

Rey

¿Llevaste, Fabio, á Liseña
la joya que te mandé?

Fabio

Ya, señor, se la llevé,
y por nó darte mas pena,
no te he querido decir
lo que respondió enojada.

Rey

Vive Dios que ya me enfada
tanto esperar y sufrir:
¿cómo que no ha de valer
contra una esperanza incierta,
en las opiniones muerta,
la violencia del poder?
Corrido estoy.

Fabio.

Yo, señor,
este daño remediára,
con que tu Alteza olvidára
esta tema ó este amor;
que son en sus varias suertes,
si llegan á descubrirse,
tan fáciles al rendirse.

Y aquesta que ha dado ya
en resistirse atrevida,
antes perderá la vida,
que de su intento saldrá.

Rey.

Dices bien, vive los Cielos:
vé, Fabio, y avisa al Conde
que venga á Palacio ya
que pues que tan firme está
Lisena, y no corresponde
al amor que le he mostrado,
vive el Cielo que ha de ser
hoy de Lucindo muger,
aunque haya de ser forzado:
que muger que no ha querido
por guardar á un muerto ley,
admitir á un vivo Rey,
es razon que agradecido
el Conde bese su mano,
y yo quedaré envidioso,
pues con ser Rey poderoso,
me vence una flaca mano.

Fabio.

Voy á llamarle.

Rey.

Oye, espera,
por quien soy que me arrepiento,
y voy formando en el viento
una locura ó quimera:
mas vé volando.

Fabio.

Ya voy.

Rey.

Espera.

Fabio.

Tu gusto espero.

Rey.

Camina Fabio, que quiero
que sepa el amor quien soy. (1)
Si fue mayor la gloria y noble pago,
que dió en España á Cipion la fama
en no querer gozar la presa dama,
que el vencimiento ilustre de Cartago.
Y si despues de aquel lloroso estrago
de daño, mas famoso el mundo llama
al Macedon, que no violó su cama,
mi deuda con lo mismo satisfago.
No quiero que me estimen ni me alaben
las própias ni las bárbaras naciones,
de que en mi pecho sus grandezas caben.
No son los capitanes Cipiones,
ni Alejandros los Reyes, si no saben
vencer sus apetitos y pasiones.

ESCENA II.

Decoracion de Sala

El Conde.

Nada amor á tu rigor
le debe un alma que pena,
que quien al cuerpo condena
con tan injusto furor.
¿qué puede esperar amor
de tu pecho desleal,
sino es tener por bien el mal?

(1) *Vase Fabio.*

pues declaran tus hazañas,
que son tus tiernas entrañas
de acero, ó de pedernal.
No sé que sienta en sentir,
que me dés tan cruel castigo,
que aunque es mucho lo que digo,
me queda más que decir.
Si me quisiste vestir,
niño amor de tus colores,
no será razon que ignores
que eres niño en el obrar,
que un niño no ha de callar,
que siempre son habladores.
Mudo me has hecho, y no sé
de que pueda servir mudo,
pues hablando temo, y dudo
si tus engaños sabré.
Locura terrible fué,
Celia me mata, y me abrasa,
pero pues engaño pasa
á tan injusto desden,
yo me vengaré tambien
cuando salga de sucasa.

ESCENA III.

El Conde, y sale Tomin lacayo.

Tomin.

Á la puerta Fabio está,
con un papel de su Alteza:
¿qué te duele la cabeza?
habla; señor, habla ya,
habla por amor de Dios,
habla por santa Maria;
mira que es gran tirania

que andemos ansi los dos,
tu en no quererme hablar,
yo en no saber entender.
¿Qué tengo de responder,
porque le mande aguardar?
¿qué se vaya? si, reniego
del enojo que me enseñas: (1)
no vés que no sé las señas,
como eres mudo; y no ciego.
¿Qué le llame? no: ¿qué quieres?
por tu vida has de decillo,
que yá no puedo sufrillo.
¿No quieres hablar? ¿No quieres?
mira que me está aguardando;
¿Qué le dé limosna? no.
¿qué tome el papel? ¿quién? yo:
asi eso estaba esperando.
El demonio es no lo dudo,
quien estos enredos fragua,
mas quisiera beber agua,
que no servir á este mudo.

ESCENA IV.

El Conde.

¡Válgame el Cielo! ¿qué será que Fabio
venga con un papel, si acaso quiere
el Rey, que me descubra yá en Palacio?
¿pues qué tengo de hacer si el Rey me habla?
callaré, y sufriré, que vive el Cielo,
que aunque sepa perder la vida, y honra,
que no he de hablar palabra, hasta que Celia
hablar me mande, como fué el concierto.

(1) *Vá el Conde haciéndole señas.*

Ay Celia hermosa, si con este intento
mereciese gozar de tu hermosura,
que afrenta á la del Sol, y á las estrellas,
y aun ellas dicen que no son tan bellas.
Si salgo (por callar) con esta empresa,
una estatua prometo de oro, y plata,
tachonada de perlas, y rubies,
solo al silencio causa de que sea,
sin dar al alma, donde vive enojos,
dueño felice de tan bellos ojos.

ESCENA V.

Dichos, y sale Tomin.

Tomin.

¿Pareceme, ó me engañé,
que estabas agora hablando?
¿Si hablas que estás dudando?
que yo á nadie lo diré.
¿No soy criado leal?
habla por amor de Dios:
¿no quieres? no: voto á Brios
que es muy bellaca señal.
El ha de perder el juicio:
toma el papel, vesle aqui.
¿Responderéle? no, sí:
ya de loco nos dá indicio:
habla, señor, ¿qué no quieres?
no hables, ¡ay tal rigor!
Por amor de Dios, señor:
¿qué esto puedan las mugeres?
Pues como en aqueso dés,
dos desventuras entablas,
sufriste lo que no hablas,
y lo que has de hablar despues,

que un temerario hablador,
destos que la corte cria,
enfadado de que un dia
topó con otro mayor,
dió en callar, y fue de suerte,
que de callar enfermó
(aunque por callar no entró
en nadie jamás la muerte)
hablad marido llorando,
le decia la muger,
y el daba en no responder,
sino en morirse callando;
llamaron al confesor,
y allí que era fuerza hablar,
como comenzó á gustar
aquel sabroso licor,
comenzó á decir pecados
tan grandes, que parecia,
que sesenta años habia
que los tenia pensados.
Dijo, que brujo habia sido,
y en contar como se untó,
mas de hora y media gastó,
hasta que el cura aturdido,
le dijo: mentis, que yo
algo de esto sé tambien,
que llamen quien sepa bien
de brujos como sé yo,
que por Dios que es fuerte caso.
Levántose el hablador,
y díjole al confesor,
oiga mis pecados paso.
Dijo el cura, hable seis dias,
y luego os confesaré,
que de represa no sé

que os oigan las piedras frias.
Tal me viene á suceder
contigo, señor, ¿qué dices?
¿que compre un par de perdices?
no, ¿tampoco? ¿que se aguarde?
sí, ¿que aguarde? ¡ah Cielo! yo
te prometo unas orejas
del barro de Talavera:
ahora bien, voyme allá fuera,
á dar alivio á mis quejas.
Pero di, pues desatinas,
que he sido bruto elefante,
rayo, ó canoro brillante,
y otras frases vizcainas,
que toda cosa imperfecta
sufriré viéndote triste,
como no digas que fuiste
solo un instante poeta.

ESCENA VI.

El Conde.

Pues en aquesta ocasion,
lo que aquí he visto sufrí,
sin duda alguna que en mí
está muerto el corazon.
¡Ay Celia divina y bella,
cuántas finezas me debes!
mas dirás si no te mueves,
que todo amor lo atropella.
Quiero leer el papel,
á ver lo que el Rey escribe:
mas ya mi daño apercibe,
que viene mi muerte en él.

Lea el papel.

Conde, yo estoy servido de vos en el negocio que os mandé, que fue por saber que Lisena os tenia amor. Es tan grande el que os tiene, que con haberos fingido muerto, de tal suerte ha insistido en su firmeza, que ni ruegos, dádivas y promesas no han sido bastantes á ablandarla, diciendo, que pues vos estais muerto, que quiere dar fin á su vida en un monasterio, y yo agradecido á firmeza semejante, quiero que la veais, y que ella os vea, y pagueis su amor tan honesto y firme. Yo el Rey.

Representa

Ay, Celia, si de Lisena
hoy tomaras el amor,
pues cesando tu rigor
cesara tambien mi pena:
ay, Celia, qué de cuidados
cuestas á un Rey, y aun á mí,
pues que no tengo por tí
los pensamientos logrados:
ay, Celia, que de tu amor
nació un error semejante,
pues soy por tí ingrato amante
y de un Rey competidor;
mas aunque de mí se olvida
la que mas al alma amé,
mis intentos seguiré
aunque me cueste la vida.

ESCENA VII.

Dichos, y sale Tomin, lacayo.

Tomin.

Ya aguarda Fabio á la puerta,

¿qué le he de decir, señor?
no hubiera aqui un hablador
con una bocaza abierta,
y no este mudo fingido.
dí, ¿qué quieres que le diga?
habla, señor, si te obliga
el amor que te he tenido.
¿qué le diré á Fabio? ¿qué?
¿qué haga limpiar el pozo?
ya en él contemplo mi gozo.
¿No? ¿qué tampoco acerté?
¿pues qué? bendito sea Dios:
¿los trucos quieres jugar?
¿no? ¿qué quieres visitar
á un ropero? á dos, á dos.
¿No tampoco? ¿asi, asi,
ruedas, ruedas, coche, coche?
¿Qué has de ir á ver esta noche
al Rey? ¿qué ya te entendí?
Gracias á cuantos amantes
se han entendido por señas,
gracias á todas las dueñas
que hablan cifras semejantes;
gracias á justo ruego,
de quien saberlo he podido,
y gracias á algun marido
que entiende á su muger luego.
Pero aquesta no le doy
á la poca dicha mia,
pues he de andar todo el dia
como quien juega al centoy.

ESCENA VIII.

Habitacion de Lisena.

El Rey y Lisena, Dama.

Rey.

Hoy tienes nueva causa de alegrarte.

Lisena.

¿Qué el Conde murió?

Rey.

Vivo es Lucindo,
y hoy ha de ser, Lisena, esposo tuyo,
que pues con tal rigor te has resistido
á mi poder, es justo que le goces,
y por el amor firme que has tenido,
quiero que con Lucindo del estado
de Viciniano goces juntamente.

Lisena.

Beso tus pies mil veces, pues en ellos
he hallado el bien que imaginé perdido.

Rey.

Por pensar que en la muerte de Lucindo
estaba mi remedio, se ha fingido
muerto, como te he dicho.

Sale Fabio.

El Conde viene.

ESCENA IX.

Dichos, y sale el Conde y Tomin, y arrodillanse al Rey.

Rey.

Alza, Conde, del suelo, y á Lisena
agradece el amor que te ha tenido.

Lisena.

¡Ay, Conde mio, mi pesar mitigas:
tu vista ha dado á mi dolor remedio.

Rey.

¿Dónde has estado? ¿no respondes? habla;
¿estás mudo? ¿qué tienes?

Fabio.

¡Caso estraño!

Lisena.

Aun falta á mi desdicha
mayor daño.

Fabio.

Papel y pluma pide.

Lisena.

¿Qué es aquesto?

Rey.

Dale, Fabio, papel al Conde presto;
¡Cielos, qué es esto?

Lisena.

Mi desdicha ordena
lo que has visto, señor.
¿no oyes, Lucindo?

Rey.

Que si responde.

Fabio.

¿Cómo no me hablas?

Rey.

La cabeza señala ¡caso estraño!

Fabio.

Aquí el recado está.

Rey.

Lucindo escribe:
Por el Cielo Divino que me pesa,
Lisena hermosa, y imagino y pienso
que pueda ser el mal que el Conde tiene

Fabio.

Ya lo escribe, señor, el Conde.

Lisena.

¡Ay, Cielo!
grandes peligros en mi amor rezelo.

Fabio.

-Ya ha escrito el Conde

Rey.

Dadme el papel presto.

Lee el Rey.

Por esconderme con mayor secreto como tú me mandaste, me metí en una cueva de mi casa, donde por la mucha humedad he perdido la habla, y esa es la causa, gran señor, de no responder á tus preguntas.

Representa.

Viven los altos Cielos, que me pesa.

Fabio

Yo ví, señor, lo mismo en un navío,
que el agua rebalsaba por el fondo:
quitó la habla á muchos marineros,
y despues con el tiempo la cobráron.

Rey.

De su desgracia con razon me pesa.
Haz, Fabio, que publiquen al momento
por toda Italia, que quien diere al Conde
sano del mal con que al presente vive,
que le daré diez mil ducados de oro.

Fabio.

Tu pensamiento con razon ignoro,
porque ofrecerles los diez mil ducados,
sin imponerles pena, que les ponga
miedo, si no se atreven á curalle,
á cualquiera pondrá, señor, deseo
de curarle, por ver si acaso sana,

y con tantos remedios esquisitos,
podrá ser que le quiten habla, y vida.

Rey.

Tienes, Fabio, razon, pues haz que digan
en el pregon, que el que curar quisiere
al Conde, en precio de diez mil ducados,
pongan diez mil en forma de deposito,
y que estos pierda aquel que se atreviere
á curarle, y no salga con su intento.

Fabio.

Este, señor, es cuerdo pensamiento.

Rey.

Lisena, este es el Conde, yo no puedo
hacer mas por tu amor, ni por el suyo:
saben los Cielos que tu pena siento,
y que quisiera luego remediarla;
quedate á Dios.

Lisena.

Tus pies, agradecida
beso mil veces.

Rey.

Guarde Dios tu vida.

ESCENA X.

Lisena, Tomin, y el Conde.

Lisena.

¡Ay, Tomin! ¿qué tiene el Conde?

Tomin.

No sé, con varios suspiros
al Cielo mira suspenso.

Lisena.

Sin duda á matarme vino.
Señor Conde de mis ojos,
si con palabras obligo

á que digais que sentis,
aquí está un pecho rendido:
¿ qué teneis, Conde, y señor?

Tomin.

Yo, que siempre fuí el martillo
de aqueste Caton, ansi
sus señas declaro, y digo,
en aquel juntar las manos,
á la cabeza te dijo,
que la semana que viene
ha de ir á Francia

Lisena.

¿ Qué indicio
dás, Tomin, de tu locura?

Tomin

Porque segun él me ha dicho,
tiene ciertos lamparones,
y que los Reyes divinos
curan por gracia de Dios.

Lisena.

Señor Conde, esposo mio,
qué teneis? ¿ porqué no hablais?
advertid esto que os digo.
¿ Si por casaros forzado
el Rey mi señor conmigo,
este mal fingido habeis,
yo digo, que mas estimo
vuestro gusto, que mi honra.
¿ qué decis?

Tomin.

Agora digo,
si no me engaña la vista,
que ha de haber falta de trigo,
mas que habrá muchos garbanzos.

Lisena.

Ay Tomin, locura ha sido,
que aquel mover de las manos,
y llegarlas el oido,
es decir, que á la cabeza
le falta el mejor sentido:
¿no es verdad, señor?

Tomin.

Agora
sé yo muy bien lo que dijo.

Lisena.

¿Qué?

Tomin.

Que tiene comezon:
y no me espanto ni admiro,
porque ha ocho dias, y mas,
que no se muda vestido.

Lisena.

¿Es verdad, señor?

Tomin.

Y ahora, si yo no me engaño dijo,
que tiene hecha una promesa
al devoto san Francisco,
y que ha jurado hasta entonces
de no decir, esto es mio.

Lisena.

Si mis palabras os mueven,
Cielos santos, y divinos,
dad fin á tan grave mal,
y á mis desdichas principio.
¿señor Conde, sentis algo?

Tomin.

¿No entiendes lo que te dijo?

Lisena.

No, Tomin.

Tomin.

Que nécia eres,
que ha bebido mucho vino,
y le duele la cabeza;
no es negocio de peligro,
mira como lo entendió,
y se vá. *Vase el Conde.*

Elvena.

Cielos divinos,
tened lástima de mi. *Vase.*

Tomin.

Viven los Cielos, que envidio
á los mozos de los ciegos,
despues que á este mudo sirvo,
porque entienden por lo menos:
y escuchan bien lo bien dicho.
Plegue á Dios que cuando hables,
si no es que el habla has perdido,
que hables, el mundo lleno
de vocablos esquisitos,
y que tantos habladores,
te los hayan consumido,
que llamen al pan tinaja,
y costal de cuero al vino.

ESCENA XI.

Decoracion de Sala.

Celia, Lisardo y Ines, Criada.

Lisardo.

Que el Conde enmudeciese ¡caso estraño!

Celia.

Mas estraño es el caso que tu piensas,

Lisardo.

¿De qué manera?

Celia.

Ves, señor, que el Conde
no habla.

Lisardo.

Ya lo veo.

Celia.

Pues yo he sido
la causa de que calle.

Lisardo.

¿De qué suerte?

Celia.

Mandélo yo callar, y así ha callado;
y hasta que yo le mande lo contrario,
estará de la suerte que tú sabes.

Lisardo.

Pues ocasion te ofrece agora el Cielo
de que aumentes tu casa y tu linage,
que le ha pesado al Rey con tanto estremo
la enfermedad del Conde, que ha mandado
diez mil ducados á quien se atreviere
á curarle, es verdad que ha puesto en ello
una pension notable

Celia.

¿De qué suerte?

Lisardo.

Que ha de poner otros diez mil ducados
en el poder del Rey depositados;
porque si acaso á no curarle acierta,
se quede sin el uno y sin el otro.

Celia.

Pues padre, yo nací con buena estrella,
ocasion me promete la fortuna
de dar á mi linage ilustre nombre,

yo he de curar al Conde.

Lisardo.

¿De qué modo?

Celia.

Mandándole hablar.

Lisardo.

Que haya ignorantes
que se priven del habla: ¡caso estraño!
¿Pero dónde tienes tú diez mil ducados,
Celia, para dejarlos en resguardo
de que la cura acertarás?

Celia.

El Conde mas de ocho mil me ha dado, y sobre (prendas
buscaré los dos mil muy fácilmente,
y iremos á Palacio los dos juntos,
donde tendrás los veinte mil ducados,
que están para mi dote dedicados:
con estos veinte mil, quién tiene duda,
y con la fama que hoy ganar pretendo
de muger sábia, que hallaré un marido,
en tantos pretendientes escogido.

Lisardo.

Mira, Celia.

Celia.

Señor, no me repliques.
Vente conmigo, Ines, tú, señor, parte,
y sobre prendas que doblado valen,
me buscarás estos dos mil ducados.

Lisardo.

Yo voy, pues es tu gusto. *Vase.*

Ines.

Aquí han llegado
Feniso con Roberto.

Celia.

Entren al punto.

ESCENA XII.

Ines, Celia, y salen Feniso y Roberto galanes.

Roberto.

¿No sabes lo que ha pasado,
Celia?

Celia.

O amigo Roberto,
¿hay de nuevo alguna cosa?

Roberto.

Que ha prometido Rugero
diez mil ducados en oro,
á quien ...

Celia.

Yo todo lo entiendo:
Feniso y Roberto, yo
curar hoy al Conde quiero.

Roberto.

¿Tú? ¿de qué manera?

Celia.

Allá vereis los dos el remedio.

Feniso.

¿Estás loca? ¿pues no sabes,
que es condicion aquesto,
que el que quisiere curarle,
sea humilde ó caballero,
tiene de depositar
diez mil ducados?

Celia.

Yo tengo diez mil ducados.

Feniso.

¿Tú?

Celia.

Sí.

Feniso.

¿Cierto?

Celia.

Lo que digo es cierto,
y con veinte mil ducados,
que ya por ciertos los tengo,
yo sé que me casaré
con un noble caballero.

Roberto.

¿Casaráste con el Conde?

Celia.

No quiero Condes, ni quiero
Altezas, ni Señorías,
sino mi igual; al Rey temo,
tengo de cumplir su gusto.

Roberto.

Yo soy noble caballero.

Celia.

No quiero cuentos con Reyes,
pues que yo en mi gusto reino;
de los dos será mi esposo
el mas prudente y mas cuerdo
que yo viere en la ocasion.

Feniso.

De ser tu esclavo prometo.

Celia.

Vamos á Palacio agora,
que despues lo trataremos,
que pienso que el Rey aguarda,
Ines.

Ines.

Señora.

Celia.

Al momento
te cubre tu manto y vamos,
y en ese cofre pequeño
el dinero llevarás.

Feniso.

¿Cuánto llevas en dineros?

Celia.

Ocho mil.

Feniso.

Por vida mia,
mi esposa será, Roberto.

Roberto.

No sino mia, Feniso.

Feniso.

Bueno está ya

Roberto.

Hablemos quedo.

ESCENA XIII

Habitacion en Palacio.

Sale el Conde.

Basta amor, que te has mostrado
conmigo tan riguroso,
que aun hasta del ser celoso
licencia no me has dejado.
A Celia escribí un papel,
no sé que responderá,
si ya mi desdicha está
cifrada en la forma dél.
¿En qué ha de parar, amor,
tantas locuras y enredos?
al alma nacen mil hierros,

que del Rey temo el rigor:
mas aquí viene Tomin,
¡Cielos, qué habrá respondido!

ESCENA XIV.

El Conde, y sale Tomin.

Tomin.

El juicio traigo perdido..
Ah, señor, señor, ¿qué en fin
te duca aquesa locura?
Harto mejor, señor, fuera
que tu engaño conociera
lo que esta infame procura,
pues habiendo ya sabido
que el Rey dá diez mil ducados,
todos en oro contados,
aqueste tu mal fingido
remediare: á Palacio viene,
diciendo que ha de curarte,
mira si para engañarte,
nuevos engaños previene,
Es posible que tu seas
tan loco, tan ignorante,
tan aborrecido amante:
¿qué muger tan vil deseas?
¿estás loco, tienes seso?
¿tienes honra? ¿tienes ser?
¿quieres en tu casa ver
algun infeliz suceso?

Conde.

Vive Dios.

Tomin.

Ah pena tal;
cogite esta vez: ¡ay tal!

todo la industria lo allana:
hablando con libertad
te he cogido aquesta vez.

Conde.

Yo mismo he de ser juez *ap.*
esta vez de su maldad.
¿Qué dices nécio?

Tomin.

Obligóme
ver que esta falsa insolente,
por interes solamente
á pechos la empresa tomé:
¿no basta ocho mil ducados,
sino tambien veinte mil?

Conde.

En sus manos de marfil
y de cristales helados,
no se emplean bien, Tomin.
Deja que los lleve, deja
que satisfaga mi queja,
y dé á mis pesares fin:
deja que este angel divino
lleve esos diez mil ducados.

Tomin.

Sin duda que tus cuidados
dán en nuevo desatino.
¿Estás loco?

Conde.

¿Qué he de hacer
si el interes la cegó?
yo pienso hacer como yo,
si ella hace como quien es.

Tomin.

Señor, mira.

Conde.

Necio, olvida,
lo que yo no temo y dudo.

Tomin

Ah, quién fuera agora mudo,
para no hablar en su vida.

ESCENA XV.

Dichós, el Rey, Lisardo y Fabio.

Rey.

¿Vuestra hija quiere curalle?

Lisardo.

Verá vuestra Alteza en ella
el ingenio mas agudo
que han visto Italia, ni Grecia,
ni la discrecion de España.

Rey.

De las mugeres se cuentan
cosas estrañas: ser puede,
lo que no es razon, se vea
hasta verlo con los ojos.

Lisardo.

En las escuelas de Atenas,
estudió, señor, mi hija,
en su edad florida y tierna,
y á muchos sábios que fueron
sus condiscípulos della,
les dejó mi hija atras,
en lo que es aquesta ciencia.

Rey.

¿Es hermosa?

Lisardo.

Por estremo.

Rey.

¿Y cómo se llama?

Lisardo.

Celia.

Fabio.

Aquí está esperando el Conde
con la señora Lisena.

Lisardo.

Entre mi hija tambien.

Rey.

Mucho me holgaré de velfa,
por la fama celebrada
que me ha dado destas nuevas.

ESCENA XVI.

Dichos, y salen Celia, Lisena, el Conde y los demas

Celia.

Dadme, señor, vuestros pies.

Rey.

No es justo que á la belleza
aquese lugar se dé,
que sois por estremo bella:
¿sois vos quien quiere curar
al Conde?

Celia.

Sí, señor.

Tomin.

Deja el desatino en que estás,
y de esta infamia te venga.

Rey.

¿Cómo lo habeis de curar?

Celia.

Con dos palabras.

Rey.

Pues sea.

Celia.

No soy empírica yo,
que curo por esperiencia,
ni mínica.

Rey.

Con medicinas y yerbas
suele ser mas importante.

Celia.

Eso llaman farmacéutica.

Tomin.

¡Hay enredos semejantes!
que Celia estas cosas sepa.
Deben de ser [illegible],
porque ella toda su ciencia
fue rapantis mentecatis,
ley dar, párrafo moneda.

Aurora.

Ya el Conde esperando está.

Lisardo.

Celia, á curarle comienza.

Rey.

¿Está ya depositado
el dinero?

Fabio.

En mi presencia
lo entregó, Celia, señor.

Tomin.

¡Ah, quien fuera el Conde!

Lisardo.

Llega
á curar al Conde, hija,
porque ya espera su Alteza.

Celia.

Comienzo en nombre de Dios.
Ah, señor Conde, aquí llega
á suplicaros rendida
una humilde esclava vuestra,
que hableis ya.

Tomin.

No ha respondido.

Celia.

Yo soy, mi Luciado, aquella
que os mandé callar entonces,
para probar la firmeza
que mostrabais en mi amor.

Tomin.

Por vida que no despliega
los labios.

Celia.

¿No respondeis?
desatad mi bien la lengua,
y mirad que vuestra esposa,
humildemente os lo ruega.

Tomin.

Vive Dios que no responde.
El se venga, linda treta:
por Dios que es hombre de bien.
Quien se le vió decir, deje,
deja, Tomin, que se lleve
esos diez mil ducados Celia bella,
con esas manos de azahar,
de jazmin y de violetas:
vive los Cielos que siempre
imaginé que esto fuera.

Celia.

¿No respondeis, Conde mio?

Tomin.

Vive Dios, si no supiera
que ha poco que me habló,
que por modo le tuviera.

Celia.

Mirad que es bajeza grande
vengaros de esa manera
de una muger que os adora,
y su firmeza os enseña.

Fernid.

Echó la tranca, por Dios,
que de campiña se cierra;
no soy empírica yo,
que curo por experiencia,
ni clínica con venenos;
por Dios que le salió güera
á Celia la medicina,
esto llaman forma ceática.

Rey.

¿Cómo no habla Lucinda?

Fabio.

Pienso, señor, que no acierta
Celia con la medicina.

Dómine.

Faltanle dómine letras
á las palabras.

[illegible]

Señor, yo
curaré al Conde [illegible]

Rey.

[illegible]
pienso que lo intentó [illegible]

Lisardo.

¿Qué es esto, hija? [illegible]

Celia.

Que se venga
desta suerte el Conde en mí.

Tomin.

Por Dios que es buena la ciencia.

Celia.

¿Ah señor, Conde, nó hablais?

Tomin.

No aprovecha:

Rey.

¿No aprovecha?
¿falta mas?

Celia.

Una palabra.

Tomin.

Oigan, que las fiestas echa.

Celia.

Conde y señor, si hablais,
esta noche será Celia
vuestra, á todo vuestro gusto.

Tomin.

Vive el Cielo, que es de piedra.

Rey.

¿No hay remedio?

Tomin.

No hay remedio.

Rey.

Pues cúrale tú, Lisena,
que pienso que tú serás
la ciencia mas verdadera.

Lisena.

¿No hablais, Conde y señor?

Conde.

Agora hablaré, Lisena,
y que soy vuestro marido.

la primer palabra sea.

Tomin.

En fin, parió.

Rey.

Si es tu gusto,
dale la mano, Lisena.

Lisena.

Y el alma tambien le doy.

Fenixo.

Roberto, cargad con Celia.

Roberto.

A un turco, que yo me voy.

Fenixo.

No vuelvo á casa con ella.

Celia.

Vamos, padre, á Dios, ingrato.

Lisardo.

Maldiga el Cielo tu ciencia.

Tomin.

¿Y á Tomin no le dán nada?
ya de Tomin no se acuerdan.

Rey.

Los diez mil que Celia trujo.

Tomin.

En verdad que no eran della.

Rey.

Y al Conde Lucindo doy
con la señora Princesa,
de Viciniano el Estado.

Todos y Tomin.

Y aquí acaba la comedia,
llamada el desden vengado,
que así un desprecio se venga.

El Desden Vengado.

Tomin, criado del Conde, le echa en cara que ame á una muger que es desigual á él, por su calidad de coqueta cuando menos, y que admita en su casa á cuantos quieren obsequiarla, siendo una verdadera buscona, y anzuelo de pisaverdes. Fabio, criado tambien del Conde, le increpa sobre lo mismo, participándole que habiéndose, segun sus órdenes, aproximado á la casa de Celia, habia encontrado abierta la puerta y muchos embozados que entraban. Con efecto, á poco rato sobreviene Feniso, que canta á los umbrales un soneto, siguiendosele inmediatamente Roberto, que hace lo mismo. Despechado el Conde se acerca á pedir celos á Celia, la cual le reconviene del poco honor que la hace con tales desconfianzas; le asegura que los dos embozados habian ido á visitar á su padre en aquella tarde, y le despide enojada. Lisena, enamorada del Conde se lamenta de su desamor, proponiéndose olvidarlo, cuando Rugero, Rey de Nápoles, la manifiesta su pasion, ofreciendo á sus pies la Corona; mas ella le desengaña, declarando tiene puesta su aficion en otra parte, aunque le oculta en quien. Procura el Rey averiguar del Conde si es amante de Lisena, y cuanto mas le pondera el Conde las prendas de su dama, tanto mas se confirma en que es la que á él le desdeña. Tomin es quien le adelanta mas noticias, manifestándole estar su amo apasionado de una dama que siempre le está pidiendo, y á la que no se halla el Conde en estado de satisfacer por su pobreza, y consigue con sus agudezas que le dé cuatro mil ducados para su amo. Feniso pide tambien celos á Celia, y esta le prescribe las reglas que debe observar todo amante que no quiera pasar por

necio A Roberto le pondera las escelencias de la generosidad, y sobreviniendo el Conde, y noticiosa por su criada Ines de que el Conde tiene entonces dinero, le lisongea y se le muestra favorable hasta sacárselo.

Pregunta el Rey á Fabio, criado del Conde, cómo podrá averiguar si este es querido de Lisena; y Fabio le sugiere la idea de que se esconda, mientras él da á Lisena la falsa noticia de la muerte del Conde. Efectivamente lo hace así, y los sentimientos de aquella dama manifiestan claramente el amor que Lisena profesa al Conde; en vista de lo cual manda el Rey á este que se esconda por seis dias. También vuelve á significar al Monarca el mal estado del bolsillo de su amo; y que despreciándole por esta causa su dama, y padeciendo de celos, teme que no cumpla bien el precepto que le ha impuesto de esconderse, y consigue que el Rey le dé otros cuatro mil ducados. Lisardo padre de Celia, la reconviene de lo que perjudica á su honor la entrada de tantos pretendientes en su casa, mandándola que se decida por alguno. Ido el padre entra Feniso, y aunque piensa Celia no dejarle entrar; la vista de una cadena de oro que lleva puesta hace que mude de idea; consigue que se la regale, y en seguida le desengaña abiertamente. Entra Roberto quejoso de que siempre que entra encuentra otro que sale, y Celia le dice que el que ha encontrado es Feniso; que marchaba despechado por haberle dicho que Roberto era su esposo, con cuya noticia le aplaca, y logra que le regale doscientos escudos. Sobreviene el Conde, y á este le espresa que su padre ha dado su mano á Roberto; pero que todo puede remediarse si él quiere ser su esposo. Manifiéstale entonces el Conde la orden que le ha dado el Rey, mediante la cual; pero no siendo posible privarse en todo aquel término de su vista, viene á esconderse en

sucede. Celia se opone á tal designio; y al fin accede precedido juramento de conducirse con toda la delicadeza de caballero respecto á su honor. Entretanto el Rey hace que se presente á Lisena el título de Princesa de Vicinigna, que agradece, pero no admite, mandando decir al Monarca que habiendo muerto el Conde, piensa acabar sus dias en un monasterio: sin que este desengaño aparte todavia al Rey de su intento. No pudiendo el Conde resistir al deseo de ver á Celia, la llama á su aposento, y Celia le permite permanecer en él, bajo juramento de callar hasta que ella le mande romper el silencio.

Convencido ya el Rey Rugero de la constancia de Lisena para con el Conde, manda llamar á este. Ea-bio le entregan un papel de parte del Soberano, y dandole á entender Comin que aguarda la respuesta, el Conde en cumplimiento del juramento nada le responde. El papel contiene el aviso de Rugero, que le participa la constancia con que le ama Lisena, segun la prueba que ha hecho, mandándole la vea. Declara el Rey á este que el Conde vive, y que en el mismo dia ha de ser su esposo, en premio de su firmeza. El Conde á presencia del Rey y de Lisena, se obstina en callar, de modo que hace creer á entrambos que está mudo; y deseoso el Rey de su alivio, manda publicar en su nombre el premio de diez mil ducados á quien acertare su cura restituyendole el habla; pero debiendo depositar el que á ello se atreva otra igual cantidad. La codiciosa Celia, con la seguridad de que el Conde no hablará hasta que ella se lo mande, se propone ganar aquella cantidad, y se presenta ofreciendo curarle; pero desengañado el Conde de su perfidia, y agradecido á la ternura de Lisena, no obedece al precepto de la primera, y suelta la lengua declarandolo todo á la insinuacion de Lisena, casan-

dose con él, y castigando así el desden de Celia.

Bien podia tener esta Comedia el título de *la codicia castigada*, pues verdaderamente no son desdenes los de Celia, sino bellaquerías con que chupaba á tantos galanes, que dígase lo que quiera de la delicadeza de los hombres en aquel tiempo, debian tener harta paciencia, y ser como suele decirse, unos Juanes Lanas: y lo mismo debe decirse de las damas que aquí se pintan, mas busconas de pesos que de amores. No tiene pues esta composicion dramática del imitador mejor de Calderon una base moral fija sobre que directamente gire; y á ser menos y desnuda de episodios, constituiria un buen sainete. Fuera de esto, la accion tiene unidad y corre sin detenerse á su desenlace: el caracter del Conde interesa, el de Celia tiene por algun tiempo indeciso al espectador, el amor de Lisena le lastima, Tomin le divierte, y Rugera es indispensable para desatar el nudo de la accion. El enredo, para haber seguido Rojas muy de cerca las huellas de Calderon, no puede mirarse por inverosímil; y se nota en esta como en otras piezas que sabia ser sencillo con la misma facilidad que conceptuoso y gongorino; y que cuando incurria en este extravío, no era porque no conociese su extravagancia. Así es que los dos sonetos en el primer acto, uno en boca de Feniso que empieza:

Armas de amor, señora, son tus ojos,

y el de Roberto:

¿Qué mal te hice? no, ¿qué tanto mal?

parecen compuestos adrede para ridiculizar semejante estilo. Compárense si no sus alambicados conceptos con lo natural del lenguage del Conde, quejándose de la conducta de Celia.

No hay disculpa que me cuadre;
y el estar tú levantada
á estas horas, y la puerta
de los balcones abierta,
es razon averiguada
que algunas culpas se encierran
en tus fingidas razones;
que las puertas y balcones,
Celia, de noche se cierran:
mira si es engaño llano
lo que presumen de Marcela
mis criados.

Lo mismo puede decirse de la leccion dada en boca de Celia á los amantes quisquillosos, que ademas de la facilidad con que está escrita, pinta el caracter de una muger coqueta y enemiga de sujecion en materia de amores.

Primeramente,
el galan que quiere serlo,
no ha de querer de nosotras
mas de aquello que le demos.
Si acaso estamos en misa,
no ha de entrar en ella á vernos,
y si entrare, muy de paso,
y sin pararse suspenso
al sacar agua bendita
ni al dar á la cruz el beso.
Si nos encuentran hablando
con hombre, sea mozo ó viejo,
no alborotar la casa,
que es disparate de necios.
Si alguno nos visitare,
no ha de preguntar riñendo
á la criada, quien es.

ni que busca al escudero.
Si á las ventanas estamos,
no ha de pararse un momento,
y si para, ha de parar
hasta que pase el platero.
Estas son las condiciones
y cierranse con el sello
de pagar veinte doblones
cada vez que pida celos.

Los diálogos de Tomin con el Rey, cohonestado con la licencia que se dispensaba antiguamente á los bufones, están escritos con naturalidad, y sembrados de las satirillas que nuestros antiguos dramáticos ponian en boca de los graciosos, mas particularmente encargados de esgrimir el azote del Momo. Está lleno de gracejo el juramento de Tomin en manos de Ines por el contraste que forma con el de su amo el Conde en las de Celia.

Conde.

Por aquestas manos bellas,
que del mundo son esferas,
donde se ven dier hileras,
de relucientes estrellas.
Por el zafir y coral,
que en su círculo se muestra, &c.

Tomin.

Por esas dos mancebillas
de ternera y sus cuajares,
y por esas dos cucharas
con que haces albondiguillas.
Por esas dos longanizas &c.

Resuelto Rugero á vencerse así mismo obrando

generosamente en favor del amor que Lisena profesa al Conde, se espresa en un soneto que no es de los adocenados entre la multitud de los que se leen en nuestro teatro antiguo, tanto por su diccion, como por el pensamiento moral que encierra.

Si fue mayor la gloria y noble pago,
que dió en España á Escipion la fama
en no querer gozar la presa dama,
que el vencimiento ilustre de Cartago:
Y si despues de aquel lloroso estrago
de daño, mas famoso el mundo llama
al Macedon, que no violó su cama,
mi deuda con lo mismo satisfago.
No quiero que me estimen ni me alaben
las propias en las bárbaras naciones
de que en mi pecho sus grandezas caben.
No son los capitanes Escipiones,
ni Alejandros los Reyes, si no saben
vencer sus apetitos y pasiones.

Concluiremos diciendo lo bien ideado de las escenas en que Tomin se empeña en interpretar las señas de su amo, y creemos que aun en el dia se veria con gusto en las tablas esta Pieza, que como otras de su época, están espulsadas del repertorio con sobrado rigor.

PROGNE Y FILOMENA.

PERSONAS.

Progne.
Filomena.
Pandron, su padre.
Rey Tereo.
Hipolito.
Libia, Criada.
Aurelio, Viejo, Gobernador de Tracia.
Juanete, Lacayo primero.
Chilindron, Lacayo segundo.

La Escena pasa en Atenas y Tracia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Salon.

Sale Filomena llorando, y Hipolito.

Hipolito

Deja el llanto, Filomena,
que si es alivio, es rigor,
que por templar un dolor,
me causes á mí una pena.
Los ojos tuyos serena,
no los quiera tu piedad
aplaudir con vanidad
de cielos en tus desvelos,
que para ver que son cielos,
les sobra la tempestad.
No bien destilado exhales
aljofar de mas valor,
si el llanto es señal de amor,
no derrames las señales:
comunícame tus males,
sea el dolor repartido,
al paso que fue sentido;
y si con fuego velóz
hiere tu pena á mi voz,
hiera tu voz á mi oido.
Cuando á los ojos prefieres
tanto dolor reprimido,
¿lloras porque me has querido,

ó lloras porque me quieres?
Que es condicion de mugeres
no ser constantes, infiero;
yo, pues que á tus rayos muero:
una pregunto y mil veces,
¿lloras porque me aborreces,
ó por qué?

Filomena.

Porque te quiero:
¿cómo, di, puedes dudar
lo que en mí llegas á ver?
¿quién llora de aborrecer?
¿y quién no llora de amar?
Tu suspecha he de culpar,
y que propongas me espanto
tanta duda, dolor tanto
en quien llora y quien suspira,
porque el oido arguye ira,
y el amor supone llanto.

Hipolito.

Aunque creerte es preciso,
por lo que arguyendo estás,
suele aborrecerse mas
aquello que antes se quiso;
sirva de ejemplo, ó de aviso
lo contrario, pues he hallado,
del amar disciplinado,
que suele ser mas querido
aquel que antes fue admitido,
que aquel que solo fue amado.

Filomena.

No creas tan grave error,
que no se aposenta, siento,
bien el aborrecimiento
adonde vive el amor.

Si aun es la ceniza actor;
si aquel fuego es inmortal,
no admitas ejemplo tal
á una llama repetida,
porque es amor una herida,
que siempre deja señal.

Hipolito.

Filomena, envia ahora
con equívoco arrebol,
supuesto que tú eres sol,
el llanto para la aurora:
dime, ¿qué tienes, señora?

Filomena.

No entenderás mis enojos,
que son en estos despojos
tan honestos mis agravios,
que al decirlos por los labios,
se han de salir por los ojos.

Hipolito.

Ciego es mi amor, mas no tanto;
que se pasase á ser rudo,
yo las entiendo, aunque es mudo,
las señas que hace tu llanto:
habla, esplícame este encanto.

Filomena.

Allá voy con mi tormento.

Hipolito.

No en llamas salga violento,
que se huirá por ser velóz.

Filomena.

No me atiendas á la voz,
atiéndeme al sentimiento.
De aquel infelice dia,
(ya presumo que te acuerdas,
si no es que con tus cuidados

tu memoria se divierta)
en que por embajador
llegaste á este Reino Atenas:
adonde Pandron mi padre,
bien obedecido, reina
por tu hermano el Rey de Tracia;
con mi padre hiciste treguas,
y cuando con él la paz,
conmigo alteraste guerra.
Fueron tambien los conciertos,
(¡qué presto el mal se concierta!)
que tu hermano se casase,
ó con Progne, ó Filomena:
mi hermana Progne lo admite,
yo me rindo á la obediencia;
mi padre lo determina,
tú, Hipólito, lo deseas
Enviaste pues dos retratos
de las dos, porque eligiera
el Rey Tereo tu hermano,
una de las dos bellezas.
Belleza dije á la mia,
supla esta alabanza necia,
que pues soy tan desdichada,
no debo de ser muy fea
Eligió tu hermano el Rey
á mi hermana; y porque tenga
su amor un premio debido,
el Reino una conveniencia,
porque le cases te envia
poder con su firma régia,
y tú por él te casaste
con Progne, mi hermana bella;
Yo, viendo salir mi afecto
de la carcel de la idea,

dando soltura á mis ojos;
los grillos quité á la lengua;
y viendo que ya mi hermana
de tu hermano es dulce prenda,
lo que calló tu lealtad,
dejó decir tu terneza:
hablábasme con suspiros,
que son retórica nueva,
que en la clase del amor
ha inventado la modestia.
Nos mirábamos los dos,
(¡ó quien pintarlo supiera!)
yo el descuido en el cuidado,
tú cobarde en la fineza;
yo culpándote remiso,
tú temiéndome sobervia;
yo intentando que me habláras,
tú intentando que te oyera:
por mas señas, que una vez,
si no bastan estas señas,
al ir á decir tu amor
con temerosas finezas,
ó al manifestar tu incendio,
viéndome hablarte severa,
lo que iba á salir en voz,
se te congeló en vergüenza:
siempre temen los amantes,
pues de colores diversas,
en las vistas del amor
toma el semblante librea.
Fingimos conversacion
de diferentes materias,
(disfraz que toma el deseo
para ganar la modestia)
deciamos nuestro amor

con equívocas sentencias;
yo con fuego, y tú con yelo
templábamos nuestras quejas;
aunque tal vez temerosa,
sin saber en lo que yerra,
como andaba por el yelo
se deslizaba la lengua.
Cegó nuestro amor, en fin;
púsole el temor la venda;
entróse el alma por trato,
que al amor el trato engendra;
que es una fuerza mi pecho
tan inexpugnable y nueva,
que á no ganarla por trato,
pienso que no la rindieras.
Y en un jardin una tarde,
donde tus lágrimas eran,
si de tu ardor [illegible] llorosas,
de mi dolor satisfechas,
apacible con tu ruego,
cariñosa con tu queja;
creyendote como hermosa,
oyendote como tierna,
viendote arder en la llama,
solícito en la empresa;
llegando, al verme sumisa,
la noche por medianera,
al arrullo de su voz,
como si muy niño fuera,
dormido quedó mi honor,
y mi esperanza despierta.
Ni aun flores fueron testigos,
porque la rosa doncella
se escondió en verde capillo,
á de prudente ó de honesta.

Arrugose en su boton
la vergonzosa azucena,
y á competir nuestros lazos
se asomó la verde hiedra.
A este tiempo (¡ó qué mal tiempo!)
mi padre anciano concierta,
puesto que Progne, mi hermana,
es del Rey tu hermano prenda,
que Jacobo, hijo del Rey
de Albania, mi esposo sea;
y hoy tambien llegó un aviso,
que hoy llega tu hermano á Athenas,
y que se ha de partir hoy
tambien con mi hermana bella,
porque de su brevedad
pretende hacer su fineza.
Mira ahora, dueño mio,
si será razon que sienta,
(aunque sentir las desdichas
suele ser consuelo dellas)
que el Rey mi mano le pida,
que declararle no pueda
á mi padre nuestro amor:
y en fin, que tu hermano venga,
y que hoy se vaya tu hermano
á su Reino, donde es fuerza,
pues solo á que venga aguardas,
que á su patria con él vuelvas.
Casarme yo no es posible,
pues aunque yo lo quisiera,
tu amor, mi honor, tu palabra
es fuerza que lo defiendan.
Irte tambien es matarme,
Hipólito, pues me dejas
el alma en el sentimiento

y el sentimiento en la pena.
Pues quedarse en este Reino,
aunque es paga, es imprudencia,
pues viene á ser añadir
un indicio á una sospecha;
de suerte que ya me quedo,
si con tu hermano te ausentas,
sin tí para mi dolor,
sin mí para mi nobleza,
con mi padre para el llanto,
para mi error con mi ofensa,
sin mi honor para mi fama,
y sin tí para mi queja;
mas yo no estraño estos riesgos,
aunque tan airados vengan,
que asi como vi la calma,
adiviné la tormenta.
Y viendo tardar los males,
me dije un dia á mí mesma;
¿de cuando acá las desdichas
vienen con tanta pereza?
No los socorros de amante
te pido, porque se yerran;
como anciano en las desdichas
algun medio me aconseja.
Cuerdo eres, y yo infeliz,
estos dos estremos mezcla;
valiente eres, y yo amante,
estas calidades templa;
un riesgo sane otro riesgo,
un mal otro mal divierta;
la sangrienta herida pide
medicina mas sangrienta;
búsquese grande remedio
donde hay tan grande dolencia

y lo que escribió el error
sepa corregir la enmienda,
que yo obediente y amante,
á tus preceptos dispuesta,
ó me templaré prudente,
ó te seguiré resuelta,
porque debas á mi amor
la última conveniencia,
pues para enseñarte el riesgo,
hoy se ha quitado la venda.

Hipolito

Suspende el rigor mortal
y las lágrimas tambien,
y escucha dispuesto en bien
al que tu lloras en mal.

Filomena

¿Pues qué remedio se espera
cuando el riesgo viendo estás?
¿cómo lo remediarás?
prosigue.

Hipolito

Desta manera:
este es el medio mejor,
y el que estos daños allana.
Supuesto que tú y tu hermana
os teneis tan grande amor,
ó por sangre ó por estrella,
y este riesgo viendo estás,
á tu padre le dirás
que no te has de hallar sin ella.
Y porque este intento asi
facilmente se consiga,
Progne á tu padre le diga
que no se ha de hallar sin tí:
tú se lo avisa primero,

y con amorosos lazos,
tal llanto finge en sus brazos;
que parezca verdadero;
pues las mugeres teneis
dos llantos con que vivís,
el usado si fingís,
pero el tardo si quereis;
que te has de ir por su aficion
con ella, di desde luego,
y finge de modo el ruego
que pase á resolucion.
Que ella ha de admitirlo sé,
con que estos riesgos allano,
Progne seguirá á mi hermano,
y yo siguiendote iré.
Divertirás tu cuidado,
siendo en tan feliz jornada,
Progne de tí acompañada,
tu amor de mi bien pagado.
Y puesto que en ardid tal
esta ventura logremos,
ya que no le remediemos,
alargaremos el mal.

ESCENA II.

Dichos, y salen Juanete y Chilindron.

Juanete.

Albricias pedirte quiero.

Chilindron.

Albricias vengo á alcanzar.

Juanete.

Vuesarced lo ha de contar.

Chilindron.

¡Qué haya venido primero!

de que vi....

Juanete.

Desembarcar.

Chilindron.

Déjeme hablar el bufon.

Juanete.

Tiene muy grande razon,
vuesarced lo ha de contar.

Chilindron

¡Qué deste modo me inquiete!

Juanete.

¡Qué tenga yo esta pension!

Filomena

Dilo, acaba, Chilindron.

Hipolito.

Acaba, dilo, Juanete.

Chilindron.

Con cien naves corrió el mar.

Juanete.

No son sino ciento y dos.

Chilindron.

Si no callas, vive Dios ...

Juanete.

Vuesarced lo ha de contar.

Hipolito

¿ Aun duran vuestros enojos?
Acabad, y sepa yo....

Chilindron.

El Rey tu hermano llegó

Juanete

Yo lo vi por estos ojos.

Chilindron.

No ha visto tal,

Juanete.

Pues no sea.

Chilindron.

Pues á otra vez que me impida...:

Juanete

No veré en toda mi vida,
si no quiere usted que vea.

Chilindron.

Ya ha desembarcado.

Juanete.

¿Y cómo?

Chilindron.

Ya está en Athenas, en fin,
ya le hace salva el clarin,
y ya le celebra el plomo.

Hipolito.

Pues á recibirle voy:
á Dios, bella Filomena.

Filomena.

El te guarde: ¡O grave pena!
mi muerte sintiendo estoy.

Hipolito.

Chilindron, Juanete, ola,
seguidme los dos aquí.

Chilindron.

El ha de venir tras mí.

Juanete.

Y aun le llevaré la cola.

Chilindron.

Que á este quiero mal, infiero,
por mi natural tambien.

Juanete.

¡Qué quiera yo á este hombre bien,
sin saber porqué lo quiero!

ESCENA III.

Filomena, y sale Progne con una daga asombrada.

Progne.

Mataréte, vive el Cielo:
muere, cobarde, traidor;
desta manera tu error....

Filomena.

¿Hermana?

Progne

¡Toda soy yelo! (1)
este acero rigoroso
esta afrenta ha de vengar.

Filomena

¿Dime, á quién quieres matar?

Progne.

Al Rey Tereo mi esposo.

Filomena.

Tente, Progne, estás en ti?
¡quién tal fantasia vió!

Progne.

¿No estabas herida?

Filomena.

No.

Progne.

¿Luego ha sido engaño?

Filomena.

Sí.

Progne.

Ilusion pesada fué:
vengar quiero á Filomena.

---

(1) *Anda por el tablado sin responder.*

Filomena.

Templa, señora, esa pena:
¿qué es esto, hermana?

Progne.

No sé.

Filomena.

A determinar no acierto:
¿qué es lo que te ha suspendido?

Progne.

Tengo un desvelo dormido,
y tengo un sueño despierto.
Una injuria, y una afrenta
tuya lloro temerosa,
la una muy amorosa,
y la otra muy sangrienta.
En tí soñaba mi honor,
porque es mi amor muy celoso,
y vi en sueños que mi esposo
violó el templo de tu honor.
Y para mayor tormento,
en mi idea transformada,
miré tu imagen borrada
con sangre del sentimiento.
Pues para causarme enojos
este mal que temo, y creo,
entre los ojos lo veo,
sin mirarlo con los ojos.
Pero cuando ya queria
vengar tan grave impiedad,
pensé que iba á la verdad,
y halléme en la fantasía.

Filomena.

No en lastimosas querellas
te entregues toda al sentir,
y deja lo por venir,

Progne, para las estrellas...
No tus dudas, y recelos
ocasionen tus enojos;
¿cómo han de saber los ojos
lo que aun no saben los cielos?

Progne.

No culpes mi indignacion
cuando yo te lloro, pues
para las desdichas es
astrológo el corazon.
Y que hay riesgo, te aseguro;
en lo que ves aparente,
los ojos ven lo presente,
y el corazon lo futuro.

Filomena.

Pues solo saber quisiera,
porque tu discurso alabe,
¿como el corazon lo sabe,
y ellos no?

Progne.

Desta manera:
el cielo, que se desvela
en esta union dividida,
á este fuerte de la vida
le puso por centinela;
los latidos con que hablando
nuestros sucesos predice,
son señales con que dice
al cuerpo que está velando.
Pues cuando en sueños mortales
nuestro descuido se inclina,
el corazon examina
la campaña de los males.
Luego que algun riesgo haya,
¿cómo ha de venir derecho

á la muralla del pecho,
si es el pecho su atalaya?
Aunque en tardo paso intente
el riesgo disimular,
apenas comienza á obrar,
cuando el corazon lo siente.
No lo vé, mas para hacer
fineza en el asistir,
él se lo avisa al sentir.
si él lo substituye al vér.
Pues si para declararlo,
por mas evidente infiero,
que entra el sentirlo primero,
y despues entra el mirarlo;
luego en los males, y enojos
tiene mas jurisdiccion
la seña del corazon,
que el indicio de los ojos.

Filomena.

Olvida el acero picado,
porque el verle me ha ofendido. (1)
ó yo le arrojo.

Progne.

¿Qué ha sido,
Filomena?

Filomena.

Me he cortado;
pero no importa, no es nada.

Progne.

¿Pues cómo el herirte fué?

Filomena.

Por tí, hermana, me corte.

---

(1) *Vuelve á quitar el acero, y cortase la mano.*

Progne.

Primero á mí me matara;
porque aunque no hay riesgo aquí,
mi amor, hermana, sintió
que siendo la causa yo,
te salga la sangre á tí.

Filomena.

Tu amor es la recompensa,
y mi lealtad la disculpa,
no será por tí la culpa,
si por tí fuere la ofensa: (1)
un lienzo disfrazará
este ardor de mi pasion.

Progne.

Estas las señales son *Clarines.*
que mi esposo ha entrado ya.

Filomena.

Que te llegue á merecer
piadoso al Cielo he rogado.

Progne.

Jamas he visto acertado
casamiento por poder.

ESCENA IV.

Dichas, y salen por una puerta el Rey Pandron y acompañamiento, y por otra el Rey Tereo, Hipolito y acompañamiento.

Pandron.

Dame los brazos, Tereo,
por premio á mi obligacion.

Rey.

Hoy en los vuestros, Pandron,

(1) *Dale un lienzo.*

hallò el centro mi deseo:

Pandron.

¿Cómo venis?

Filomena.

Qué me espante

un prevenido accidente!

Rey.

Como hijo muy obediente,
y muy fino como amante,
hoy mi esperanza dichosa
premio llegue á merecer;
mi esposa quisiera ver.

Pandron.

Esta es Progne vuestra esposa.

Rey.

Bellísima perfeccion, (1)
ídolo que mi fineza,
en quien es mas la belleza,
que fue la imaginacion:
alabeos mi admiracion,
que si al mas bello traslado
el pintor ha lisongeado,
hoy lo contrario apercibo,
porque es mas grande lo vivo
de lo que fué lo pintado
Diestro el pintor que os copió,
porque eso fuera ofenderos,
nunca procuró excederos,
igualaros procuró;
mas si al copiaros no os vió,
porque vuestra luz cruel
le dejó sin vista á él,

(1) *Esten juntas Progne y Filomena, y juzga que Filomena es Progne.*

conociendo sus errores,
pasó al rostro las colores,
y á los ojos el pincel.
Yo os adoré bella y pura
por la copia licenciosa,
y aun no os juzgué tan hermosa
como era vuestra pintura;
pero hoy que con la hermosura
os escedeis desigual,
viendo en la copia error tal,
y en vuestro rostro el primor,
aquello crece mi amor
que crece el original.

Progne.

De mi fortuna dichosa
hoy me dey el parabien:
como yo os parezca bien
no quiero ser mas hermosa.

Rey.

Dejad que diga mi esposa
conveniencias á mi pena.

Progne.

Ya el prímer afecto estrena,
ya os declara su desvelo.

Rey.

Esta es Progne, vive el Cielo;
y su hermana es Filomena;
mi dolor intenta ahora
saberlo, disimulando:
yo á Progne estoy adorando

Progne.

Y Progne á vos os adora.

Rey.

Pues vos... aqui mis enojos,
mi fuego alli mas velos...

Progne.

No os entiendo por la voz.

Filomena.

Yo lo entiendo por los ojos. *ap.*

Rey

Ya es obligacion forzosa *ap.*
saberlo mas claro asi:
¿no hablará mi esposa aquí?

Progne

¿Ya no os habla vuestra esposa?

Pandron.

Dos retratos he enviado.

Progne.

Y en ellos ... estoy perdida, *ap.*
yo fuí de vos elegida,
y vos de mí el adorado.

Rey.

Pues el poder que envié
fue para que se ordenase....

Hipolito.

Que con Progne te casase,
y con Progne te casé.

Rey.

¡Qué el Cielo haya permitido *ap.*
este error! mas no me he errado;
ó su padre me ha engañado,
ó mi hermano me ha ofendido.
Yo quiero disimular
mis sentimientos mortales:
venid, bella Progne: males,
acabaos de declarar.

Filomena.

Con irme de aquí conmigo *ap.*
la violencia de este arder...

Rey.

Bella Progne, á vos mi amor....
mas no sé lo que me digo.

Pandron.

Este es el vuestro, Tereo;
yo á mi cuarto me retiro.

Progne.

¡Qué aun no se alivie el suspiro! *ap.*

Filomena.

¡Qué malogre mi deseo! *ap.*

Progne.

¡Mi esposo el Rey tan turbado! *ap.*

Pandron.

¡Tereo tan suspendido! *ap.*

Filomena.

¡Mi dolor tan prevenido! *ap.*

Hipolito

¡Tan confuso mi cuidado! *ap.*

Pandron.

¡Toda esta tormenta es calma! *ap.*

Progne.

¿Si me mira aborrecida? *ap.*

Filomena.

¡Qué yo tenga alma sin vida! *ap.*

Rey.

¡Qué yo tenga vida, y no alma! *ap.*

Hipolito.

Dioses, decid ¿qué será *ap.*
lo que obliga á su impaciencia.

Rey.

Yo curaré esta dolencia, *ap.*
ó el tiempo lo sanará:
ven, Hipólito.

Hipolito.

Ya voy.

Pandron.

Ven, hija.

Filomena.

¡Yo estoy mortal!

Hipolito.

¡Qué obre con su industria el mal! *ap.*

Progne.

¡De mí propia enigma soy! *ap.*

Pandron.

¡Quién templára este dolor! *ap.*

Rey.

¡Quién trocára estos desvelos! *ap.*

Hipolito.

¡O quién no tuviera celos! *ap.*

Filomena.

¡O quién no tuviera amor!

ESCENA V.

Salen Juanete, Chilindron y Libia, los dos delante acompañándola.

Libia.

A que se vayan espero.

Juanete.

Hemosla de acompañar.

Libia.

Digo que no han de pasar.

Chilindron.

Pues envido.

Libia.

No le quiero.

Juanete.

¿Y quiereme usted á mí?

Libia.

Menos: ¡qué hombre tan cansado!

Juanete.

Eso es poco y mal hablado :
¿luego me aborrece?

Libia.

Sí.

El galanteo es donoso :
no he de querer á ninguno,
porque es muy goloso el uno,
y el otro muy codicioso.
De los dos las mañas sé,
y dejarlos es preciso,
él me come cuanto guiso,
y él me pide cuanto ve.
Y asi porque los iguale,
que no quiero les prevengo,
quien me coma lo que tengo,
que busco quien me regale.
Y á él pido, pues su error ve,
que su codicia comida,
que no busco quien me pida,
sino solo quien me dé.

Chilindron.

¿Yo, Libia, qué te he quitado?

Juanete.

¿Yo, Libia, que te he pedido?

Libia.

¡Qué dulces no me ha comido!
¡qué joyas no me ha usurpado!

Chilindron.

Pues esto responde y vete:
dado que al uno estimáras,
¿á cuál de los dos premiáras?

Juanete.

Responde á cual.

Libia.

A Juanete.

Chilindron.

¡Que esta injuria sufra yo!
¿pues por qué á mí me descarta?

Libia.

Porque el goloso se harta,
pero el codicioso no.

ESCENA VI.

Juanete y Chilindron.

Juanete.

¡Que de este modo te trata!

Chilindron.

¡Que de este modo le abona!
miente como una fregona.

Juanete.

Miente como una fregata.

Chilindron.

¿Por qué si le hace merced,
le está desmintiendo así?

Juanete.

¿Por qué ha de quererme á mí,
si no le quiere á vuested?

Chilindron.

Pues que no me quiera digo.

Juanete.

Pues ni á mí me ha de querer,
cuanto él hiciere he de hacer.

Chilindron.

No le quiero tan amigo.

Juanete.

Yo he de ser su amigo: ¡hay tal!

Chilindron

Pues yo he de ser su enemigo.

Juanete.

Yo no puedo mas conmigo.

Chilindron.

¿Por qué causa?

Juanete.

Es natural.

Chilindron.

¿Pues tieneme obligaciones?
¿por qué es mi amigo fiel,
si yo le aborrezco á él?

Juanete

Esto vá en inclinaciones.

Chilindron

Hombre, de tu error me espanto,
declarate, acaba aquí,
dime, ¿qué has hallado en mí
para que me quieras tanto?

Juanete.

Vile yo nacer, y yo
le acallé el primer puchero,
yo le dí el beso primero
al instante que nació.

Chilindron.

Pues hombre de Bercebú,
dime; ¿cómo puede ser,
que tú me vieses nacer,
si soy mas viejo que tú?

Juanete.

¡Qué hermanos tuvo! es cruel
conmigo.

Chilindron.

Calle el salvage,
no me alabe mi linage.

Juanete.

¡ Pues su padre ! así fuera él.

Chilindron.

Ya escampa, ya se reporta, voyme.

Juanete.

¿ Dónde vás, amigo ?

Chilindron.

Al infierno.

Juanete.

Voy contigo. (1)

Chilindron.

Digo al infierno

Juanete

¿ Qué importa ?

Chilindron.

Por Júpiter, gran cuitado,
que le mate á bofetadas.

Juanete.

Y estarán muy bien pegadas,
porque ando muy demasiado.

Chilindron.

Pícaro, infame, goloso,
¿ mi resolucion ignora ?

Juanete

Yo quiero enojarme ahora:
sí, mas no soy codicioso.

Chilindron.

Quédese para hombre bajo.

Juanete.

Por fuerza me he de quedar,
peor es el que por guardar,
guarda un dia de trabajo;

(1) *Y á tras él.*

y este es oficio ingenioso,
y por eso le he admitido,
que en mi vida vi entendido,
que no fuese muy goloso.

Chilindron.

Por gallina le desprecio.

Juanete.

Eso no me da á mí pena;
¿porque tiene una alacena
de dulces, habla tan recio?

Chilindron.

¿Eso qué tiene que ver
con no vengar sus agravios?

Juanete

Malos han de estar mis labios,
ó se los he de comer.

Chilindron

Quedese.

Juanete.

Nos quedaremos

Chilindron.

Voyme, y no me siga así.

ESCENA VII.

Dichos, y sale Hipolito.

Hipolito.

¿Juanete, ¿qué haces aquí?

Juanete

Hacemos lo que solemos.

Hipolito.

¿Reñis? salios allá fuera:
por aquí podeis salir,
porque el Rey....

Juanete.

Con él he de ir
esta vez, aunque no quiera.

Chilindron.

Si, mas guardaré, señor,
ocasion para intentar....

Juanete.

En materia de guardar,
ninguno lo hará mejor.

ESCENA VIII.

Hipolito, y sale el Rey con una carta en la mano.

Rey.

¿Estamos solos?

Hipolito.

Si estamos.

Rey.

¡Ay, hermosa Filomena! *ap.*
mas disimulemos, pena,
prolijo dolor, sintamos.

Hipolito.

¿Qué me quereis preguntar?
su intento mi pecho ignora.

Rey.

Idme respondiendo ahora
lo que os quiero preguntar.

Hipolito

¡Tan severo el Rey conmigo! *ap.*
confuso y turbado quedo:
no hay yelo como el del miedo

Rey.

¡Qué mi hermano es mi enemigo! *ap.*
hermano, dame los brazos. *Abrazale.*

Hipolito.

Hoy con tan grande favor...

Rey.

¡Que esté abrazando un traidor, *ap.*
y no le haga mil pedazos!
vete, cobarde, de aquí,
si no quieres que mi mano... (1)

Hipolito.

Rey, señor, amigo, hermano,
¿tan cruel?

Rey.

No estoy en mí.

Hipolito.

Guarda la espada severo,
señor, para otra ocasion;
si tienes indignacion,
¿para qué quieres acero?

Rey.

Al ir á abrazarle yo, *ap.*
porque sus yerros arguya,
al tocar la sangre suya
mi sangre se alborotó:
y como enemigos son,
y en un sugeto enlazados,
nunca estan bien concertados
la lealtad y la traicion.
Saca mi discurso ahora,
pues que no sufrí union igual,
que si esta es sangre leal,
aquella es sangre traidora.

Hipolito.

¡Si el Rey, mi hermano, ha sabido *ap.*
que yo á Filomena adoro!

(1) *Empuña la espada.*

cual sea la causa ignoro
en que yo le haya ofendido:
¿de mi amor no te aseguras?
¿no das crédito á mi fé?
¿pues dime, señor, porqué?

Rey.

(1) Mirad esas dos pinturas: (1)
rezelos, dejadme, pues
ya no hay consuelo á mi pena.

Hipolito.

Aquesa es de Filomena,
y de Progne estotra es.

Rey

Por la vuelta los mirad,
vereis donde estan pintados,
que estan los nombres trocados.

Hipolito.

Bien dice tu Magestad. *Miralos.*

Rey.

O esta es traicion, ó es error.

Hipolito

Yo, señor, los envié,
pero yo no los troqué.

Rey.

¿Pues quién los trocó?

Hipolito.

El Pintor.

Rey.

¿Tanto para que me asombre
os divirtió la hermosura,
que mirabais la pintura
y no mirabais el nombre?

---

(1) *Dale dos retratos.*

Hipolito.

Mi lealtad asi acredito : *ap.*
no os he de engañar aquí ;
cuando las pinturas ví,
ningun nombre estaba escrito ;
yo mandé escribirlos luego,
mas despues no los miré,
que hiciesen pliego mandé,
y el secretario hizo el pliego ;
y sepa tu Magestad
que es cierto este desengaño.

Rey.

¡Si este disfraza su engaño *ap.*
con máscara de verdad !
bien, que mas posible fuera
suceder lo que ha contado ;
mas otro modo he buscado
con que saberlo quisiera.
Aunque es enojo, no es pena
mi indignacion valerosa,
pues yo quiero á Progne hermosa,
y no quiero á Filomena.
Es, que cuando mi pasion
dudó vuestro desengaño,
no le admitió como engaño,
sintiólo como traicion.
Pero, hermano, si es verdad
que fue error, mi error mitigo.

Hipolito.

Solo para mi testigo
os presento mi lealtad.

Rey.

A Filomena mi amor
por la pintura ha escedido,
y Progne me ha parecido

en original mejor.
Asi veré si se muestra, *ap.*
algun ardor: yo queria,
puesto que ya es Progne mia,
que sea Filomena vuestra,
tratarlo quiere mi amor.

Hipolito.

Dichas, dadme el parabien. *ap.*

Rey.

Que á su padre le está bien,
y á vos os está mejor.

Hipolito

¡Cielos, que es lo que he escuchado! *ap.*
mas disimular quisiera.

Rey.

Ella en su Estado es primera,
y vos primero en mi Estado;
y asi con mucha prudencia
ordenarlo pienso asi,
que me es conveniencia á mí.

Hipolito

Señor, pues si es conveniencia....

Rey.

¿Qué decís?

Hipolito.

Digo, señor,
que por tí....

Rey.

¡Válgame el Cielo!
declaraos.

Hipolito.

¡Todo soy yelo! *ap.*
con Filomena....

Rey.

¡Ah traidor! *ap.*

á lo que os propongo yo,
dadme el no, ó decid el sí;
¡qué bien mi engaño fingí! *ap.*
¿qué decis? (1)

Hipolito.

Que sí, que no.

Rey.

¿Pues por qué decis aquí,
cuando os lo pregunto yo,
con el un afecto no,
y con el otro que sí?
Ahora, celos, ahora *ap.*
podeis con mas fuerza obrar.

Hipolito.

El Rey me quiere engañar, *ap.*
que él á Filomena adora:
cobrarme en los riesgos quiero;
desta manera ha de ser:
facil está de entender.

Rey.

A que os declareis espero.

Hipolito.

Un sí dije, y con él doro
dos errores á mi pena,
yo no quiero á Filomena,
porque á otra dama enamoro.
Si él no dijera advertido,
declarando mis temores,
fuera ser á tus favores
mi amor desagradecido:
pues por no desobligarte
dos opuestos mezclé allí,
pues decirte solo el sí

(1) *Vuelve el Rey la cara.*

era tambien engañarlé;
y asi con mayor decencia,
por dar á mi fé un trofeo,
el nó dijo mi deseo,
y el sí dijo mi obediencia.

Rey.

Para añadirme un tormento
mi hermano á tantos enojos,
por el rastro de los ojos
me ha sacado el sentimiento:
¡quién tuviera al intentarlo,
como tuve al conocerlo,
industria para saberlo,
valor en disimularlo!
Pero pues mi pena sale
á ser violenta pasion,
valga una resolucion,
donde una industria no vale.
Pues ya que os habeis negado
á mis deseos constante,
ya que no os negocio amante,
os he menestor soldado.
Luego de Atenas salid
con los que traigo alistados,
que son treinta mil soldados,
y á la Valaquía os partid:
de vuestro valor confio,
que rindais esa corona,
y es ir allá mi persona,
puesto que la vuestra envio.
Surtas os guardo cien naves,
que son, navegando á veces,
del cristal adentro peces,
del cristal afuera aves
Antes que raye Faetonte

el Antartico, partió
obediente, discurrió
cano el mar de Negroponte:
Y porque por mar y tierra
neutral fortuna llevemos,
á un tiempo de aquí saldremos;
yo á la paz, vos á la guerra.
Ea, ¿de qué os suspendeis?

Hipolito.

¡Que esto me haya sucedido! *ap.*

Rey.

Toda esta armada he traido
para que vos la mandeis.

Hipolito.

Decir quiero mi dolor, *ap.*
y sanará esta dolencia.

Rey.

O eso es falta de obediencia,
ó es defecto del valor,
ó hay algun amor en vos.

Hipolito.

Señor, vuestra Magestad....

Rey.

¿Quereis casaros? hablad,
solos estamos los dos.

Hipolito.

Ni sé si acierta ó si yerra *ap.*
lo que mi riesgo eligió.

Rey.

Generales tengo yo,
que pueden ir á esta guerra:
si él se llega á declarar, *ap.*
disimularé el sentirlo.

Hipolito.

Digo.... mas no he de decirlo. *ap.*

Rey.

¿Qué?

Hipolito.

Que me voy á embarcar.

Rey

Pues ea, añadid blasones
á los que á la fama dais,
buenos soldados llevais,
pertrechos y municiones:
dad una hazaña á otra hazaña;
por la Valaquia os entrad;
á fuego y sangre llevad
la mas desierta campaña.
Si la quereis sujetar,
digo que habeis menester
consejos para emprender,
tiempo para castigar.

Hipolito.

De tu valor ayudado,
logros el mio interesa.

Rey.

Dificultosa es la empresa,
pero vos sois buen soldado.
En fin, ¿qué resuelto estais
(yo daré alivio á mi amor) *ap.*
á partiros?

Hipolito.

Sí, señor.

Rey.

Pues venced, ó no volvais.

ESCENA IX.

Hipolito, y sale Filomena, y hallalo suspenso.

Filomena.

Aquí está, y el Rey se fue,

decirle la nueva espero:
dulce dueño de mi vida,
si te merezco por dueño,
sabe, que mis tristes ojos,
que tú llamaste tus cielos,
de la borrasca, del daño
salen á verte serenos:
licencia me dió mi padre,
siendo el llanto medianero
para que yo con mi hermana
vaya esta tarde á tu Reino;
juntos iremos los dos,
y estando juntos podremos....

Hipolito.

Calla, calla, Filomena.

Filomena.

¿Qué es esto, señor, qué es esto?
¿la voz culpas á mi labio,
y á mi lengua pones freno?
¿con acciones tu dolor?
¿sin voces tu sentimiento?
¿no me hablas? pero bien haces,
supuesto que yo te entiendo;
que está, aunque muda tu voz,
retórico tu silencio:
¿qué no vas conmigo?

Hipolito.

No.

Filomena.

¿Ni te quedas?

Hipolito.

Ni me quedo.

Filomena.

¿Pues dónde vas?

Hipolito.

A la guerra.

Filomena.

¿Quién lo manda?

Hipolito.

Mi Rey mesmo.

Filomena.

¿Sabe tu amor?

Hipolito.

No lo sé.

Filomena.

¿Cuándo has de partirte?

Hipolito.

Luego.

Filomena.

¿Y te vás sin mí?

Hipolito.

Es violencia.

Filomena.

¿Has de dejarme?

Hipolito.

Es precepto.

Filomena

Así como ví la dicha,
me previne el daño luego;
indicio es el bien del mal,
y el mal de otro mal agüero.
Nunca hay dichas bien halladas
adonde hay amantes tiernos,
que en este pais del alma
son los bienes estrangeros.

Hipolito

¿Y tú has de partirte?

Filomena.

Sí.

Hipolito.

Di que te quedas

Filomena.

No puedo.

Hipolito.

¿Porqué?

Filomena

Quierelo mi hermano.

Hipolito.

¿Y tu padre?

Filomena.

El lo ha dispuesto.

Hipolito.

¿Pues qué te obliga?

Filomena.

Un temor.

Hipolito.

¿Pues qué temes?

Filomena.

No lo entiendo.

Hipolito.

¿Rogastelo tú?

Filomena.

Sí, esposo.

Hipolito.

¿Y te vas?

Filomena.

No puedo menos.

Hipolito.

¡Qué en el campo del amor
siembre la pena remedios,
y que el cielo de los ojos
los riegue para cogerlos!
y estando en sazon el fruto
ópimo, florido y bello,

heche á perder una lluvia
lo que tantos han compuesto!

Filomena.

Ya descaece mi pena;
porque derriban á un tiempo,
al espíritu el dolor,
y las desdichas al pecho:
¿Hipolito?

Hipolito.

Qué me dices?

Filomena.

Deste modo me resuelvo,
ahora te quiere activo
la que te ha buscado tierno:
yo he de ir con Progne, mi hermana,
y con tu hermano Teréo:
tú por otra parte has de ir
á volver por tu honor mesmo;
allí tu honor te provoca,
y aquí te ataja tu afecto,
pues mandale á tu valor,
que castigue tu deseo:
si aqui me quedo en Athenas,
luego que vuelvas venciendo,
has de ir á llevar la nueva
á tu hermano el Rey Teréo:
dos ausencias han de ser
de una ausencia lo que menos:
de vencer á tu Reino, una;
y otra, desde allí á este Reino:
pues yendo á tu Reino yo
con mi hermana por lo menos,
de dos daños que sentimos,
el un daño atajarémos,

Hipolito.

Si: ¿mas dime, si mi hermano
te quisiese? porque entiendo
que enviarme á mí á la guerra
lo ha fundado en sus recelos.

Filomena.

Progne, mi hermana, es su esposa,
y tú su hermano, y mi dueño;
¿serán los celos posibles
para que puedan ser celos?

Hipolito.

Y dime, ¿si el Rey de Albania
enviase allá su heredero
á que contigo se case,
qué podrás hacer?

Filomena.

En eso,
mas peligro hay en Athenas,
que no en Tracia, pues es cierto,
que sola podré atajarlo,
y con mi padre no puedo.

Hipolito.

¡Para nuestro amor, esposa,
qué de incovenientes veo!

Filomena.

Por la senda de los males
esta vez caminarémos,
el acierto puede ser
que nazca del mismo yerro:
cuando buscamos los bienes
por los propios bienes, luego
encontramos con los males;
pues por los males entremos,
quizá hallarémos las dichas
caminando por los riesgos,

Hipolito.

Por ti me gobierno siempre
porque eres mi norte cierto,
puesto que es potencia tuya,
rijame tu entendimiento.

Filomena.

Vete, pues, esposo amado,
y esto sea sin requiebros,
que no es razon, que al valor
eche á perder el efecto:
¿cuándo nos verémos?

Hipolito

Tarde.

Filomena.

Esta palabra te ofrezco.

Hipolito.

Di, consuelame, señora.

Filomena

No quiero darte consuelo:
califica muchos males
en tu idea, porque luego
no te estrañen sucedidos;
que si por suerte, ó suceso
se te revocare en dichas
lo que consultaste en riesgos,
te hará mas grande la gloria
la novedad del contento.

Hipolito

Pues quedate, esposa amada.

Filomena

Pues vete, infelice dueño.

Hipolito

Guardete el Cielo.

Filomena.

El te libre.

Hipolito.

Muerto voy.

Filomena.

Muriendo quedo.

Hipolito.

A Dios, bella Filomena.

Filomena.

A Dios, adorado dueño.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SALA.

Sale Filomena medio desnuda con una luz, y una espada en la mano, y Progne con otra luz.

Progne.
Donde, hermosa Filomena....
Filomena.
A donde, Progne divina....
Progne.
¿Tu pasion te determina?
Filomena
¿Te ha conducido tu pena?
Progne.
¡Tú confusa, y tú turbada!
Filomena.
¡Tú en tu afecto tan velóz!
Progne.
¡Tú para espada la voz!
Filomena.
¡Y tú para voz la espada!
Progne.
¿Dónde vamos á porfia,
el paso, y color turbado?
Filomena.
Yo á decirte mi cuidado.
Progne.
Y yo á buscarte salia

determinada, y mortal;
que digas tu pena espero.

Filomena.

La novedad del acero
dirá lo estraño del mal.

Progne.

Templa el dolor inhumano,
deja el acero cruel.

Filomena.

No me hallo, Progne, sin él,
y él no se halla sin mi mano;
como una traicion espero,
si hay en el mal esperanza,
es un iman la venganza,
que está trayendo el acero.

Progne.

Que me refieras te pido
el mal que te ha ocasionado,
cuentame lo que ha pasado.

Filomena.

Oye lo que ha sucedido:
y para contarlo, dejo
por ser el mal tan estraño,
luz, que fue mi desengaño,
y acero, que fue mi espejo (1).
Que salimos de Athenas ya lo sabes:
que en diez ligeras naves
dos años ha que á Tracia hemos llegado.

Progne.

Con llanto lo confiesa mi cuidado.

Filomena.

Ya sabes, que por tí sola he venido.

---

(1) *Pone la vela, y la espada á un lado.*

Progne.

Con afectos lo tengo agradecido.

Filomena.

A Hipólito ya sabes que le adoro.

Progne

Ya sabes tambien que no lo ignoro.

Filomena.

Que ha dos años tambien que le deseo.

Progne.

Que hoy le espera á que llegue el Rey Tereo.

Filomena.

Que hoy llega á Tracia.

Progne.

Y que hoy llega triunfante,

Filomena.

Esto importa saber

Progne.

Pasa adelante.

Filomena.

Anegóse en el mar el rubio coche,
las estampas de luz borró la noche,
retrájose á las grutas viento manso,
la fatiga se entraba en el descanso,
cuando yo en mi retrete retraida
á mi esperanza la fié la vida:
quebró el valor, porque el temor lo alcanza,
y no pagó á mi vida mi esperanza.
Dormirme procuraba en dolor tanto,
y el ruido me estorbaba de mi llanto:
el descanso llamaba mi tormento,
pero no le dejó mi sentimiento,
aunque el sueño, callando mis enojos,
arrullaba las niñas de mis ojos,
y como se pagaba del cariño,

iba á dormir mi amor que amor es niño.
Apenas de esta suerte
hice el primer ensayo de mi muerte,
bien estudiado, pero no suave,
cuando siento que prueban una llave
á mi puerta; y sintiendo estos enojos,
todo mi oido alborotó á mis ojos:
el ruido estraño, la ocasion ignoro,
sobre mi propio lecho me incorporo,
guardo todo mi aliento retraido,
encargo mis sentidos al oido,
y la llave reparo, que procura
no sentirse en la propia cerradura,
pues quien era tan quedo la torcia,
que el miedo pareció que se la abria.
A mi discurso acudo,
la venganza vistió lo mas que pudo,
profeta de mi mal, mi agravio lloro,
este acero le entrego á mi decoro,
que siempre ha reservado mi osadiá;
vuelvo á fingir al riesgo que dormia,
mi descuido dispongo cauteloso,
y veo entrar....

Progne.

¿A quién?

Filomena.

Al Rey tu esposo.

Progne.

¿Mi esposo ¡¡ó celos! ¡válganme los cielos!

Filomena.

Ten lástima de mí, no tengas celos:
tu esposo digo, que á mi cuarto entraba,
no pisando lo mismo que pisaba:
requirió todo el lecho,
y de verme dormida satisfecho,

no juzgando que el sueño le fingia,
la luz quiere matar de una bugía:
mirábanle suspensos mis cuidados,
los ojos entre abiertos y cerrados,
y para vencer cautelas tan estrañas,
la luz introducí por las pestañas.
Mata la luz, y mi valor se asombra,
que le temí como buscó la sombra:
buscando el lecho, pues su vista llega
sin luz y con amor, dos veces ciega;
yo que sus intenciones comprendo,
para mi luz á mi razon enciendo.
Al lecho se acercaba
al tiempo que del lecho me apartaba;
y porque no me errase,
al tacto le encargó que me buscase;
ya estaba entonces yo junto á la puerta,
á quien su ceguedad se dejó abierta,
huyo hácia esotro cuarto diligente,
que honor cuanto mas huye es mas valiente;
dejo á su amor burlado y ofendido,
llamo á tu cuarto, y hasme respondido.
Y en tu luz como en mi espejo
(¡ó Progne!) me vengo á ver,
que en tí sola he de tener
mi consuelo ó mi consejo;
bien que á tu eleccion me dejo,
pues porque mi mal arguya
de la intencion vana suya
hoy te avisa mi osadía,
que siendo esta ofensa mia,
es toda esta ofensa tuya
De este Rey que arde inhumano
con llama tan licenciosa,
eres desdichada esposa,

y mi esposo el que es su hermano:
en cuatro ofensas tirano
con un intento ha incurrido,
en mí á su hermano ha ofendido,
á su ley con su trofeo,
á mí con todo un deseo,
y á tí con todo un olvido.
Puesto que las dos debemos
bien que en vaso disfrazado
un veneno inficionado,
un antídoto apliquemos:
tus nobles celos curemos,
á tu consuelo apercibo
las dolencias en que vivo,
y obrando mi agravio tal,
para atajar este mal
pongamos el defensivo.

Progne.

De mi esposo en los desvelos,
de su amor en la violencia,
si en tí no hay correspondencia,
¿cómo en mi puede haber celos?
ni aun reliquias de recelos
en mi crédito verás,
que en lo que sintiendo estás
fuera tu mal el mayor,
pues á tí te va el honor
y á mí unos celos no mas;
pero ahora he reparado
que porque mi pena impida,
soy yo quien tiene la herida
y eres tú quien se ha quejado;
si el Rey te ha solicitado,
yo la distincion comprendo,
y de su traicion me ofendo:

no tu mal estoy llorando,
pues á tí te está adorando,
y á mí me está aborreciendo.
Mi amor viendo mis desvelos
mejor el riesgo ha inferido,
pues yo feriara su olvido
á la pensión de mis celos:
con celos fueran recelos
los que mi pena sintió,
porque congeturo yo
que el que llegó á aborrecer
puede volver á querer,
pero aquel que olvida no.
Pero un medio hallo forzoso
con que honor y quietud gano,
digamosle que su hermano
es tu amante y os tu esposo,
que aqueste incendio amoroso
ha de templar acredito,
bien que con esto le incito
contra tu esposo á un rigor,
mas con decirle tu amor
le estorbamos un delito.

Filomena.

No lo aprnebo, Progne, no,
delito igual viene á ser,
pues ve que eres su muger,
y que soy tu hermana yo:
si aun asi no se templó,
y aspiró á mi amor profano,
amante á un tiempo y tirano,
siendo igual delito aquí,
lo que no hiciera por tí,
menos lo hará por tu hermano.

Progne.

Lo contrario es bien que arguya;
que cuando á tí te pretende,
sola nuestra sangre ofende,
y allí ofenderá á la suya.

Filomena.

Pues para que te concluya,
mas de tu razon me irrito,
y tu ignorancia acredito,
pues por evidente piensa
que no mirará la ofensa
quien no miró en el delito.

Progne.

Pues un remedio procuro,
que es lo mejor.

Filomena.

Ya le espero;
yo estoy ciega de mis iras,
y no sé si acierto ó yerro:
quien mira el mal desde afuera
puede aplicar el consejo.

Progne.

Yo no estoy fuera del mal;
mas como el mal que yo siento
no tiene amor que le ciegue,
pienso que está mas despierto:
hoy has de partirte á Athenas.

Filomena.

¿De qué suerte, cuando espero
que hoy llegue Hipolito á Tracia,
y que hoy halle dulce el puerto
dando velas al dolor
en el mar de mis deseos.

Progne.

Con él hoy has de partir,

Filomena.

¿Pues cómo?

Progne.

Escucha mi intento:
tú has de escribirle un papel
con un criado secreto,
que antes que llegue á la Corte
pueda atajarle primero.

Filomena.

¿A qué intento es el papel?

Progne.

Oyeme ahora el intento:
pídele que junto al bosque
del Rey, prevenga ligeros
dos caballos, porque así
evitas preciso un riesgo,
luego que haya visto al Rey;
porque has de ir con él huyendo
hasta la orilla del mar,
y desde allí á nuestro Reino.

Filomena.

¿Y di, si escrito el papel
no acertase el mensagero
á encontrarle en el camino,
ó por desdicha, ó por yerro?

Progne.

Buen remedio, á otro criado
deja otro traslado mesmo
del papel que tú le envias,
por si le errare, y con esto
no puede haber yerro alguno,
pues no importará que á un tiempo
reciba los dos papeles;
enviando dos, por lo menos
ha de recibir el uno.

y á un tiempo conseguirémos
con dos papeles un bien,
y un acierto con dos yerros.

Filomena

¿Y he de quedarme sin tí?

Progne.

Si, hermana, porque no quiero
anteponer nuestro amor
á lo posible de un riesgo.
Para atajar la dolencia
que el alma introduce al cuerpo
de nuestro honor, es preciso
cortar el brazo derecho:
no adolezcamos de agravios,
muramos de sentimientos,
sintamos el mal de ausencia,
no quede el honor enfermo:
ni el mal aliento de la envidia,
ni la congoja de celos,
mi honor solo me apasiona;
que tu honor es mi honor mesmo;
aborrézcame mi esposo,
y no te goce sangriento,
porque aquesta es pasion y aquel tormento,
y es honra al alma cuando al cuerpo es celos.

Filomena.

Por obedecerte admito,
aunque les cueste á mis miedos
muchos sollozos de aljofar
que á mis ojos compré tiernos.

Progne.

Barato sale un honor
á costa de un sentimiento.

Filomena.

El Rey sale con su tio

Aurelio, y es á quien debó
mi vida, porque es amigo
de mi esposo.

Progne.

Vete luego
á escribir los dos papeles:
vete, hermana.

Filomena.

Ya obedezco.

Progne.

Yo quedo disimulando.

Filomena.

Y yo te dejo muriendo.

Progne.

Sin lágrimas, Filomena,
pues dejandome á este tiempo,
tú caminas á un amor,
y yo me quedo á un desprecio.

Filomena.

Por tí solamente lloro.

Progne.

Echasme á perder con eso,
pues me importa mas tu llanto,
que todo mi sentimiento.

Filomena.

Por aqui voy á mi cuarto.

ESCENA II.

Va á salir Progne, y encuentra con el Rey y Aurelio, su tio.

Progne.

Salir por aqui pretendo,
señor, vuestra Magestad...

Rey.

Bella Progne, hermoso dueño,
causa de ardores que sufro,
movil de ánsias que conservo;
¿dónde el paso sin aviso,
el color sin lugar cierto,
sin orden suelto el adorno,
sin proporcion el aliento,
á substituir la aurora
sales con aljofar tierno,
que en tus parpados por conchas,
cuaja el mar de tus dos cielos?

Progne.

Ni enojos que me habeis dado,
ni los desdenes groseros
con que tal vez á mi amor
le sacaste de ser ciego;
ni las crueldades que lloro,
ni las injurias que os temo,
ni los agravios que os sufro,
ni los yerros que os consiento,
para las ofensas mias
han sido de tanto peso,
como son para mi oido
estraños vuestros requiebros:
que me aborrezcais os pido,
que no me finjais os ruego,
que lo segundo es agravio,
y lo primero es consuelo.
¿De cuándo acá vos conmigo
tan cariñoso y tan tierno?
con máscara de fineza
no me emboceis el desprecio.
De una Fuerza que sitiais,
de meter socorro vengo,

que como mandé este imperio
en vuestra ausencia, que así
mandára en vuestro deseo.

Rey.

Oidme: yo me casé
por podèr.

Aurelio.

Tambien sé el yerro
que hubo de los dos retratos:
decid.

Rey.

Yo tengo un recelo...

Aurelio.

Declaradle.

Rey.

De mi hermano
que me ha engañado: sospecho,
que á Filomena adoraba,
y solo cón este inténto,
trocando los dos retratos,
me dió á su eleccion el dueño.

Aurelio.

No sé: mas ese es engaño,
que si él quisiera á ese tiempo
casarse con Filomena,
que no os casára, sospecho,
con Progne, pues fuera ofensa
ejecutar lo primero,
y estotro fuera traicion:
que hizo traicion no lo creo,
ni en su sangre caber puede;
pues colegid, según esto,
si no os ofendió en lo mas,
que no os ofendió en lo menos.

Rey.

Decis bien; pero decidme...

ESCENA IV.

Dichos, y salen Juanete y Chilindron.

Chilindron.

Ya le pido y ya le ruego,
que me deje.

Juanete.

No es posible;
yo tengo buenos respetos,
aunque te quisiera mucho,
no te dejára por cierto.

Chilindron.

No tengo dulce ninguno
que me coma.

Juanete.

Ya lo huelo...
¿dónde llevaste el papel?
dime. ¿hay algun chisme nuevo
de cuantos llevas al Rey?

Rey.

Ola, Juanete, ¿qué es eso?

Juanete.

Señor, con este soplon
miserable, y abariento.

Rey.

¿Chilindron?

Chilindron.

A vuestra Alteza
quisiera hablarle en secreto,

Rey.

Decid.

Chilindron.

Como habeis mandado
declarando vuestro intento,
que sepa de Filomena
los mejores pensamientos,
el mayor vengo á deciros:
ahora me dió en secreto
Filomena este papel,
porque le llevase luego,
y á Hipolito se le diese,
antes que llegase á veros.

Rey.

Dame el papel.

Chilindron.

Tomale.

Rey.

Apartaos, ¡válgame el Cielo! (1)

Aurelio.

Hipolito me ha encargado *ap.*
por cartas, que mire atento
en los ojos de su esposa
imaginarios deseos.
Alma es el Rey del honor,
á Hipolito querer debo;
si al Rey digo aquel amor,
á mi propio amigo ofendo;
y si á Hipolito ayudase
por mi amigo, á mi Rey vendo,
aquel quiero mas que al Rey,
pero el Rey es lo primero.
¿Pues que remedio hallaré
entre un amigo y un dueño?
callarle á aquel esta ofensa,

(1) *Lee el Rey para si.*

á este encubrirle aquel fuego.
Viva en mi prudencia fija
el alma de este secreto,
y lo que estrañó el oido,
sepa ocultar el silencio,
pues vengo á ser de esta suerte,
estorbando aqueste fuego,
callando allí aqueste agravio,
amigo y leal á un tiempo.

Rey.

Infante, Aurelio, señor.

Aurelio.

¿Qué decis, señor? ¿qué es esto?

Rey.

Oid aqueste papel y
escuchad.

Aurelio.

¡Válgame el Cielo!

Rey.

Esperaos en esa cuadra,
y no os vais.

Chilindron.

Esperaremos.

Aurelio.

¿Cuyo es?

Rey

Ahora lo vereis:
dejadme, viles recelos. *ap.*

Juanete

Yo tengo aquí otro papel *ap.*
para Hipolito; mas esto
no lo ha de saber la tierra,
que aunque bufon, soy secreto. (1)

---

(1) *Vanse Juanete y Chilindron.*

ESCENA V.

El Rey y Aurelio.

Lee el Rey á Aurelio.

Esposo mio Hipolito, luego que hayas dado al Rey la nueva de tu vencimiento, me espera esta noche junto al bosque con los caballos, porque nos vamos á Athenas, Reino de mi padre; y pondrás sobre el monte una antorcha encendida, para que yo no te yerre: no procures saber mas, de que á ti te vá la honra, y á mí la vida.

Tu esposa Filomena.

Rey.

En fin, he hallado traidor
aquel de quien me he fiado.

Aurelio.

Señor, si él está casado,
ya es el delito menor.

Rey.

Sí, pero es osadia
y aun mas traicion viene á ser,
que él admita por muger
la que elegí para mia:
no estan casados los dos,
y yo á Filomena quiero.

Aurelio.

Quizá se casó primero
que la quisiesedes vos.

Rey.

No para mi desengaño
me deis tal satisfaccion,
que ya que no hubo traicion,

por lo menos hubo engaño
Ya no puedo resistir
esta llama que arde fria;
Filomena ha de ser mia,
ó Hipolito ha de morir.

Aurelio.

Señor....

Rey.

Es resolucion.

Aurelio.

Mirad....

Rey.

Aquesto ha de ser.

Aurelio.

Contradecible, es hacer *ap.*
mas ardiente su pasion.

Rey.

A Aurelio pienso ocultar *ap.*
lo que tengo imaginado
porque á Hipolito ha criado
y se lo puede contar:
ola, Chilindron.

(1)

ESCENA VI.

Dichos, y sale Chilindron.

Chilindron.

¿Señor?

Rey.

Llegaos acá.

Chilindron.

¿Qué mandais?

Rey.

Que á Filomena digais,
(cruel soy, mas tengo amor)

que ya disteis el papel
á Hipolito.

Aurelio.

¡ Infeliz suerte !

Rey.

Y mirad que os daré muerte,
si no lo decís.

Chilindron.

Soy fiel.

Rey.

Pues mirad, que no digais.

Chilindron.

¿ Qué me advertis ?

Rey.

Esto advierte
á nadie, que yo le he rabiado.

Chilindron.

Haré lo que me mandais.

Rey.

A mi bosque id al instante,
y allí luego me aguardad,
y ese criado llevad
con vos, y aqueste diamante. (1)

Aurelio.

Aun no he podido inferir
lo que su Alteza ha ordenado.

Chilindron.

Callaré con ese criado. *Vase.*

Rey.

Callad, si quereis vivir,
puesto que ha de ir Filomena
al bosque á aguardar su esposo,
adelantarme es forzoso

---

(1) *Dale una sortija.*

y mitigar esta pena
que arde en mi pecho inmortal;
hoy gozaré á Filomena,
pues poniendo como ordena
aquella roja señal,
ha de conocer su daño
y yo he de encontrarla luego;
caiga su amor, pues es fuego,
en las redes de mi engaño,
y castigaré tambien,
amoroso á un tiempo y sabio,
en Hipolito un agravio,
y en Filomena un desden.

Sale Juanete.

Hipolito, vuestro hermano,
de Valaquia vencedor,
pide licencia, señor,
para besar vuestra mano.

Rey.

Decid que entre.

Aurelio

¡Qué cruel!

Rey.

Yo quiero disimular. *ap.*

Juanete.

Al tiempo que vaya á entrar *ap.*
le pienso dar el papel.

Aurelio.

¿Si á Hipólito avisaré
lo que del Rey pude oir?

Rey.

Con él me importa fingir, *ap.*
mas no sé si acertaré,
ruego á mi dolor que acierte.

Aurelio.
No hay deslealtad que lo impida. *ap.*
Rey.
Razon es lograr mi vida. *ap.*
Aurelio.
No és traicion librar su muerte. *ap.*
Rey.
Yo la tengo de lograr. *ap.*
Aurelio.
Cruel está, y téngole amor. *ap.*
Rey.
Asi apagaré mi ardor. *ap.*
Aurelio.
Su intento le he de avisar. *ap.*
Rey.
Asi mi deseo allano. *ap.*
Aurelio.
Asi obra mi lealtad. *ap.*

ESCENA VII.

El Rey, Aurelio, y sale Hipólito al son de cajas con un baston, y dale Juanete un papel sin que lo vea el Rey.

Hipolito.
Permita tu Magestad
á mis labios la Real mano.
Rey.
¿Hermano, Hipólito, amigo? *Abrázale.*
Hipolito.
Mi Rey sois y mi señor.
Rey.
¿Cómo venís?
Hipolito.
Vencedor.

Rey.

¿De qué suerte?

Hipolito.

Ya lo digo.

Rey.

Luego lo podreis contar,
saberlo despues espero,
que es mas justo que primero
os entreis á descansar.

Hipolito.

Referirtelo no escuso.

Rey.

Que descanseis es forzoso.

Hipolito

¡Aquí el Rey tan cariñoso,
Aurelio allí tan confuso,
afable el que antes cruel,
mi sospecha tan incierta,
darme al entrar de la puerta
de mi esposa este papel!
¡Si el Rey me finge inconstante
su afecto y llama velóz!
mas lo que engaña esta voz
me declara aquel semblante:
que hay alguna traicion digo.

Aurelio.

Con él vá, quiérole hablar,
su intento le he de contar. (1)

Rey.

Aurelio, venid conmigo.

Aurelio.

Entendióme: ¿qué he de hacer?

---

(1) *Quiere irse con Hipolito, y el Rey vuelve la cara.*

¡que no me quiera dejar!

Hipolito.

A Aurelio quisiera hablar.

Rey.

Yo tambien le he menester.

Aurelio.

¡O quien le dijera aqui *ap.*
que el Rey leyó aquel papel,
y que está su vida en él!

Rey.

No le he de apartar de mí. *ap.* (1)

Hipolito.

Males, tan juntos venís, *ap.*
que aun no os puedo comprender.

Aurelio.

De esta manera ha de ser. *ap.* (2)

Rey.

Vamos.

Aurelio.

El Rey....

Rey.

¿Qué decis?

Aurelio.

Que el Rey me lleva consigo.

Rey

Aurelio, pasad delante,
id á vuestro cuarto, Infante:
¡ay, Filomena!

Aurelio.

¡Ay, amigo! *ap.*

---

(1) *Llégase el Rey á Aurelio.*

(2) *Llégase Aurelio á hablar á Hipolito, y vuelve el Rey la cara.*

Hipolito.

¡Qué confusion! *ap.*

Aurelio.

¡Qué cruel! *ap.*

Rey.

Muriendo de amor estoy. *ap.*

Hipolito.

A esotro cuarto me voy *ap.*
á leer este papel.

Aurelio.

¡Qué desdicha, qué rigor! *ap.*

Rey.

Venganza pide mi agravio: *ap.*
la voz prende con el labio.

Hipolito.

El premio pide mi amor. *ap.*

Rey.

Mas yo le he de castigar. *ap.*

Hipolito.

Mas no tengo que inferir. *ap.*

Rey.

Al ver que me he de partir, *ap.*
su intento pienso evitar.

Aurelio.

Primero es mi Rey; mal digo, *ap.*
que estotra pasion prefiero,
pues le he criado y le quiero,
es su hermano y es mi amigo.

ESCENA VIII.

Decoracion de Monte.

Sale Chilindron con un vidrio de conserva, un panecillo, un jarro de agua y una servilleta.

Chilindron.

El Rey Tereo ordenó
que en este monte estuviese,
y que conmigo trujese
á Juanete me mandó:
y aunque siempre es tan mi amigo,
y aunque siempre me acompaña,
en oliendo la campaña
no hay quien le haga andar conmigo;
mas viendo que su recelo
en el campo me temió,
y como conozco yo
Juanetes de mi majuelo,
pues su golosina sé,
obediente á mi buen celo,
porque pique en el anzuelo
este cebo le apliqué:
despedíme, y porque vea
que no le quise engañar,
junto á él me puse á comprar
este vidrio de jalea;
vióle, y dijo al punto: tate,
este vidrio sigo yo,
y al instante que le vió
se le abrió tanto gaznate.
Un panecillo he traido,
y este jarro para el caso,
y al campo paso ante paso

(1) tras el dulce se ha venido;
y aunque le está deseando,
le ha de dañar la conserva:
rendido sobre la yerba (1)
del bosque me está acechando.
Hoy le he de hacer un engaño
que en Tracia se ha de sonar,
por Dios que me ha de pagar
las de ogaño y las de antaño:
hoy cobrar he pretendido,
si otra venganza no tengo,
con la burla que prevengo,
los dulces que me ha comido.
Goloso es tan inhumano,
que viendo que dulce estaba
un hombre que enamoraba,
le dió un bocado á una mano:
él se come á competencia
cuatro cántaros de miel,
y el arrope es para él
espejuelo de Valencia:
no hay en el lugar cerera
que pueda mosquearse de él,
pues porque ha estado en la miel,
suele comerse la cera:
pues para vengarme bien,
en el vidrio, á su pesar,
estos polvos quiero echar,
que son de ruibarbaro y sen:
y porque puedan obrar,
otros polvos he juntado,
que un boticario me ha dado;

(1) *Mira atras.*

á ser guindas no bebiera,
pero con membrillo sí. *Bebe.*
El suelo viéndole voy,
ya está el vidrillo inhumano *come.*
con la candela en la mano
ahora, gran goloso soy,
tanto, que si amante fiel
quiero alguna dama bella,
me llego mejor á aquella,
que se ha afeitado con miel.
Una vez sin resistirme
á mi golosina aguda,
porque me comí una muda,
me ví á pique de morirme.
En efecto se ha acabado
el vidrio, y era forzoso
que en mi vida vi gustoso
que pareciese pesado.
Hinchado estoy, prevenir
quiero agua á mi dulce pecho,
que el agua es mejor sospecho, *bebe;*
para poder digerir:
¿membrillos? no hay que espantar
que tan rebeldes estén,
que hasta en el arbol tambien
son tardos de madurar.

ESCENA X.

Juanete, y salen el Rey, Criados, Chilindron, Aurelio, y un Criado con una antorcha dentro de un fanal.

Rey.

Triste vengo.

Aurelio.

Yo mortal,

Rey.

En la cumbre de ese monte
que averigua ese horizonte,
pongamos esta señal.

Aurelio.

No le he entendido á Tereo.

Rey.

Esta que fijo en la tierra
es roja señal de guerra,
que publica mi deseo.

Chilindron.

¿Amigo Juanete?

Juanete.

¿Amigo?

Chilindron.

Ya el membrillo se comió,
¿acá estás tambien?

Juanete.

¿Pues no?

Aurelio.

Que no os he entendido digo.

Rey.

Subid vosotros, soldados,
y aquesta insignia fijad.

Aurelio

Mire vuestra Magestad....

Rey.

Hoy cesarán mis cuidados.

Chilindron

¿Cómo no obra el mezcladillo *ap.*
de los polvos que le dí?

Juanete.

Aquello que yo comí *ap.*
sin duda no era membrillo.

Chilindron.

Y á mí la burla se hiciera ap.
en haberlo yo gustado.

Juanete

Pues parece que ha obrado ap.
mas de lo que yo quisiera.

Chilindron

Y le estoy temiendo yo. ap.

Juanete.

Porque un poco se deshace. ap. (1)

Chilindron.

¿Parece que gestos hace?

Juanete.

¡Ay, ay, ay!

Chilindron.

Ello es, pegó:
ahora verá lo que trato
para que salga mejor:
vuestra Magestad, señor,
detenga á Juanete un rato,
porque puede ir á contar
á Hipolito tu intencion.

Rey.

Bien decis.

Juanete.

En conclusion
voy á.... *Quiere irse.*

Rey.

Juanete, no os vais.

Juanete.

Señor, advertid, que estoy....
¿esto tenemos ahora? ap.

---

(1) *Hace gestos.*

Chilindron.

Lo de los polvos ignora.

Rey.

¿Por qué os vais?

Juanete.

Porque me voy.

Rey.

Decidme, ¿por qué?

Juanete.

Despues

os lo diré: yo le dejo.

Rey.

¿A dónde vais?

Juanete.

Al consejo.

Rey.

¿Cuál?

Juanete.

Al de cámara es.

Rey.

Decid, ¿á qué vais ahora?

Juanete.

A proveer en razon

de un dulce una peticion.

Rey.

Tiempo hay.

Juanete.

Ha dado la hora.

Rey.

Pues vos mas corrientemente

me divertís.

Juanete.

¿Quién?

Rey.

Vos.

Chilindron.

Y á mí la burla se hiciera *ap.*
en haberlo yo gustado.

Juanete

Pues parece que ha obrado *ap.*
mas de lo que yo quisiera.

Chilindron

Y le estoy temiendo yo. *ap.*

Juanete.

Porque un poco se deshace. *ap.* (1)

Chilindron.

¿Parece que gestos hace?

Juanete.

¡Ay, ay, ay!

Chilindron.

Ello es, pegó:
ahora verá lo que trato
para que salga mejor:
vuestra Magestad, señor,
detenga á Juanete un rato,
porque puede ir á contar
á Hipolito tu intencion.

Rey.

Bien decis. *a.*

Juanete.

En conclusion
voy á.... *Quiere irse.*

Rey.

Juanete, no os vais.

Juanete.

Señor, advertid, que estoy....
¿esto tenemos ahora? *ap.*

---

(1) *Hace gestos.*

Aurelio.

Mirad....

Rey.

Es grave dolor.

Aurelio.

¡O qué grande es vuestro error,
pues desechais un consejo!

Rey.

Sí, mas tambien llego á ver,
que dá un consejo el que es viejo,
solo por dar un consejo,
y no porque es menester.

Chilindron.

El vuelve con gran dolor
á servir al Rey aqui:
con la del martes le dí.

Sale Juanete.

Dióme con la del doctor,
aunque ya he convalecido *atacándose.*
de este prolijo accidente.
¡Ay, ay, ay!

Chilindron.

Diga, ¿qué siente?
acabe.

Juanete.

Que he recaido.

Chilindron.

¿Dónde vá?

Juanete.

Vuelvo despues:
déjame ir, camarada.

Chilindron.

Purga tiene ya contada
para trabajar un mes.

Rey.

Ya está la señal segura (1)
adonde solo se ve
desde el camino, y podré
ocultarme en la espesura
del monte: en fin, ¿ habeis dado
en contradecir mi amor?

Aurelio.

Despues de obrar un rigor,
os pesará haberlo obrado;
y si vuestras iras dejo,
siendo cómplices los dos,
no os culparán solo á vos,
sino á quien os dió el consejo.

Rey.

Decis bien, pero venid.

Aurelio.

Ello es fuerza obedecer.

Rey.

Aurelio, aquesto ha de ser.

Aurelio

Rienda os doy, quáles, sentid,
y desbóquese el dolor
precipitado y valiente.

Rey.

Suba activo y suba ardiente,
si es fuego, al fuego mi amor.

ESCENA XI.

Sale Hipólito con una hacha encendida.

Hipólito.

Adonde pongo las plantas

(1) *Descúbrese arriba la antorcha.*

apenas la vista pongo,
mirando si á Filomena
descubro en el bosque umbroso.
Leí el papel (¡ay de mí!)
estrañéle, ya le lloro,
y cuanto disculpo amante,
voy sospechando celoso.
Al abono de su fé
le dí mi amor por tesoro;
¿mas si quiebra la hermosura,
qué importarán los abonos?
dos años ha, dueño mio,
que no me he visto en tus ojos:
¡que haya ausencia habiendo amor!
¡qué haya amor habiendo estorbos!
La antorcha quiero poner
en la punta de este escollo;
¿aunque si la seña es fuego,
¿para qué la antorcha pongo?
Si llamas de amor istinto,
sirva de seña yo propio,
que este es fuego artificial,
y elemental el que arrojo.
¡O, qué ligero que subo,
y qué confuso me ignoro!
¿quién vió linces á los piés,
y quién vió topos los ojos?
¡Qué callada está la noche!
¡los vientos qué perezosos!
¡los árboles qué dormidos!
¡qué mudo el cristal sonoro!
(Para atediarme sin duda
se piden silencio todos,
el cristal como parlero,
y como amante el Favonio;

su amor el mio escribió;
¿mas para qué me apasiono?
pongo esta señal de fuego (1)
mis celos era mas propio.
De estos árboles presumo
ocultarme en lo frondoso,
por ver si de esotra parte
descubro el dueño que adoro.

ESCENA XII.

Sale Filomena.

Desconocida del prado,
asustada de la sombra,
por la cristalina alfombra
del bosque á su centro he llegado;
voces doy al monte hueco,
que en viento me las resuelve,
pues despegado me vuelve
mis propias voces el eco.
Una luz ve mi temor
¡ó si de mi esposo fuera!
será la dicha primera
que ha visto á tiempo mi amor.
Mudo un recelo embaraza
los pasos que me han guiado,
que cualquiera mal pasado
á otro mal futuro emplaza,
ya no espero dicha alguna,
siendo la fortuna quien
me ha abortado, que tambien
pare monstruos la fortuna.
Subir quiero, puesto que es (2)

(1) *Sube por una cuesta, y pone la antorcha.*
(2) *Sube por el monte donde está su esposo.*

esta la señal que veo?
¡ó, Cielos, si mi deseo
suplir pudiera á mis pies!
Pero ó la vista me engaña,
ó me lo finge el temor,
ú otra antorcha miro arder
del bosque en esta montaña;
que es de mi esposo recelo
en dos montes miro iguales
dos prevenidas señales;
¿cuál será (¡válgame el Cielo!)
la que yo vengo á buscar?
Mayor mi mal viene á ser,
que antes recelé el temer,
y ahora temo el dudar.
¡qué prolija confusion
mis temores atropella!
violenta está ardiendo aquella (1)
y esta arde con prevencion; (2)
arde esta mas vigorosa, (3)
arde estotra mas prudente: (4)
esta dura mas ardiente, (5)
y estotra mas cautelosa; (6)
pues este indicio prefiero
á mi discurso mejor, (7)
cautela ha sido mi amor,

---

(1) *La de su esposo.*
(2) *La del Rey.*
(3) *La de su esposo.*
(4) *La del Rey.*
(5) *La de su esposo.*
(6) *La del Rey.*
(7) *Quiere seguir la del Rey.*

la cautela seguir quiera;
pero sin justa razon
este indicio me desvela,
que quien supone cautela,
tambien supone traicion.
Seguir quiera mi dolor
este mas ardiente y ciego:
aqui es mas activo el fuego, (1)
y donde hay fuego hay amor.
Aqui con nuevos desvelos (2)
silencio el fuego ha enseñado,
si es fuego disimulado,
este es el fuego de celos.
¿Cuál pues, Cielos vendrá á ser
lo que sentirá el amador,
celos, ira, fuego ó amor?
los celos quiero que sean:
crean los celos mis recelos
con advertida prudencia,
que nadie llorá una ausencia
que no alumbren á los celos.
Esta senda he de buscar,
yo la busco, y no la he hallado, (3)
volver quiero á estotro lado,
á Hipolito he de llamar:
¿Hipolito? aunque veloz (4)
mi voz le provoque ciego,
si no le ha hallado mi fuego,
¿cómo le hallará mi voz?
Ahora el discurso empieza,

(1) *Vase á la de su esposa.*
(2) *La de su esposo.*
(3) *Va á la del Rey y no halla senda.*
(4) *Llama recio.*

con que arguirme queria,
dejo la sofistería,
y entro en la naturaleza.
Aquí busca mi destino
estampas á este orizonte,
aquí no hallo senda al monte, (1)
y aquí he encontrado el camino: (2)
pues cuando en el mal que ignoro
dudosa el alma se ve,
¿cuál de los dos seguiré,
el que veo, ó el que ignoro?
Facil á este monte umbroso
la senda vengo á lograr,
y si aquel voy á buscar,
le estraño dificultoso:
pues si pretendió acertar
con sus intentos mi ardor,
quiero elegir el peor,
y el seguro he de olvidar.
Hoy mis aciertos se ven
en la eleccion que he juzgado,
pues nunca ví desdichado,
que hallase facil un bien. (3)

ESCENA XIII.

Hipolito baja de la cuesta con la antorcha, y despues sale Filomena.

Hipolito.

La voz presumo que he oido
de mi esposa en esta calma,

---

(1) *La del Rey.*
(2) *La de su esposo.*
(3) *Vase por la del Rey.*

ó es que como sirve al alma,
lisonjea este sentido.
Bajar á buscarla intento:
¡ay esposa! ¡aire veloz,
deja llegar esta voz,
no la embargue tu elemento,
Filomena? ¿Filomena?
voces al viento voy dando,
[illegible] lo escucha; ¿pero cuando
se oye mejor una pena?
Ya sobre aquel orizonte
la luz mataron mayor:
¡ay de la luz de mi honor,
que anda tambien por el monte!
Que erró mi seña recelo,
irla pretendo á buscar,
del monte por el pinar
entraré.

Dentro Filomena.

¡Válgame el Cielo!

~~*Filomena.*~~ Hipólito

El viento que se aconseja
para mi piedad veloz,
ya que me envia la voz,
no quiso dejar la queja.
Voz, que en tan violenta calma
á suspenderme has venido,
no sobornes al oido,
si me has de irritar el alma;
¿mas cómo mi aliento deja
de buscar este rigor?
¿mas qué se queda el dolor,
y no vuelvo á hallar la queja? (1)

---

(1) *Entra por una puerta y sale por otra.*

Debilmente el rústico pie
brevemente he examinado;
y en rojo matiz bañado
este cabello encontré.
¡Ay indicios infelices,
para mi llanto precisos!
derribar el arbol quiso
quien le cortó las raices.
Si el Rey (¡qué grave pasion!)
pero no puede ser digo:
hoy viene á ser mi enemigo
mi propia imaginacion.
Mas indicios busco sabio,
hizo la crueldad su oficio:
iba á buscar un indicio, (1)
y encontré con un agravio.
Angel bello, dulce esposa,
ignorado serafin,
¿quién tu rostro de jazmin
inundó en purpurea rosa?
¡Ay ojos de mis enojos!
á quien mi dolor provoca,
sangre arrojas por la boca, (2)
y palabras por los ojos!
¿quién te ha podido injuriar?
¿qué activo dolor atroz (3)
te heló en el cuerpo la voz,
que no me puedes hablar? (4)
Di, Filomena, (¡ay de mí!)

---

(1) *Sale Filomena bañada en sangre, suelto el cabello y sin chapines*

(2) *Arroja sangre por la boca.*

(3) *Hace señas, y no puede hablar.*

(4) *Hace señas que tiene el daño en la lengua.*

el que (¡ay Cielos!) te ultrajó, (1)
¿te cortó la lengua? no.
¿te hirió la lengua? si. (2)
Filomena, di, ¿qué ha sido?
porque yo te vengaré: (3)
sangre me dices que fué;
¿qué mi sangre te ha ofendido?
Ahora, males, ahora,
[illegible]badme de matar:
[illegible] ofensa he de examinar.
Dime, ¿cómo fué, señora? (4)
¿Tú mi acero para mí?
¿no ves que ya estoy mortal?
¿escribir quieres tu mal
en la rubia arena?

Filomena.

Si.

Hipolito.

Escribe; de celos rabio.
Tu hermano el Rey. (¡qué infiel!) (5)
nunca faltará papel
para escribir un agravio.

Lee.

Vengativo, fue tirano,
contra la divina ley:

Representa

dejar quiero solo al Rey,
quiero borrar el hermano. *Borra.*

---

(1) *Señala con la cabeza y las manos.*

(2) *Hace señas que no y que si.*

(3) *Toma sangre en la mano.*

(4) *Quita la daga á Hipolito, y hace señas que quiere escribir en la arena.*

(5) *Escribe sobre la arena, y lee él.*

Lee.

Hizo en mi, tuvo poder...
¡Ay pena! ¡ay amor! ¡ay honra!
¡que alumbre yo mi deshonra!

Lee.

Todo lo que pudo hacer.
¡O si activo, ó si feroz,
para aliviar mis pasiones,
te quitára las acciones
quien te ha quitado la voz! (1)
Arena vil, ¿cómo ahora
guardas letras de mi acero?
¡no te matáras primero,
y no lloráras ahora!
¿Huyes de mi, porque intente (2)
esta desdicha templar?
contigo quiero llorar
mi pena: espera.

ESCENA XIV.

Hipolito, y sale Aurelio.

Aurelio.

Detente.
¿Dónde vas?

Hipolito.

Sigo cruel
mi agravio.

Aurelio.

Template sabio,
que con pensar el agravio,
podrás morirte sin él.

---

(1) *Borra la arena.*
(2) *Vase Filomena.*

Hipolito.

Esperame?

Aurelio.

Quisiera avisar primero...

Hipolito

¿Por qué me llevas mi acero,
si me has dejado tu pena?

Aurelio.

Que el Rey...

Hipolito.

¡Ay honra perdida!

Aurelio.

Intenta...

Hipolito.

Pasos turbados,
¿qué esperáis?

Aurelio.

Con ellos abordados...

Hipolito.

Dilo.

Aurelio.

Quitarte la vida.

Hipolito.

Matarme intenta (¡qué es esto!)
¿despues de mi deshonor?

Aurelio.

Desvocóse su rigor,
y no parará tan presto.

Hipolito.

Pues déjame de esta suerte
vencer su ira repelida,
daré á mi deshonra vida,
si doy á mi vida muerte.

Aurelio.

¿Pues quien te ha dicho, señor,

ni ya tu mal no lo advierte,
que con lograr una muerte
alivias un deshonor?

Hipolito.

Deja, dejame pasar.

Aurelio.

Ya que no he podido sabio
estorvar tu grande agravio,
tu muerte quiero estorvar.

Hipolito.

¿Cómo atajar puedo yo
el fuego en que llegó á arder?

Aurelio.

Con la vida puede ser,
pero con la muerte no.

Hipolito.

Dame un alivio á mi pena,
siendo mi sangre, y mi amigo.

Aurelio.

El cielo tiene castigo,
padre tiene Filomena.

Hipolito.

¿Pues para vengarme yo
del deshonor que hay en mí,
me darás remedio?

Aurelio.

Si.

Hipolito.

¿Me darás ayuda?

Aurelio.

No.

Hipolito.

Ayudarme es justa ley,
criandome

Aurelio.

¡ Estoy mortal !

Hipolito.

¿ Qué respondes ?

Aurelio.

Sol leal.

Hipolito.

¡ Y el Rey mi hermano !

Aurelio.

Es mi Rey.

Hipolito.

¿ Qué he de hacer para mi pena ?

Aurelio

Segunda vez te lo digo :
el cielo tiene castigo,
padre tiene Filomena.

Hipolito.

Pues suba mi queja al Cielo,

Aurelio

Baje al dolor mi tardanza.

Hipolito.

Mi agravio pide venganza,

Aurelio.

Llanto pide mi desvelo.

Hipolito

A Athenas quiero partir,

Aurelio

A mi Rey he de ayudar.

Hipolito

Ya yo me voy á vengar.

Aurelio

Y yo me quedo á morir.

Hipolito.

La venganza es justa ley,
hoy mi enojo ha de irritarle.

Aurelio.

¡Quién pudiera ir á ayudarle
y quedarse con su Rey!

Hipolito.

Filomena, ya me voy.

Aurelio.

Infante, el Cielo te guarde.

Hipolito.

¿Cuándo nos veremos?

Aurelio.

Tarde.

Hipolito.

¡Marmol quedo, fuego soy!

Aurelio.

Mira no te hallen aquí.

Hipolito.

No es mi injuria tan dichosa.

Aurelio.

Pues yo guardaré á tu esposa.

Hipolito.

Ya está mas segura así.

Aurelio.

Pues temor mio, esperanza.

Hipolito.

Pues deshonra mia, enojos.

Aurelio.

Lágrimas, cansados ojos.

Hipolito.

Venganza, Cielos, venganza.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

Progne y Libia.

Libia.

Deja, señora, el rigor
de tu pena y tu desvelo,
que el llanto es todo consuelo,
y todo le haces dolor:
¿lloras de celos, ó amor?
Este efecto que en ti veo,
que estoy sintiendo, no creo,
que nace á un tiempo y espira;
¿dime, es fuego de tu ira,
ó es ardor de tu deseo?

Progne.

Este mal, que en mis desvelos
violento el alma ha sentido,
es achaque de un olvido
con accidentes de celos:
quejas les doy á los Cielos,
y á mi dolor doy la palma;
estos que en suspensa calma
exalo tibios despojos,
no lágrimas de los ojos,
trasudores son del alma.
Libia, yo te quiero bien,
contigo he de consolarme,

por ver si con referirlas
pueden mis penas templarse.
El Rey Tereo mi esposo,
no Rey de las voluntades,
muy dueño de su alvedrio,
muy marido y poco amante;
habrá tres años y mas,
(pero déjame que estrañe,
cuando los lloro por siglos,
contar por años mis males)
que se desposó conmigo
en el reino de mi padre,
siendo un poder instrumento
para unir brazos iguales:
vióme, estrañó mi hermosura;
miréle, empezó á agradarme:
habléle, admiréle esquivo:
fingióme, halléle mudable;
vió á mi hermana, es muy hermosa,
adoróla por instantes,
porque una agena hermosura
la hace el deseo mas grande:
esquiva la halló á sus ruegos,
á mí á sus iras afable,
ve que soy su esposa yo,
que es Filomena mi sangre;
y ciego al mayor delito,
sordo á las dificultades,
como es pasion de los hombres
picarse de los desaires,
y recompensar á un tiempo
las finezas con ultrajes);
con ser yo quien le adoraba,
y ella quien quiso olvidarle,
la buscó como imposible,

y me olvidó como facil.
Venimos á Tracia, (¡ah, Cielos,
nunca el viento favorable
del trinquete y la mesana
rigiera el blando velamen!)
y en ella una noche el Rey,
ya sin poder refrenarse
de su delito, eligiendo
á la sombra por imagen,
solicitó (estaba ciego)
con mi hermana (no fue amante),
que no sabe violentarse
el que amar dispuesto sabe:
entre flores del silencio
oculta disimuldrase,
para inficionar su fama,
mal intencionado aspid.
Libróse mi hermana, y yo
rompiendo dificultades,
la aconsejo que á su Reino
se retire con mi padre.
Mi amor templa el imposible,
á mis celos su fé aplaude,
siendo esta la vez, que celos
permitieron lisonjearse.
Y en fin una oscura noche,
que á la estrella que la aplaude,
la halló para el daño fija,
y anduvo á buscarla errante,
salió á recibir su esposo
por la cristalina margen,
que con pólvora de plata
esas dos montañas bate.
Cuatro meses ha, que ausente
lloro, sin saber quejarme.

lágrimas, que de mis ojos
por mi rostro al labio parten;
y como entran por la boca,
de mis penas al mar grande,
y de este mar de mi pecho
son los ojos manantiales,
saliendo otra vez por ellos,
á un tiempo mueren y nacen,
en perlas al proceder,
y al fallecer en corales.
Filomena no parece,
de Hipolito no se sabe;
ni sé si á su Reino huyeron,
ni sé tampoco en què parte
pueden haberse ocultado;
solo sé, que al preguntarles
á los criados del Rey
si de Filomena saben,
aun callando cada vez,
lo dicen con el semblante.
Alguna desdicha temo,
que á quien infelice nace,
las que entraron en sospechas,
no saldrán sin ser verdades.
El Rey mi esposo, estos dias
quejas repite á los aires,
y en la mano de su ira
el cetro por asta blande;
quejase para consigo,
sin dejar comunicarse,
cuantos consagra á sus iras
son sacrificios mentales.
Divertido muchas veces,
y pocas veces constante,
hace como que me quiere,

sin querer hacer lo que hace;
si quiere fingir conmigo,
me finge de tan mal arte,
que aquello que es aplaudirme,
sirve mas para enojarme.
Y en fin.

Libia.

Detente, señora;

Progne.

¿Por qué, Libia?

Libia.

Que el Rey sale.

Progne.

Vete pues.

Libia.

Ya me retiro.

Progne

A este lado he de apartarme. (1)

ESCENA II.

Progne, y salen el Rey, Chilindron, y Aurelio.

Rey.

Dejame tú.

Chilindron.

Ya te dejo.

Rey.

Y vos, Aurelio, dejadme.

Aurelio.

Ya le dejo á vuestra Alteza.

Rey.

¿No os vais?

(1) *Retirase.*

Chilindron.

No me voy.

Aurelio.

Pesares,
no os quisiera tan piadosos,
ya que me rendis, matadme. *Vase.*

Rey.

¿No os digo que me dejeis?

Chilindron.

No, señor, antes mandaste
que no me fuese.

Rey.

Mentis.

Chilindron.

Hablé por boca de sastre.

ESCENA III.

El Rey y Progne.

Rey.

Soy el primero en el mundo,
que sacrílego profane
del templo del Dios vendado
imaginarios altares;
¿tan gran delito es en mí
ser activo, siendo amante?
¿qué circunstancia un error
á la magestad añade,
que el que en el vasallo es leve,
en el Rey viene á ser grave?
Pero esto ya lo conozco:
la nube que al viento nace,
mancha que cuajó la tierra,
porque al sol rubio le empañe,
cuando en la falda de un monte

á empapar las flores yace,
no estraña que al monte ofenda,
y admira que al sol agravie:
y es que al sol cualquiera sombra,
cualquiera niebla es bastante
para hacerle que no luzca,
por ser Rey de astros brillantes;
pero á la tierra no importa
que oscuras nieblas la manchen,
porque ella es poco elemento,
y el sol es planeta grande.
El Rey es sol de la tierra,
los vasallos son capaces
de padecer yerros viles,
que en el Rey fueran mas graves;
en él se ven como á sol;
aquí entre sombras se esparcen;
allá entre luces se admiran;
luego son mas disculpables
errores que hace un vasallo,
que delitos que un Rey hace.
¡que conociendo mi mal,
no sepa yo remediarle!
¡que hallase camino al yerro,
y á la enmienda no le halle!
Y este amor, que ya venciendo
por segundas causas arde,
ya no es llama de mi fuego,
rebeldía es de mi sangre.
¡Que Progne me esté adorando,
y yo obstinado á mis males,
cuanto me ofrece en finezas,
en viles despegos pague!
¡que no olvide á Filomena,
y que en Tracia no la halle

buscándola! ¿quién vió alguno,
que al mismo que quiere agravie?
El oro pues de mi fé,
ó se acendre, ó se quilate
en su pecho; que es adonde
se acrisolan voluntades:
Progne en mi memoria viva. (1)

Progne.

El Cielo, señor, te guarde,
para que como en el alma,
en los alvedrios mandes.

Rey.

Escucheme vuestra Alteza.

Progne.

Ya ví salir de la carcel
de tu pecho á tu dolor,
y con silencio cobarde,
temiendo como infeliz,
dudándote como facil,
mientras duraba ese afecto,
que en tí suele ser mudable,
como es manjar de mi amor
ese incendio que repartes,
á mi deseo mandé,
que con tu voz se regale.

Rey.

Sabe el cielo, Progne hermosa,
que sois la divina imagen,
donde mi veneracion
postrada obediente yace.

Progne.

Aunque ese amor que teneis
no se eternice durable,

---

(1) *Vuelve la cara y halla á Progne.*

agradeceros deseo,
que deseeis siquiera amarme;
para las tristezas mias
fue antidoto saludable
vuestro deseo, que en fin,
aunque el mérito os engañe,
el que entra á ser deseoso,
puede ser mañana amante.

Rey.

¿Pues de qué es vuestra tristeza?

Progne.

Filomena ha sido parte
de mi cuidado en su ausencia,
de su perdida en mis males,
supuesto que no la hallan,
ya en rios, ó ya en volcanes,
lágrimas que cristal cobra,
suspiros que guarda el aire.

Rey.

¡Ay de mí! que con el nombre
vuelvo otra vez á abrasarme,
pues de la herida del alma
se ha refrescado la sangre:
unos pastores dijeron,
que con mi hermano y su amante,
fugitivos por el monte
se huyeron, y el Cielo sabe,
que á encontrar quien me ofendió
con celos para mi ultraje,
átomos le hiciera leves;
pero mis temeridades,
encontrando á Filomena....

Progne.

¿En fin, señor, la encontraste?
¿y dónde está Filomena?

Rey.

Yo no la he visto: pesares, *ap.*
¿no se librará mi voz
de mis penas inmortales?
mi amor, mi voz, mis oidos,
todos están incapaces.

Progne.

Subió mi agravio á su lengua, *ap.*
su rigor hizo el examen,
porque la lengua de un Rey....
es centro de las verdades.

Rey.

Pues no fingir, sentimientos. *ap.*

Progne.

Pues lágrimas, anegadme. *ap.*

Rey.

Vístase mi voz de injurias, *ap.*
no mi dolor de disfraces.

Progne.

¿Los suspiros que reprimo, *ap.*
á qué esperan que no salen?
fuego elemental que sube
á inventar region mas grave?

Rey.

A Filomena no olvido, *ap.*
arda, pues, inexpugnable,
este incendio, porque al viento
con nueva forma se cuaje.

Progne.

Que si encontró á Filomena *ap.*
siendo cruel, aunque amante,
claro está; mas no es posible,
aunque mi estrella lo allane,
que con todo su deseo
toda su deidad profane.

Rey.

Voyme, pues... *ap.*

Progne.

Yo me retiro... *ap.*

Rey.

A buscar las soledades *ap.*
á mi pena.

Progne.

A que mi indicio *ap.*
este agravio desentrañe.

Rey.

Y al Cielo constante juro, *ap.*
que si otra vez le encontrasé...

Progne.

Y á los Dioses doy palabra, *ap.*
que si hay ofensa en mi sangre...

Rey.

Segunda vez; callar quiero. *ap.*

Progne.

Con su Acero; pero callen *ap.*
mis venganzas.

Rey.

Yo me voy. *ap.*

Progne.

¡Ah, quién pudiera apartarse *ap.*
de sí misma.

Rey.

¡Quien pudiera *ap.*
templar mis ansias mortales!
guarde el Cielo á vuestra Alteza,
Progne hermosa.

Progne.

El Cielo os guarde,

ESCENA IV.

Decoracion de Monte.

Sale Filomena vestida de pieles y una daga desnuda.

Filomena.

Muere, indómito bruto coronado
en la verde república del prado:
muere de aquesta suerte,
porque eres Tereo, no mas, te doy la muerte.
Si desde Albania fugitiva fiera
de Tracia te veniste á la ribera,
porque el sueño te engaña,
que tu enemigo corra la campaña,
aquel pino que mira ese orizonte,
que es Tereo vegetativo de este monte,
postrarlo presto espero
al arrojado filo de mi acero,
y deshojar esperen mis rigores
al clavel, porque es Rey entre las flores.
Sanó mi lengua, ya tiene voz mi labio,
y está obrando la herida del agravio:
pues fáltele á mi luz la luz del dia,
y el luminar mayor la niebla fria
férie á la luz del sol comunicada,
embotado halle el filo de mi espada,
hollando al ofensor pues de mi agravio,
mi voz se anegue entre mi lengua y labio:
esta fuente serena
brote cristal y se transforme arena.
Siegue la yerba el sol que meca el viento,
mis iras sirvan para mi aliento;
nunca llegue á calmarse mi esperanza,
si de Tereo no tomare la venganza.

tan satisfechas mis temeridades,
que á mi egemplo se imiten los crueldades.
Dos años ha que sola en este monte
me averiguan las luces de Faetonte:
apenas escondida en la aspereza
y de un roble en la rústica corteza,
resiste el valor mio
las inclemencias del invierno frio;
ya mi amor de ser ciego es linee sabio,
ya todo mi cuidado es de mi agravio:
Cielos, pues os moveis con tal mudanza,
infundidme la estrella de venganza:
fiera soy vuestra; montes vigilantes,
y á mis penas iguales los instantes.
Alma me falta, pues me falta honra:
(¡cómo gasta á la vida la deshonra!)
¡O si el guardado agravio que consiente
sirviera de polilla al pensamiento,
para que en la custodia de mis venas
me royera la tela de mis penas!
El año, el ave y el cristal sonoro,
todos hallan venganza, y yo la ignoro?

Aquel monte que primero
sufrió al año ofensas mil,
ya le desagravia abril
de las injurias de enero:
del ave el curso ligero
halló su consorte igual,
y el fugitivo cristal
halló el centro á su corriente;
pero mi mal solamente
no descuenta con mi mal.

Clicie que al sol enamora,
si con ingrato arrebol
suele marchitarla el sol,

la reverdece la aurora ;
nube que el reflejo dora,
aunque vierta su cristal,
la entrega nuevo caudal
aquel vapor diligente;
pero mi mal solamente
se descuenta con mi mal.

Reina la rosa divina
del clavel y de la flor,
para manos del rigor
conserva aceheros de espinas;
yedra allí, al riesgo vecina,
no encuentra consorte igual,
y con amor natural
la abraza el olmo prudente;
pero mi mal solamente
se descuenta con mi mal.

Arminio; pero el oido me ha engañado, (1)
ó el pino hiere al parche remendado,
que es mi deshonra infiero,
que anda juntando fuerzas á mi acero.
Lejos el son se proporciona sabio:
¡qué bien suena esta música á mi agravio!
Parece que ha cesado: *Cesa.*
¡si mi deseo acaso me ha engañado,
y viendo la venganza,
se revistió mi oido en la esperanza!
¿Ilusion es, que quien en esta tierra
los indicios marciales de la guerra
puede haber irritado,
sino los acaudilla mi cuidado?
Dejar quiero el recelo,
y quiérome volver al desconsuelo.

(1) *Tocan cajas á marchar dentro.*

A la noche sigue el dia,
la calma á la tempestad,
al viento serenidad,
vence el sol la niebla fria:
á la pena el alegria,
el desengaño al encanto;
al llanto el suave canto,
sigue el olvido al amor;
y solo de mi dolor
es consecuencia mi llanto.
Sanidad goza tambien
el accidente mortal;
qualquiera pension de un mal
tiene el desquite de un bien:
de la adversidad no hay quien
vencer no acierte el encanto:
deshonra hay que cesa en tanto
que se procura un rigor;
y solo de mi dolor
es consecuencia mi llanto. (1)
No hay bien alguno, pero á aqueste lado
segunda vez el parche se ha quejado;
y tan cerca los golpes he sentido,
que mi voz no es capaz para mi oido. (2)
A estotro lado tambien me aguardo
en la aspereza de este monte pardo;
pero á estotro tambien nuevos acentos
la raridad asustan de los vientos.
Por dos distantes partes
belicos instrumentos, y estandartes
entoldan la region del aire vano;
pero en el hueco deste roble cano

(1) Tocan en otra parte.
(2) Tocan en dos partes.

retirarme procuro.
de su corteza hacer pretendo muro,
iras de mis enojos
y solo del corriente de mis ojos (1)

ESCENA V.

Salen Hipulito, y Pandron, cada uno por su puerta, vestidos de luto.

Hipolito.

Aquí en este monte fue,
aquí fue, señor, aquí,
el espectáculo triste
de mi tragedia infeliz.
Esta es la Tracia, Pandron,
y oculto te traigo á tí,
para que de tu venganza
tomes el felice fin,
por holladas sendas, no,
por ásperos montes, si;
sentidos no hemos de ser
del viento apenas sutíl.
Tanto como el valor propio
es necesario el ardid,
disimulado se queje
el atambor y el clarin.
Ya en Tracia desembarcaste
para tan honrosa lid;
con cuarenta naves tuyas,
athenienses veinte mil.
De repente los cojamos
disimulados asi,
porque á un mismo tiempo sea

---

(1) *Escóndese detrás del roble.*

el vencer y el embestir.
Por la muerte de mi honor
funesto luto vestí,
y hicieron noturnas aves
honras á mi fama allí.
Aquí desojó Tereo
la flor del mejor jardin,
y de su púrpurea sangre
cobró ese arroyo matiz.
En el padron de esa arena
yo propio la ví escribir
letras, que desde los ojos
al corazon traducí.
De aquel ignorado monte
en la rústica cerviz
con mi fuego elemental
el material encendí.
Allí.... pero ya lo sabes.

Pandron.

Calla, Hipólito (¡ay de mí!)
y bástele á mi desdicha,
que tan gran deshonra oí,
sin que para el llanto mio
lo vuelvas á repetir.
El cristal de esos arroyos
reducir quiero en carmin,
y en el rio de su sangre,
(Jordan de humor mas sutil)
de mis décrépitas canas
remozar pienso el jazmin.
Muera Tereo, mas solo
una desdicha temí,
que Progne, mi amada hija,
(¿lágrimas, á qué venis?)
ha de ser despojo infeliz

del cruel Tereo, si
no la hurtamos á la saña
de su impiedad.

Hipolito.

Mas feliz
nos ha de ayudar la estrella,
que agravios sabe influir:
ya he enviado á llamar á Aurelio,
mi tio para ese fin,
con una secreta espía.
que será nuestro adalid,
que nos guie y que le avise,
para que te pueda oir
del palacio, y desde entonces
de uno y otro rebellin,
que á los embates del cierzo
ha sabido resistir,
tal incendio he de forjar,
que á un tiempo cuido afligir
al cielo con fuego noble,
y al sol con ceniza vil.
Asperos montes de Tracia,
que á Filomena encubris,
¿si está Filomena viva?
¿si vive mi prenda?

Dentro Filomena.

Sí.

Hipolito.

El eco me ha respondido,
volver quiero á permitir
la voz á mi lengua muda,
yo vuelvo á hablar.

Pandron.

¡Ay de mí!
que por consolar á Progne,

á Filomena perdí.

Hipolito.

¿ Veré yo á mi esposa ?

Dentro Filomena.

No.

Hipolito.

Eco del monte gentil,
¿ para qué me dás consuelos,
si has de volverme á afligir ?
¿ Dime si podré encontrarla ;
ya que respondes asi,
con venganza ?

Dentro Filomena.

Con venganza!

Hipolito.

Ahora sí que te creí,
la verdad vive en los montes:
no quede rubio pensil,
á quien mayo, Rey del año,
bordó de rosa y jazmin,
que cárdeno de mis iras
no se reduzca á alhelí.
Venganza, al arma, venganza.

Dentro Filomena.

Venganza, al arma!, venganza.

Hipolito.

Montes, eso si, eso si,
en mi venganza, y mi agravio
la indignacion revestid.

Pandron

Si no me engaña la vista,
miro un anciano venir
desde aquel monte á este llano.

Hipolito

Aurelio es ; llegate aquí.

ESCENA VI.

Dichos, y sale Aurelio.

Hipolito.

Yo soy, Aurelio, yo soy.

Aurelio

Discreta, y piadosa vid,
abraza el olmo caduco:
que cortejó tanto Abril;
dame los pies, ó Pandron.

Pandron.

Porque descansára asi
los brazos del alma mia
te quisiera prevenir.

Hipolito.

¿Hallóte el criado?

Aurelio.

Hallóme.

Hipolito.

¿Recibiste el papel?

Aurelio.

Si.

Hipolito.

¿Supolo el Rey?

Aurelio.

No lo supo.

Hipolito

¿Te ha visto alguno partir?

Aurelio.

No me ha visto.

Pandron.

¿Progne es viva?

Aurelio.

Desquitarla á un tiempo ví
á la pension del llorar

el desvelo del vivir.

Hipolito.

¿Y Filomena?

Aurelio.

No sé.

Hipolito.

¿Pues cómo?

Pandron.

Muerte, venid.

Aurelio.

No ha parecido en el monte.

Hipolito.

¿Y Tereo?

Aurelio.

Está de aquí...

Hipolito.

¿Dónde?

Aurelio.

Una legua.

Hipolito.

¿En la quinta del bosque?

Aurelio.

Dejéle allí:
¿y á qué me llamas?

Hipolito.

Escucha:
¿no eres ...

Aurelio.

Puedes proseguir.

Hipolito.

El que fué ...

Aurelio.

¿En qué te detienes?

Hipolito.

Mi amigo?

Aurelio.

Siempre lo fui.

Hipolito.

¿No eres leal?

Aurelio.

Soy tu sangre.

Hipolito.

Pues oye mi intento.

Aurelio.

Di.

Hipolito.

Mi agravio intento vengar.

Aurelio

¿De qué manera ha de ser?

Hipolito

De tí me vengo á valer.

Aurelio.

¿Cómo?

Hipolito.

Tú me has de ayudar.

Aurelio.

¿Contra quién?

Hipolito.

Contra mi hermano.

Aurelio.

Esa fuera deslealtad.

Hipolito.

¿No es primero mi amistad?

Aurelio.

No es primero.

Hipolito.

Pues en vano

á este monte te llamé,

Aurelio.

Tu noble intento has errado.

Hipolito.

¿Tú no me has aconsejado
aquesta guerra?

Aurelio.

Asi fue.

Hipolito.

¿Pues cómo intentas negar
lo que tu labio irritó?

Aurelio.

Sí, mas no te dije yo,
que te habia de ayudar.

Pandron.

Si en tu amor como en mi espejo,
se vió tu verdad desnuda,
aquel suele dar la ayuda,
que suele dar el consejo.

Aurelio.

Cuando á ser leal me obligo
en otra opuesta balanza,
aconsejo la venganza,
pero no ayudo al castigo.

Hipolito.

¿Sigues á mi hermano? di.

Aurelio.

Es justa y debida ley.

Pandron.

¿Por qué?

Aurelio.

Ha nacido mi Rey.

Hipolito.

¿Luego has de ser contra mí?
esa ingratitud no creo.

Pandron.

La ira indigno irritada.

Aurelio.

Sí, lo seré con la espada,
pero no con el deseo;
y asi por darte mas gloria,
le pienso servir de suerte,
que me entraré por la muerte,
porque alcances la victoria.

Hipolito.

Tengo razon, con que quedo
escediendo á tu verdad.

Pandron.

Sigue mi parcialidad,
pues tengo razon.

Aurelio.

No puedo,
que no me toca, mirad,
saber, viendo su pasion,
si teneis, ó no razon,
sino que tengo lealtad.

Hipolito.

A Progne pienso librar
con tu valor, nuevo Marte.

Aurelio.

Yo bien quisiera ayudarte,
mas no te puedo ayudar,
y antes de tu indignacion
se obligará mi amistad,
que esta fuera deslealtad,
y esotra fuera traicion.

Hipolito.

Pues vuelvete.

Aurelio.

Ya me vuelvo.

Pandron.

Pues dejadme.

Aurelio.

Ya me voy.

Hipolita.

¡Nací infeliz!

Pandron.

¡Muerto soy!

Hipolito.

¿No te vás?

Aurelio.

Eso resuelvo;
pero ya no he de poder.

Hipolito.

Pues vuelve á estimar mi amor.

Aurelio.

Digo.... ¡Qué grave dolor!

Hipolito.

¿Me ayudas?

Aurelio.

No puede ser.

Hipolito.

Pues vete.

Aurelio.

¿Mas en qué dudo?
Digo.... mas voy á morir.

ESCENA VII.

Hipolito, Pandron, y sale Filomena.

Filomena.

Ya no lo puedo sufrir;
no importa, que yo os ayudo,
muera el traidor.

Pandron.

¿ Hija mia ?

Filomena.

Y á mis manos ...

Hipolito.

¿ Filomena ?

Filomena.

Con tu acero ...

Pandron.

¡ Qué gran pena !

Filomena.

Procuraré.....

Hipolito.

¡ Qué osadia !

Filomena.

Vengarte.

Hipolito.

¿ A dónde has estado ?

Filomena.

Porque el mundo ..

Pandron.

¡ Feliz suerte !

Filomena.

Vea....

Hipolito.

¡ Qué vida, y que muerte !

Filomena.

Que mi ira....

Pandron.

¡ Soy desdichado !

Filomena.

¿ Mas cómo á los dos he hablado ?
¿ cómo (contra mi dolor)
dejo ver mi deshonor,
sin haberle yo vengado ?

A Dios, padre, á Dios, esposo. (1)

Pandron.

Espera....

Filomena.

No me sigais.

Hipolito.

Advierte....

Filomena.

Al viento tú llamais.

Hipolito.

¿Por qué te vás?

Filomena.

Es forzoso.

Hipolito.

Seguirte importa á mi amor.

Filomena.

Esto á mi honor.

Hipolito.

Tras tí iré.

Pandron.

Pues no la sigas.

Hipolito.

¿Por qué?

Pandron.

Dice que importa á su honor.

Hipolito.

Ya la dejo, no la sigo.

Pandron.

Venga á mi vida la muerte:
Hija, ¿cuándo podré verte?

Filomena.

En matando á mi enemigo.

---

(1) *Vase adentro hablándolos.*

Hipolito.

Pues á mayores enojos
irritemos la osadia.

Pandron.

¡Ay, hija del alma mia!

Hipolito.

¡Ay, esposa, de mis ojos!

ESCENA VIII.

DECORACION DE JARDIN CON UNA CISTERNA.

Sale Juanete con una escala, martillo, linterna y clavos, todo cubierto con la capa.

Juanete.

Desde que con los polvillos
de la purga de ruibarbo
me enjuagué todo mi cuerpo,
como si yo fuera jarro,
ando con mis negras tripas,
con haber mas de dos años,
como menudo de esquina,
todo el cuerpo zabucado.
Sin duda alguna, señores,
los dulces eran pecados,
pues aun no los cometí,
cuando los hube purgado.
Bien me pueden graduar,
pues le probé al secretario
en esta universidad
cursos por cien licenciados.
Limpio estoy de todo dulce,
y con haberme ensuciado
el bazo mi golosina,
está como un oro el bazo.

Pensaba que era membrillo;
y echábale tantos tragos,
que de echárselos tan puros,
me vine á quedar aguado;
pero aquí me he de vengar,
ó mal han de andar las manos;
el fiador pide la paga,
pues con la paga cumplamos.
El Rey ha venido al bosque
á divertir sus cuidados
con Progne; y Chilindroncillo
me dirá disimulado:
daca la purga; mas yo,
callando piedras apaño.
El me engañó con un vidrio,
una servilleta, un jarro,
un panecillo, conserva,
y el purgativo ruibarbo;
pues ahora he de engañarle,
pues traigo otros tantos trastos,
que se verán á su tiempo.
Aquesta cisterna abro, (1)
que está dentro del jardin
de aquesta quinta ó palacio.
Va de burla: él me engañó
por goloso, pues yo trato
pegarle con la codicia:
desde allí me está acechando
con su tema; pero yo....

Dentro Chilindron.

Daca la purga.

Juanete.

Esto es malo:

---

(1) *Abre la cisterna.*

mala purgante de un
doctor de partido: callo,
soy yunque, quiero sufrir,
yo le daré en siendo mazo.
El sale, quiero empezar:
saco la linterna, y hago
como que miro la cueva.

ESCENA IX.

Juanete, y sale Chilindron hallandole.

Chilindron.

Juanete, si no me engaño,
mirando está la cisterna
con una luz: yo le hablo.

Juanete.

El ya viene: ¿qué te clavas? *ap.*

Chilindron.

¿Qué haces aqui?

Juanete.

Nada, hermano. (1)

Chilindron

¿Qué es esto? ¿de qué se turba?
y qué trae aquí debajo?
digámelo presto, acabe:
¿no lo enseña?

Juanete.

Nada hermano.

Chilindron.

Descúbrase.

Juanete

¿Qué me quiere?

---

(1) *Hace que se turba Juanete.*

Chilindron.

Diga ¿ qué trae ?

Juanete.

Esto traigo. (1)

Chilindron.

¿ A qué pretendimiento va
con una linterna y clavos,
un martillo y una escala ?
¿ qué es aquesto ?

Juanete

Nada hermano. (2)
Si tú callaras, amigo....

Chilindron.

¿ Pues hay hombre mas callado ?

Juanete.

No es nada, quédese usted.

Chilindron

Mas que le doy seis mil palos
si no me dice su intento,
dígalo presto.

Juanete.

Hable paso,
porque si nos oyen dentro,
somos perdidos.

Chilindron.

Sepamos,
¿ qué es esto ?

Juanete.

Yo lo diré.
Ya se acordará usted cuando
hizo el Rey á Filomena
aquello que no está un paso

---

(1) *Descúbrelo.*

(2) *Hace que se va.*

antes de el arrepentirse.

Chilindron.

Ya lo entiendo.

Juanete.

Es pues el caso....

Chilindron.

Acaba.

Juanete.

Que Filomena,
traia.... pero yo encargo
la conciencia, á Dios se quede. (1)

Chilindron.

Vuelva, digo.

Juanete.

No va malo.
Traia una joya puesta
que vale diez mil ducados,
con unos diamantes fondos,
cada uno como un muchacho;
pues ella con la gran ira
de la injuria y del agravio....
Mas quédese usted con Dios. (2)

Chilindron.

Hable, no sea cansado.

Juanete.

Arrojó todas sus joyas....

Chilindron.

No se vaya tan despacio:
¿dónde?

Juanete.

¿Eres buen nadador?

---

(1) *Quiere irse, y detiénele.*
(2) *Hace que se va, y detiénele.*

Chilindron.

Lo que es ser nadador, bravo.

Juanete.

En esta cisterna oscura,
que tiene de agua un estado,
ayer hallé á Filomena,
y ella á mí me lo ha contado;
y asi con los instrumentos
que ves, he determinado
bajar á sacar la joya:
si tú quieres que partamos,
con esta escala podremos.

Chilindron.

Traidor, infame, villano,
ladron, y suelta (1)

Juanete.

Señor mio ...

Chilindron.

Suelte, digo.

Juanete.

El se ha clavado.

Chilindron.

Las joyas de Filomena
quiere hurtar el ladronazo;
vaya de aqui

Juanete.

Si haré.

Chilindron.

Tome, tome. *Dale.*

Juanete.

Tomo, y callo.

Chilindron.

Vayase.

(1) *Dale, y quítale todos los instrumentos.*

Juanete.

Siempre usted

me hace ir por todos cabos.
Oye usted, no diga á nadie
esto que nos ha pasado,
porque de mi mal intento
yo pecador me retrato.

Chilindron.

Si no se vá, yo lo diré
á todos.

Juanete.

Pues ya me parto.
Júpiter, Apolo y Venus
le guarden cuatro mil años.

ESCENA X.

Chilindron.

Por Dios que le he de engañar,
lindamente ha sucedido;
ahora que ya se ha ido,
yo me quiero desnudar. *Desnúdase*
Yo prevengo la linterna:
no fué la trampilla mala;
clavo en el suelo la escala,
y entrégome á la cisterna;
¿A qué esperan mis cuidados?
Si es esta que arrojó aquí (1)
una joya que yo ví,
vale los diez mil ducados.
Entró, y no tengo temor: *Entra.*
á bajar mi intento empiece;
un poquito honda parece;

(1) *Clava la escala y lleva la linterna.*

para eso soy nadador.
No trocaré mi caudal
por el del Rey: bajo presto,
¡qué bravo joyon es!

ESCENA XI.

Dichos, y sale Juanete.

Juanete.

Esto
no se vá poniendo mal:
él va bajando, y yo quiero
darle ahora con mi traza,
parece peon de plaza,
que va á sacar un caldero.
Llegó al agua, alegre estoy,
tiro la escala en que estriba.

Chilindron.

¿Quién tira la escala arriba?

Juanete.

No es nadie, amigo, yo soy.

Chilindron.

¿Qué quiéres?

Juanete.

Mis compasiones
te vuelven así á ayudar.

Chilindron.

La escala me vuelve á echar.

Juanete.

Yo quiero echarte escalones.

Chilindron.

Pues ten de mi compasion, (1)

(1) *Saca una espuerta grande de piedras.*

porque me puedo anegar.

Juanete.

Esto está como ha de estar:
servitor, seo Chilindron:
¿halló los diamantes finos?

Chilindron.

¿Cómo, si en el suelo estan?

Juanete.

Diamantes no faltarán,
pero son algo cetrinos. (1)
Que le dí en la chola, oiga,
ahora su engaño purga:
amigo, toma la purga; *Tirale.*
amigo, daca la joya.

Chilindron.

Que me ahogo ¡ay de mí triste!

Juanete.

Mi amor puedes alabar,
pues que yo te hago tragar,
y tú destragar me hiciste. *Tirale.*
Pero hoy has de ver, en fin,
que te hago mayor alcance:
mucho le he hablado en romance,
quiérole hablar en latin:
accipe. *Tirale.*

Chilindron.

Dime, ¿qué medras?
Repara en que he de ahogarme,
y no tengo en que afirmarme.

Juanete.

Afírmate en esas piedras.

Chilindron.

Acabóse, dí en el lazo,

(1) *Tirale una pedrada.*

mi culpa paga la pena.

Juanete.

La joya de Filomena,
perro, traidor, ladronazo.

Chilindron.

Tu caridad, y amistad
la escala llegué á ofrecer.

Juanete.

La escala no puede ser,
mas tome la caridad. *Tirala.*

Chilindron.

¿De tu amistad quién dirá
una crueldad semejante?

Juanete.

Ha sí, tome este diamante, *tirale*
que se me olvidaba acá.
Porque mi piedad infieras,
ya te quiero perdonar,
yo le quiero repasar
ahora las faltriqueras.
Lienzo es este que he sacado
de dineros retraidos:
¡ó qué propio es de estreñidos
llevar el dinero atado!
Qué es esto saber quisiera:
dos sortijas de diamantes,
un juboncillo, unos guantes,
item, una vigotera.
Voyme.

Chilindron.

A que arrojes espero
la escala.

Juanete

No puede ser:
harto me holgára querer,

pero por Dios que no quiero.
Ya yo quedo satisfecho
de cuanto llegué á verter,
ninguno podrá creer
la lástima que me ha hecho. (1)

Chilindron.

¿No te mueven mis razones?
echame la escala, acaba.

Juanete.

Ha sí, que se me olvidaba
la ropilla y los calzones.

Chilindron.

¡Posible es, que no te obligas
viendome desnudo asi!
dejame salir de aquí.

Juanete.

Ha sí, el calzado y las ligas.
Ha, Chilindron; ¿hace frio?
no importa, que invierno es.

Chilindron.

¡Que tan rigoroso estés!

Juanete.

Dios te guarde, amigo mio.

ESCENA XII.

Chilindron, y sale el Rey.

Chilindron.

Toda mi vida es temor,
pues todo hoy sin descansar,
me levanto de un azar,
y tropiezo en un error.
En vez de aves lisonjeras,

(1) *Llévale los vestidos.*

que son iman del sentido,
solo en los montes he oido
las nocturnas, y agoreras.
Con el pico riguroso,
por gran estrañeza allí,
simple á una tórtola ví,
que dió la muerte á su esposo;
ó el sol no quiere lucir,
ó si luce, no le veo,
tengo hoy mas tibio el deseo.

Dentro Chilindron.

¡Ya cómo puedo vivir!

Rey.

Aqui amenaza mi vida
triste una voz irritada,
del aire bien ayudada,
del labio mal permitida.
En mi jardín, ¿quién ha hablado,
para mi infelice suerte,
amenazando mi muerte?

Dentro Chilindron.

En efecto, te han vengado.

Rey.

Y esta es propia semejanza,
que á mi grande injuria irrito,
que el que comete un delito,
siempre teme una venganza.
Esta voz sigo (¡ay de mí!)
porque intento mi crueldad.

ESCENA XIII.

Dichos, y sale Aurelio.

Señor, vuestra Magestad...,

Rey.

Aurelio, ¿qué haceis aquí?

Aurelio.

Señor, véngote á contar
que hoy se trocó tu fortuna.

Rey.

No me cuentes cosa alguna,
que pueda darme pesar.

Aurelio.

Hipólito, que es tu hermano...

Rey.

Que no le nombreis os digo.

Aurelio.

Pandron el Rey tu enemigo...

Rey.

Dejadme; ¿en el viento vano
oisteis aqui una voz
de un sentimiento irritada,
para el corazon pesada,
para el oido veloz?

Aurelio.

No, señor, esto sabed.

Rey.

¿No me dejareis? callad.

Aurelio.

Yo cumplo con mi lealtad.

Dentro Chilindron.

Subiré por la pared.

Aurelio.

Cuando sus daños le digo,
la voz á mi aviso culpa,
debe de ser que esta culpa
le trae buscando el castigo;
mañana le avisaré,
quierole ahora dejar:

oid, que os quiero contar
Chilindron.
Gracias á Dios que llegué, (1)
tan mala la burla ha sido,
que me he pensado morir;
mas yo me quiero vestir;
él se ha llevado el vestido.
Rey.
Ola, ¿qué es esto? esperad (2)
¿qué sombra es esta ó vision?
¿quién es? ¿quién es?
Chilindron.
Chilindron,
¿no lo ve su Magestad?
Rey.
¡Qué asi mi dolor me inquiete!
¿quién aquí os entró?
Chilindron.
Yo lo hable;
mi gran codicia, el diablo,
mi mal discurso, y Juanete.
Rey.
¿Qué codicia os ha obligado
á caer en [illegible]?
Chilindron.
Para eso es menester sal,
y yo estoy muy remojado.
Con vuestra licencia os dejo,
señor, para otra ocasion,
y os lo diré de salmon,

---

(1) *Sale Chilindron de la cisterna lleno de agua, y bañado en sangre.*
(2) *Asustase el Rey, y saca la daga, y dejala caer en el suelo.*

que ahora estoy de abadejo. *Vase.*

Aurelio

La Reina sale tambien
al jardin.

Rey.

¡Yo estoy mortal!
(a) ella es el fin de mi mal.
y el principio de mi bien.

ESCENA XIV.

El Rey, Aurelio, y salen Progne y Libia.

Progne.

Vuestra tristeza, Tereo,
me ha traido á divertiros.
mal reprimidos suspiros, *ap.*
no le digais mi deseo.
Traigo á Libia, porque en tanto
que se acuèsta vuestra Alteza,
suspenda tanta tristeza
con la suavidad del canto.

Rey.

Dios os guarde, Progne bella.

Progne.

Cantad.

Rey.

¡O grave dolor!
este amor, no es solo amor,
influjo es de alguna estrella.

Canta Libia.

De las venas de aquel monte,
Rey que gobierna los riscos,
se desangra un arroyuelo
al mar, iman de los rios.

Rey.

Esas metáforas son
de un monte, y Rey desangrado;
conmigo pienso que ha hablado,
mudad de tono y cancion
Mas callad, que se ha ofendido
con vuestro canto mi vida. (1)
De las voces suspendida,
Progne hermosa se ha dormido:
idos; al mortal beleño
de la vida se ha entregado.
¡Qué feliz es su cuidado,
pues se halla bien con el sueño!

Progne soñando.

Filomena.

Rey.

Ese es mi mal;
pero mi mal es mayor,
que es natural ese amor,
y es mi amor accidental.
Irme quiero á recoger,
no la quiero recordar,
cuanto me presta en amar,
la pago en aborrecer.
Culpa tu suerte trocada
en tu desdicha forzosa,
pues no siendo muy hermosa,
te hago yo muy desdichada.

(1) *Duermese Progne.*

ESCENA XV.

Progne, y salta Filomena las tapias con la daga que le quitó á su esposo.

Filomena.

Salté las tapias valiente,
y á la quinta me he venido,
y con mi industria y mi agravio
á mi ofensor solicito.
Hácia aquí ha de estar la sala,
ó el templo en que mi enemigo,
por la muerte de mi fama,
pienso que se ha retraido.
Requerir quiero estas puertas,
este es el Palacio indigno,
donde mi inocente honor
padeció el mayor martirio.

Soñando Progne.

Esperate, Filomena.

Filomena.

¿Quién?

Progne.

¡Mas qué veo! (1)

Filomena.

¡Qué miro!

Progne.

¿Filomena?

Filomena.

Hermana mia,
¿tú aquí?

Progne.

¿Cómo aquí has venido?

---

(1) *Despierta, y vense las dos.*

Filomena.

Trájome....

Progne.

Acaba.

Filomena.

Mi agravio.

Progne.

¿Qué agravio?

Filomena.

¿Le ignoras?

Progne.

Dilo.

Filomena.

Ya te acuerdas....

Progne.

Habla quedo.

Filomena.

De la noche....

Progne.

¡Grave indicio!

Filomena.

Que salí....

Progne.

¡Fuerte dolor!

Filomena.

De palacio ..

Progne.

¡Ay hado impio!

Filomena.

A buscar....

Progne.

¡Grave recelo!

Filomena.

Por un papel

Progne.

Fue el aviso.

Filomena.

A mi esposo....

Progne.

Fue violencia.

Filomena.

Por la seña....

Progne.

Era preciso.

Filomena.

Errèle....

Progne.

Eres desdichada.

Filomena.

Y encontré....

Progne.

Tu mal colijo.

Filomena.

A tu esposo....

Progne.

¡Suerte airada!

Filomena.

Intentó....

Progne.

Dime el delito.

Filomena.

Violar....

Progne.

Aqui de mis ojos.

Filomena.

A mi honor....

Progne.

Habla.

Filomena.

Prosigo;

escucha la circunstancia,
que luego oirás el delito.
Llegué al monte aplazado,
mas un monte se muda á un desdichado,
de un monte huello la cerviz altiva,
muerto el honor y la esperanza viva;
suelto la voz del labio,
y ella fue la trompeta de mi agravio:
finge la voz Tereo,
y no reparó en noches mi deseo;
á sus lazos prevengo mis abrazos,
y nunca mas que entonces fueron lazos.
Era la noche oscura,
porque no se quejase mi ventura;
con silencio el traidor disimulaba,
y pensé que de amante no me hablaba,
pues preciso se infiere,
que se habla menos cuando mas se quiere.
Volví, pues, de mi engaño, volví tarde,
corrido el corazon ardió cobarde:
á lo verde de un monte me retiro,
sigmóme por el rastro de un suspiro;
huyo, pues, mas adentro,
era fuego su amor, era yo el centro;
animome, doy voces,
llevóselas el viento por veloces.
Ruégole que me deje, mas él ciego,
hizo salsa á su amor del mismo ruego;
irritase a mi voz, llamas respira,
(que era amor que se pudo volver ira)
pierde alguna, y no toda la esperanza,
inclínase al afecto de venganza;
y con infame mengua,
fija el acero en mi irritada lengua,
y mi sangre derrama,

que era apetito y no era amor su llama.
Tropecé en una yedra fugitiva;
que le ayudó tambien por ser lasciva;
irritarle intentaba mi paciencia,
impidióme la misma resistencia.

Progne.

Calla, no prosigas mas:
Por ese movil primero,
á cuyo curso se arrastran
esos inferiores velos,
que hoy ha de verse mi agravio
de mi impiedad satisfecho,
sino es que el Cielo lo impida;
mas no ha de impedirlo el Cielo:
tuyo es, no mas el agravio,
mio el agravio y desprecio;
á ti un honor te ha importado,
á mí un honor y unos celos;
á ti el amor de tu esposo,
á mi el amor que te tengo.
Pues amor, honor, venganza,
celos, agravios y desprecio,
con ese acero, que aquí (1)
se ha dejado, lavar pienso
con su sangre su delito,
mi injuria, mi honor, y celos,
para que el nombre de Progne
se escriba en bronces eternos.

Filomena.

Tente, que aquesta venganza
me toca á mí, pues no quedo
satisfecha de mi agravio,

---

(1) *Ve el acero que dejó Tereo.*

si yo propia no le vengo.

Progne.

Tambien este agravio es mio.
¿Di, cuándo hace un adulterio
una muger, no merece
la muerte?

Filomena.

Yo lo confieso.

Progne.

¿Por qué?

Filomena.

Porque va el honor
de su esposo.

Progne.

Luego es cierto
que si á mí me va el honor
tuyo, siendo mi honor mesmo
con adulterio y agravio
incurro en el mismo duelo;
luego con justa razon
cobrar ahora pretendo
de una muerte dos venganzas,
(1) y de un castigo dos premios.

Filomena.

Si; pero vuelvo á decir
que no queda satisfecho
mi deshonor.

Progne.

Ni tampoco
aunque le dés muerte, creo;
pues tu honor no es tuyo ahora,
sino de tu propio dueño;
su acero le ha de vengar.

Filomena.

Pues si ha de ser con su acero,

(1)

este acero es de mi esposo,
y es el acero que un tiempo
fue la pluma de mi agravio;
y supuesto que le tengo,
yo quiero poner el brazo,
pues él pone el instrumento.

Progne.

Pues venguémonos las dos
en un sacrílego pecho,
las dos somos agraviadas,
y obrando las dos, con esto
dos escrúpulos tan graves
satisfacemos á un tiempo.

Filomena.

Pues yo tu consejo admito.

Progne.

Pues yo tu valor apruebo.

Filomena.

Muera el traidor.

Progne.

De su sangre
se salpique rojo el suelo.

Filomena.

Hoy una venganza aguardo...

Progne.

Hoy una victoria espero...

Filomena.

Para mi honor.

Progne.

Para mi honra.

Filomena.

Démosle pasos al riesgo.

Progne.

Démosle iras al agravio.

Filomena.

Y de su atrevido pecho ...

Progne.

Y de su sangre alevosa...

Filomena.

Renglones de coral demos...

Progne

Demos líneas de carmin....

Las dos

A los mármoles eternos.

Progne.

Muera mi tirano esposo.

Filomena.

Muera el ingrato Tereo.

ESCENA XVI.

Decoracion de Sala.

Salen Hipolito, Pandron, y Aurelio deteniendo á los dos.

Aurelio.

La puerta he de defender.

Pandron.

Déjanos pasar, Aurelio.

Aurelio

De aquí no intento apartarme.

Hipolito.

Cobrar á Progne queremos,
ya que la noche nos dió
la escuridad y el silencio;
hemos de llevarla digo.

Aurelio.

Como leal la defiendo.

Dentro las dos.

Morirás.

Dentro Filomena.

Muere traidor,
muere, tirano sobervio.

Dentro el Rey.

Espera, detente, Progne.

Pandron

Tened, esperad, ¿qué es esto?

Dentro Progne.

Morirás.

Pandron.

El Rey se queja.

Dentro el Rey.

Filomena, tú me has muerto.

Aurelio

Socorrer quiero á mi Rey.

Hipolito.

Los dos á su cuarto entremos
á tomar en él venganza.

ESCENA XVII.

Dichos, y salen Progne, y Filomena.

Las dos.

No es menester deteneos.

Pandron.

¿Quién eres?

Progne.

Progne, tu hija.

Hipolito.

¿Quién eres?

Filomena.

Tu infeliz dueño.

Pandron.

¿Qué hiciste?

Progne.

Vengar mi agravio.

Hipolito.

¿Qué has hecho?

Filomena.

Vengar tus celos.

Pandron.

¿Cómo fué?

Progne.

Desta manera.

Hipolito.

¿Dí, cómo?

Filomena.

Mírale muerto. (1)

Pandron.

¡Gran valor!

Progne.

Maté tu hija.

Hipolito.

¡Noble ira!

Filomena.

Llené tu acero.

Hipolito.

¿Pues qué es lo que ahora intentas?

Aurelio.

Ya solo ahora pretendo,
pues muerto es tu hermano el Rey,
que quedes por heredero:
rendirme puedo á esas plantas.

Hipolito.

Tus lealtades premiar debo.

---

(1) *Descúbrese en una cama muerto Tereo*

Chilindron.

¿Nosotros, cómo quedamos?

Juanete.

Pagados y satisfechos.

Pandron.

Yo dichoso.

Progne.

Yo feliz.

Filomena.

Yo con honra.

Hipolito.

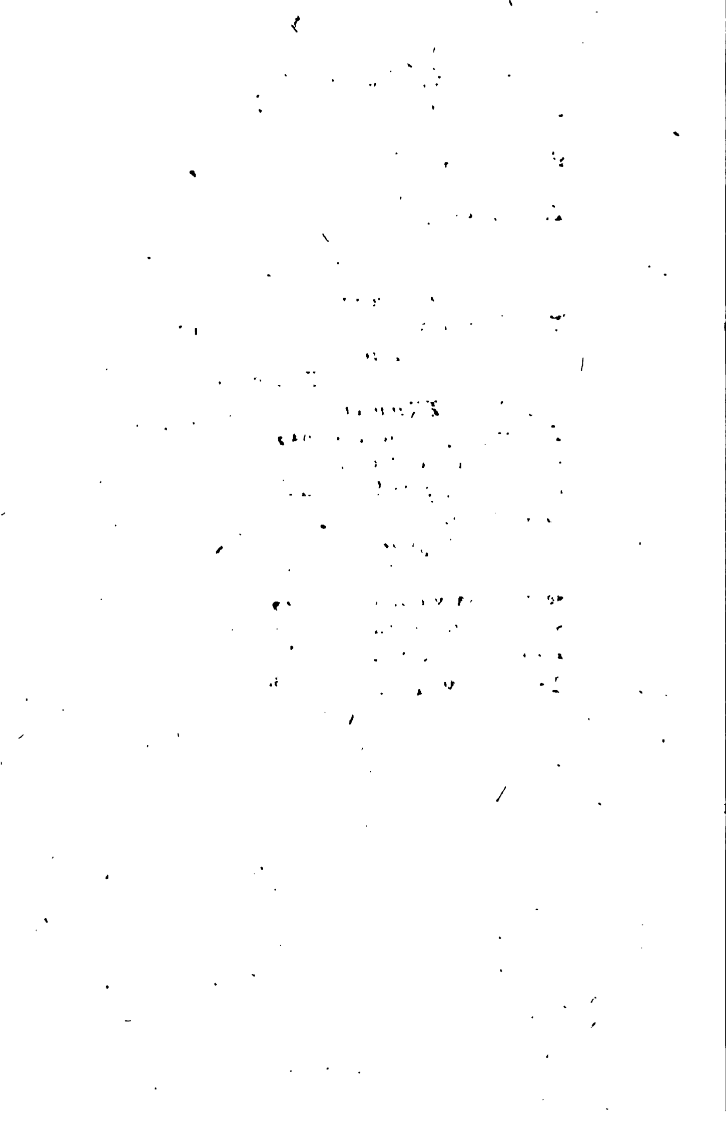
Yo con cetro.

Filomena.

Y vuestro perdon merezca,
sino mereciere el premio
de Progne, y de Filomena
esta fábula.

Juanete.

Y su dueño
se confiesa vuestro esclavo,
supuesto que para serlo
no ha menester mas señal
que la de sus propios yerros.



Progne y Filomena.

Hipólito, apasionado de Filomena, y encontrandola llorosa, la suplica le manifieste la causa de su dolor, y ella le recuerda como se han amado desde el dia en que Hipólito llegó á Athenas en calidad de embajador de su hermano el Rey de Tracia, pidiendo para él la mano de ella ó de su hermana Progne, hijas de Pandron: que su hermano Tereo, en vista del retrato de entrambas, habia elegido á Progne, con quien se habia desposado Hipólito en su nombre. Refiérele en seguida que su padre ha dispuesto casarla con Jacobo, hijo del Rey del Monarca de Albania, y que ha venido aviso de llegar en el mismo dia Tereo; y que debiendo partir ya casado con Progne á Tracia, y siendo indispensable que él le siga como á hermana, la acongojan los males que le amenazan con su ausencia, no siendola posible ya ser de otro mas que de él. Hipólito la aconseja que hablando á su hermana espresen ambas á su padre no serlas posible el separarse, con lo que lo conseguirán, siguiendo él á su hermano y ella á su hermana, dilatando ellos el mal, ya que no sea dable remediarlo. Juanete y Chilindron llegan á porfia á ganar albricias con la noticia de la llegada de Tereo. Turbada Progne con un sueño en que se la figuró que su prometido esposo violaba el honor de su hermana, sale fuera de sí con una daga en la mano, con la cual se hiere sin querer Filomena al ir á quitarselo. Llega Tereo á Athenas, y al ver á las dos hermanas se equivoca teniendo á Filomena por Progne; y resultando de esto su despecho por parcerle mejor la primera, averigua que al hacerse los retratos que se le enviaron, trocó el

pintor los letreros; pero receloso no obstante de Hipolito, le manda salir para la Valáquia con un ejército. Comunica Hipolito esta noticia á Filomena próxima á partir á Tracia con su hermana y cuñado, y se despiden renovandose las promesas de su amor.

Filomena refiere á su hermana que el Rey ha intentado sorprenderla en su lecho; pero que habiendole sentido desde que entró por la puerta, habia burlado su intento apagando la luz y saliéndose sin que él lo viese. Aconséjala Progne que pues Hipólito llega en el mismo dia á Tracia, le escriba que luego que haya visto al Rey le tenga prontos dos caballos en el bosque para regresar en su compañia á Athenas; y que por si el mensagero no diese con Hipólito, le envie otra copia por un segundo Progne da á entender á Tereo que sabe su proceder, y este pide consejo á su tio Aurelio, que procura desvanecer las sospechas que ha concebido contra su hermano Hipolito. Chilindron entrega al Rey el villete que Filomena le ha dado para Hipolito, en el que lee debe poner su hermano una antorcha encendida en el monte que sirva de guia á Filomena, lo que le sugiere la idea de verificar su vengativo intento; sin que basten á disuadirle las reflexiones de su tio Aurelio. Al presentarse Hipolito le da Juanete el otro villete de su amante. Recíbele el Rey con aparentes muestras de cariño; pero ejecuta su designio acudiendo al bosque y mandando poner una antorcha para atraer á Filomena: Hipolito hace lo mismo, y cuando su amante acude se encuentra dudosa, sin saber cual de las dos señales siga, haciendo su desdicha que se encamine á la del Rey. Hipolito ya cuidadoso la busca, y la ve en fin venir ensangrentada, dandole á entender ella por señas que Tereo la ha atropellado y la ha herido en

la lengua; todo lo cual le declara mas estensamente escribiendolo en la arena con la punta de la daga de Hipolito Aurelio procura calmar los transportes de su desgraciado sobrino.

Progne se consuela refiriendo sus desdichas á su criada Libia, y las contradicciones que advierte en los aparentes halagos de Tereo; en medio de las cuales se le trasluce la pasion concebida hácia Filomena El Rey manda á Aurelio y á Chiliudron le dejen solo, mientras lucha con sus afectos, determinándose á pagar el afecto de Progne; pero sobreviniendo ésta, que ha escuchado sus últimas palabras, y hablándole de su hermana, vuelve con solo el nombre á escitarse su pasion. Aparece Filomena oculta en un monte hace ya dos años por vengar su agravio, y sobrevienen al mismo tiempo Hipolito y Pandron, contándole aquel ser el sitio en que se hallan el teatro de su deshonra, y en el que deben ambos tomar venganza. Reúneseles Aurelio, que no negándoles el motivo que tienen de resentimiento, se niega á ayudarle contra Tereo, por ser su Soberano. Filomena dice que ella sola basta para la venganza, y se aparta de ellos para verificarla. Lleno el Rey de remordimientos se pasea solitario, contribuyendo todo á asustarle: Filomena habla durmiendo á su hermana, refiérela lo que su esposo hizo con ella; y encendiéndose mútuamente en ira, matan entre las dos á Tereo.

Escusado es decir para toda persona de mediana instruccion, que el argumento de esta composicion es mitológico, y se funda en la fábula de Progne y Filomena, transformada aquella en golondrina, y esta en ruiseñor, habiendo dado Progne á su marido Tereo, la carne de su mismo hijo Atys en un convite, por haber deshonrado á su hermana Filomena, la

cual llora aun en los bosques, la traicion de Tereo con tristes endechas. Rójas sin apartarse del fondo del hecho, varió la marcha, y por hacer una comedia introdujo personas, cuya ridiculez salta á la vista, tales como los dos graciosos Juanete y Chilindron, que pudieran haber tenido otros nombres mas adaptados á la época, y pais del suceso, y que desde luego se echa de ver se han creado solo para que el espectador se distraiga del giro, todo trágico, de la composicion. A la introduccion de semejantes personages se siguen naturalmente los demas anacronismos, como el citar en aquel tiempo el vidrio de conserva, los niños de la doctrina y el espejuelo de Valencia etc, cosas en verdad que no es facil concebir dejasen de chocar al buen talento y luces de nuestros antiguos dramáticos, y al muy acreditado de Rojas: no encontrándose otra resolucion, sino el apoyo que les prestaba la máxima espresada tan gallardamente por Lope, de que pues las pagaba el vulgo era justo.

Hablarle en necio para darle gusto.

Con todo nos parece ya demasiadamente vulgar provocar su risa con la escena en que Juanete se vé en las mayores angustias cuando el Rey le manda que se detenga: y vá obrando en su estómago la purga, de modo que le obliga á desobedecer y á callar. Esto toca ya en indecoroso; sin que pueda salvarlo cuanto gracejo procure derramar el poeta: pues siempre será un gracejo de mala calidad. Solo á la donairosa pluma de un Cervantes fue concedido describir un paso de este género, y aun ese entre dos solos actores, y en la soledad y silencio de una noche, y en una obra

casi esclusivamente dedicada á escitar el regocijo y la risa de la generalidad de los lectores.

Rigoroso por demas puede parecer este juicio á los amantes de nuestro antiguo teatro; pero nace del mismo cariño que le profesamos sintiendo tenga este lunar una obra que por lo demas ostenta la facilidad é imaginativa del autor, aun cuando por imitar á su modelo Calderon se engolfa en discursos largos y argumentos conceptuosos. Es muy bello toda el diálogo con que empieza la comedia hasta la relacion.

No me atiendas á la voz.

Discretas las decimas de Teréo al ver á Progne y Filomena que empiezan.

Bellísima perfeccion,
ídolo que mi fineza &c.

Se advierte mucha naturalidad y soltura cómica en el diálogo de Libia, Juanete y Chilindron:

Libia.
A que se vayan espero.
Juanete.
Hemosla de acompañar.
Libia.
Digo que no han de pasar.
Chilindron.
Pues envido.
Libia.
No le quiero.

Juanete.

¿Y quiereme usted á mí?

Libia.

Menos: ¡qué hombre tan cansado!

Juanete.

Eso es poco y mal hablado:
¿luego me aborrece?

Libia.

Sí. &c.

Si Rojas hubiera formado una tragedia en toda forma del argumento mitológico, hubiera sin duda alguna conmovido al espectador pues no desconocia los sentimientos de Melpómene: como se ve en las congojas con que lucha Filomena vacilante en seguir cualquiera de las dos antorchas, y haciendo temer á cada paso una funesta equivocacion, cuyos terribles resultados prevee el espectador. Este cuadro que comienza desde los versos:

Desconocida del prado

y concluye:

pues nunca vi desdichado
que hallase fácil un bien.

prueba la riqueza de invencion del autor, y hace sentir mas y mas que el gusto del siglo en que vivió nos haya privado de las bellezas, que así él como otros dramáticos pudieran habernos trasmitido. Es igualmente trágico el escribir Filomena su agravio en la

ärena con la daga de Hipolito, y el segundo sueño de Progne que acrecienta los presentimientos de Tereo, y en fin interesa y enseña la fidelidad de Aurelio, que contrasta con la maldad de Tereo, y la sed de venganza de su esposa y cuñada.

INDICE

de las Comedias contenidas en este tomo.

